

eTerciopelo



*Desde
las
sombras*



M.C. SARK

Desde las sombras

M.C. Sark



TERCIOPELO

DESDE LAS SOMBRAS

M.C. Sark

Romántica, victoriana y llena de sombras.

ACERCA DE LA OBRA

Londres, 1888. Arabella Blunt, pese a la negativa de su tía Adelaida, viaja hasta Londres para encontrar a su hermano James, del que no tiene noticias desde hace dos meses.

Un diario, la única pista que la joven encuentra en el apartamento de su hermano, la guiará en su búsqueda y llevará sus pasos hasta la mansión de María de Confranc: baronesa, cantante de ópera cómica y... vampira. El descubrimiento de la naturaleza de María desencadenará un efecto dominó que no tendrá vuelta atrás y solo el «reencuentro» con un amigo de su infancia, lord Rheged, barón de Ravenstonedale, evitará que Arabella se hunda en ese peligroso submundo lleno de sombras al que él también pertenece.

La odisea personal de Arabella no se limitará en este viaje a la búsqueda de su hermano James. Además de verse envuelta en una excitante aventura, descubrirá algunas cosas realmente importantes, como el poder de los sentimientos, la tentación del deseo y el dulce sabor de su recién estrenada libertad.

ACERCA DE LA AUTORA

M.C. Sark es el seudónimo de esta autora de novela romántica que comenzó su carrera literaria en el 2014, con la publicación de su ópera prima: El suave secreto de tu piel, primer volumen de la saga paranormal Amor y Sangre.

Sus estudios estuvieron encaminados hacía el área del diseño, algo bastante alejado del mundo de las letras, y, cuando se embarcó en la aventura de escribir lo hizo como afición. Si no hubiera sido porque algunas personas cercanas la animaron, nunca se habría planteado publicar.

Actualmente su trabajo literario alterna géneros aparentemente tan dispares como el contemporáneo o el paranormal, pero en todas sus novelas priman los sentimientos y el amor incondicional.

En 2017 obtuvo el 2.º puesto en el V Premio Internacional, con el título La tentación vive arriba.

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Prólogo

Me llamo Arabella Blunt

1

La vida está llena de sorpresas

2

Mi refugio

3

Lucille

4

Hermosa y destructiva

5

11 de enero

6

25 de enero. Mi aniversario

7

Hay cosas que es mejor no saber

8

¿Por qué tuve que ir esa noche a Brimstone Hall?

9

Mi corazón está roto

10

La primera vez que vi a Arabella

11

Mi nuevo refugio: el muro de Lingmoor Fell

12

Maldito viaje a Inverness

13

Atenerse a las consecuencias

14

Los títulos y el dinero no lo son todo

15

Debilidades

16

Necesito ver de nuevo su sonrisa

17

Un descubrimiento inesperado

18

La de vueltas que da la vida

19

Necesito aclarar unas cuantas cosas

20

Toda la noche sin dormir

21

¿Es un abrazo suficiente protección contra el mundo?

22

No soy nadie, no soy nada

23

No siempre vencen los sentimientos

24

Las luces de septiembre

25

Corazón triste

26

Alicia cae por el túnel

27

No quiero quedarme solo de nuevo

28

Creí que tendría más tiempo

29

Un viaje muy largo

30

Noviembre

31

La calma en el ojo del huracán

32

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Prólogo

Y dicen que fue la curiosidad quien mató al gato.

Londres, finales de agosto de 1888.

Residencia de María de Confranc, Kensington.

Una puerta entreabierta es casi una invitación.

Cuando está cerrada del todo es una barrera que salvaguarda la intimidad de quien está al otro lado y no es lícito empujarla y acceder, para hacerlo necesitas algún tipo de permiso. Si por el contrario, la encuentras de par en par, la invitación se presupone y de forma automática ese espacio abierto se convierte en un: «Adelante, no es necesario llamar». Si está a medio camino, ni impide que veas el interior —al menos no del todo— ni tampoco bloquea el acceso, uno siempre puede colarse por la abertura. Y aunque lo educado es tocar y esperar a ser invitado, ese pequeño hueco deja abierta la posibilidad de echar un ojo, a pesar de que hacerlo no sea correcto.

Esa fue la excusa que se dio Arabella: la puerta no estaba cerrada y si no lo estaba, ella podía espiar.

No. Espiar es una palabra bastante fea, digamos que nada le impedía mirar.

Desde su posición entre las sombras en aquel noble y amplio pasillo, esa pequeña y tentadora abertura no solo permitía salir la luz dorada, tenue y titubeante de las velas —aquella que la señora de la casa decía que era tan favorecedora para la piel de una dama—, también dejaba que se escapase hacia el pasillo alguna risa baja y confidente envuelta entre suaves murmullos.

La intención de Arabella no era apostarse junto a la puerta y arriesgarse a que la descubrieran; ella solo pretendía echar un vistazo. Sentía curiosidad por saber qué era aquello tan secreto que sucedía durante la noche, como para que el servicio tuviera que dormir encerrado en sus habitaciones de la buhardilla.

Arabella prestó atención y distinguió la voz aterciopelada de su señora. Por el tono, ronco y sensual, no parecía que estuviera ocurriendo algo terrorífico, sino todo lo contrario. ¿Sería la identidad de su acompañante la que impedía que los criados tuvieran libertad para moverse por las noches? ¿Quién podría ser el misterioso invitado? ¿Un par del reino?

Qué distinto habría sido el desenlace de aquella aventura nocturna si la puerta hubiera estado cerrada y Arabella se hubiera limitado a fisgar por el ojo de la cerradura. De haber ocurrido así, únicamente habría visto como las nalgas de la baronesa golpeaban con ritmo una y otra vez sobre los muslos de un hombre. Nada más. Y eso, casi con toda seguridad, habría dado la investigación por terminada —Arabella no quería saber nada de sus amantes, ella estaba interesada en otros misterios—, pero cuando se acercó de puntillas a las débiles luces que se colaban por el dintel, entró en juego un gran espejo que estaba colgado en el interior del salón y el ángulo de su vista cambió.

Lo que allí vio la dejó petrificada, con un nudo en la garganta y el corazón latiendo fuerte y acelerado. Ante aquel horror, su cerebro negó lo que estaba contemplando. Lo negó hasta nublarle la vista y obligarla a tomar un punto de apoyo en la pared. Su incursión en el mundo del espionaje por fin había dado sus frutos, pero jamás, ni creyendo que desvariaba, habría imaginado que se encontraría ante algo así.

«No, Arabella, ahora no puedes vomitar», pensó mientras se sujetaba el vientre con las dos manos.

El miedo a desmayarse le hizo centrarse solo en respirar. Despacio. Muy despacio. En un momento así, lo último que podía permitirse era entrar en pánico.

«Cálmate».

Cuando se sintió con fuerzas se obligó a mirar de nuevo hacia el interior de aquella sala. Necesitaba cerciorarse de que lo que había visto no era una jugarreta de su imaginación.

El gran espejo de la pared enmarcaba, como un cuadro, el perfil de María de Confranc sentada a horcajadas sobre un hombre joven. Ella estaba desnuda, él también. Y con el rostro levantado hacia el techo y su largo cabello sacudido en oleadas por los violentos movimientos de su cuerpo, la que daba las órdenes como señora de la casa cabalgaba sin freno sobre *monsieur Chevigné*.

Pero esa imagen, aunque impactante para alguien con la educación de

Arabella, no fue lo que la dejó conmocionada y horrorizada. Lo verdaderamente terrorífico de aquella escena era que las manos de los dos estaban convertidas en garras de uñas afiladas; sus rostros tenían los rasgos deformes, angulosos como los de una máscara grotesca; sus bocas entreabiertas dejaban al descubierto unos colmillos prominentes y ensangrentados.

No solo sus labios estaban emborronados y teñidos de rojo, la realidad era que había salpicaduras de sangre por todas partes.

La joven se tapó la boca para acallar el grito que se gestaba en su interior y amenazaba con escapar, pero no llegó a tiempo de contenerlo del todo y la pareja, que hasta ese instante había estado tan entregada a sus actos que no se había apercebido de su presencia, se giró de forma sincronizada hacia el espejo al escuchar su amortiguado quejido.

Al verlos de frente, Arabella se horrorizó un poco más. Aquello en lo que se habían convertido sus señores no tenía una mirada humana, en su lugar había dos orbes negros que la miraban de una forma que parecía traspasarla. Su piel, siempre nívea y perfecta, se había vuelto semitransparente y las venas y capilares, sobre todo alrededor de sus ojos, eran como los afluentes de un río plasmados en un mapa. Parecían perros rabiosos que tras una cacería tienen el morro lleno de sangre y, pletóricos, aún muestran los colmillos.

El instinto de supervivencia tomó el mando y despegó del suelo los pies de Arabella. La urgencia por escapar se convirtió en algo vital; no había que ser muy listo para saber que estaba en peligro y que necesitaba salir de allí como fuera.

Arabella se levantó las faldas con las dos manos y se movió con toda la rapidez que fue capaz, al mismo tiempo que daba las gracias por la vanidad de la baronesa —en la entrada de la casa siempre había una vela encendida que iluminaba un bonito retrato suyo que colgaba en la pared. Sin esa baliza en la oscuridad, la joven se habría dado de bruces en el primer recodo del pasillo—. Cuando llegó al gran vestíbulo sorprendió allí a Melquisedec, un criado personal de la baronesa ajeno al servicio de la casa, que en esos momentos cerraba la puerta que daba a los sótanos. Al verle, se frenó y caminó de puntillas para no ser descubierta, aunque él se volvió de súbito antes de echar la llave.

Arabella agachó la cabeza, apretó el paso —ya sin importarle el hacer o no ruido— y, al percibir que él se movía con la intención de interceptarla, se

lanzó a correr a la desesperada. Cuando sus dedos casi acariciaban el picaporte, sintió que le tenía justo detrás y se temió lo peor, pero la fortuna le tendió una mano: la voz de la dueña de la casa se escuchó a lo lejos y eso distrajo al asistente durante unos segundos preciosos, el tiempo justo para que ella pudiera abrir y salir al exterior.

La ya de por sí mortecina luz de gas que estaba frente a la vivienda se divisaba como un borrón brillante debido a la lluvia e iluminaba aún menos de lo habitual, pero eso no detuvo a Arabella. Sin importarle resbalarse o tropezar, bajó las escaleras del porche con decisión, cruzó el pequeño jardín y avanzó hacia el centro de la calle. Pensó en gritar y que cundiera la alarma, pero entre la densa niebla, acertó a escuchar el sonido de los cascos de unos caballos y el traqueteo de un carruaje que se aproximaba, y eso le hizo echar a correr hacia las bestias aun a riesgo de espantarlas y sufrir un accidente. Necesitaba ayuda y, en mitad de aquella nebulosa noche, cualquiera, hasta el dueño de aquella negra y lujosa berlina, podría convertirse en un ángel salvador.

El coche frenó. La realidad era que ya había empezado a detenerse al entrar en la calle y al cochero no le fue difícil controlar el tiro al verla abalanzarse contra el carruaje.

—¡Socorro! ¡Necesito ayuda! —gritó ella golpeando la cabina con las palmas de las manos.

La portezuela comenzó a abrirse y eso la obligó a separarse momentáneamente del vehículo, pero nadie se asomó por ella y, Arabella, sin pensárselo dos veces, metió la cabeza en su interior para rogar auxilio a sus ocupantes.

Debía de haberse abierto por arte de magia. No se distinguía a nadie en la negrura de aquel refinado interior.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Desde las sombras surgió una mano enguantada que la sujetó sin miramientos por el brazo y la metió a rastras dentro de la cabina. No había ninguna luz, pero la vista de Arabella consiguió distinguir, sentado frente a ella, la silueta de un único ocupante. Por la rudeza con la que la había tratado estaba segura de que era un hombre, aunque desde luego, no un caballero.

—Tenemos que irnos, corremos peligro —insistió ante su silencio.

No obtuvo respuesta.

A través de la portezuela entreabierta, Melquisedec llamó la atención de

Arabella. A resguardo de la lluvia —apoyado de manera despreocupada en una de las columnas griegas de la entrada—, el asistente observaba el vehículo con cara de pocos amigos. Aquel hombre del parche tenía algo magnético en su rostro, una vez capturaba tu mirada no podías apartar la vista. Te embrujaba. Y ella permaneció en silencio hasta que la puerta del carruaje se cerró y la gruesa cortina azul marino cortó el hechizo.

El dueño de coche dio un golpe con la empuñadura del bastón en el techo de la cabina. Los caballos arrancaron y Arabella comenzó a salir del aturdimiento.

Todo había sucedido con tanta rapidez.

¿Qué estaba pasando? ¿Cómo había acabado ella dentro del carruaje?

Su cerebro comenzó a emitir señales de vida.

«¡Dios mío! Este hombre venía a visitarles, por eso he podido interceptar el coche».

Tenía que abandonar aquel vehículo, no había seguridad en aquel confortable interior. Intentó abrir la portezuela muy dispuesta a tirarse en marcha, pero de nuevo la detuvieron, esta vez con menos determinación.

Una voz masculina, grave y no del todo desconocida, la dejó desconcertada.

—¡Por todos los santos, Huesos! No te había reconocido. ¡Cómo has crecido! ¿Qué haces a estas horas en la calle? ¿Por qué sales de casa de la baronesa vestida de criada?

Todavía confusa, Arabella balbuceó unas cuantas incoherencias. Había escuchado todas las preguntas, aunque no había sido capaz de entenderlas. Su capacidad de comprensión se había detenido en una única palabra:

«Huesos».

Solo había una persona en el mundo que la llamaba así y hacía más de diez años que estaba en paradero desconocido.

Me llamo Arabella Blunt

La primera vez que vi a lord Brahn Rheged, yo no lo sabía, solo tenía doce años, pero estaba ante un vestigio de otro tiempo. Ni su atuendo pasado de moda —aquella gran lazada en el cuello alto de su blanca camisa, las grandes solapas de su chaqueta, sus pantalones ajustados y sus botas de montar relucientes — ni su pelo largo atado en una coleta baja, me hicieron pensar que aquel hombre con aires de mundo no era lo que aparentaba. Solo lo miré y me deslumbró.

*Cumbria, primavera e inicio del verano de 1878.
Langdale House.*

*P*ara una niña de doce años, un primer viaje debería suponer el embarcarse en toda una aventura, pero aquel traslado al norte para mí no lo fue. Alejarme de lo que quedaba de mi familia dejaba un gran vacío en mi joven corazón.

Mi madre había muerto a causa de unas fiebres a principios de año y mi padre, que estaba a punto de partir hacia Kabul, tuvo que decidir con rapidez qué hacer con nosotros. Ahora sé que no tenía —ni tiene— idea de cómo tratar a sus hijos y que lo único que quería era continuar sin obstáculos su carrera militar, pero en aquel momento la solución pareció la más adecuada; tanto mi hermano como yo íbamos a obtener los beneficios de una buena educación. Yo la recibiría de tía Adelaida, la gemela de mi padre el coronel, y mi hermano mayor, James, ingresaría en la escuela John Lyon para varones, quedándose en Londres bajo la tutela de mi otro tío, el afable lord Horace Blunt, un hombre vivaracho de ideas progresistas que en nada se parecía a sus hermanos.

Separarme de mi padre me entristeció, aunque era un hombre esquivo y severo al que apenas conocía, pero ver como mi hermano se despedía de mí

con cierta alegría hizo sangrar mi corazón.

Me quiere, de eso estoy segura, pero disfruta fingiendo que no.

Días antes de su partida convencí a James para que me llevara a escondidas al cementerio Kensal Green, a ver la tumba de nuestra madre. Si el coronel se hubiera enterado, nos habría castigado a los dos —teníamos prohibido ir—, pero eso no ocurrió, y el hecho de ir juntos a poner flores junto a la lápida me hizo pensar que mi compañía, al menos en aquel día, le resultó un poco menos odiosa. Él adoraba a mi madre tanto o más que yo.

Le pedí que no dejase de escribirme. Lo prometió.

A pesar de poder atravesar el país con cierta rapidez gracias al gran entramado de vías férreas que se habían construido en Inglaterra, tuve la sensación de que había recorrido a pie todas y cada una de las trescientas millas que me separaban de mi destino. Acompañada por una criada que estaba tan asustada por todo lo que veía a su alrededor que apenas me dirigía la palabra, tuve que entretenerme observando el paisaje que pasaba veloz ante mis ojos y elucubrando mil historias que, en mi aún infantil imaginación, sucedían entre los pasajeros. Para distraerme, inventaba profesiones y parentescos y les ubicaba en otros lugares y situaciones.

El último tramo del recorrido fue en carruaje y también tuvo su encanto. Las extensas y verdes praderas rodeadas de montañas escarpadas consiguieron que pegase la nariz al cristal y no dejase de mirar e imaginar mil y una aventuras. Quizá, después de todo, no iba a ser tan malo dejar Londres, aunque estaba segura de que, a pesar de nuestras eternas discusiones, iba a echar mucho de menos a mi hermano.

Durante el viaje me sacudí, en parte, la tristeza de aquellos últimos meses. Hacer algo que no fuera vagar por la casa como un fantasma ya era un cambio notable. No es que me sintiera feliz, no era eso, mi madre había fallecido en enero, ¿cómo iba a sentirme feliz? Había vertido tantas lágrimas que lo que en realidad sentía era un gran vacío. Aunque contemplar a la gente en su ir y venir y conocer lugares nuevos, le daba a mi alma un pequeño y dulce empujón.

Todo parecía sugerir que mi estancia en Langdale House iba a transcurrir con placidez, pero cuando el carruaje pasó por el camino próximo a las canteras de pizarra, a pocas millas ya de mi destino, me embargó un sentimiento sombrío que no me abandonó casi ni un solo día en los años

siguientes. La visión de una enorme mina a cielo abierto que había devorado parte del monte dejando a la vista su interna desnudez; el riachuelo que transcurría próximo con aguas grises y ferruginosas, y el ambiente lleno de polvo, me llenó de una extraña ansiedad. Cualquiera casa, vía, huerta o árbol que se veía a lo largo del camino mostraba una pátina de suciedad. Tampoco se escuchaba nada propio de una zona de montaña: no había pájaros ni animales, salvajes o domésticos, ni siquiera insectos. La tierra estaba muerta. Nos rodeaba una falsa calma, un enorme vacío, roto por el ininterrumpido sonido de los golpes del metal contra la piedra.

Al abandonar la cantera el paisaje mejoró, pero yo ya me había contagiado de la desolación del lugar y ni los verdes árboles ni el trinar de las aves consiguieron despejar las nubes que habían ensombrecido mi espíritu. Quizá era una premonición de que mi vida se iba a convertir en algo gris y aletargado hasta que mi padre reclamara mi vuelta. Ojalá no.

Ese sentimiento de intensa pesadumbre se mantuvo a la llegada a Langdale House. A lo largo del trayecto había tenido tiempo para imaginar cómo sería mi encuentro con tía Adelaida. Cómo reaccionaría ella, cómo me sentiría yo. Me equivoqué en todas y cada una de mis predicciones. Yo esperaba —ansiaba, más bien— recibir parte del calor humano que me faltaba desde la muerte de mi madre, pero en aquella bienvenida no lo encontré. El recibimiento de la hermana de mi padre fue tan frío como la despedida de este. Me miró de arriba abajo, murmuró algo parecido a que allí me convertiría en una verdadera señorita, me informó de la hora a la que se servía la cena y me envió a mi habitación.

La mujer tenía más que similitudes físicas con mi progenitor. Además de alta, enjuta y de aspecto severo, iba toda vestida de luto —su marido, Arnold Carr, propietario de la cantera que habíamos atravesado, había fallecido a principios de año, pocos días después de que lo hiciera mi madre—, y su ceño fruncido me recordó demasiado al del coronel.

Deseé que hasta ahí llegase el parecido y, mientras me aseaba y vestía para la cena, me repetí una y mil veces que haría todo lo posible para que tía Adelaida me aceptase en su hogar.

Conocí a Florence, la hermana del difunto tío Arnold, a la hora de la cena. Y si en un primer momento creí que con ella todo sería más fácil, pronto me di

cuenta de mi error. La señorita Florence —tía Florence a petición suya—, era una mujer entrada en años que se comportaba como una exasperante niña pequeña: constantes cambios de humor, risitas nerviosas reprendidas inmediatamente por tía Adelaida, comentarios fuera de lugar y rabieta sin motivo. Bajita y regordeta, llevaba un vestido pasado de moda con grandes volantes de tul color malva y un peinado muy recargado lleno de rizos. Su indumentaria me dejó patidifusa, pero cuando sin pensar le pregunté a tía Adelaida por qué no llevaba luto, no me hizo falta una respuesta verbal, su gélida mirada lo dijo todo. Aquel era un tema tabú que yo no debía volver a mencionar.

Tras la cena, ya en mi cuarto, me senté frente al espejo y traté de analizar desde el prisma de mis jóvenes doce años esa situación. La conclusión fue bastante simple: perseveraría. Lograría su aprecio y terminaría por sacar algo bueno de todo aquello.

Ese pensamiento me llevó a otro de manera directa: «Qué suerte ha tenido mi hermano». En general, los hombres, solo por el mero hecho de serlo, tenían siempre ventajas. Él había ido a parar a un colegio y eso, desde mi punto de vista, era infinitamente mejor: «Vería mundo, conocería a gente de su edad, aprendería cosas y maduraría pronto».

Los días fueron pasando como burdas copias mal hechas uno de otro; la vida en Langdale House era monótona y tremendamente gris. Y si de alguna manera constataba que iba pasando el tiempo era por el clima. La primavera, fría y lluviosa, fue dejando paso al verano, a los días largos de sol y a los paseos a escondidas por el campo.

Mi tía Adelaida empleaba la mañana en pulir mis modales y darme clases sobre la perfecta administración del hogar —única instrucción que en todos aquellos años recibiría de ella—, y yo empecé pronto a desear libertad. Así empezaron mis escapadas. Cuando después de la comida, mis tías se retiraban a descansar a sus habitaciones, me encerraba en el antiguo despacho de mi tío, convertido en biblioteca, colocaba unas hojas de papel para evitar que la ventana se cerrase del todo, cogía un chal y un viejo sombrero de paja que había encontrado en el granero y que tenía escondido tras las cortinas —tenía que protegerme el rostro para evitar que el sol lo llenase de pecas y tía Adelaida encontrase un motivo más para reprenderme— y saltaba hasta la

mullida hierba. Tomaba un camino, el que fuera, y comenzaba a caminar. Aquello era lo más parecido a ser libre y lo único que me podía permitir.

Un día de finales de julio, furiosa por una recriminación que a mi juicio no merecía, escapé y comencé a caminar sin pensar en una ruta concreta, sin mirar qué bifurcaciones tomaba y sin marcar los lugares por donde pasaba. Me dejé llevar por un impulso y seguí un camino, remonté una fuerte subida, tomé después una senda pedregosa, crucé un puente y subí hasta lo más alto de una colina. Caminé al menos una hora sin pararme a pensar hasta que me topé con aquel muro de piedra seca que serpenteaba a lo largo de las suaves crestas como si fuera una columna vertebral. Recorrí un trecho acariciando con las puntas de los dedos aquellas lajas irregulares apiladas. Eran viejas, estaban llenas de musgo y parecían a punto de desmoronarse. Sin embargo, allí estaban, aguantando el azote del viento, la lluvia continua y los duros inviernos.

La emoción de encontrar aquella especie de frontera, me hizo distraerme y no pensar en que, si me alejaba de la senda principal, corría el riesgo de perderme. Tras caminar a su lado durante un buen rato, llegué a una zona semiderruida, me levanté las faldas de forma indecorosa, trepé y allí, sobre aquella improvisada atalaya, me detuve a descansar y contemplar el paisaje. Fue emocionante. Nunca había visto nada igual. Los picos que tenía frente a mí eran impresionantes; grandes moles escarpadas que llevaban viendo el mundo desde que era mundo.

Días más tarde averigüé, haciendo preguntas discretas al servicio, que aquel era el muro de Lingmoor Fell y que lo habían construido los habitantes de la región para impedir que el ganado escapara o se desperdigase. Aquella pared de lajas de pizarra, apiladas y encajadas unas con otras formando un bloque —como si fuera una gran serpiente de escamas grises y rugosas tumbada sobre la hierba—, recorría los valles Great Langdale y Little Langdale dividiendo los prados. En el momento en el que llegué a él supe que era una barrera que no debía franquear. Había llegado demasiado lejos, tenía que dar la vuelta.

Asustada ante el castigo que tía Adelaida iba a infligirme si se daba cuenta de que había desaparecido, me precipité en el camino de regreso y acabé perdiéndome del todo, aunque no fui consciente de que no sabía dónde estaba hasta que pasé junto a un cercado que se me antojó familiar.

Y tanto. Ya había pasado por allí. ¿Y ahora qué?

Continué caminando.

La noche y una fina llovizna se me echaron encima y, cuando vi una mansión a lo lejos no dudé en acercarme para que alguien del lugar me indicara la dirección que debía tomar.

Era arriesgado. No sabía quién vivía allí, pero no me quedaba otro remedio. Era eso o pasarme toda la noche dando vueltas por el valle.

Me abrió la puerta un mayordomo entrado en años que se me quedó mirando como si jamás hubiera visto a una niña con el pelo pegado a la cara, el vestido completamente mojado y los zapatos encharcados y llenos de barro.

—Buenas noches, señor. ¿Le importaría indicarme el camino hacia Langdale House?

Él parpadeó un par de veces antes de responder.

—Señorita, ¿qué hace a estas horas caminando sola?

El hombre parecía sorprendido a la vez que preocupado, pero yo me abstuve de confesar que estaba perdida. Tan solo sonreí con amabilidad, me ceñí un poco más el chal mojado y repetí la pregunta:

—No quisiera molestar, solo necesito que me indique hacía donde debo dirigirme para llegar a Langdale House.

Otra voz masculina más joven y enérgica se escuchó desde el interior. Recuerdo que suspiré al oírla, era elegante, distinguida y cautivadora.

—¡Charles! ¿Quién llama a nuestra puerta?

El mayordomo respondió con un tono inexpresivo:

—Nadie, señor, un muchacho perdido. —Se giró con rapidez y me dijo entre susurros—: ¿Ve aquella cima que destaca sobre las estrellas? —Asentí—. Diríjase hacia allí. No está lejos, pronto encontrará la casa. Rápido, ¡váyase!

Estaba de espaldas, todavía concentrada en el camino que me había indicado el mayordomo, cuando aquella segunda voz sonó mucho, muchísimo más cerca.

—¡Charles! ¡Charles! —regañó el desconocido con cierta dulzura—. Estás mal de la vista, no es un muchacho, sino una señorita y está empapada. —Haciendo un gesto me invitó a entrar—. Si es tan amable, pase conmigo al salón, la chimenea está encendida.

La casa estaba prácticamente a oscuras, tan solo un candelabro pequeño de bronce de tres velas permitía que uno no tropezara con los muebles del gran vestíbulo, pero si dudé entre si debía aceptar o no, fue solo un segundo. Estaba

helada, calada hasta los huesos y hambrienta. Mi cerebro no procesó si era o no apropiado ni si existía algún peligro, tan solo me pregunté —aunque una parte en mi interior me decía que no era oportuno siquiera pensarlo—, si los inquilinos de aquella mansión serían tan amables como para prepararme un té.

Ya en el salón corrí hasta la chimenea, recriminándome por dentro entrar de ese modo —curiosamente la voz de mi conciencia era la de tía Adelaida—, una señorita no mostraba tanta efusividad, cualquier movimiento debía ser comedido y refinado, pero yo tenía frío y el fuego... Dejé caer el chal y mi destrozado sombrero y acerqué mis manos para entrar en calor.

Una tenue luz de gas se encendió a mi espalda, la inercia me hizo volverme y entonces fue cuando realmente le vi. La voz no podía quedarle mejor: alto, apuesto, gallardo y sonriente. Yo no estaba acostumbrada a tratar con hombres, salvo con mi padre y mi hermano, y aquella presencia me impactó más de lo que cualquiera habría podido imaginar.

Se acercó despacio y su sonrisa franca cambió a una más estudiada. Sujetó mi brazo por la tela de la manga —sin tocarme— y lo levantó.

—¿Qué tenemos aquí? ¡Santo Dios! Eres un saco de huesos.

Tiré de mi brazo para recuperarlo al mismo tiempo que mi estómago emitía un crujido de proporciones gigantescas. Me abochornó más mi involuntaria reacción que el descaro de aquel hombre, pero levanté el mentón, tal y como habría aprobado mi tía, recogí mi chal del suelo y me apresté a salir por la puerta.

No llegué a rebasarla, el mayordomo estaba parado delante y en sus manos tenía una bandeja con una taza humeante y un plato de galletas.

—Me he tomado la libertad de preparar una taza de té, señor.

—Muy bien, Charles, no hay duda de que a la señorita le hace falta. Por cierto, ¿señorita...?

No contesté en un intento absurdo de manifestar mi indignación.

—Está bien, si no tienes nombre te llamaré como quiera. Señorita Huesos me parece muy apropiado.

Intenté que mi mirada fuera incendiaria, pero eso le hizo reír aún más. Tanto que tuvo que comunicarse con su lacayo con señas para que dejase la bandeja sobre una mesa. Lo despidió, acercó un sillón a la chimenea y ronroneó con un tono que me sonó en aquel instante desconocido, pero que hoy sé que era un vil coqueteo.

—Por favor...

Miré la puerta, miré la chimenea... Me senté, me tomé la taza de té, comí galletas y esperé a que se me secara el vestido. No me acordé de mi tía hasta que él comprobó la hora en su reloj de bolsillo y se ofreció a llevarme a casa.

Londres, 29 de agosto de 1888.
Carruaje de lord Brahn Rheged.

«*H*uesos».

Aquella palabra continuaba haciendo eco en la cabeza de Arabella traqueteando al mismo compás que el carruaje en el que estaba metida. Forzó la vista para intentar tener alguna referencia, pero aquel interior estaba demasiado oscuro; las dos cortinillas estaban cerradas y no había ninguna luz. Pero era él, estaba segura. No podía ser otro.

Aspiró todo el aire que pudo para alejar de sí el ahogo que sentía.

Recuerdos, malditos recuerdos.

«Huesos».

—Te pido disculpas. —Aquella voz se volvió caramelo; más seductora de lo que ella recordaba—. Ya no eres una niña y no debo llamarte así, por más que me guste hacerlo, pero sí me vas a permitir que siga tuteándote. Al fin y al cabo, soy un viejo amigo... —Antes de que Arabella pudiera abrir la boca para objetar algo a eso, una manta de pelo largo cubrió sus rodillas y una chaqueta, que aún mantenía calor humano, fue colocada sobre sus hombros—. Mi querida señorita Blunt, me alegra que nuestros caminos vuelvan a cruzarse. Vas a tener que ponerme al día, ahora que te tengo delante quiero saberlo todo, pero antes debemos aclarar estas circunstancias. Necesito que me digas qué hacías en casa de María de Confranc. ¿Acaso la conoces?

Arabella parpadeó en un intento de volver al presente. Lo que la había llevado hasta aquella casa había quedado, durante unos segundos, relegado a un segundo plano. El reencuentro con lord Rheged había sido un duro golpe a su capacidad humana, esa que comprendía y razonaba y que la había convertido en una mujer seria y decidida. Durante unos instantes, saber que le

tenía delante la había dejado conmocionada y sin respiración, pero al escuchar flotar en el aire el nombre de la baronesa, la realidad regresó de golpe. La sangre, los colmillos, las bocas de los dos... No había cedido bajo su sencillo disfraz de criada, pero la sensación de opresión fue la misma que si lo llevara puesto.

Tragó saliva. Tenía que pensar y rápido antes de contestar a eso. Ya no sabía quién era el hombre que estaba sentado frente a ella; habían transcurrido diez años. Además, la vida le había enseñado a no creer en las casualidades. ¿Qué hacía él en aquella calle frente a la casa de María de Confranc?

—Al parecer, no menos que usted, milord. —Arabella se mordió la lengua nada más decir aquellas palabras. No quería demostrarle que, a pesar de todo el tiempo que había pasado, seguía resentida con él. Había pretendido contestar con una evasiva que diera pie a que él continuara hablando, pero el tono ácido la había delatado.

Él captó el mensaje porque su respuesta fue hecha en voz baja y cautelosa.

—María y yo somos viejos conocidos.

Arabella se mordió el labio y se arrebujó entre las prendas. El miedo la invadió por completo. La oscuridad de alrededor comenzó a pesarle demasiado.

—¿Conoce mucho a la baronesa?

—Arabella... —reprendió él con un tono mucho más grave—, no podemos andar con juegucitos, necesito que me cuentes por qué has salido corriendo de allí vestida como una criada. Melquisedec no tardará en seguirnos el rastro y si quiero protegerte, he de saber a qué me enfrento.

Arabella le sintió acercarse y se tensó aún más.

—¿Usted...? —Le tembló la voz—. ¿Usted es como ella? ¿También bebe sangre?

Eso lo desarmó. Lord Rheged esperaba en lo más profundo que Arabella hubiera salido corriendo de aquella casa por otros motivos: una disputa doméstica, un malentendido, incluso que hubiera huido porque una plaga de ratas hubiera infestado la casa, pero no, Arabella parecía haber descubierto la verdad.

Algo le empujó a no seguir esa línea de conversación.

—¿Por qué trabajas para ella?

—Mi hermano ha desaparecido —balbuceó Arabella como respuesta.

Él tardó en continuar con el interrogatorio, intentaba atar cabos.

—¿Y tú le buscabas en casa de María? ¿Por qué? ¿Crees que se conocían?

—Su diario... —La voz se le apagó.

Lord Rheged era consciente de que la estaba presionando, pero necesitaba respuestas.

—Arabella, ¿qué te hizo salir corriendo?

Ella tardó en encontrar la manera de contarlo. Lo que había visto era demasiado retorcido para expresarlo con palabras. Seguro que él no iba a creerla.

—Yo la vi a través del espejo, ella... Había sangre en su boca y el hombre... —la lengua se le trabó y su voz volvió a extinguirse.

A lord Rheged le subió la bilis a la garganta, lo que Arabella insinuaba era que había descubierto de muy mala forma un secreto ancestral. Por un momento abandonó la etiqueta y la sujetó por los hombros.

—¿La has visto transformada?

Ella abrió la boca para responder, pero no emitió ningún sonido. Intentó liberarse de sus manos pegándose totalmente al respaldo y él se lo permitió.

—¿Eres como ella? —El tuteo le salió sin querer.

Él intentó reconfortarla suavizando el tono de su voz.

—No más secretos. En memoria de nuestra amistad seré franco contigo. Sí, soy como ella, el mismo tipo de monstruo infame, pero también lo era hace diez años cuando nos vimos por primera vez y creo recordar que llegamos a ser muy buenos amigos. Así que tranquilízate y cuéntamelo todo, estoy aquí y te protegeré, si fuera necesario, con mi vida.

No pudo añadir nada más para serenarla. La oscuridad que envolvía a Arabella comenzó a girar a su alrededor hasta que la engulló e hizo que se desmayara en sus brazos.

La vida está llena de sorpresas

«Amigos. Llegamos a ser muy buenos amigos».
Aquellas palabras querían quedarse y llevarse mi
miedo, pero el mundo que yo conocía se estaba
desmoronando por momentos.

*Cumbria, verano de 1878.
Langdale House.*

A pesar de que le pedí a mi acompañante que detuviera el *gig* lo suficientemente lejos de Langdale House como para que mis tías no se dieran cuenta de mi regreso, no tuve esa suerte. Florence se había retirado a su habitación, pero tía Adelaida estaba sentada frente a la ventana por la que había escapado. Me esperaba.

No tuve más remedio que explicarle el porqué de mi ausencia, aunque juzgué oportuno omitir la última parte. Si tía Adelaida se enteraba de que había invadido la casa de un vecino y que había estado sola, sin acompañante, en compañía de un hombre, me habría atado a una silla hasta cumplir los dieciséis. No me sentí orgullosa por mentir, odio las mentiras, pero sabía que de un modo u otro tendría mi castigo por escapar sin permiso, así que resolví contar una verdad a medias para minimizarlo. Le dije que había salido a dar un paseo y me había perdido.

Mi tía es una mujer tremendamente comedida y no hubo ningún reproche, tan solo me indicó que pondría al corriente a mi padre y que yo tendría que reflexionar sobre lo intolerable de mi comportamiento. Y ese fue mi castigo: tiempo para pensar. Me pidió que la siguiera escaleras arriba hasta una habitación del último piso que apenas tenía muebles —tan solo una silla, una manta y un viejo colchón de lana que había vivido tiempos mejores—, me indicó que al día siguiente me traerían el desayuno y cerró la puerta.

Sin libros, sin costura, sin ningún compañero de juegos o alguien que me

diera conversación... Nada. Acerqué la silla a la pared para ver si podía, al menos, alcanzar la ventana y contemplar el paisaje. Imposible, mi celda había sido elegida a la perfección.

Tres días pasé en aquella habitación. Tres días contando los desconchones de la pared e imaginando que eran siluetas de objetos o de animales: un gato, una tetera, una flor... Los miraba fijamente y les daba forma hasta transformarlos en aquello que yo quería ver en ellos. Tres días pensando en aquel muro de piedra y soñando con las agrestes montañas, pero, sobre todo, tres días imaginando qué estaría haciendo aquel caballero en su mansión: leyendo el periódico, tomando té, recibiendo visitas... Y no sé cuánto tiempo más habría esperado mi tía para sacarme de allí si no hubiera pasado algo del todo inusual; Landgale House tenía una visita. Un tal lord Brahn Rheged, pariente lejano del Conde de Westmorland y undécimo barón de Ravenstonedale, que se había instalado en Brimstone Hall, una finca cercana, pasaría a tomar el té de la tarde.

Tía Adelaida no parecía del todo convencida. La escuché comentar con Florence que además de parecerle inapropiada la visita por estar de luto, ella no recordaba a ninguna familia con ese nombre en la región, pero su cuñada no prestó atención. Estaba como loca, excitada como una adolescente por la inminente llegada de un desconocido. Su procedencia y el motivo de su visita eran lo de menos, aquel hombre era un barón.

Para mí lo único importante fue que aquello puso fin a mi castigo. Me sacaron del encierro, me obligaron a tomar un baño —en realidad no fue una obligación, lo tomé de buen grado después de mi forzada reclusión— y, aunque no tenía edad para llevarlo, me colocaron un viejo vestido de luto blanco con adornos negros, que no sé a quién pertenecía y que, por cierto, me venía bastante grande.

Las instrucciones eran claras: levantarse cuando entrara milord, inclinar la cabeza y flexionar un poco las rodillas para hacer una reverencia, sentarme mirando al suelo y esperar a que el invitado se marchara para despedirme del mismo modo. Todo eso en el más absoluto silencio.

Recuerdo que le juré a mi tía que podía hacerlo.

Ensayé hasta que a ella le pareció que lo hacía de forma apropiada y se olvidó de mi hasta la hora del té. No podía salir, me lo había prohibido, pero

me acerqué a la ventana para pasar el tiempo contemplando el paisaje. No disfruté mucho; la niebla impedía ver lo que ocurría alrededor de la casa, el ambiente era tan plomizo que parecía estar a punto de anochecer.

Menuda tarde para una visita.

Creo que mi tía hubiera querido matarme cuando trastabillé delante del invitado, pero es que yo no podía creerlo: lord Rheged, el «nosecuántos» barón de Ravenstonedale, era el hombre que me había llamado saco de huesos, que me había ofrecido su chimenea y un té y que después me había traído a casa.

Conseguí hacer mi papel, reverencia y saludo formal, aunque por dentro estaba temblando; una palabra suya y yo pasaría el resto de mis días en aquel ático. No dijo nada. ¿Acaso no me había reconocido? Aspiré profundamente, lo que me valió una reprimenda visual de tía Adelaida que habría congelado a cualquier mortal. No me importó, yo tenía que recomponerme de alguna manera y sacar fuerzas para comprobarlo.

Cuando se acomodaron frente a la ventana, dejándome abandonada en aquel sillón que mi tía había colocado para mí al fondo de la sala, me envalentoné al creer que me ignoraban y, con el corazón latiendo fuerte, lo miré —de reojo y sin mover la cabeza para que mi tía no se percatara de mi indiscreción—, y al descubrir que él tenía los ojos fijos en mí y que una sonrisa de labios apretados, un escalofrío me erizó la piel. Sí, él sabía quién era yo, pero se convirtió en mi cómplice por algún motivo que no comprendí.

Fue encantador a pesar de las circunstancias. La fría cortesía de tía Adelaida dejó mucho que desear y Florence —tía Florence— no dejaba de ponerle ojitos y forzar de forma dramática un flirteo del todo indecoroso.

Yo estuve atenta a la conversación —que, por cierto, salvo algunos comentarios del todo azarosos hechos por tía Florence, fue educada y trivial, como correspondía entre vecinos—, pero, aunque me mantuve lo más quieta posible para que siguieran ignorándome como habían hecho desde que llegara el invitado, desde mi rincón les observé todo cuanto pude; la curiosidad me estaba matando. Él me pilló muchas veces, por no decir todas, y siempre me regaló una encantadora sonrisa.

El día de mi visita a Brimstone Hall, así se llamaba aquella casa, estaba tan superada por la situación que no me fijé en su altura y su atlética constitución.

Ni siquiera, aunque lo había intentado después en mi encierro, había podido recordar bien su rostro.

Era muy atractivo.

De cabello oscuro y largo hasta los hombros, un tanto pasado de moda, pero que le daba el aspecto de un joven poeta, lord Rheged, undécimo barón de Ravenstonedale, tenía movimientos pausados, aunque algo teatrales. Todo estaba muy medido en él, sin embargo no parecía afectado. Era elegante y de carácter reposado. Un caballero de alta cuna, no cabía duda.

Cuando llegó el momento de marcharse, lord Rheged se plantó ante mí e inclinó la cabeza a modo de despedida. Le miré a la cara, aun a riesgo de tener que quedarme encerrada unos días más, y obtuve mi recompensa: me guiñó un ojo. Solo entonces pude respirar tranquila; él no me había delatado ni pensaba hacerlo.

Nada más salir por la puerta, Florence se abalanzó sobre la ventana para continuar contemplándole en la lejanía, aunque lo más seguro era que no viera nada, la niebla había tomado posiciones y acorralado la casa.

—Me encantaría que volviera a visitarnos —murmuró la mujer mientras observaba el borrón en el que se había convertido el barón subir al coche, fustigar a su caballo y perderse entre la niebla—. Es tan apuesto... —suspiró.

Tía Florence era digna de ver. Tenía la mirada soñadora, las mejillas arreboladas de una debutante en su gran noche y actuaba de forma, incluso, más dramática, que si estuviera declamando sobre el escenario una obra de Shakespeare.

—¿Habré llamado su atención? —le preguntó a su cuñada.

Tía Adelaida la fulminó con la mirada antes de hablar.

—Florence, compórtate. Menudo ejemplo le estás dando a la niña.

Florence no escuchaba, en ese instante no estaba allí sino veinte años atrás. Ladeó la cabeza y la apoyó en la palma de su mano mientras entornaba los ojos y se concentraba en el dulce momento que, seguro, estaba viviendo en su interior.

—Daría cualquier cosa por dar un paseo con él en su coche —murmuró.

Si hubiera sabido que tres días antes yo iba sentada en aquel pescante... Pensar que mi cara podía delatarme me hizo bajar la cabeza.

De repente, todo cambió. Y fue tan explosivo que tía Adelaida, que era fría como un témpano, cuadró un poco más los hombros y arqueó una ceja con sorpresa al contemplar la transformación de su cuñada. Su tono almibarado y

la expresión risueña desaparecieron, su rostro se desencajó y la hostilidad llegó como cuando de improviso te sorprende un chaparrón. Algo se había fraguado en ese su mundo adolescente interior que la había perturbado sobremanera.

—Si vuelve, tendremos que esconder a Arabella —murmuró destilando odio mientras miraba en mi dirección.

Ese desajuste en sus pensamientos dio un nuevo giro de tuerca, de nuevo para peor. Con cuatro zancadas poco elegantes se plantó ante mí y, por lo brusco de sus movimientos, por un momento pensé que iba a cruzarme la cara. Incluso debió pensarlo tía Adelaida, porque se levantó con cierta alarma.

—No creas que no me he dado cuenta, niña. —Cuánto veneno—. Lord Rheged no ha dejado de mirarte y tú también a él.

Tía Adelaida intervino suavizando la voz, como si con ello pudiera calmar a la fiera que se había despertado en su cuñada.

—Déjala, Florence. Arabella es aún muy niña.

—Pronto será casadera —respondió ella con rabia.

Y el mazazo. Tía Adelaida siempre tan certera.

—Arabella nunca se casará. Su destino es quedarse aquí y cuidar de nosotras. Así lo pacté con mi hermano.

Me importó bien poco que mi tía me llamara o que intentase interponerse en mi camino. Me zafé de entre sus manos; tenía que salir de allí como fuera. Corrí por el pasillo, entré al despacho de mi tío y coloqué una silla contra el picaporte para detener a cualquiera que intentara abrir aquella puerta.

El aire de la tarde era húmedo y los árboles del jardín se mostraban como fantasmas al estar envueltos por la niebla, pero aun así salté por la ventana en busca de un soplo de libertad. Precisaba de un lugar tranquilo donde nadie pudiera encontrarme, necesitaba sacar de dentro ese peso que me impedía respirar.

Así que aquella iba a ser mi responsabilidad, quedarme en aquel lugar perdido del mundo a cuidar de dos viejas hasta que murieran. ¿Cómo había cedido mi padre a semejante despropósito? ¿Acaso yo no tenía derecho a una vida propia por miserable que fuera? Maldita mi condición de mujer, maldito coronel, maldito destino.

Corrí sin saber hacia dónde dejándome abrazar por la niebla lanosa y húmeda, hasta que una figura surgió entre las espirales brumosas que me rodeaban y se interpuso en mi camino. Me asusté.

—Buenas tardes, señorita Huesos. —La aparición se inclinó con gran ceremonia—. ¿O debo llamarte Arabella Blunt?

Me recompuse como pude, aunque mi aspecto debía ser deplorable con aquel horrible vestido y los grandes lagrimones bañando mi rostro. Le saludé correspondiéndole con una de mis estúpidas y ensayadas reverencias.

—Milord.

Él hizo un gesto de la mano como quitándole importancia a la vehemencia de mi saludo.

—Me tenías preocupado, Huesos. —Había humor en sus palabras—. Te invité a que volvieras a mi casa cuando quisieras, pero, aunque no esperaba que fuera de inmediato, al no verte durante tres días seguidos me temí que hubieran descubierto tu escapada... —Cortó de golpe su discurso y su voz sonó preocupada de veras—. Arabella, ¿por qué lloras?

Hizo ademán de acercarse a mí.

Yo di un paso atrás, en ese momento lo que no quería era que me compadecieran. La rabia me recorría las venas.

Tragué saliva, desde luego no iba a contarle que me había convertido en prisionera de mi destino, eso todavía necesitaba digerirlo. Tenía que buscar cualquier otra excusa y tenía que hacerlo pronto.

La que encontré no pareció convencerle.

—No podré volver a su casa, milord, me han prohibido salir a dar paseos. Es malo para mi salud.

Sentí que me observaba como si pudiera valorar cuánta verdad había en mis palabras.

—No veo que pueda ser nocivo. Un poco de sol —carraspeó— no debería poder matar a nadie. ¿A ti te gusta pasear?

—Sí, milord, me gusta, y no es por el sol, lo que ocurre es que mi constitución me impide hacer grandes esfuerzos.

Seguía allí, frente a mí, desnudando mi alma con su mirada. Los ojos volvieron a llenármeme de lágrimas y tuve bajar la cabeza y fijarme en mis pies para que no lo viera.

—Entiendo, Arabella—claudicó tras unos segundos—. En cualquier caso, mi casa continúa con las puertas abiertas para ti.

—Gracias, milord. Me encantaría volver, pero va a resultarme imposible hacerlo, yo...

Levanté la vista. Había desaparecido.

Tres días más tarde comprendí que, aunque yo me había rendido, otros no lo habían hecho. Tía Adelaida me llamó a su saloncito de costura y me dijo que lord Rheged había solicitado mi presencia en su casa. Al parecer, su sobrina iba a pasar allí una temporada, tenía mi edad y nadie con quien pasar las tardes.

Incluso a mi ingenuidad infantil aquel hecho le sonó un tanto inverosímil, pero era un soplo de libertad que no estaba dispuesta a rechazar.

Londres, 29 de agosto de 1888.

Domicilio de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Cuando Arabella abrió los ojos se encontró en un pequeño y oscuro salón confortablemente tumbada en un sofá frente a una chimenea encendida. Aún no había terminado el verano y no hacía tanto frío como para que un fuego fuera necesario, pero lo agradeció porque su vestido y su pelo aún estaban húmedos. Además, aquellas llamas calentaban su ánimo; propagaban un calor agradable y hogareño que hizo que se sintiera un poco más como en casa.

Sin moverse hizo un chequeo de la situación. Tenía la boca seca y se sentía algo mareada, por lo demás estaba bien. Entera al menos. Con un ligero movimiento de los dedos acarició la manta de pelo que aún la cubría de cintura para abajo y su tacto le hizo recordar el momento en el que se la habían puesto sobre las rodillas.

«El carruaje».

Sintió una opresión en el pecho cuando todo lo ocurrido regresó de golpe.

«Lord Rheged».

Cerró los ojos y prestó atención, pero solo escuchó el crepitar de la leña prendida en el hogar.

¿Estaba sola?

Respiró despacio y desde aquel sofá comenzó a examinar lo poco que se veía —la única luz era la del fuego encendido— en la penumbra de aquella habitación. No tenía ni idea de dónde se encontraba, pero lo más sensato era salir de allí antes de que lord Rheged regresase. Se incorporó.

—No tan rápido —murmuró una voz masculina desde un rincón entre las sombras— o volverás a desmayarte. ¿Necesitas ayuda?

—No —respondió ella titubeante mientras bajaba los pies hasta el suelo y apoyaba la espalda en el respaldo para sentarse de manera decorosa—.

¿Dónde estoy?

—En mi casa.

Arabella miró de reojo hacia el rincón. Aquel tono socarrón le recordó sin remedio al lord Rheged que ella conoció en Cumbria.

Le siguió el juego.

—¿Y eso está en...?

—Un callejón tranquilo situado a una manzana de Whitechapel Road.

—¿Estamos en el barrio de Whitechapel? —Hubo alarma en su voz.

—En un lóbrego callejón, una oscura e intransitada calle en la que ni las ratas se atreven a internarse.

Al ver en su cara verdadero espanto, él abandonó el tono dramático —Arabella no parecía estar para bromas—, se aclaró la garganta y ya con seriedad, dijo:

—Es un lugar donde nadie hace preguntas, Arabella. Aquí a nadie le importa quién es su vecino, solo se preocupa por sobrevivir.

Ella lo miró con un gesto de reproche. Aquel tipo de bromas le traían muchos recuerdos —no era la primera vez que él actuaba de manera exagerada para contarle una historia de miedo delante del fuego—, sin embargo, esa noche habían pasado demasiadas cosas como para que lord Rheged consiguiera hacerla reír. Se tomó unos instantes para pensar y se centró en el crepitar de las llamas. Estaba en el East End, en un barrio marginal y peligroso donde se comerciaba con la carne de las mujeres y se mataba por unos pocos peniques, donde la policía se negaba a entrar a menos que fueran en grupo. No era un buen sitio; la compañía tampoco podía decirse que fuera mejor.

Volvió a mirar hacia las sombras preguntándose qué clase de monstruo se escondía allí y sintió un escalofrío que recorrió su espalda de arriba abajo.

Como si le hubiera leído el pensamiento, el barón dijo:

—¿Puedo acercarme, Arabella? Sé que ahora mismo me quieres lejos, pero creo que sería mejor que me colocase en un lugar donde pudieras verme.

«Quiero que recuerdes al amigo que un día fui».

El corazón de Arabella empezó a agitarse y a golpearle en el pecho antes incluso de que él se levantara. Se aferró a la manta —era lo único que tenía a mano— y la subió para cubrirse hasta la nariz.

Cuando él se sentó en un sillón cercano y la miró tuvo que sonreír. Por encima de aquella manta solo se veía una masa de cabellos despeinados —de

su moño pulcro y bajo solo quedaba una trenza de la que escapaban guedejas por todas partes— y unos ojos enormes y asustados. Parecía un ratón que sabe que está a punto de ser atrapado por un ave rapaz.

—¿Y bien? ¿Se te ha comido la lengua el gato?

Menudo truhan. Al menos en eso, lord Rheged no había cambiado, siempre había sabido qué decir para hacerla saltar. Se mordió la lengua para no replicar y aprovechó ese momento de respiro para examinarle con detenimiento. Era tan alto y apuesto como recordaba, aunque ya no llevaba el pelo tan largo y su vestimenta era más a la moda. Su mirada, su intensa mirada, contenía la sabiduría que da una larga vida, pero su rostro continuaba manteniendo un aire despreocupado y juvenil.

—No ha cambiado usted nada, milord —respondió Arabella en voz baja.

—¿Arabella, sería muy complicado que me llamases por mi nombre de pila? —interrumpió lord Rheged.

—No sería apropiado, señor.

Él cerró los ojos un instante.

—No sería apropiado —repitió con voz cansada—. Está bien, dejaremos eso para más adelante. Ahora, cuéntame, ¿qué hacías en casa de María?

Ella se obligó a respirar despacio. En el coche él había admitido que no era humano y, por mucho que pareciera que no iba a saltar sobre su cuello —lo tenía enfrente, acomodado en un sillón, con la espalda apoyada en el respaldo y las piernas bien estiradas—, no podía relajarse, tenía que hacer callar esa vocecita que le decía que había encontrado a un amigo de la infancia.

Miró a su alrededor. Se había acostumbrado a la luz y pudo hacerse una idea de la distancia hasta la puerta.

«Demasiado lejos, maldita sea».

Con la sensación de que tenía que ganar tiempo como fuera, Arabella empezó a contar su historia despacio.

—No sé si recordará que James y yo nos carteábamos —dijo con voz trémula. Le vio asentir y prosiguió—, pues hace dos meses sus cartas dejaron de llegar y, preocupada, contacté con una vieja criada que cuando mi padre cerró la casa para irse a Afganistán, pasó a formar parte del servicio de mi tío lord Horace, el tutor de mi hermano. Su respuesta me alarmó; en Londres tampoco sabían nada de sus andanzas.

—¿En sus últimas cartas notaste algo extraño? —La calidez con la que fue hecha la pregunta hizo que Arabella respondiera con sinceridad.

—No, realmente, no. Pero en ellas mi hermano nunca contaba cosas personales, se limitaba a informarme de los cotilleos de sus amigos, de las exposiciones que visitaba, de los grandes acontecimientos a los que era invitado... De su vida en la ciudad.

—Sigue, por favor.

Una nueva sonrisa, otra mirada afectuosa. Él quería que ella se sintiera a salvo.

—Como iba diciendo, me alarmé. Y pensé que lo más sensato, a falta de la presencia de mi padre, era poner estos hechos en conocimiento de mi tía Adelaida. Ella le quitó importancia, a sus ojos mi hermano es un hombre adulto y tiene libertad para ir y venir, pero yo insistí y le pedí permiso para viajar a la capital. Me lo negó. Discutimos y eso me hizo salir de allí aún más decidida a buscarle.

—¿Discutisteis?

Arabella dudó si debía responder con la verdad. Notaba que su corazón estaba recuperando un ritmo normal, —el calor del fuego y el ambiente tranquilo habían conseguido relajarla— y lord Rheged parecía genuinamente preocupado, pero... los asuntos familiares se quedan en la familia. Él no tenía por qué saber que su tía le había dicho que, si salía por aquella puerta, no se le ocurriera regresar.

El giro en la conversación le sorprendió y la sacó de golpe de aquellos pensamientos.

—¿Cuántos años tienes, Arabella?

—Veintidós.

Le vio asentir.

—Sigue por favor, disculpa la interrupción.

—Cuando llegué a las habitaciones que mi hermano tenía alquiladas en Londres me encontré a una casera muy malhumorada porque se le debían dos meses de arriendo. Le pagué las deudas y me instalé allí. Registré todo el piso en busca de algo que me diera alguna pista, pero no di con ninguna hasta que encontré su diario.

—¿Por qué no acudiste a tu tío?

De nuevo una pregunta que no esperaba, aunque esta vez ella respondió sin pensar en una excusa que no evidenciara cuál era su verdadera situación.

—Tía Adelaida me advirtió que le escribiría para que no me diera cobijo en su casa. Así me daría cuenta de lo desagradecida que había sido con ella.

Tras decir aquello, agachó la cabeza. Tenía que haberse mordido la lengua. Si seguía así, él terminaría por averiguar que estaba sola en Londres, y no era eso lo que buscaba.

—¿Y tu padre?

Ahora no podía mentir. Lord Rheged ya sabía que el coronel había abandonado a su hija al morir su esposa. Convertirle en un padre preocupado habría sonado engañoso por de más.

—Cuando terminó la ocupación de Afganistán, se enroló en la guerra anglo-egipcia. Ahora es consejero militar en El Cairo.

—Perdona la interrupción, no es mi intención que tengamos dos conversaciones a la vez, pero hace tanto que no te veo, que no puedo evitar querer saberlo todo. Has dicho que encontraste un diario, ¿lo leíste? — Arabella asintió y su cara se descompuso de tal forma que él se inclinó hacia delante con el semblante preocupado—. ¿Qué había en él?

—Sospechas, incoherencias, delirios y fantasías. —Al ver que lord Rheged arqueaba una de sus perfectas cejas, añadió—: Apuntes sobre... —tuvo que tragar saliva para terminar la frase— el vampirismo.

Él no pareció extrañarse lo más mínimo. ¿Cómo iba a hacerlo? Era uno de ellos.

—¿Podría verlo?

—Está en el apartamento de mi hermano. Pero sí, por qué no.

En ese momento un ruido de pasos hizo que Arabella se volviera hacia la puerta. Una jovencita con pinta de estar recién levantada, entraba con una bandeja en el salón.

Ella sonrió al verlos sentados frente a la chimenea. Pareció no sorprenderse en absoluto. Al contrario, su rostro floreció como si hubiera visto a una pareja de hermosos ángeles hablando sobre la belleza de la eternidad.

Lord Rheged se levantó enseguida a ayudarla. La pobre no debía de tener mucha práctica, parecía que la tetera y las tazas iban a salir volando en cualquier momento.

—Suke, ¿qué haces levantada? —riñó lord Rheged con suavidad cuando hubo afianzado la bandeja.

—Escuché que tenía usted una invitada y pensé que les vendría bien una taza de té.

Cuando sus manos quedaron libres, estiró de las faldas de su vestido e hizo una reverencia desastrosa mientras miraba a Arabella.

—Señora —dijo mientras recuperaba su posición erguida. Se volvió hacia su patrón con una gran sonrisa en sus labios—. ¿La mujer se queda a dormir?

—Sí, Suke, se queda.

Ella titubeó antes de preguntar entre susurros.

—¿En su cuarto? —Y bajó un poco más la voz—. Es muy guapa.

Él sonrió complacido.

—No seas descarada, Suke —regañó con cariño—, la señorita Blunt es una vieja amiga, además de una dama. La instalaremos en la habitación del fondo. La del papel pintado de color azul.

—Iré a prepararla.

—Deberías estar durmiendo, es muy tarde. Yo lo haré.

—No, milord. Eso es cosa mía. Le avisaré cuando esté lista.

Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, Arabella se puso en pie.

—No voy a quedarme.

Él hizo caso omiso de sus palabras y se dispuso a servir dos tazas de té con una pasmosa tranquilidad. No le hizo falta preguntar si quería azúcar o leche, sabía con exactitud cómo le gustaba.

—¿Me ha escuchado? —Arabella dio un par de pasos en su dirección—, no voy a quedarme.

La mirada que le dedicó Rheged mientras ponía una taza humeante en sus manos, le trajo muchos recuerdos.

—Antes no te importaba pasar tiempo conmigo. Es más, diría que hasta te gustaba.

Mi refugio

Pues claro que me gustaba.
Sin buscarlo, lord Rheged se convirtió en mi vía de escape y, aunque no podía contarle todo aquello que pasaba por mi cabeza, empecé a considerarle mi único amigo.

*Cumbria, verano de 1878.
Brimstone Hall, residencia de lord Rheged.*

—*B*uenas tardes, pequeña Huesos. ¿Qué te trae por aquí?

La pregunta fue hecha con despreocupación, como si a lord Rheged le sorprendiera el hecho de verme plantada en mitad de su salón, a pesar de que había usado su posición para que me presentara en su casa.

Intenté decir algo y mi voz no quiso salir, tan solo boqueé como un pez. Tía Adelaida me había dado más de una docena de instrucciones sobre qué debía responder y cómo comportarme, pero conforme me había ido acercando a la gran casa, las había olvidado todas.

Cuando salí de Langdale House me sentí eufórica por poder abandonar, al menos durante unas horas, aquella habitación gris donde yo pasaba las tardes dando unas puntadas que al día siguiente serían criticadas por mi tía. Penélope tejía de día y destejía de noche mientras esperaba a Ulises, yo bordaba pequeños monogramas para después deshacerlos porque nunca estaban a la altura. Pero, por fin, tras la nota de lord Rheged, se abrió una puerta para escapar a mi monotonía y deseé con ilusión fugarme a través de ella. Solo recé porque su sobrina no fuera tan insufrible que me arrepintiera en cada escapada y que tuviera que buscar cualquier excusa para regresar a mis patéticos bordados.

Sin embargo, cuando vi los muros de Brimstone Hall entre los árboles fue como si el invierno hubiera invadido cada rincón. La primera vez que pisé

aquella propiedad era de noche y únicamente pude ver una silueta enorme, negra y rotunda. Apenas había luz, yo estaba mojada y cansada, y solo pensé que era una vieja casa. Pero en pleno día, aquellas paredes me intimidaron hasta el punto de frenarme y casi desear dar la vuelta.

Aquel inhóspito lugar me puso sin querer en guardia.

El jardín, descuidado por la falta de unas manos que dirigieran su caótico crecimiento, era una explosión de tonos verdes que invadía cada rincón. Yo no tenía demasiados conocimientos para diferenciar las distintas variedades, pero había tilos, ciruelos y hasta un membrillo, y también una tupida muralla de ortigas que disuadían a cualquiera que quisiera salirse del camino. Y en mitad de ese derroche de vegetación, la casa, un viejo monolito de piedra gris con tejado a dos aguas, salpicado con ventanas de marcos blancos y cristales emplomados, cubierto parcialmente por el esqueleto gigante de una hiedra que no volvería a brotar jamás.

Un jardín con tanta vida, una casa que parecía un mausoleo.

Me estremecí.

Aquella soleada tarde de junio se transformó de repente en un desapacible día de otoño, y no mejoró cuando me abrieron la puerta del caserón. El vestíbulo estaba oscuro y frío, y el mayordomo, Charles, aunque correcto, volvió a mostrar cierta reserva ante mi presencia. Solo cuando le dije que lord Rheged me había hecho llamar, se apartó y me dejó pasar.

Y ahora que estaba en aquel gran salón y le tenía delante, mi decisión flaqueó.

—¿No respondes?

Miré a mi alrededor. La chimenea estaba apagada y la única luz de aquella tarde estival era un pequeño rayo de sol muy débil que se filtraba entre las cortinas. El resto de la sala estaba sumido en las sombras y solo acerté a ver los contornos de los muebles, pero conforme me fui acostumbrando a la penumbra logré distinguirlo en un rincón. Estaba de pie, apoyado en el respaldo de un sillón como si posara para un cuadro. Sonreía.

—Usted le dijo a mi tía que una sobrina suya requería de mi compañía.

Le vi relajarse un poco más.

—Fue una pequeña mentirijilla, Huesos, solo te compré ratos de libertad. No hay ninguna sobrina ni la necesidad de que pases las tardes aquí metida.

—¿Ah, no? —La decepción en mi voz se escuchó muy real, desde que él visitara a mis tías, me había hecho ilusiones de volver a verle. Sentía

curiosidad hacia su persona. Me tenía fascinada su gallardía, su educación, aquel porte aristocrático que tienen quienes han visto mucho mundo, pero, al mismo tiempo, me llamaba la atención cómo alguien como él, tan brillante, podía vivir solo en aquel lugar apartado. ¿Por qué permanecía recluido en aquel caserón? Tras saber que iba a visitarle había preguntado a los sirvientes de tía Adelaida —no había nadie que tuviera más información que los criados de una casa— y salvo aquella visita a Langdale House parecía que él no salía de su residencia para nada.

—No, Arabella. Puedes usar tu tiempo como quieras.

—¿No quiere que venga?

Debí parecerle boba porque se rio con ganas.

—No es eso, Huesos, me pareciste tan triste la otra tarde que le estuve dando vueltas a la forma de arreglarlo. Si te apetece pasear por los prados ya no tendrás que dar explicaciones, yo te cubriré las espaldas. Aunque, por otra parte, quiero que sepas que me encantaría recibir de vez en cuando tus visitas. Esta casa está muy vacía, como ves, y yo disfruto con tu compañía.

Parecía estar tomándome el pelo y me enojé.

—No sea ridículo, ¿por qué iba usted a disfrutar de la compañía de alguien como yo?

—¿Y por qué no?

Pisé con la punta del pie derecho y empecé a hacer girar el talón. Mi tía me habría fulminado en el acto por hacer ese gesto de impaciencia.

—Porque usted debe estar acostumbrado a la compañía de damas ingeniosas e irresistibles que sigan su conversación, y yo solo soy una niña.

En aquel momento no era consciente de esos pequeños detalles, pero ahora que pienso en ello me doy cuenta de cómo evitaba el sol. Cuando el pequeño rayo de luz que partía en dos la habitación desapareció tras una nube y se oscureció de forma repentina la sala, se derribó aquella barrera invisible que nos separaba y se acercó a mí. Tanto que tuve que levantar la cabeza.

—Así que crees que no eres una compañía interesante.

—Solo soy una niña —repetí— y no tengo nada que contar. Tía Adelaida dice que soy una gran decepción, que no parezco hija de su hermano.

Ví como su rostro se tornaba sombrío. No parecía gustarle el giro que estaba tomando la conversación.

—¿Crees que ella es una persona atractiva? ¿Qué tiene una conversación interesante? —Negué efusivamente y su sonrisa regresó—. Uno se vuelve

ingenioso e irresistible cuando enriquece su vida interior, cuando tiene una mente fascinante que compartir.

Torcí la boca. Yo no era una de esas personas. Y ahora que sabía que mi destino estaba escrito como dama de compañía hasta el fin de mis días, no dejaba de pensar en que mi vida iba a ser de lo más triste y gris. Todo a mi alrededor auguraba que mi juventud y mi curiosidad se marchitarían junto a mis tías con el paso de los años.

Aquellos pensamientos me hacían rebelarme.

—¿Y cómo haré yo eso? Mi tía solo me enseña lo que no debo pensar, decir o sentir. Si al menos me permitiera tocar los libros del antiguo despacho de tío Arnold para que pudiera aprender algo por mi cuenta...

Él pareció sorprenderse.

—Así que no se te permite ni siquiera leer. ¿Y en que empleas tus tardes, Huesos? ¿Qué haces para matar el tiempo?

—Aprender a bordar.

La poca efusividad de mi respuesta hizo que lord Rheged me mirase con pena.

Se quedó pensativo y tamborileó sobre su pierna unos segundos antes de decir con ánimo:

—Sígueme.

Tuve que correr para alcanzarle; una de sus zancadas era tres de mis pasos.

Cruzó el vestíbulo y abrió la puerta que estaba justo enfrente de la del salón.

—*Debes ser lo que quieres ser.*

—¿Qué?

—*Nunca te imagines que siendo distinta a lo que los demás creen que eres serías diferente de lo que habrías sido si creyeran que eres de otra manera o algo así, quizá me haya saltado alguna parte.*

Arabella puso cara de no entender nada.

—¿No has leído a *Alicia en el país de las maravillas*? —preguntó sin disimular su asombro.

—No, milord.

Torcí la boca y se quedó pensativo unos pocos segundos.

—¿La sirenita?

—No.

Se agachó hasta ponerse a la altura de mis ojos.

—*¿Los tres mosqueteros?*

No me atreví a negar en voz alta por tercera vez y simplemente moví la cabeza.

El undécimo barón de Ravenstonedale se irguió en toda su altura y me miró con curiosidad. Me acarició la cabeza y murmuró en voz muy baja: —«Tendremos que arreglar este desaguisado».

Volvió a sonreír y con un gesto me invitó a entrar.

—¿Quieres cultivarte? Puedes usar mi biblioteca.

Después rio más aún al verme con la boca abierta mientras admiraba aquella sala. Había libros por todas partes.

—¿Me orientaría usted? —pregunté todavía conmocionada. Había tanto que no sabía por dónde empezar.

—Con mucho gusto. Es más, dispongo de bastante tiempo libre y me pongo a tu disposición para incluso hacer de preceptor. Si me aceptas, claro.

No pensé en aquel momento qué podía depararme aquello, pero me sonó a música celestial. Así que respondí asintiendo con efusión, lo que le hizo reír, y adelanté mi mano para sellar el trato como si fuera un muchacho.

Él la tomó, no podía ser de otro modo, era un caballero y no iba a dejarme con la mano en el aire, pero se la llevó a los labios consiguiendo que casi se me parara el corazón.

—¿Qué quieres aprender primero?

Una idea se abrió paso en mi cerebro. Si conseguía algo más que modales y una cierta idea de la gestión doméstica, tal vez, sí, solo tal vez, pudiera acceder a más opciones que la de cuidar de mis tías en su vejez. Ya que no iba a tener la ocasión de encontrar marido en un lugar como aquel, ¿por qué no buscar un empleo de institutriz o de maestra de escuela?

Aún así mi espíritu aventurero me traicionó y no me pensé dos veces mi petición —maldita juventud que te llena la cabeza de fantasías—. Había envidiado un poco más las idas y venidas de mi hermano desde que usara todas las influencias de lord Horace para entrar en el exclusivo London Thames Fencing Club en el número siete de Cleveland Road, frente al Palacio St. James y, entusiasmado, me lo contase en sus primeras cartas. A mi me preocupaba bien poco que fuera a codearse con el VIII duque de Malborough, con el marqués de Worcester o el capitán Alfred Hutton, yo lo que realmente deseaba era otra cosa.

—Esgrima.

Me sorprendí a mí misma al pedir aquello. No me iba a servir mucho para

ser ama de llaves o maestra de escuela, pero lo deseaba de verdad. Aunque, una vez dicho en voz alta, sonaba bastante descabellado.

Esperé sus carcajadas, consciente de lo que debía significar para él que una mujer quisiera aprender el noble arte de la espada, pero estas no llegaron. En su lugar, aparte de esa sonrisa misteriosa que siempre llegaba a sus ojos, comprobé que esa vez, aquellos iris del color de una tormenta me contemplaron con renovado interés.

—¿Esgrima?

Mi determinación dio un paso atrás.

—Yo, yo, lo siento...

Él me detuvo con un gesto de la mano.

—Me parece bien, pero además quiero que leas a los clásicos. —Sonreí ante la expectativa de haberme salido con la mía y lord Rheged, el undécimo barón de Ravenstonedale, me correspondió—. Estaré encantado de orientarte en tu educación e instruirte en el arte de la esgrima, Huesos —dijo mientras ejecutaba una elaborada reverencia—. Será todo un placer.

—¿También a bailar?

Lord Rheged se tapó la boca con la mano para ocultar una carcajada.

Cuando se repuso, se disculpó.

—Poco a poco, Huesos. Querida niña, presiento que nuestra amistad va a ser de lo más entretenida —y seguro que, porque me vio balancear mi peso de un pie a otro expectante, se apresuró a añadir—: y sí, te enseñaré también a bailar.

Londres, 29 de agosto de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whithechapel.

—*M*ilord, no es apropiado que me quede en su casa.

—Arabella, María te estará buscando, ¿de verdad quieres arriesgarte a que te encuentre? —Arabella levantó la cabeza para mirarle e hinchó su pecho en toda su capacidad para ahuyentar la sensación de que había algo que obstruía sus pulmones—. Además —prosiguió lord Rheged—, ¿cuántas veces habremos estado solos en la misma habitación?

—Y no era apropiado.

Él negó y rio al mismo tiempo.

—*Apropiado* va a terminar siendo la palabra del día. ¡Ay, Arabella! Al final tía Adelaida se salió con la suya y te lavó el cerebro. Dime, ¿acaso no te sientes una persona decente mientras charlamos?

La pregunta quedó en el aire, Suke abrió la puerta con un buen empujón.

—Milord, tiene visita.

—Lo sé, Suke. He oído como alguien golpeaba la puerta y también cómo se la cerrabas en las narices.

La joven criada se mordió el labio.

—Iba a preguntarle a usted primero, no sabía si querría recibirle. Es...

—Ya sé quién es. Le esperaba. Anda, hazle pasar.

Lord Rheged parecía muy relajado, tanto que Arabella no pudo imaginar quién podía ser hasta que le tuvo delante.

—Has tardado mucho, Mel. Estás algo desentrenado.

Melquisedec hizo caso omiso al comentario sarcástico, se quitó el sombrero y los guantes y los dejó sobre una consola.

No dio ni las buenas noches.

—María quiere a la chica.

—Directo al grano, como siempre. ¿Te apetece un brandy?

El recién llegado inspeccionó con su único ojo la habitación y tras el barrido se detuvo en Arabella que se había puesto en pie y estaba de nuevo medio escondida detrás de la manta.

—¿Por qué no? No irá muy lejos aunque eche a correr.

—Sírrete tú mismo.

No se hizo de rogar, se acercó hasta el mueble apoyado en la pared, tomó un bonito decantador y llenó con generosidad uno de los vasos tallados. Antes de beber, lo miró al trasluz.

—Bonita cristalería. ¿Penrose? —El barón asintió—. ¿No cerraron la fábrica?

—La tengo desde hace años.

Olió el brandy antes de dar un trago.

—Reconozco, Rheged —murmuró mientras daba otra mirada a su alrededor—, que has elegido un magnífico escondite. La casa por fuera parece que está a punto de caerse, nadie te encontrará aquí, aunque... es un poco pobre para el estilo al que nos tienes acostumbrados.

Con parsimonia se dirigió hasta el sofá para tomar asiento, pero a pesar de su relajada actitud, la inercia hizo que Arabella diera dos pasos atrás para mantenerse lejos de él mientras lo observaba con espanto, como si previera que iba a saltar sobre su cuello de un momento a otro.

Y, de algún modo, algo así fue lo que ocurrió.

Lord Rheged y Melquisedec se abalanzaron sobre Arabella, el primero para quitarle la manta que sostenía y envolverla con ella; el segundo para golpear enérgicamente con ambas manos contra sus faldas. La joven no tuvo tiempo de gritar, la reacción de los dos hombres le hizo entrar en pánico y quedarse rígida como un palo.

¿Qué...?

Cuando olió a chamuscado supo a qué se debía aquel desorden; se había acercado tanto al fuego huyendo del misterioso hombre del parche, que se le habían prendido los bajos de su vestido. Tras conseguir apagarlo, la hicieron girar sobre sus pies para comprobar si estaba ilesa y, una parte de ella volvió a sentirse como la niña torpe de doce años que una vez fue cuando llegó a Langdale House y todo ocurría bajo la inquisitiva mirada de su tía.

Al confirmar que no había sufrido daños —nada salvo un vestido perdido—, lord Rheged la sujetó por el codo y la guio hasta un sillón próximo. Tenía

que conseguir que se sentase, estaba tan agitada que parecía que iba a desplomarse de un momento a otro.

Ella no opuso ninguna resistencia, aunque antes de acomodarse, comprobó, mirando de reojo, que no solo la sobrefalda había quedado inservible, también se había estropeado la enagua simple que llevaba debajo. Aunque lo peor no fue eso, al fin y al cabo, era solo un disfraz de criada, lo peor fue que se le entreviera la pierna entre los jirones hasta un poco más arriba de la rodilla.

Arabella creyó morir de la vergüenza. La habitación dio una vuelta a su alrededor y, por un momento, tuvo la sensación de que se iba a desmayar otra vez. El pudor (y el instinto) le hizo tirar del tejido que aún estaba en su sitio para tapar lo más posible, pero por sus miradas supo que era tarde; los dos hombres ya habían visto lo que escondía bajo las faldas.

—Bonitas calzas —murmuró con guasa el recién llegado—. Debería tener más cuidado, señorita, unos segundos más y habría ardido como Juana de Arco.

—Calla, Mel. —El tono duro que lord Rheged empleó para silenciar a Melquisedec cambió de manera drástica cuando se dirigió a ella—. Arabella, mírame. ¿Estás bien?

Ella no levantó la vista, todavía estaba temblando por el susto, pero asintió despacio.

Gracias a que los dos habían actuado con una velocidad sobrehumana, no había sufrido quemaduras, pero, aunque el comentario había estado de más, Melquisedec estaba en lo cierto; si hubieran tardado unos segundos más en reaccionar, ella se habría inmolido ante la chimenea.

—Gracias —dijo con un hilillo de voz.

Para que ella lo mirase, Lord Rheged empujó su mentón con suavidad con un solo dedo. Arabella no rehusó el contacto, continuaba estando demasiado alterada como para darse cuenta de que él la estaba tocando, pero fue consciente de ello cuando sus ojos se encontraron. Su reacción fue retroceder hasta que la mano de él quedó suspendida en el aire, aunque en ese momento no supo si fue por miedo o por lo atrevido del gesto. Sin embargo, no pudo dejar de mirarle. Le tenía tan cerca que, a pesar de la poca luz, contempló con nitidez sus largas y espesas pestañas, y quedó hechizada por el iris gris tormenta y la suave y carnosa piel de sus labios.

Arabella tuvo que cerrar los ojos y respirar hondo. Sintió que sus mejillas enrojecían un poco más, que las manos se le quedaban heladas y que la piel se

le erizaba de la cabeza a los pies, pero aquella proximidad también consiguió que se olvidase de lo asustada que estaba, del invitado que permanecía de pie sobre la alfombra, del olor a tela quemada y también de que, unos segundos antes, había estado a punto de abrasarse. Se olvidó hasta de respirar.

Melquisedec carraspeó a sus espaldas y, aunque lord Rheged no se apartó ni dejó de mirarla, y su figura se interponía entre el hombre del parche y ella, Arabella deseó que el suelo se la tragara.

—A este paso, María no tendrá que hacer nada. Cuando salí corriendo de la casa y se lanzó contra el carruaje solo pensé lo que me iba a suponer tener que cambiar el cadáver de sitio para que no nos investigaran. Aún me sorprende cómo consiguió no ser pisoteada por los caballos.

—Mel, basta. —Lord Rheged se volvió de súbito, dejando a Arabella perpleja por todas las sensaciones que se habían cortado de golpe—. La señorita Blunt es cosa mía, ni tú ni María vais a entrometeros.

Melquisedec apuró de un trago su bebida y dejó el vaso sobre la mesa antes de responder. Su tono de voz dejó a un lado la mordacidad.

—Brahm, sabes que yo solo soy un criado para María, mi opinión no cuenta, pero ella —miró hacia Arabella que continuaba sin soltar palabra—, ella vio algo que la baronesa precisa tapar. Imagina lo que pasaría si se supiera que hay una vampira en la ciudad que convive con la flor y nata del Imperio y que se ha metido en la cama con más de un aristócrata. —Hizo una pausa—. Imagina que se supiera que existimos...

Lord Rheged soltó una carcajada ante la mirada escéptica de su invitado.

—Perdona, amigo mío, pero es muy gracioso eso que dices. María no deja de tentar a la suerte y si es descubierta, no será porque alguien crea a una criada. Si tanto desea ocultarse, ¿por qué actúa en el Savoy? ¿Por qué tiene una casa llena de sirvientes humanos a los que apenas conoce? —En ese punto señaló a Arabella para enfatizar sus palabras—. ¿Por qué acude a los bailes y presume ante los aristócratas? ¿Por qué cada día tiene un nuevo amante? Podría seguir, Mel. María es un escándalo, no tardarán en señalarla con el dedo y la raza no hará nada por ayudarla. Y te arrastrará con ella, no lo olvides.

Melquisedec se encogió de hombros.

—¿Crees que no lo sé? Pero a mí no me escucha.

—Quizá sí le preste atención a esto.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta que llevaba puesta, la misma

que en el carruaje había colocado sobre los hombros de Arabella, y sacó un sobre del interior.

—Es del Consejo, dáselo.

Melquisedec sujetó el sobre lacado como si quemase.

—¿El Consejo?

—Sí. Ya está constituido, es oficial, y tiene ojos en todas partes.

El hombre del parche pareció valorar una respuesta, pero tras guardarlo en el bolsillo interior de su chaqueta solo murmuró:

—Se lo daré.

Se puso en pie, recuperó su sombrero y los guantes y, con una leve inclinación de cabeza para despedirse de Arabella, salió por la puerta.

Ella se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Aunque no sabía qué le había alterado más: que por una torpeza se le quemara su vestido y tuvieran que salvarla como a la princesa de un cuento —cómo odiaba eso—; que él rozara con suavidad la piel de su barbilla para llamar su atención y se hubiera quedado paralizada como una estúpida adolescente; que hubiera escuchado por boca de su lacayo que María quería hacerla «desaparecer», o que lord Rheged hubiera dicho que ella era asunto suyo.

Si no fuera porque se sentía bloqueada, gritaría de pura frustración.

—¿Arabella? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —respondió como un autómeta.

Él la miró con dulzura.

—La habitación ya debe estar lista y creo que debes descansar. Mañana lo verás todo con otros ojos.

—¿Usted cree?

—No solo lo creo, estoy seguro. Vamos, —se puso ante ella e hizo el gesto de ayudarla— ¿puedes levantarte?

—No soy una inválida.

Él sonrió.

—Bien, pues sígueme.

Y por segunda vez en esa noche, Arabella, incapaz de pensar con claridad, dejó que el barón la rodeara con su brazo, aunque lo hiciera sin tocarla, y la sujetase por el codo para guiarla hasta su cuarto. Estaba cansada, muy cansada. Por esta vez se dejaría llevar. Se sentía tan alterada, tan superada por la situación, que era consciente de que, si actuaba por su cuenta, no tomaría una decisión acertada.

En el paseo hacia su dormitorio, Arabella observó a conciencia todo aquello que encontraba a su alrededor —necesitaba un plan B, una posible vía de escape—, pero al salir del salón había tan poca luz, tan solo una vela casi agotada sobre una consola, que no fue capaz de adivinar cuál de aquellas puertas cerradas del vestíbulo podría ser la de la entrada de la casa. En la oscuridad le parecieron todas iguales.

Lord Rheged la condujo con delicadeza hacia las escaleras y allí, el brazo que la rodeaba por detrás se pegó a su cintura para ayudarla a subir con seguridad. Ella se sobresaltó, pero aceptó que él se convirtiera en un firme punto de apoyo; el barón, además de conocer la casa, daba la impresión de que se desenvolvía a sus anchas en aquella negrura.

Subieron y fueron a parar a un pasillo algo más estrecho e igual de oscuro. Él no recuperó una distancia respetable, ni siquiera la soltó, sino que continuó caminando despacio a su lado guiándola casi a ciegas. Y en el primer recodo, cuando Arabella vio un destello de luz colarse por una puerta entreabierta, sintió la necesidad de apretar el paso. La cercanía de lord Rheged era tan abrumadora que deseó llegar cuanto antes a su habitación.

Suke estaba terminado de hacer la cama cuando ellos entraron.

—Suke, preciosa, ¿podrías ayudar a Arabella a ponerse un camisón? Me temo que está agotada.

—¿Uno de los de la señorita Lucille?

—Sí, cualquiera servirá.

Cuando Arabella escuchó ese nombre se le paró el corazón y olvidó de golpe la ansiedad que le había producido todo el recorrido a oscuras junto al barón. Los fantasmas de sus recuerdos regresaban. Lucille la había seguido hasta allí.

Lucille

Nunca percibí que hubiera algo extraño en aquella relación fraternal y, probablemente, no lo hice porque quise creer lo que me habían dicho: que Lucille era su hermana. Pero ella siempre estaba demasiado cerca, demasiado anhelante. Había roces innecesarios, susurros y confidencias, sonrisas sugerentes y una mirada que yo, desde mi ingenuidad, no supe cómo clasificar.

Ahora ya lo sé, ella lo miraba con lujuria.

*Cumbria, unos días antes de la Navidad de 1878.
Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.*

*E*n principio, aquella mentira sobre la visita de su sobrina iba a mantenerse únicamente durante el verano —el pretexto inicial era que yo pudiera disfrutar de los caminos, el paisaje y el sol—, pero cuando él accedió a compartir su tiempo y su sabiduría conmigo fue tal mi entusiasmo, que estiré la excusa como pude y me aproveché de su hospitalidad. Sabía que, llegado el momento, el engaño se volvería contra mí —el fantasma de mi tía estaba siempre al acecho—, pero yo no podía desaprovechar aquella oportunidad; no se me presentarían muchas más.

Por las mañanas, cuando tía Adelaida requería mi presencia para enseñarme algún nuevo tipo de bordado o para mostrarme las cuentas de las compras y que yo detectara algún despilfarro, yo me comportaba a las mil maravillas y le hacía ver que además de comprender sus enseñanzas, las ponía en práctica. Pero, más que transformarme con rapidez en una pequeña dama experta en lo doméstico, lo que ocurrió fue que me convertí en una gran actriz.

Desconozco si alguna vez mi tía sospechó que la sobrina de lord Rheged no existía, creo que para la mujer era un descanso que yo no la molestara por las

tardes cuando se encerraba en su cuarto hasta la hora de la cena o se reunía con el capataz de la cantera, el negocio del fallecido tío Arnold. El caso es que, entre el luto riguroso que a alguien de su posición le obligaba a quedarse en casa y mi comportamiento ejemplar, tuve la oportunidad de prolongar mis visitas a Brimstone Hall hasta el invierno.

Lord Rheged no solo había comenzado a instruirme en el arte de la esgrima —aunque hasta ese momento lo único que hacía era poner los ojos en blanco y corregir mis movimientos ante aquel gran espejo, mientras que yo sudaba lo indecible por ir ataviada con unas ropas masculinas reforzadas con protectores con las que me veía increíblemente ridícula—, también me proponía lecturas y teníamos grandes conversaciones y, a petición mía, alguna que otra tarde me llevaba a montar.

Casi nunca salíamos de la mansión y, cuando lo hacíamos, él siempre elegía —cosa que en aquel momento ni siquiera llamó mi atención— días nublados y desapacibles. Yo nunca fui consciente de aquello. ¿Cómo iba a pensar que una caminata bajo sol era imposible para él?

Ahora que sé quien es me doy cuenta de que jamás le vi en el exterior con la calidez de la luz diurna bañando sus cabellos, jamás paseó conmigo hasta el muro para ver a lo lejos las montañas en aquellos largos y bonitos días de verano, jamás, jamás, jamás... Pero, aun así, a pesar de aquel enclaustramiento, de aquella autoimpuesta soledad que no entendía, poco a poco visitarle se me hizo imprescindible. Él era el escape de mi vida aburrida y gris, y de mi futuro aún más gris.

Por eso es por lo que recuerdo con todo lujo de detalles cómo fue la primera vez que vi a Lucille. Lo que pensé, lo que sentí... También lo que quise creer.

Cuando Charles abrió la puerta de la biblioteca para darle paso, una brisa gélida que me envolvió interrumpió mi lectura y me hizo girar la cabeza. A mí, que una vez que descubría todo lo que un libro me podía ofrecer, metía la nariz entre sus páginas y tenían que gritarme al oído para sacarme de él. Recuerdo que la miré de arriba abajo. Morena, pálida, refinada. Una hermosa mujer que parada en el vano de la puerta, tenía los ojos fijos en él.

La intensidad de su mirada hizo que me volviera hacia lord Rheged. Estaba de espaldas, aparentemente ajeno a todo, contemplando el jardín helado bajo aquellas nubes que amenazaban tormenta.

El tiempo se detuvo. Ella parecía esperar a que él se volviera para hacer su entrada triunfal. Él, aunque yo estaba segura de que, desde esa ventana, habría visto llegar el carruaje y por lo tanto sabía de su llegada, parecía estar posponiendo el encuentro.

Por fin se giró y con voz controlada dijo:

—Hola, Lucille.

La mujer entró y el salón se llenó del frufú de sus ropas al andar. Envuelta en una capa rojo sangre salpicada por el blanco de la nieve, se adentró en la sala sorteando los muebles con pasos suaves, como si apenas tocara el suelo con los pies. Dejó el manguito de piel y el sombrero en manos de Charles, que había entrado tras ella y que esperaba galante para quitarle la capa y, sin más dilación, se dirigió hacia lord Rheged con una gran y seductora sonrisa. Una sonrisa de serpiente.

Iba toda vestida de rojo: el vestido, el delicado sombrero y los guantes —no pude ver sus zapatos, pero tal era la elección de todos los detalles que no podrían haber sido de otro color—, y el efecto era magnético. Su cabello negro y brillante como la obsidiana, la piel de su rostro y manos nívea y perfecta, y aunque me pareció fingido, el punto exacto de rubor en sus mejillas que requería la compostura a la que estaba obligada la alta sociedad.

Su visión era hipnótica. No podías despegar la vista de su persona. Pero, además de todo eso, en ella había algo más, algo inquietante. Bajo toda aquella apostura traslucía la fiereza y la hermosura de un animal salvaje. Atrayente pero también letal.

¿Por qué tendrían que existir seres tan perfectos en el universo? La respuesta es muy sencilla: para hacerles ver a los demás sus imperfecciones. La seguridad que yo había ido ganando en los últimos meses empezó a licuarse como el hielo en primavera, para inmediatamente traspasar mi piel y evaporarse en el aire.

«Así que ese es el hechizo que produce una verdadera dama», pensé. ¿Sufriría yo alguna vez esa transformación? ¿Me convertiría algún día yo también en cisne?

Mi primera reacción al ver la elegancia de su puesta en escena fue la de contemplar mi absurdo y enorme vestido. Aquellos trapos grises y anodinos que tía Amelia insistía que me pusiera. Ella era el tipo de mujer que yo

imaginaba como compañía perfecta de lord Brahn Rheged, undécimo barón de Ravenstonedale. Una dama absolutamente encantadora.

No vi la cara de lord Brahn, en ese instante me daba la espalda, pero cuando él avanzó hacia ella para besar su mano, me sentí aún más insignificante. Después se giró y me presentó, y mi corazón dio un suspiro de alivio —que en aquel momento no entendí—: me dijo que era su hermana.

Aquel día en el que Lucille entró en nuestras rutinas, supe que mis aspiraciones en la relación con lord Brahn no eran únicamente adquirir conocimientos que pudiera usar para marcharme de Langdale House. Al verle hablar con ella con tanta soltura y familiaridad sentí como mi estómago se encogía con dolor dentro de mi cuerpo —aquella fue la primera vez que sentí lo que vulgarmente se conoce por celos—, y descubrí que yo no iba a Brimstone Hall todas las tardes solo para que él me seleccionase alguna lectura o para llegar a casa con el brazo molido por haber estado horas en una posición absurda empuñando una espada. Quizá todo había empezado así, pero tras unos meses había sucumbido a sus encantos.

En ese instante aún no lo sabía, pero yo era una niña enamorada y estaba a punto de que me rompieran el corazón, incluso antes de que supiera de verdad qué era el amor.

Londres, 29 de agosto de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whithechapel.

—¿Arabella, estás bien? ¿Te has quedado dormida de pie?

Ella lo miró descolocada. Los recuerdos debían haberla mantenido durante algunos instantes en una especie de trance; lord Rheged la miraba con preocupación.

—Estoy bien, milord, solo cansada.

—De acuerdo, te dejo en manos de Suke, si necesitas algo solo tienes que decir mi nombre. Tengo un oído muy fino, así que no hará falta que grites, solo con que lo digas en voz alta será suficiente.

Ella asintió y lord Rheged, con una inclinación de cabeza, se despidió y salió de la habitación. Cuando la puerta se cerró y Arabella miró a Suke, vio que la muchacha se retorció las manos con ansiedad.

—Nunca he sido la doncella de una dama —aclaró.

—No te preocupes, tengo dos manos y dos pies, como todo el mundo, y solo necesito que me des algo que ponerme, el resto puedo hacerlo yo.

—Ni hablar, milord dice que tengo que ayudarla y lo haré. Además, no creo que pudiera hacerlo sola, parece que se vaya a desplomar de un momento a otro.

—No soy tan frágil como parezco —protestó débilmente Arabella—, aunque he de reconocer que estoy agotada.

—Pues démonos prisa —respondió Suke mientras se dirigía a una cómoda y abría cajones al azar buscando una prenda que Arabella se pudiera poner.

—Suke.

—¿Sí, señorita Blunt?

—Llámame Arabella.

—No creo que al señor le guste que lo haga.

—Pues hazlo al menos mientras estemos solas.

El rostro se le iluminó.

—De acuerdo, señorita Arabella, lo que usted diga.

—¿Llevas mucho tiempo al servicio de lord Rheged?

—Poco —se mordió el labio—, unos dos meses.

—¿Te trata bien? ¿Confías en él?

La vio asentir con vigor.

—Si lo que usted se está preguntando es si estoy al tanto de su... naturaleza, le diré que sí, que sé que es y confío en él. Él... —Se detuvo a pensar las palabras, si en un primer momento parecía muy dispuesta a hablar, en ese instante daba la impresión de no querer contar de más— Él me ayudó en un momento muy malo de mi vida y le estaré agradecida por siempre.

El semblante de la joven se ensombreció, sus pensamientos la habían llevado a un lugar lejano, y Arabella al verla afectada, no quiso preguntar más al respecto. Le puso la mano en el hombro con delicadeza y cambió de tema. Había otras cosas que también quería saber. Había algo que le estaba reconcomiendo por dentro.

—¿Toda esta ropa es de Lucille?

La pregunta hizo que Suke recobrase la compostura.

—¿La conoce usted?

—Sí. —No pudo evitarlo, aquel «sí» le salió como un siseo al tener la boca casi cerrada y los dientes apretados.

Por fin, Suke pareció encontrar algo apropiado para Arabella y lo sacó del cajón. Lo miró complacida y lo colocó sobre la cama. La rodeó, comenzó a desabrocharle el vestido, le ayudó a quitárselo y, con destreza, como si hubiera hecho aquello más veces, le colocó la larga camisola y le ofreció una bata.

—Yo nunca la he visto, —murmuró mientras Arabella metía los brazos en la prenda que ella mantenía en alto—, al menos desde que estoy aquí no ha pisado la casa, pero debe de ser una dama muy elegante, tiene unos vestidos maravillosos.

Suke se quedó mirando la reliquia que Arabella llevaba colgada del cuello y también como de forma instintiva, la protegía de su mirada encerrándolo entre sus dedos.

—Era de mi madre.

Si momentos antes había sido Arabella la que cambió de tema al ver la

reacción de Suke, ahora fue la joven criada la que no quiso seguir indagando. Aquella respuesta dada una pregunta no formulada en voz alta había entristecido su mirada. Se aprestó a ceñir la bata a su cintura con lo que a ella le pareció un bonito lazo y pensó en qué podría hacer para animarla. Los recuerdos eran a menudo malos compañeros, Suke lo sabía demasiado bien.

—¿Podría cepillarle el pelo, señorita?

—No es necesario, Suke, puedo hacerlo sola. Es tarde y tú también deberías irte a dormir.

—Tiene un pelo precioso, señorita, y esta noche soy su doncella. Venga, siéntese frente al espejo, no tardaré nada.

En aquel instante Arabella tomó consciencia del espacio en el que se encontraba. La habitación tenía unas dimensiones modestas, pero la cama se veía cómoda y los cortinajes que la cubrían bastante nuevos y libres de polvo. Alguien se había tomado las molestias de hacer de aquella habitación un lugar confortable. El nombre de «dormitorio azul» se debía a que las paredes estaban enteladas con un azul del color de la tinta —con aquella luz se veía negro—, repleto de pequeñas estrellas doradas. El mueble que le señalaba Suke no era lo que se dice un tocador, sino un escritorio sobre el que descansaba un pequeño espejo de sobremesa. Sobre el tablero, en una bandeja, había un par de cepillos con mango de marfil que, con toda probabilidad, serían de Lucille.

Sin darse cuenta de que Suke la estaba esperando, Arabella continuó con su examen. De joven había pasado muchos detalles por alto —detalles que ahora cobraban un siniestro sentido—, pero desde que había leído el diario de su hermano y conocía la existencia de aquellos seres, buscaba pequeñas cosas que confirmaran lo que James había descrito. Aún le costaba creer que existían, a pesar de haberlo visto con sus propios ojos.

Las cortinas. Ese era el elemento discordante de la habitación.

No era extraño que estuvieran echadas, pero sí que eran demasiado extravagantes en comparación con el resto del mobiliario. El tejido, además de rico y ostentoso, era grueso y pesado, igual que todas las que cubrían las ventanas en Brimstone Hall. Tenía su lógica: era fundamental que, de día, para que el barón pudiera moverse con libertad, ni un solo rayo de sol bañara el interior de la casa.

Suspiró.

¿En qué lío se había metido?

Suke insistió al ver que Arabella volvía a quedarse como un lienzo en blanco y ella intentó tranquilizarla con una sonrisa y sentándose dócilmente frente al espejo. Cuando vio en él su reflejo tuvo que admitir que lo que había dicho Suke sobre la ropa de Lucille era cierto, aunque el diseño de aquella camisola era sencillo, el tejido, en un dulce rosa palo, era fino, muy ligero y algo transparente, y de una superficie satinada y suave que daban ganas de acariciar. Sin querer, llevó los dedos hasta el pequeño volante rematado con un lazo que bordeaba el cuello y se imaginó a Lucille con él puesto. Sin duda, aquella pálida y exquisita piel, su cabello negro y brillante y sus grandes y expresivos ojos quedarían realzados por el contraste con la finura y la tonalidad de la prenda.

Era un camisón confeccionado para resaltar su belleza, no había duda alguna.

En ese momento, Suke, que ya había terminado de deshacer su maltrecha trenza, esparció su abundante cabello por los hombros y Arabella se sorprendió al ver el efecto. Ella también tenía el cabello muy negro y sus gruesas ondas, dispuestas de aquel modo sobre el tejido, bien pudieran parecerse a las de Lucille, pero su tez no tenía un blanco tan puro. Ella era una chica de campo, y su piel, al contacto con el sol, en seguida se salpicaba con pecas. Y además, sus ojos, mucho más claros, hacían que su rostro se viera sin color si se comparaba con el de la amante de lord Rheged.

Suspiró. «La amante de lord Rheged».

Entre las dos no había comparación. Lucille era sofisticación pura y ella solo una mujer normal y corriente con un bonito camisón.

—Está guapísima, le favorece mucho este color —murmuró Suke.

Arabella se sonrojó. No se sentía cómoda al saber que era de Lucille, pero a ella también le gustaba cómo le sentaba y, de algún modo, era una forma tranquilizadora de terminar aquella extraña noche.

En un momento en el que el agotamiento podía con ella y casi le resultaba imposible pensar con claridad, verse con un camisón prestado era el menor de sus problemas.

Hermosa y destructiva

Lucille, Lucille. La hermosa Lucille. La suave, etérea y maravillosa; la destructiva, dañina y venenosa. La rosa llena de espinas.

Cumbria, enero de 1879.

Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.

*T*ras el paréntesis de la Navidad, tiempo en el que no pude visitar a mis vecinos —el luto de tía Adelaida nos hizo permanecer enclaustradas durante las fiestas como si celebrar algo fuera un horroroso pecado—, aunque pudiera parecer imposible, el clima empeoró, pero eso no me detuvo. En cuanto tuve oportunidad, regresé a mi rutina. Regresé a Brimstone Hall.

El hecho de volver me puso de buen humor. Estaba contenta, muy contenta, y a la vez confusa por todo lo que sentía en mi interior. Iba a volver a verle y mi estómago parecía no poder estarse quieto dentro de mi cuerpo. Tan pronto brincaba de alegría como me hacía doblarme del dolor.

Charles también se alegró al verme, cosa extraña porque siempre parecía recelar de que el señor pasara horas conmigo, y eso me hizo sentirme optimista. Tomó mi capa y me dijo que avisaría a lord Brahn de mi visita y, aunque primero me indicó que esperase en el salón, después rectificó y me envió a la biblioteca.

El fuego estaba casi apagado y lo primero que me vino a la mente fue que Charles no se había alegrado tanto como parecía y que, lo que quería en realidad era congelarme en una habitación vacía y helada (yo no lo sabía, pero en el salón estaba Lucille y él tenía órdenes de que no fuera ella quien me diera la bienvenida), pero eso no mermó ni un ápice mi entusiasmo. Sujeté el atizador, hice una finta inventada y algo defectuosa y reí al imaginar a lord Brahn con los ojos en blanco horrorizado ante mi falta de sincronización. Me arrodillé y, con el ánimo por las nubes, me dispuse a avivar las brasas.

Más que oírla, la sentí.

Esta vez su vestido era del color del cielo en plena noche, un azul tan oscuro que parecía tinta china. Lo primero que vi fueron sus faldas de seda, después mi mirada la examinó en sentido ascendente hasta llegar a su cintura, sus brazos cruzados sobre el talle, su busto y por fin su rostro.

—Vaya, vaya..., tienes coraje. Has vuelto.

Me estremecí.

Me miraba con los ojos entornados y en ellos vi una autosuficiencia que consiguió amedrentarme. Desde el suelo, la vi tan segura, tan gigantesca, que me sentí insignificante y diminuta. Era el lobo mostrando los dientes o, al menos, eso pensé, y un nuevo escalofrío recorrió mi espalda cuando rio con la boca cerrada, como si le produjera placer ver el miedo en mi cara y estuviera frotándose las manos pensando en cómo iba a devorarme.

Intenté incorporarme, pero me pisé el vestido y caí hacia atrás, sentada en el duro suelo.

Se carcajeó y, con voz afectada, dijo algo que me dejó sin habla porque no lo llegué a comprender del todo.

—Niños... Tan frágiles, tan tiernos... Entiendo que se os vea tan apetecibles.

Con la ayuda de los talones y apoyando mis manos en el suelo me desplazé hacia atrás de forma poco elegante —sí, deslizando mi trasero sobre la alfombra—, intentando poner una distancia entre las dos que me hiciera sentir un poco más segura, aunque no me habría sentido protegida ni al abrigo del muro de Lingmoor Fell que estaba, por lo menos, a cuatro millas de aquella casa.

Ella dio un paso en mi dirección, se acuclilló a mi lado, y estaba deslizando su frío índice por mi mejilla en una caricia siniestra y de lo más inquietante, cuando lord Brahn entró en la sala.

Se incorporó rápido, como si un resorte la hubiera hecho saltar, aunque lo que en realidad había ocurrido era que la habían pillado infraganti.

—Buenas tardes, señorita Blunt —él nunca me llamaba Huesos cuando había otra persona delante—, qué placer volver a verla.

En tres zancadas se plantó a mi lado, se inclinó hacia mí, colocó sus manos bajo mis axilas y me puso en pie de una forma limpia, aunque un tanto bochornosa.

Yo me alisé la falda con mis manos, más que nada porque no sabía qué

hacer, mientras lord Brahn me examinaba de arriba abajo como un médico buscando alguna contusión. Una vez terminado se volvió hacia Lucille y su tono duro me sorprendió, jamás le había oído hablar así.

—La señorita Blunt es mi invitada, ¿lo entiendes? Y te mantendrás alejada de ella cuando venga a visitarme.

Por toda respuesta, Lucille arqueó una ceja y se dirigió hacia la puerta con sus andares elegantes y sinuosos. Cuando llegó, se giró a mirarme y me lanzó un beso al aire.

Nunca antes se me había erizado la piel de todo el cuerpo como en aquel momento. No entendía nada, pero la alarma se extendió por todo mi ser.

Cuando ella desapareció, él me tocó ligeramente la mandíbula con su mano desnuda en un intento de que me girase a mirarle —lo que provocó en mi un segundo erizamiento, aunque de otra índole—, y me preguntó con un susurro de lo más dulce si estaba bien.

Que si estaba bien... Estaba en el cielo. Aturdida, confundida, aturullada, pero dando gracias a Dios por aquellos míseros segundos de su atención.

Atrás había quedado el horror que me había provocado el comportamiento de Lucille. Únicamente podía mirarme en sus ojos y disfrutar ese instante. Estábamos solos, él y yo. Solos en la habitación, en la casa... En mi mundo.

Londres, 30 de agosto de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Dos minutos después de que Arabella despertase y fuera consciente de dónde estaba, Suke entró en tromba en su cuarto con una bandeja, a la que solo un milagro salvó que acabara en el suelo.

—Buenos días, señorita Arabella. ¿Ha dormido bien?

Arabella se frotó los ojos al mismo tiempo que se incorporaba para sentarse en la cama, sentía que había dormido una eternidad.

—Extrañamente bien, la verdad. No creí que pudiera conciliar el sueño después del día de ayer.

—¡Ah, bueno! Tiene su explicación. Milord tiene un oído muy fino y la escuchó murmurar entre sueños. Vino a mi dormitorio y me pidió que le acompañase y entrase con él a su cuarto. Usted estaba dormida pero parecía muy agitada, debía estar en mitad de una buena pesadilla. El señor le acarició los párpados con el pulgar, la relajó y apartó sus malos sueños.

—¿Cómo? ¿Qué hizo qué?

—No se asuste, es algo que también hacía conmigo —carraspeó—, al principio de estar a su servicio. Son parte de sus poderes. Es capaz de relajar y hacer dormir a la gente con solo un toque.

Arabella abrió la boca para decir algo, pero estaba tan confusa que la volvió a cerrar porque pensó que no iba a expresarse de forma coherente. Su estómago, en cambio, sí tomó la palabra y rugió de hambre.

Suke sonrió.

—Tómese este té. Solo es un tentempié, cuando esté lista y baje al salón, podrá comer lo que desee. Llevo toda la mañana cocinando para usted.

—¿Qué hora es?

—Las tres.

—¿De la tarde?

—Sí. El señor ordenó que no se la molestase.

Se levantó de un salto, se acercó hasta un sillón donde había dejado su vestido negro de criada, miró sus faldas destrozadas y se giró hacia Suke.

—¿Podrías dejarme algo de ropa?

—El señor dijo que usase uno de los vestidos de Lucille.

—Preferiría no hacerlo.

Suke contestó como si tuviera la lección muy aprendida.

—El señor ordenó...

Con un bufido, Arabella se acercó al armario para buscar algo que le sirviera. Solo había que mirar a Suke para saber que no podría usar nada suyo, aparentaba tener como mucho quince años y su cuerpo era aún el de una niña adolescente. Para colmo, estaba escuálida, mucho más que ella a su edad. Sonrió un poco, ella seguía siendo menuda y delgada, pero ya no podían llamarla *saco de huesos*.

Al abrir el armario se quedó muda. El impresionante vestido rojo que Lucille había llevado puesto el día que llegó a Brimstone Hall estaba colgado allí. Lo acarició y el suave tacto de la seda le hizo cerrar los ojos. Cuántos recuerdos.

—Yo también estaba pensando en ese, señorita Arabella, ya no debe de estar a la moda, pero con su pelo oscuro quedará muy bien.

Arabella bajó la escalera insegura, pensando en sí había hecho lo correcto al elegir ese vestido en concreto, pero lo cierto es que no pudo evitarlo, la imagen de Lucille con él puesto se le había quedado grabada en la retina; siempre se había preguntado si con otras ropas su aparición habría sido menos espectacular.

A ella le resultaba imposible olvidar aquel día. Cuando la vio entrar a la biblioteca, Lucille le pareció tan segura de sí misma y tan radiante, como una reina el día de su coronación. Y, por eso, entre otras cosas, lo había elegido. Porque necesitaba de algún modo recuperar el control, pisar sin hacer equilibrios y, aunque no quisiera admitirlo, sentirse hermosa. ¿Podría un simple vestido obrar esa magia? Lo dudaba.

Eran más de las tres y el sol debía estar campando en lo alto, pero la casa se mantenía en penumbra. Igual que Brimstone Hall. Ahora entendía por qué.

La escalera estaba lo suficientemente iluminada como para no tropezar, pero aun así, Arabella se sujetaba el vestido con las dos manos para evitar pisarse las faldas e iba mirando al suelo inclinada hacia adelante todo lo que le permitía el corsé, a pesar de que la voz de tía Adelaida le gritaba en el oído que aquellas formas no eran las adecuadas.

—Bonitos tobillos.

Las manos de Arabella se abrieron y el vestido cubrió su indecencia. Se atragantó.

—Buenos días, lord Rheged.

—No hace falta tanta ceremonia, Arabella. «Buenos días, Brahn», sería suficiente —respondió él mientras le ofrecía la mano para bajar los tres últimos peldaños.

Arabella miró su mano desnuda de elegantes y largos dedos, enorme en comparación con las suyas, y a punto estuvo de aceptarla, pero levantó la barbilla, se sujetó la falda con una sola mano —lo correcto en esos casos— y con la espalda muy recta pero pisando con cuidado, bajó hasta el rellano.

—¿No te servían los zapatos de Lucille?

—No, milord, me venían demasiado grandes.

—El resto veo que sí —dijo admirado—. Arabella, estás preciosa con ese vestido.

—Gracias, milord.

En su rostro debían ser muy visibles el miedo y la desconfianza, pero lord Rheged actuó con naturalidad, como si la situación fuera de lo más normal, y con una sonrisa cálida, pero sin acercarse a ella más de lo conveniente, la invitó a pasar al salón.

—Suke está emocionada de tener a alguien en casa que sepa apreciar su comida, alardea de cocinar bien. Siéntate yo te serviré.

—Puedo hacerlo yo.

—Como quieras.

La comida no era sofisticada, sobre la mesa había panecillos recién hechos, un cuenco de sopa de calabaza calentita y humeante, y beicon y pescado ahumados, pero Arabella estaba acostumbrada a platos sencillos —en Langdale House la cocinera era una mujer del pueblo que tenía un repertorio de lo más limitado—, y no echó nada de menos. Olía bien, tenía buen aspecto... Para ella, perfecto.

Sentada al borde de la silla, otra cosa no le permitía aquel pequeño polisón

que llevaba bajo las faldas, Arabella se dispuso a comer. Mientras Suke la había ayudado a vestirse se había sentido hambrienta, pero en ese instante, la situación se sentía tan extraña que se dedicó más a marear la comida en el plato que a tomarla. Tenía muchas preguntas y demasiadas dudas sobre lo que estaba haciendo —sobre todo, al hecho de confiar en lord Brahn ahora que sabía lo que era— y, aunque quizá, el corsé que llevaba puesto también tuviera parte de culpa para que sintiera el estómago cerrado, ella achacó su repentina falta de apetito a la situación.

No quiso disgustar a Suke y se esforzó por acabarse la sopa acompañándola con un poco de pan, pero no fue capaz de tocar el resto.

—¿Has terminado? —preguntó lord Brahn en cuanto ella dejó la cuchara junto al plato y se limpió la boca con la servilleta. Arabella asintió—. En cuanto caiga el sol iremos al apartamento de tu hermano para ver qué podemos averiguar, pero ahora ven, siéntate y hablemos con calma.

Arabella obedeció, en ese instante un plan de acción para localizar a James era lo que más le urgía, cada día que pasaba sentía que sus esperanzas de encontrarle iban mermando —tenía un mal presentimiento sobre todo esto—, pero también necesitaba saber en qué estaba metida.

Se sentó frente a él, un tanto de lado —de nuevo aquella maldita cosa que llevaba bajo la falda le impedía sentarse con comodidad— envidiando la postura despreocupada de su acompañante, que, a pesar de ir vestido de punta en blanco, estaba repantigado en el sillón y con las largas piernas extendidas. Le ofreció una sonrisa de compromiso, sonrisa que él correspondió.

—Solo se ven en las fiestas y en las reuniones muy formales —dijo él—, me refiero al polisón —aclaró al ver la incertidumbre en el rostro de Arabella—. De todos modos, ya te lo he dicho y me reafirmo, estás preciosa.

Arabella fue directa al grano, en parte por las prisas, en parte porque no se sentía cómoda cuando pensaba que él se empezaba a coquetear. Ella no estaba ahí para recibir lisonjas.

—¿Va a ayudarme a encontrar a James?

Él unió las manos ante su regazo apoyando las yemas de los dedos unas contra otras.

—Mi preocupación principal es que María te deje en paz, Arabella, pero por supuesto que te ayudaré a buscar a tu hermano. Somos amigos y los amigos se apoyan. Solo espero que esas notas de su diario sobre el vampirismo no signifiquen que se ha metido en un lío, quiero pensar que se ha visto envuelto

en una aventura y que aparecerá sano y salvo en cualquier momento.

Arabella frunció el ceño por todo lo que le afectó que él usase la palabra amigos. Quizá hubieran podido serlo en otros tiempos, desde luego ella ahora no lo sentía así.

—Hace ya dos meses que no sé nada de él.

Lord Brahn no quiso preocuparla, también creía que era demasiado tiempo, pero a veces los jóvenes hacían esas cosas. Esperaría a ir a su apartamento y buscaría alguna pista que a ella se le hubiera pasado por alto. Contestó con otra pregunta, no quería angustiarla más de lo necesario.

—Arabella, ¿puedo preguntar por qué no acudiste a la policía?

—¿Cree que de haberlo hecho me hubieran tomado en serio? Si al menos tuviera un título, pero solo soy una mujer de clase media. Y... —no servía de nada callárselo, él acabaría averiguándolo—, además, tampoco quiero que mi tío sepa dónde estoy.

Él vio como ella escondía la cara y volvió a cambiar de tema.

—Hablemos de otras cosas. Supongo que debes de tener miles de preguntas. Adelante, te contestaré a todo. Ya no hay secretos entre tú y yo.

Arabella pensó que el corazón se le había transformado en plomo de lo pesado que lo sintió en el interior de su cuerpo. ¿Ya no había secretos? Mentira. Había secretos enormes, insalvables. De todos modos, y para su sorpresa, la pregunta que se había hecho una y otra vez a lo largo de los últimos años regresó con fuerza.

«¿Por qué te fuiste? ¿Por qué me ofreciste tu amistad y después me dejaste tirada?».

Ladeó la cabeza y dejó de mirarle, lo último que le gustaría era que él pudiera de algún modo leer sus pensamientos. Empezaría por algo sencillo: aclarar quién era quién.

—María es una vampira, ¿qué es Melquisedec? Le he visto salir de casa a plena luz del día.

Lord Brahn se apresuró a contestar. Quería que ella viera que estaba dispuesto a dejar de ser un misterio.

—Mel es algo intermedio. A la salida de una taberna, recibió el ataque de un vampiro que no se contentó solo con comer; empezó a transformarle. Cuando estaba a mitad del proceso, apareció una manada de lobos que los atacó sin piedad. El vampiro murió y Melquisedec quedó abandonado a su suerte, pero el destino a veces tiene extraños caprichos; acabó al cuidado de

un licántropo que le dio su sangre y, al final, no se convirtió ni en una ni en otra raza. Es único. Su naturaleza es una mezcla de las dos. Apenas necesita sangre o carne fresca para mantenerse activo, lo que le hace parecer menos sobrenatural y su gran ventaja frente a los de mi raza es que puede exponerse al sol. Le molesta, pero no le quema.

»Si las leyes fueran otras podría ser lo que quisiera, pero por desgracia está supeditado a los vampiros. En mi mundo, somos la raza superior. Algún día le preguntaré cómo acabó al servicio de María.

—¿Y usted? ¿Qué es usted?

Lord Brahn se inclinó hacia adelante apoyando los codos en las rodillas y la miró fijamente.

—Soy lo que soy, ya te lo dije.

—Un vampiro.

—Sí.

Aquel sí y la intensidad de su mirada hicieron que ahora la que tuviera que cambiar de tema fuese ella.

—¿Por qué me hizo dormir? —Al ver que él elevaba una ceja con sorpresa, Arabella añadió—: Suke me lo contó.

—Solo intentaba ayudarte, estabas muy inquieta.

—¿Tiene más poderes escondidos?

—Algunos.

—Hace un momento dijo que «sin secretos».

—Tienes razón y así será, Arabella, pero no quiero que de primeras mi naturaleza se interponga entre los dos.

—La verdad es una buena base para la confianza.

—Arabella, ya me conoces, creo que sabes que puedes confiar en mí.

Ella se dio cuenta demasiado tarde de que estaba diciendo en voz alta lo que pensaba.

—Confiaba. No solo confiaba, le apreciaba, le admiraba y me esforzaba por ser digna de su amistad, pero cuando se marchó sin dar explicaciones dejé de creer en usted.

Él miró hacia la apagada chimenea y con una voz cargada de pena, dijo:

—Me vi obligado a hacerlo.

La conversación se cortó. Encorvado por el peso de los años, arrastrando los pies y caminando con lentitud, Charles entró en el salón. A Arabella le hizo tanta ilusión el reencuentro con el viejo mayordomo que, olvidando su

posición social, se levantó y se acercó a saludarle.

—¡Charles! Está usted aquí. —Dudó entre si darle un abrazo o tomar su mano. Al final, al ver la azorada expresión del hombre hizo esto último—. Me alegro tanto de verle.

Lord Rheged también se puso en pie y se acercó hasta ellos.

—Cómo ha crecido, señorita Arabella. Es usted toda una mujer.

—¿Necesitas algo, Charles? —En la voz de lord Brahn se escuchó preocupación.

—No, milord, solo venía a decirle que mi nieto ya tiene preparado el coche y que hay suficiente «puré de guisantes» como para que usted pueda salir.

Al ver la cara de Arabella, lord Rheged sonrió.

—Niebla, Arabella, mucha niebla, muy espesa. —Dirigiéndose de nuevo a Charles, añadió: —Podría haber venido Suke a informarme, no era necesario que te levantases.

—Señor, aunque me haya relevado de mis funciones, no puedo pasarme todo el día sentado sin hacer nada.

—De acuerdo, Charles, pero necesito que te quede claro que ya no eres mi criado, sino mi invitado.

—Preferiría pensar que soy su amigo, señor.

—Eres más que eso, prefiero pensar que, en realidad, eres una especie de padre para mí. —Al hombre se le emborronaron los ojos—. Siéntate aquí, le diré a Suke que encienda la chimenea. Arabella y yo vamos a salir.

11 de enero

Los amigos están para darse apoyo y ayudarse, además de para darte seguridad. Así me hacía sentir él hasta que decidió poner fin a nuestra amistad.

*Cumbria, 11 de enero de 1879.
Langdale House.*

Brahn —sí, Brahn, en mis recuerdos hablo con él de tú a tú—, ¿por qué te marchaste? No puedo encontrar un motivo por mucho que lo intente. No me sirve que me digas que te viste obligado a hacerlo. Ahora ya no.

A mi memoria vienen los momentos en los que le sentí como a un amigo de verdad. Y entre todos ellos, recuerdo con especial devoción aquel día que él se presentó a hurtadillas en Langdale House. Lo recuerdo como si estuviera sucediendo en este instante y, al hacerlo, se remueve en mí el desasosiego que todos y cada uno de los once de enero me deja vacía y sola.

El de aquel año en concreto amaneció ventoso, gélido y tan gris como mi corazón. A nadie le importó que dijera que estaba indispuesta y que no bajase a desayunar ni a la hora del almuerzo. Nadie tocó a mi puerta para comprobar si era cierto.

Miento. Gladys, la mujer que preparaba las comidas, sí lo hizo, aunque no por orden de tía Adelaida, sino porque se extrañó de no verme merodear por su cocina. Me subió té y panecillos, me tocó la frente para saber si estaba realmente enferma y se marchó.

A eso de las dos del mediodía, yo continuaba sentada frente a la ventana mirando, en realidad sin ver, el frío paisaje invernal. Había nevado un poco a lo largo de la mañana, pero en ese instante el viento había arreciado y los copos habían dejado de caer. El cielo era un amasijo de nubes en mil tonos de gris.

Tardé en reaccionar, tan absorta estaba en mis pensamientos, pero cuando

me di cuenta de que había una cara al otro lado del cristal, casi grité por el susto. Era ridículo, disparatado, imposible, ¿qué hacía lord Rheged ahí afuera? Cuando vio mi sorpresa, puso el índice sobre sus labios para hacerme callar y, con un gesto elegante de su mano, me pidió que abriese la ventana.

Se sacudió un poco la nieve en el alfeizar antes de entrar y con un movimiento fluido se deslizó en el interior de mi habitación. Ni un ladrón habría hecho menos ruido. Se quitó el sombrero, lo dejó sobre mi cama y esperó a que dijese algo, pero yo estaba tan aturdida que, en vez de hacerlo, me asomé y miré hacia abajo como si no creyera que le tenía en mi dormitorio. Allí estaba la prueba: sus huellas. Había trepado hasta el segundo piso saltando de tejadillo en tejadillo, sujetándose a cornisas y a saledizos.

Mi cara de sorpresa debió darle pie para hablar. O eso o, quizá, pensó que iba a envejecer allí plantado antes de que yo replicase.

—No quería que pasaras el día sola y hoy el tiempo no está como para que salgas a pasear.

Aquella frase me dejó paralizada. ¿Acaso sabía él...?

Me tomó la mano entre las suyas enguantadas.

—Recuerdo que dijiste que tu madre murió el once de enero y hoy hace un año exacto. Por eso estoy aquí.

Mi corazón se detuvo, mi pena se mezcló con una buena dosis de agradecimiento y otra aún mayor de adoración, y juntas recorrieron mi pequeño cuerpo. Le tenía delante de mí. Había salido de su casa en un día infernal para hacerme sobrellevar mi tristeza, mientras que tía Adelaida, mi pariente más próximo, había sido incapaz de subir las escaleras.

¡Al cuerno (¡ay, si me escuchara mi tía!) la etiqueta! Le abracé y fue entonces cuando me di cuenta de que estaba helado. Qué falta de hospitalidad la mía. Tiré de él hasta la pequeña estufa de carbón y le obligué a sentarse delante.

No podía dejar de mirarle. Tenía el pelo húmedo y estaba pálido de más, pero tan apuesto, elegante y sonriente como siempre, aunque estuviera sentado en una silla pequeña para él y pareciera absurdamente encogido.

Me miraba con gran cariño.

—Te he traído esto —murmuró mientras buscaba algo en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Un libro? —pregunté emocionada mientras rompía el papel que lo envolvía—. *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas* —leí el

título de la portada.

—Creo que te gustará.

Lo hojeé deteniéndome en las ilustraciones y las lágrimas inundaron mis ojos.

Me sentó sobre su regazo y me abrazó, me meció como a un bebé, me susurró palabras al oído en un idioma que no entendí y trató de calmar mi corazón. Como un padre. Como un amigo querido. Él no podía saber que, aunque yo continuaba llorando, la felicidad y una bienvenida esperanza llenaban todos y cada uno de los poros de mi piel, solo con su presencia lo había conseguido.

Aquel regalo —el libro de Alicia— se convirtió en mi biblia particular. Lo leía y releía a todas horas, a escondidas, claro, aun en la ingenuidad propia de mi juventud era muy consciente de que, si mi tía lo encontraba, me lo arrebataría sin dudar. Y no solo fue el mejor regalo de mi vida porque me lo había traído Él, también por lo que se escondía entre sus páginas. Al igual que Alicia, yo vivía entre dos mundos, uno el real: triste, gris y solitario, y otro, mucho más excitante y oculto a todos, en el que mi imaginación tomaba alas. Y, aunque mis compañeros de viaje no eran un conejo blanco, una Reina de Corazones, un gato sonriente o un sombrerero loco, sino un barón y su mayordomo, era mío y no estaba dispuesta a compartirlo con nadie.

Londres, 30 de agosto de 1888.

Montagu Square. Residencia de James Blunt.

—¿*E*n qué piensas? Llevas bastante rato callada —preguntó lord Brahn.

Tenía razón. El rítmico traqueteo del coche había conseguido que Arabella viajase unos cuantos años atrás. Durante unos minutos había estado en otro lugar, en otro tiempo. ¡Añorado tiempo!

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó ella. No quiso contarle hacía donde habían ido sus pensamientos.

Rheged entreabrió la pesada cortina azul. Al vislumbrar entre la niebla el arco de triunfo de mármol blanco, antigua puerta de entrada al palacio de Buckingham, supo que ya estaban en Oxford Street, cerca.

—No. Ya casi estamos.

Arabella asintió. Esperaba que él encontrase alguna pista en su diario o en las habitaciones de su hermano que a ella se le hubiera escapado, y empezaba a urgirle llegar.

Habían salido de la residencia de lord Brahn en Whitechapel por una puerta del vestíbulo que daba a un estrecho túnel que, a su vez, desembocaba en otra construcción: un viejo granero convertido en establo y cochera. Por allí, sin la necesidad de salir al exterior, lord Brahn podía subirse a su coche y abandonar el domicilio sin ser visto. La puerta de esa cochera daba a la calle de atrás. Nadie relacionaría un lugar con otro.

Había dos vehículos en aquel granero: un tálburi esbelto y ligero pintado de un atrevido color amarillo y la berlina negra y lujosa que ella había interceptado la noche anterior. También estaba Bernie, el nieto de Charles y su antiguo proveedor de ropas masculinas para practicar esgrima, que la saludó con una inclinación de cabeza a la que Arabella correspondió con una cálida sonrisa, antes de tomar su mano para subirse al coche.

Por un instante ella se sintió bien, entre amigos, pero cuando se encontró frente a frente a solas con lord Rheged en el interior del carruaje, cerró los ojos y se perdió en sus pensamientos y, aunque no lo quiso así, su mente traicionera había regresado de nuevo a Cumbria. A sus doce años. A él.

Cuántos recuerdos.

Ella los había enterrado en un lugar seguro, tal y como un pirata haría con su botín de piedras preciosas y oro, guardándolos para recuperarlos algún día, quizás en su vejez. Pero ese reencuentro inesperado se había convertido en un mapa que, sin remedio, conducía sus pasos hacia ellos.

El coche se detuvo por fin y el barón bajó primero, y con cierto desafío en su mirada, le ofreció de nuevo su mano. Esta vez, ella no la rechazó. Ni siquiera hizo el amago de retirarla cuando un escalofrío recorrió su cuerpo. Tan solo intentó convencerse de que era el frío, la humedad y el aspecto fantasmagórico de la ciudad debido a la niebla lo que la había estremecido de la cabeza a los pies, y no el sentir el calor y una ligera presión en sus dedos.

No podía permitirse el lujo de pensar en eso. No podía distraerse.

—Ahora cuando toquemos a la puerta, no digas nada, deja que sea yo quien hable con tu casera. No recordará nada cuando nos vayamos.

Ella asintió impresionada: otro de sus poderes vampíricos. E inmediatamente se sorprendió pensando en que, si en realidad era capaz de hacerlo que lo hiciera. No podía aprobarlo, pero tampoco luchar contra ello. Desde que había salido de Langdale House no había hecho otra cosa que actuar de un modo poco decente. (Decir poco era el eufemismo del año, en realidad, todo lo que había hecho era indecoroso, imprudente e impensable para alguien con su educación). Había viajado sola; había estado viviendo como si fuera una mujer independiente en el apartamento de su hermano; se había empleado en casa de una actriz que después resultó ser una vampira; se había subido en un coche sin saber quién estaba dentro y estaba viviendo en casa de un antiguo amigo. Sí, que lo hiciera. Que sumiera en un trance a la señora Davis para que no se enterara de que subía con un desconocido a su apartamento. Mejor. Menos explicaciones tendría que dar.

Entraron sin problemas, acompañados por la casera y sus almibaradas sonrisas. Solo un par de frases, una mirada intensa, y la señora Davis se deshacía por dentro. Increíble. Arabella estaba alucinada, aunque admitió sin

reservas que, si él la hubiera mirado así y sonreído de ese modo, ella le habría dado hasta la llave de su habitación. ¿La llave de su habitación? Qué tontería. Lord Brahn Rheged, undécimo barón de Ravenstonedale, podía entrar donde quisiera, no le hacía falta ninguna llave. Acababa de ser testigo de ello.

Si había una palabra que pudiera definir el apartamento de James, esta era abigarrado. No solo por tener colores chillones, como el del entelado amarillo canario de la pared que sorprendía al verse combinado con la tapicería verde mar de los sillones, o por estar lleno de muebles, pilas de libros y cajas por doquier, sino porque, además, un anárquico desorden se extendía por toda la sala y mostraba una colección de objetos digna de alguien con el alma de un loco. Los que más llamaban la atención era la gran colección de libros de terror y ciencias esotéricas, un cráneo bien pulido que servía como pisapapeles, estacas, sí, estacas de madera con uno de los extremos muy afilado, crucifijos, una exagerada acumulación de libretas abiertas llenas de anotaciones y un gran mapa de la ciudad, extendido y claveteado en la pared, que tenía varios lugares remarcados con círculos de tinta temblorosos.

—Nada de esto es mío —quiso aclarar Arabella mientras encendía una de las lámparas de gas—, lo poco que traje lo coloqué en un pequeño dormitorio que hay al fondo y que estaba extrañamente vacío.

—Lo sé —contestó lord Rheged en un murmullo—, nada de lo que hay aquí huele a ti.

Arabella dio un paso atrás involuntario. ¿Cómo podía él distinguir...?

Mientras lord Brahn deambulaba entre los muebles, le observó. Impecable, vestido con aquel traje a medida que le quedaba de maravilla a pesar de su figura corpulenta, atlética y vigorosa. También se le veía altivo, con ese mentón ligeramente alzado hacia arriba, cuadrado y fino, que además de mostrar un rostro varonil y apuesto, le hacía caminar con porte aristocrático... Y esa media sonrisa. ¿Habría alguien libre de caer ante esa sonrisa?

Se dio cuenta de que él la estaba mirando y disimuló prestando atención a una pila de libros. Cuando le escuchó reír fue consciente de que el ejemplar que había abierto y simulaba leer estaba del revés.

Malnacido.

Lord Rheged se paseaba entre los muebles cogiendo un papel aquí, un libro allá. Inspeccionando con atención todo lo que dejaba a su paso. En su periplo

se detuvo y se agachó para retirar un papel del suelo.

—Una entrada para el Savoy.

—Sus visitas al teatro están registradas en su diario. Allí conoció a María.

—¿Por eso acabaste tú en su casa?

—Sí. Pensé que podría encontrar alguna pista.

—No sé si eres una descerebrada o una mujer valiente.

Ella entrecerró los ojos. Sabía que estaba diciéndoselo para molestarla.

—Es mi hermano, haría cualquier cosa por él.

—Tienes que ser más prudente, si acabas muriendo no le servirás para nada.

—Bueno, ahora está usted aquí. El caballero andante dispuesto a ocuparse de todo.

Su tono mordaz debió sorprenderle porque se giró para mirarla.

—Yo no voy a inmiscuirme en tu vida, Arabella, solo quiero ayudarte, pero a partir de ahora consúltame antes de lanzarte a la desesperada. A lo mejor entre los dos encontramos alguna opción menos peligrosa que meter a una humana al servicio de una vampira tan perversa como María.

Aunque lord Rheged se sintió molesto por su tono irónico, tuvo que admitir para sí mismo que él no había estado muy acertado con su comentario. Y con el fin de que se enfriase ese inicio de discusión, regresó a su registro. Cuando llegó al rincón se detuvo frente a unos estantes abarrotados con revistas y libros.

—Parece que tu hermano tiene una buena colección: *Lord Ruthwen VI; ou les vampires; Fantasmagoriana; The Vampyre* de John Polidori; *Frankenstein o el moderno Prometeo*, de Mary Shelley; *Histoire de la Dame pâle* de Dumas; *Tales of the Death, La familia del Vurdalak, Berenice...* Humm, *The Feast of Blood*, este si es bueno —dijo lord Brahn tomándolo con las dos manos y sentándose cómodamente con las piernas cruzadas sobre la mesa como si estuviera en su salón.

—¿Va a ponerse a leer ahora?

—Son las aventuras de un colega: Sir Frances Varney, un vampiro. — Arabella se cruzó de brazos y lo miró con furia. A él le encantó ver que su maniobra había causado la distracción que necesitaba—. ¿Puedo llevármelo?

—¿No decía que quería ayudarme?

Él se levantó, dejó el mamotreto sobre la mesa y se acercó a ella con la parsimonia de un depredador.

—Quiero muchas cosas, una de ellas sacarte de este embrollo.

Arabella se apartó hasta que la distancia entre ellos volvió a ser la adecuada, aunque no pudo evitar que su respuesta y el tono juguetón con el que salió de sus labios, sacudiera su espalda de arriba abajo. La sensación fue la misma que cuando el traqueteo de un carruaje que transita por una calle adoquinada, te sacude hasta colocarte todas las vértebras en su sitio.

Tartamudeó.

—Me llevé el diario a mi cuarto, voy a por él.

Salió de su radio de influencia como alma que lleva el diablo y no respiró hasta llegar a su dormitorio.

No podía quedarse cerca. Demasiados recuerdos que ella creía enterrados estaban regresando en oleadas y estaba segura de que, a menos que lograra controlarse, acabaría ahogada en ellos.

—¿Estás bien?

Su voz le sobresaltó. Se giró y le vio ocupando el vano de la puerta.

—Sí, milord. Estoy bien.

No estaba bien. Con él en la entrada de la habitación se sentía encerrada. Tomó el diario que estaba sobre la mesa y se lo ofreció alargando lo que pudo el brazo con el fin de mantener entre ellos la mayor distancia posible.

—Nos lo llevamos. Creo que ya no tenemos nada qué hacer aquí. Vámonos a casa.

—¿Ya ha terminado?

—Tengo buena memoria —dijo mientras se golpeaba la sien repetidamente con el dedo índice—, pero si nos falta algo siempre podemos volver.

—Espere un momento, milord, solo será un minuto. —Arabella se apresuró a sacar una bolsa de viaje de debajo de la cama y a abrirla sobre el colchón—. Cogeré algún vestido.

—¿Son todos de color gris? —preguntó él cuando ella hubo abierto el armario.

—Florence se cayó por la escalera y murió hace algo menos de un año, milord. Mi tía Adelaida declaró un nuevo luto para todos.

El tono de voz del barón se tornó envolvente. La abrazó sin acercarse lo más mínimo.

—Lo siento mucho, Arabella. No lo sabía. Llévate solo lo necesario. Buscaremos alguna modista y encargaremos unos cuantos.

Ella tomó aire.

—No puedo permitírmelo, milord.

—Yo sí —respondió él con sequedad, aunque después volvió a su tono sinuoso y relajado—. ¿Me permitirás que te haga nuevos regalos? Antes me dejabas hacerlo.

—Creo que ya sabe que lo hará, aunque yo me niegue.

Lord Rheged no dijo nada más, solo sonrió, y Arabella se dio prisa en hacer la maleta, sentía que aquellos ojos verde grisáceo que tenía clavados en su espalda ejercían un poder enorme sobre ella; estaba deseando salir de allí para librarse de ellos.

25 de enero. Mi aniversario

Regalos. ¿Cómo resistirme a los regalos de lord Rheged? Él parecía saber que estaba pensando en cada momento y me sorprendía con las cosas más curiosas y estafalarias. Me mimaba demasiado y yo se lo permitía porque no sabía decirle que no. ¿Quién con doce años puede resistirse a las sorpresas?

*Cumbria, 25 de enero de 1879.
Brimstone Hall.*

Aquel día hacía frío, como en todos los de aquel enero, pero no me sorprendió que Charles apareciera con el *gig* a la hora a la que solía venir a recogerme. Era mi cumpleaños, nadie en Langdale House se había percatado de ello, pero yo tenía la esperanza de que él sí lo recordaría.

Y así fue.

Lord Rheged me esperaba en el vestíbulo de Brimstone Hall con una sonrisa en los labios y, tan pronto como me quité el sombrero y el abrigo, tomó mi mano y me llevó, casi en volandas, escaleras arriba. En la galería de los cuadros, —el lugar que, desde que él vio que la esgrima no era lo que se dice *mi deporte*, me instruía en el tiro con arco—, había algo para mí.

Me detuvo delante de las puertas cerradas y me tapó los ojos con una de sus elegantes manos. Abrió y me empujó despacio para obligarme a entrar.

Retiró su mano.

Delante de mí, apoyado en la pared, había un artefacto de hierro y madera con dos ruedas. Me fijé en que era como si hubieran hecho un dibujo del perfil de un carro y lo hubieran recortado dejándolo plano.

—¿Qué es eso, milord?

—¿Cómo que qué es, Arabella? —Se echó teatralmente las manos a la cabeza. Yo reí, ya me había acostumbrado a sus dramáticas reacciones.

Después se puso muy serio—. Verás —me dijo—, se llama velocípedo y sirve para ir de un sitio a otro. Lo encargué para ti a un constructor de carruajes escocés. En la taberna escuché que en Dumfries se habían vuelto locos y que estaban realizando unos prototipos de bicicletas más avanzados que los franceses. El tema me interesó y, como solo está a un día de camino, envié a Charles a que indagara. El resto puedes imaginártelo ya que tienes uno delante. Lo han fabricado para ti.

Yo lo escuchaba embobada, concentrada en sus ojos tormentosos. Hablaba tan convencido, tan convincente, que le creí hasta la última coma, ni siquiera me pregunté por qué lord Brahn Rheged, undécimo barón de Ravenstonedale, que casi nunca salía de su casa, había ido a una taberna del pueblo.

Le vi caminar hacia aquel artilugio, separarlo de la pared hasta dejarlo apoyado sobre las dos ruedas y pasar una de sus largas piernas por encima para subirse con gracia. Era pequeño para él, pero aún así se las ingenió para sujetarse al manillar, poner los pies en los pedales y llegar hasta el fondo del corredor. Allí se bajó, colocó el artefacto en dirección opuesta para iniciar el viaje de vuelta y regresó a toda velocidad hasta donde yo estaba. Frenó con los pies a escasas pulgadas de mis piernas.

Aplaudí.

—¿En serio es para mí?

—Todo tuyo. Feliz décimo tercer cumpleaños, pequeña y huesuda amiga.

Me sonrojé.

—No puedo llevármelo, tía Adelaida no me dejaría tenerlo.

—Podrás guardarlo aquí. Y para cuando llegue la primavera y los caminos estén libres de nieve, espero que ya sepas manejarlo con soltura. Si te caes de cabeza no pasará nada, la tienes muy dura, pero no quisiera que te rompieras una pierna.

Sonreí, me sentía muy feliz.

—¿Podré ir con él al muro de Lingmoor Fell?

—¿Al muro de Lingmoor Fell?

—Es un sitio precioso. Lo descubrí el día que me perdí y acabé en su casa.

—Entonces será mejor que te lleve yo primero y te enseñe el camino, no quiero que vuelvas a perderte.

En ese momento, Lucille asomó la cabeza y el gesto de lord Brahn se tornó serio.

—La estás malcriando —dijo ella con acidez.

—No es algo que a ti deba importarte, *hermana*.

—Lo sé —rio—, pero en el fondo me gusta ver lo bobo que pareces en este momento.

Él dio un paso en su dirección y ella desapareció. Yo tiré de su manga, no quería que esa interrupción nos amargara la tarde.

—Voy a necesitar ayuda, señor.

Lord Rheged me miró con cariño y me alborotó el cabello.

—¿Qué tal si te pones los pantalones que usabas para esgrima? Podrás moverte mejor que con ese vestido.

Yo le contemplé embelesada. Estaba rendida a sus pies, a sus encantos, a sus atenciones. Dije que sí y corrí hacia el dormitorio donde guardaba todas las cosas que tenía en su casa.

No podía decirle nada de esto a tía Adelaida, pero me importaba poco convertirme en una mentirosa con tal de guardar aquel bonito secreto. Seguro que montar en uno de esos artilugios estaba vedado a las damas, pero él iba a enseñarme a hacerlo y eso, además de prohibido, se sentía de lo más excitante.

Londres, 30 de agosto de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Al llegar a la residencia de lord Brahn, Arabella subió a su cuarto para cambiarse el vestido. Andaba como loca por quitárselo. No solo no había experimentado ninguna seguridad con él puesto, sino que además el corsé la estaba matando, cada vez que respiraba tenía que llenar sus pulmones a un tercio de su capacidad. No había sitio para mucho más. Era estrecho y tremendamente rígido.

¿Acaso Lucille no necesitaba respirar?

Esa pregunta la dejó parada en mitad de la habitación pensando en sus propias palabras como si hubieran sido una epifanía. ¿Sería su propietaria una vampira? Ahora entendía lo apretado que era aquel corsé, Lucille no tenía que respirar, estaba muerta.

Suke corrió en su ayuda.

—¿Ha tenido una buena tarde, señorita Arabella?

—Sí, gracias por preguntar Suke.

—Parece cansada.

—En cuanto me quite esta coraza me sentiré mejor.

Vio a la joven mirarla con deleite a través del espejo mientras la ayudaba a desabrocharse el corpiño.

—Usted y lord Rheged hacen muy buena pareja.

Arabella intentó esforzarse en ofrecerle a su joven criada una bonita sonrisa, pero se quedó a mitad de camino.

—Solo somos *amigos*.

—Por algo se empieza. Lord Rheged es muy atractivo —murmuró la joven—, y no solo eso, también es un buen hombre.

—No sabría qué decirte, Suke. Cuando lo conocí estaba igual de fascinada

que tú, solía pensar que era el mejor, pero ahora...

El rostro de la criada se contrajo en una mueca de desacuerdo.

—¿Le ha dicho algo que le haga pensar que ha cambiado?

—No. Eso es lo peor, sigue comportándose tan encantador como siempre.

—¿Y entonces?

—Cuesta confiar en alguien que te dio su palabra para no cumplirla después.

—Es un buen hombre —insistió Suke.

—A lo mejor contigo se portó bien, pero deberías de tener cuidado. ¿Quién le conoce realmente? ¿Quién sabe lo que se esconde bajo su cara bonita?

—No diga eso, señorita, mire a Charles. El anciano le ha cuidado durante toda su vida y ahora que es viejo y que le cuesta hacer las cosas, lord Rheged se preocupa por él. No lo ha echado a la calle como hacen otros señores.

Arabella se encogió de hombros, quizá había sido ella la única damnificada, quizás él se había apartado porque continuaba siendo gris a pesar de que le había puesto el mundo a sus pies.

Suke volvía a la carga.

—No irá a ponerse *esto*, ¿verdad? —murmuró mientras sacaba un vestido de Arabella de la bolsa de viaje—. En el armario de la señorita Lucille hay vestidos preciosos, recuerdo uno verde agua que haría resaltar su bonita melena negra y seguro que, con él, sus ojos se asemejarían a las esmeraldas. ¿No quiere estar guapa para el señor? —añadió la joven con tono meloso.

Arabella se colocó frente a ella y la miró directamente a los ojos.

—Suke, no volveré a ponerme un vestido de *esa* mujer. Prefiero no hacerlo.

—Pero ¿por qué? Ella no está aquí y usted no va a destruirlo si solo se sienta a cenar con él.

—No quiero que él me mire y la vea a ella.

Tras decir eso, Arabella se incorporó y se quedó pensativa. No lo había soñado, lo había dicho con todas las letras. Acababa de destapar su corazón y, además, lo había hecho en voz alta. Quiso retractarse, lo último que deseaba era que ese capítulo que tanto le había costado cerrar en su juventud, volviera a campar a su anchas.

—Lord Rheged no quiere nada de mí, solo se compadece.

—Yo no lo creo, la mira con interés.

—Solo es por el vestido. Con él puesto debo recordarle mucho a su amante.

—¿Cómo dice?

—Que lord Brahn Rheged, undécimo barón de Ravenstonedale, y Lucille

son amantes.

Tras esas palabras, el silencio. Suke calló porque se quedó realmente impactada y Arabella, porque, nada más soltarlo se arrepintió de haberlo dicho. Lo había hecho por despecho, como si con ello pudiera sacarse esa espina que desde hacía mucho tiempo tenía clavada en su interior. No, no era justo que ella fuera con impertinencias a espaldas del barón.

Como si el mundo se conjurase en su contra se escucharon dos golpes en la puerta.

—¿Arabella? ¿Puedo pasar?

El corazón de Arabella se detuvo durante un instante.

—No estoy visible.

—De acuerdo, tampoco es urgente. Me gustaría que cuando terminases de cambiarte bajaras al salón. Hay cosas del diario que quiero comentarte.

Ella sintió cómo se le hacía un nudo en la garganta. ¿Qué parte de la conversación habría escuchado? El suelo se hundió bajo sus pies; acababa de hacer un comentario de lo más desafortunado justo cuando él estaba detrás de su puerta. Estaba segura de que lo habría oído todo.

«...lord Brahn Rheged y Lucille son amantes».

—Saldré enseguida, milord.

—Te esperaré abajo.

Le quitó de las manos el vestido a una Suke que estaba un tanto pasmada y procedió a colocárselo.

—¿Y dice usted que el señor es barón?

—¿No te lo ha dicho?

—No. ¡Dios santo! ¡Un barón! ¡Estoy sirviendo en la residencia de un barón!

Arabella puso los ojos en blanco ante su reacción. Aunque era de agradecer, al menos Suke no parecía haberse dado cuenta de su infortunado comentario.

No esperó a que la ayudase a vestirse. Tendría que afrontar aquel desliz cuanto antes. Se colocó el vestido con prisas, no debía hacerle esperar.

Cuando Arabella entró al salón, lord Rheged se levantó con educación y esperó a que ella se sentara frente a la chimenea para volver a ocupar su sitio. Estaba serio. Y eso era bastante indicativo.

—Milord, yo... —empezó a disculparse.

Él la detuvo con una mirada taciturna.

—Arabella, hace ya mucho tiempo que Lucille salió de mi vida.

Su voz sonó triste, el comentario hecho por ella le había decepcionado.

Arabella se levantó como si uno de los muelles del asiento la hubiera propulsado hacia delante. Él se incorporó también.

—Milord, lo siento, lo siento muchísimo. No tiene usted que darme explicaciones. Yo no tenía, no tengo, ningún derecho a hacer ese tipo de comentarios y menos con la servidumbre. Le pido que me disculpe y entenderé si se siente incómodo con mi presencia. Solo dígallo y recogeré mis cosas.

—Arabella, mírame.

Ella no sabía dónde meterse, pero al final tendría que enfrentarse a él y terminó por levantar la cabeza.

—¿Y dónde piensas ir?

—Al apartamento de James.

Él se acercó más a ella de lo que era adecuado.

—Allí serás un blanco fácil.

—No creo que María se tome la molestia de buscarme. Nadie creería a una criada.

—¿Te olvidas de que Melquisedec nos siguió hasta aquí? ¿Qué crees que tardaría en encontrarte?

Ella tomó todo el aire que sus pulmones eran capaces de albergar. Era consciente de sus pocas opciones.

—Vamos, siéntate y, por favor, no llores. No estoy enfadado, entiendo perfectamente tus conjeturas, pero, preciosa, no juzgues sin saber. Yo también debo pedirte disculpas por lo que pasó, por lo que viste... No era mi intención hacerte daño.

Arabella se secó las lágrimas de un manotazo. Hasta que él no lo mencionó en voz alta, no fue consciente de que estaba llorando. Avergonzada, inclinó la cabeza y habló sin mirarle a la cara.

—Usted no tuvo la culpa. Yo entré por la puerta de atrás porque era tarde y no quise llamar. Invadí su casa y su intimidad.

Él hizo el ademán de rodearla con sus brazos. Ella no se movió, habría recibido ese abrazo con ganas, pero en el último momento, lord Rheged se arrepintió, dio un paso atrás y le pidió con un gesto de su mano que se sentara de nuevo.

—¿Qué te parece si lo dejamos en tablas y hablamos del diario?

—Se lo agradecería, milord.

—No, Arabella, no me des las gracias. Tendremos que enfrentarnos a esa conversación, pero, para eso, antes necesito volver a ganarme tu confianza. ¿Te parece bien? ¿Te sientas y charlamos?

Ella asintió, pero tardó unos segundos en moverse y, cuando lo hizo, echó la mano hacia atrás y tanteó para buscar el sillón que estaba a su espalda, igual que si fuera una anciana. Todavía estaba sofocada y mantuvo la vista fija en los dibujos de la alfombra, sin embargo, como él permaneció de pie y en silencio, al final tuvo que armarse de valor y levantar su mirada.

Le sorprendió ver que sonreía con una gran ternura.

—¿Sabes? No me recuerdas nada a ella. Hablo de Lucille —aclaró—, y he de decir que tampoco te pareces a aquella chiquilla esquelética que deambulaba por mi casa, aunque esos ojos verdes serían reconocibles incluso después de cien años.

Arabella tosió y después de tragar saliva preguntó sin sutilezas si había encontrado algo en el diario de su hermano.

La sonrisa de lord Rheged se volvió pícara, pero le siguió el juego y permitió que ella cambiara el tema de conversación.

—Cuéntame, ¿cómo se te ocurrió entrar al servicio de María?

Ese interés que evidenciaba su mirada empezó a ponerla nerviosa.

—James la nombraba en el diario. Maldecía su belleza, su porte aristocrático, su dinero... Él la describió como una mujer de otro mundo. Irreal, fantástica, magnética, divina y no sé cuántos adjetivos más. No me quedó claro si intentó cortejarla, pero sí que lo alejaron de ella. Se dedicó a espiarla, pero aparte de que sus matones le echaran del teatro varias veces, no sacó nada en claro.

—Y si él desistió, ¿por qué seguiste tú esa pista?

—Fui al teatro una noche a ver la opereta, no podía eliminarla sin más de mi lista de personas a interrogar. Si de verdad María tenía algún tipo de relación con James, yo quería saber... —Se mordió el labio—. También quería ver con mis propios ojos si tenía algo especial. Y al verla me pareció una especie de diosa, tan bella, tan divina y exquisita como James la describía. —De nuevo miró al suelo al decir—: Me recordó a Lucille. María es también el sueño de cualquier hombre.

—¿Por qué decidiste espiarla de cerca?

—No soy una descerebrada. Yo solo...

Lord Brahn levantó una mano para detenerla.

—Debes disculparme. Cuando lo dije estaba enfadado porque tomaste muchos riesgos.

—En aquel momento no sabía que era peligrosa.

—Lo sé. Sigue.

—En cierto modo, me fascinó. —Se sonrojó al admitirlo—. Sí, yo también caí rendida a sus pies, aunque de otro modo. Su seguridad, la forma que tiene de moverse en sociedad, que no necesite sentirse al amparo de una figura masculina... Imagino que a muchas mujeres nos gustaría parecernos a ella y creí que no pasaría nada malo si la observaba de cerca. Cuando me enteré de que tenía muchos problemas para mantener el servicio, me presenté en su casa con un nombre falso y una carta de credenciales escrita de mi puño y letra. Y allí empezó todo.

—¿A qué te refieres?

—A que una vez en su casa me di cuenta de que sí había algo extraño en ella y que las notas de mi hermano referentes a otras cosas tenían relación con lo que veía allí. Su aversión al sol, por ejemplo. Durante el día, las pocas veces que salía de su cuarto llevaba siempre lentes con cristales tintados. Su casi nula dieta, solo tomaba té y más té, y dejaba el resto de platos intacto. María ocultaba algo. Los criados no paraban de hacer comentarios sobre sus excentricidades y sobre las extrañas orgías que algunas noches se sucedían en la casa. ¿Sabía que por las noches nos encerraba en la buhardilla? Supongo que para que no viéramos algo comprometedor.

—Pero tú estabas allí.

—Metí unas almohadas bajo las mantas para simular que estaba dormida y calentita, y me descolgué por la ventana. Había dejado mal cerrada la puerta de atrás para poder entrar y... El resto de la historia no es necesario que se la cuente; ya la conoce.

Se quedaron un rato mirándose. Cada uno perdido en sus pensamientos. Pero mientras que lord Rheged pensaba en lo que había madurado la valiente mujer que tenía enfrente, Arabella tenía algo en mente que para ella empezaba a ser imprescindible saber.

—¿Mata muy a menudo?

La cara de sorpresa de lord Rheged fue genuina.

—¿Qué?

—Quiero decir que si come todos los días o si, por el contrario, lo hace de forma espaciada.

Él se pasó la mano por el cabello. Arabella volvía a sorprenderle, aunque por otro lado era lógico que ella quisiera saber con quién se la estaba jugando. Decidió ser franco.

—Dos o tres noches a la semana salgo de caza. Frecuento tabernas, fumaderos de opio, burdeles, tugurios donde se celebran peleas clandestinas... Lugares donde se congrega mucha gente y yo pueda pasar desapercibido. Normalmente siempre encuentro a alguien necesitado de unas monedas y hago el intercambio sin que sea necesaria una víctima en la ecuación. No es un acto noble, no pido permiso, eso es cierto, pero después de alimentarme les pago por el bien prestado y emborrono sus recuerdos para que no se vayan de la lengua. ¿Responde eso a tu pregunta? —La vio sonrojarse, también asentir—. Arabella, mírame. —Cuando obtuvo su atención dijo con seriedad—: Hace mucho tiempo que no mato por placer. El placer lo obtengo de otras formas.

Hay cosas que es mejor no saber

«El placer lo obtengo de otras formas». Me dijo esa frase con toda la intención, sabía perfectamente hacia dónde iban a dirigirse mis recuerdos. Lo que no llego a comprender del todo es por qué lo hizo. ¿Acaso busca que le vea como a un hombre y no como a un monstruo?

*Cumbria, madrugada del 16 de febrero de 1879.
Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.*

Recuerdo que ni siquiera sentí el frío bajo mis pies, simplemente corrí y corrí hasta llegar a la mansión. De algún modo, aquella lóbrega construcción se había convertido en mi refugio; la sentía como mi verdadera casa y, en ese momento, la necesitaba.

Tía Adelaida había irrumpido en mi cuarto en mitad de la noche, en su mano llevaba el ejemplar de *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas* que yo me había dejado sin querer bajo uno de los cojines del sofá. Estaba enfadada. Para ser exactos, más que enfadada, estaba furiosa.

Yo (y mi despistada inmadurez) desconocía que ella padecía de insomnio y que muchas noches se sentaba frente a la chimenea con una copa de brandy y dejaba pasar las horas maldiciendo como un leñador porque la muerte de su esposo la había hecho cargar con una cuñada que estaba chiflada y con una niña torpe y poco avisada. Tía Adelaida tenía un sillón preferido —justo al lado del hogar— que nadie usaba más que ella, pero esa noche, quizá porque quiso recostarse, por ver la habitación desde otro ángulo o porque llevaba demasiado brandy en el cuerpo como para llegar hasta él, debió de sentarse en el sofá, justo encima de mi libro.

Ella sabía de sobra que yo no había podido comprármelo, pero, aunque mentí y le dije que lord Brahn había comprado dos —uno para su sobrina y

otro para mí—, me dolió que rechazara mi explicación y, sin pensárselo dos veces, dedujera que lo había robado.

Discutimos y, además de aprovechar para recordarme mi lugar en aquella casa, amenazó con quemarlo. Supliqué sin ningún resultado. Lloré hasta que no pude más y, tan pronto como la oí bajar por la escalera, me puse el abrigo, un gorro de lana y unos guantes, y escapé por la ventana.

No recuerdo cómo llegué hasta el suelo, solo sé que, cuando lo hice, mis manos y piernas temblaban por el esfuerzo, pero necesitaba mi refugio. Necesitaba un abrazo. Necesitaba que alguien me soplara sobre las lágrimas y me dijera que todo estaba bien. Lo necesitaba a él.

Llegué a la mansión con los pulmones helados, pero acalorada y sudando por la carrera, y la silueta de la gran mole gris me pareció menos imponente que otras veces. La gente del pueblo seguía opinando que aquel era un lugar alejado de la mano de Dios, yo sabía que no era cierto. Para mí, lord Rheged, Charles y Bernie se habían convertido en mi familia. No eran demonios ni fantasmas, eran personas con buen corazón.

Me acerqué a la puerta principal recorriendo el serpenteante y estrecho camino que atravesaba el jardín. Debían de haberlo limpiado de nieve aquella misma tarde porque el color oscuro de la tierra, incluso en plena noche, contrastaba con fuerza con el blanco inmaculado que había a mi alrededor y me sirvió de guía para llegar hasta la puerta. Una vez allí, me quedé mirando aquel llamador de bronce —un león con una bola entre las fauces— que tantas veces había levantado y dejado caer los últimos meses.

Sin embargo, en el último momento me arrepentí y no toqué. Era tarde. Charles estaría durmiendo y, en realidad, yo no quería molestarle obligándole a levantarse. A quien yo buscaba era al propietario de la mansión, a mi barón, al que imaginaba leyendo a solas en la biblioteca como me decía que pasaba casi todas las noches.

Una idea me llegó como si fuera una iluminación. La puerta trasera que daba a la cocina nunca tenía echada la llave. ¿Estaría abierta también a esas horas?

Recé porque así fuera, no tenía intenciones de volver a Langdale House. No esa noche.

Tuve que rodear la mansión sin dejar de tocar las paredes con mi mano. Los árboles estaban desnudos por el invierno, pero la noche era tremendamente oscura, y lo último que quería era desorientarme y perderme entre las sombras. Mientras caminaba pensé que, una vez dentro, si milord no estaba en

la biblioteca, subiría sin hacer ruido al piso de los dormitorios para comprobar si había luz en su cuarto, pero si lord Rheged no estaba despierto, no le molestaría, me acurrucaría frente a la chimenea de su salón hasta el amanecer.

La suerte me sonrió, la puerta no estaba cerrada.

Subí con sigilo y un poco a tientas —el interior estaba tan a oscuras como siempre, daba igual que fuera de noche o de día, aquella mansión era como la boca de un lobo—, pero yo llevaba ocho meses visitándola y los bultos de los muebles entre las sombras ya me eran familiares. Llegué al primer piso desafiando a las tinieblas sin tropezar ni una sola vez y, entonces, la oí: la cantarina y sensual risa de Lucille. No era usual escucharla, parecía vivir en un estado de eterno enfado, pero reconocí aquellas afinadas notas al instante. Cuando la encontrabas de buen humor, era tan dulce.

La puerta de su dormitorio no estaba del todo cerrada y, desde mi posición en el oscuro pasillo, la luz trémula de las velas que se escapaba a través del marco se me antojó como un faro que avisa a los barcos de su cercanía a la costa. Me quedé quieta durante un buen rato y escuché: palabras en voz baja, el tintinar de unas copas de cristal antes de hacerse añicos al caer al suelo, risas, gemidos reprimidos, jadeos... Todos esos sonidos finalmente me embrujaron y obligaron a mis pies a dirigirse hacia allí, igual que si alguien con autoridad hubiera reclamado mi presencia y yo, obediente, acudiera sin dilación a la llamada.

Está visto que las puertas entreabiertas son mi perdición. Me atraen como si fuera una fuerza de la naturaleza que no puedo evitar.

La risa de Lucille se transformó en un gemido gutural, áspero y delirante que me hizo pararme en seco. No quería saber qué pasaba allí dentro, algo en mi interior se negaba a conocer ese secreto, pero también estaba la tentación, ese no poder evitar querer saberlo todo. Di un paso más y, por el hueco de la puerta entreabierta, acerté a vislumbrar su larga y negra cabellera desparramada sobre los pies de la cama, sus negros y abundantes cabellos. Di otro y mis ojos encontraron la parte superior de su cabeza que, echada hacia atrás y apoyada solo por la coronilla, se movía a un ritmo frenético. Estiré el cuello y pude ver sus ojos parcialmente en blanco, su rostro desencajado, su boca abierta gimiendo de forma entrecortada... La curiosidad me pudo y di el último paso: el que hizo que lord Rheged entrara en mi campo de visión.

Mi corazón se paró y todo lo que me rodeaba dio un extraño giro a mi

alrededor. Creí que me iba a caer al suelo, pero solo grité.

La reacción de él fue inmediata. Tomó una bata y se cubrió como pudo mientras salía de aquella cama con torpeza al estar liado con las sábanas. Me llamó por mi nombre en un intento de detenerme; yo no me quedé para escucharle. Salí por donde había entrado y corrí sin dirección.

Londres, 30 de agosto de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Cuando Arabella volvió al presente se dio cuenta de lord Rheged ya no estaba sentado frente a ella. Al girarse para buscarle le encontró de pie, frente a una mesa sobre la que había esparcido un buen puñado de recortes de periódico.

Intentó incorporarse, pero todavía estaba muy agitada por los recuerdos. La imagen de ellos dos había sido tan vívida como casi siempre que regresaba a aquella noche. Aquello le perturbaba e incomodaba a partes iguales.

Respiró lentamente para darse ánimos y se levantó.

Lord Rheged estaba de espaldas y, antes de caminar para llegar a su lado, tuvo la oportunidad de admirar su estatura, la anchura de sus hombros y la perfección con la que se le ceñía la chaqueta del traje. Acto seguido sus recuerdos regresaron. La panorámica de aquel cuerpo viril había durado apenas unos segundos, pero su imagen se le había grabado a fuego en la mente y llevaba diez años acompañándola a todas partes. Y, visto lo que tenía delante, no parecía haberle idealizado ni lo más mínimo.

Tragó saliva e hizo lo posible por desconectar su cerebro. No quería continuar pensando en lo que sabía que había debajo de ese traje.

Carraspeó para llamar su atención.

—¿Son los que tenía James en el interior del diario? —preguntó mientras se colocaba a su lado para estudiar los papeles esparcidos sobre la mesa.

Lord Rheged la miró desde su altura y sonrió. Arabella se había situado junto a él sin pensar en lo inapropiado que aquello podía resultar. Estaban solos y esa proximidad era excitante, pero también indecente a los ojos de cualquiera que pudiera franquear aquella puerta. Desde luego, él no iba a ser quien tomara distancias.

—Sí, son los recortes de tu hermano.

Esa respuesta fue dicha en voz baja, pero, al mismo tiempo que sonó contenida, también tuvo un regusto áspero, rasposo. Un poco como si las palabras hubieran luchado contra un gruñido por salir de su garganta. Fue aquella ronquera la que agitó los sentidos de Arabella y los puso en estado de alarma; fue aquella aspereza la que hizo que ella fuera consciente de dónde y con quién estaba.

El instinto le hizo dar un paso atrás y, despacio, como si temiera desatar a una fiera, rodear la mesa y colocarse del otro lado. Ahora veía todos los recortes del revés, pero se sentía más cómoda al mantener una distancia menos peligrosa y, a la vez, también más respetable.

El barón contó hasta diez para no saltar al darse cuenta de la maniobra, pero, aun así, no fue capaz de contenerse, las palabras llegaron a su boca sin que pudiera evitarlo.

—Daría cualquier cosa porque Huesos estuviera aquí. —Arabella levantó la vista de la mesa extrañada por el comentario. No acertaba a comprender por qué, de repente, había ese sarcasmo en su voz—. Lo digo en serio, la echo de menos una barbaridad —añadió en seguida dulcificando el tono—. ¿Sabes qué fue lo que me más gustó de ella? ¿Lo que consiguió que todas las tardes, a la misma hora, yo esperase impaciente su llegada? —Arabella quería bajar la vista, pero no podía dejar de mirarle—. Por encima de todo me enamoré de su espontaneidad, de que no me tratase como a un noble ridículo que busca la soledad en mitad del campo y de que no tuviera miedo de expresar su afecto, su enfado o la adoración que sentía por mí. —Sus ojos continuaban brillantes, exaltados, pero la voz de su monólogo fue bajando de intensidad hasta convertirse en un susurro. Mientras hablaba, giró alrededor de la mesa hasta colocarse frente a ella—. Contigo, es decir, con la nueva Huesos, me siento descolocado, has cambiado algo de ti que me parecía indomable. Soy perfectamente consciente de que la naturalidad es un rasgo propio de los niños o de los muy jóvenes, y que, con la edad, la educación recibida nos moldea y nos convierte en lo que la sociedad quiere que seamos, pero yo siempre pensé que tú no cambiarías. Que nadie doblegaría tu carácter. Me equivoqué.

—Ha pasado mucho tiempo —murmuró ella sin saber qué decir mientras casi enterraba la barbilla en su pecho.

Lord Rheged se acercó un poco más y, aun a riesgo de ser de nuevo rechazado, colocó el índice bajo el mentón y la obligó a mirarle.

—Lo sé, Arabella, me doy cuenta. Pero espero, de todo corazón, que el espíritu libre de aquella chiquilla siga ahí dentro y que salga más pronto que tarde.

Arabella abrió la boca para conseguir un poco más de aire y lord Rheged, al ver el gesto, fingió confundirlo con una invitación y se inclinó hasta llegar a sus labios. Dejó sobre ellos un beso casto y ligero; tan suave que Arabella no supo si lo había sentido o había sido un sueño.

Acto seguido, él se incorporó en toda su altura y dio un paso atrás.

—¿Qué crees que tienen todos ellos en común?

Arabella tardó en responder, ese giro inesperado la pilló por sorpresa. Estaba claro que él había cambiado de tema y ahora le preguntaba por los recortes, pero ella no era capaz de pasar tan rápido de un extremo a otro. La piel de su boca aún hormigueaba y su cerebro daba vueltas en otra dirección. Se sentía tan aturullada que solo acertaba a parpadear con pesadez.

¿Ese beso había sido un sueño?

Control, control... Necesitaba control.

Finalmente, se giró hacia la mesa, apoyó las dos manos sobre el tablero y, tras serenarse, respondió:

—Son asesinatos a sangre fría perpetrados en las oscuridades de un callejón. Algunos disfrazados de robos, otros de venganza. No hay un patrón con respecto a la víctima: hombres jóvenes, viejos, mujeres... La única cosa en común es que todos fueron degollados. Mi hermano debió de pensar que habían sido perpetrados por la misma persona.

—Hay algo más por lo que tu hermano los eligió.

Ella, tras mirarle un instante, dio la vuelta alrededor de la mesa y se concentró en los recortes.

Después de unos segundos dijo:

—No lo sé, no consigo ver la relación.

—En todos ellos se dice que había poca sangre —aclaró lord Brahn.

Arabella volvió a mirarle a los ojos y, sin que fuera necesario que añadiera nada más, creyó adivinar lo que estaba insinuado. Aquel pensamiento le hizo llevarse la mano al pecho.

—¿Quiere decir que a todos ellos los mató un...?

—No —interrumpió lord Rheged—. Dudo mucho que sea uno de los nuestros, pero James solo tiene información sobre nuestra raza a través de la imaginación de otros, así que es muy posible que creyera ver un patrón.

—Pero sí no había sangre...

—No es significativo. Puede que los matasen en otro lugar y que trasladaran los cuerpos; que el individuo en cuestión llevase puesto algún tipo de tejido más grueso que empapara la sangre derramada o, también, que estuvieran muertos antes de ser degollados y que por eso la sangre se acumulase sin escándalo —al ver la incredulidad en sus ojos, aclaró—: el corazón ya no bombea y al cortar la garganta no sale con presión. —Se detuvo cuando ella palideció—. Pero estoy convencido de que tu hermano pensó que ahí estaba la clave.

—El mapa de Londres que tenía en la pared —dijo Arabella tras unos instantes como si aquella imagen hubiera aparecido de repente en su cabeza.

—Sí, el mapa. Tenía diez círculos en tinta roja. La misma cantidad de recortes de periódico que James guardó en el diario. Los lugares donde ocurrieron.

Ella empezó a leer con atención para ver en qué lugar había ocurrido cada crimen.

—Tranquila, ya lo hice yo. Todos han ocurrido en el triángulo que forman Regent's Park, Kensal Green y Highgate.

—Es una zona bastante grande.

—Si te sirve de algo no creo que tengan relación unos con otros. Probablemente hubiera muchos más y, por lo que fuera, él se quedó solo con estos.

Arabella tragó saliva. En su imaginación, la posibilidad de que el autor de esos crímenes fueran uno o varios vampiros empezó a hacerse fuerte.

—¿Hay... muchos?

Él captó al segundo lo que ella estaba queriendo preguntar.

—Londres en estos momentos es un lugar ideal para vivir. Está atestada de humanos y hay tanta contaminación que la niebla nos permite salir a la calle en pleno día. Sí, la comunidad de vampiros que habita en Londres es grande. ¿Por qué lo preguntas?

—Curiosidad. —Como él se agachó hasta entrar en su línea de visión, Arabella añadió—: Solo quería saber si esto podría ser obra de... su raza.

La mirada de él se enterneció.

—Mi querida niña, llevamos mucho tiempo en el mundo. Sabemos que tenemos que pasar desapercibidos para sobrevivir. Una ciudad grande es fantástica para eso. Repito, estoy casi seguro de que estos crímenes no son de

un vampiro, son demasiado dramáticos. Y aunque somos capaces de eso y más, necesitamos seguir viviendo con tranquilidad. Si se supiera de nuestra existencia habría una caza de brujas.

—Pero, por eso mismo, porque Londres es una ciudad grande y atestada, podrían tener impunidad para actuar a su antojo.

—Sí pero no. Hay leyes para todos y debemos cumplirlas.

—¿Igual que lo hace María?

—María está fuera de control, pero si la raza se pone en su contra, tendrá que comportarse bien. ¿Recuerdas la carta que le di? Es el primer aviso.

—Del Consejo.

—Veo que escuchar se te da bien.

—No se escondieron para hablar.

Él sonrió complacido, el espíritu de la antigua Huesos estaba más cerca de la superficie de lo que uno, a primera vista, pudiera creer. La tenía ante él con los puños cerrados, el pecho inclinado hacia delante y concentrada en la conversación. Y era una visión magnífica.

¿Por qué tuve que ir esa noche a Brimstone Hall?

Uno no puede cerrar del todo la caja de los recuerdos una vez la ha abierto. Es imposible. Las imágenes aprovechan cualquier mínimo resquicio para escapar y atormentarte.

*Cumbria, madrugada del 16 de febrero de 1879.
Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.*

Recuerdo que llegué hasta el jardín sin saber cómo. También que estaba aturdida, con la respiración agitada y el corazón latiendo fuerte y acelerado. Recuerdo su mirada arrepentida, su gesto suplicante, su voz cálida: «Huesos, déjame explicarte», y cómo las lágrimas bañaban mi rostro.

Él. La fortaleza de su cuerpo, la indecencia de su piel, la magnitud de su deseo.

Lucille. Voluptuosa, bella, pálida. La lujuria hecha carne.

La odié por arrebatarme de cuajo lo único que tenía: la ilusión.

La odié por ser hermosa, por aquella sonrisa de dientes blancos y perfectos, por aquel cabello oscuro y abundante que enmarcaba su nívea piel y la mostraba luminosa como la misma luna.

La odié por ser adulta y tener opción a luchar por él.

Mas tarde me odiaría por pensar todo aquello. ¿Quién era yo después de todo?

Nada. Nadie.

Conclusión: el amor era una gran mentira.

Cuando abandoné los muros de la mansión y me adentré en la fría noche, pensé en ir hasta el muro de Lingmoor Fell, cruzarlo y correr hasta Escocia para no volver jamás. Pero después de avanzar unos pocos pasos en aquella dirección, una pizca de sensatez y el intenso dolor que me retorció el alma me

disuadieron de hacerlo. ¿Qué conseguiría con ello? Nada.

En su lugar, volví a Langdale House, caminando despacio. Cabizbaja. Deseando no haber salido nunca de allí. Con un poco de suerte nadie me habría echado de menos y yo podría tumbarme sobre la cama y llorar hasta que mi corazón se secase y se lo llevara el viento, arrastrado igual que a las hojas que caen de los árboles en otoño.

Llegué helada, entumecida, y con la pena inundando todo mi ser, sin embargo, cuando levanté la cabeza y vi la ventana de mi habitación a lo lejos todo eso quedó en un segundo plano. No tenía trazada una ruta de vuelta porque no había planeado regresar, pero no podía quedarme en el jardín a riesgo de congelarme, y esa ventana abierta era la única forma de entrar en la casa sin tener que llamar. Revisé con la vista los tejadillos e imaginé cómo debía ser el ascenso. Un pie aquí, una mano allá. Sí. Esa era la mejor opción. Respiré hondo y me insuflé ánimos.

«Vamos, subir tiene que ser más sencillo que bajar».

Me equivocaba.

La temperatura había bajado y la nieve que se acumulaba en los saledizos se había endurecido hasta transformarse en hielo, lo que convertía cualquier superficie dónde ponía manos y pies en algo resbaladizo. Me quité los guantes a mordiscos a mitad de camino por ver si con el tacto de los dedos conseguía no resbalar a cada momento, pero lo único que logré fue que se me entumecieran hasta el punto de solo sentir dolor. Sin embargo, mi determinación pudo más que mi espíritu hecho añicos y despacio fui llegando a mi objetivo. El optimismo me dio alas y me hizo llegar un poco más arriba, pero, cuando ya rozaba con la punta de los dedos el marco de mi ventana, uno de mis pies pisó en falso y, aunque intenté aferrarme a la cornisa con todas mis fuerzas, no lo conseguí.

El peso del cuerpo tiró de mí y caí. Todo ocurrió muy rápido, pero yo lo viví de otro modo. Al sentir que me precipitaba al vacío pensé en el descenso de Alicia por la madriguera y, de manera inconsciente, abrí los brazos para planear como un albatros que cruza el océano. No sirvió de nada. Ojalá mi cuento particular se hubiera hecho realidad y yo hubiese descendido despacio contemplando todo lo que sucedía a mi alrededor; ojalá un montón de hojas hubiera amortiguado mi caída, pero no, antes de que pudiera siquiera gritar, di con mis huesos en el duro suelo.

En mitad del dolor, mi mundo se fundió en negro.

Desperté en el salón a causa de los gritos de Florence que parecía una madre desgarrada necesitada de atención médica. Abrí los ojos, ignoré a tía Adelaida y me centré en la cara de doctor. Le había visto un par de veces. Era amable y afectuoso y, en ese momento, yo necesitaba una comprensión que no iba a tener en ninguna parte. Tentada estuve en darle un abrazo y no recuerdo si llegué a hacerlo. A pesar de que a mí me dolía todo el cuerpo, como si me hubiera pasado por encima una locomotora, me dijo que había tenido mucha suerte. Que la fractura de mi pierna era limpia y que me repondría sin secuelas.

Cuando se fue el buen doctor, fingí quedarme amodorrada para no sufrir el interrogatorio de tía Adelaida. Mi cabeza estaba todavía demasiado alterada como para pensar en una mentira que fuera convincente, pero algo debió ocurrir que yo no recuerdo, porque esa misma tarde, mi tía rompió su duelo, algo inaudito, salió de la casa y, según me dijo Gladys, la cocinera, se dirigió a Brimstone Hall.

Mi única certeza ante todo aquello fue la de que jamás volvería a ver a lord Rheged.

Se cumplió religiosamente hasta el día de ayer.

Londres, 31 de agosto de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

A la mañana siguiente, Arabella bajó a desayunar temprano, tanto que encontró la casa silenciosa y vacía. Se aventuró a entrar a la cocina y allí descubrió a Charles, el anciano mayordomo, sentado frente a la ventana. Había abierto la pesada cortina —había gruesos cortinajes en todas las habitaciones— y estaba muy quieto, con los ojos cerrados y disfrutando del tímido sol de la mañana.

La ventana tenía los cristales bastante sucios —según Suke, el señor se negaba a que ella los mantuviera brillantes por dos razones: además de que servían para que la casa mostrara un exterior de abandono, esa mugre se convertía a su vez en una capa de protección contra el sol—, pero con la cortina descorrida, los tímidos rayos mañaneros bañaban la cara de Charles provocándole una sonrisa placentera en aquel rostro surcado de señales de vida, de arrugas.

Al oírla, Charles se apresuró a levantarse para prepararle el desayuno, pero Arabella, pese a sus protestas, lo obligó a sentarse y se encargó de todo.

Se sentó a su lado porque le apetecía su compañía, pero también para disfrutar del ritual del sol. Y mientras mordisqueaba una galleta pensó en Langdale House, en todas aquellas veces que se había sentado a la mesa en silencio con la espalda envarada y bebiendo su té a pequeños sorbos, mientras que, desde el otro lado de la mesa, tía Adelaida reprendía y censuraba cada uno de sus movimientos. En todos aquellos años, ni una sola vez el desayuno fue del agrado de su tía y, sin embargo, esa mañana era todo tan simple y perfecto que dolía.

Como tenía la cabeza en las nubes, Arabella se asustó al escuchar un portazo y el caer de un cuerpo al suelo, pero se sujetó fuerte las faldas para no

tropezar y salió corriendo.

Era la joven criada, Suke, que había caído de rodillas nada más rebasar la puerta y estaba inclinada hacia adelante tapándose la cara con las manos. La cesta que debía llevar colgada en el brazo estaba tirada a su lado y la fruta recién comprada rodaba en todas direcciones sobre las tablas de madera.

—Suke, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado?

—La han matado, señorita, la han matado.

Arabella se agachó y la rodeó en un abrazo.

—¿A quién?

Los sollozos le impedían hablar con claridad.

—La han matado.

—¿Pero a quién?

—A Polly, señorita Arabella, a Polly.

—¿Quién es Polly?

—Suke. —La voz masculina y profunda hizo que las dos levantasen la cabeza. En el corredor, bloqueado por un rayo de sol que entraba desde la cocina, lord Rheged estaba de pie con el pálido y hermoso rostro desencajado. Parecía enfermo.

Charles cerró la puerta para cortar el acceso a la luz y, solo entonces, él se permitió avanzar hasta acuclillarse frente a la joven criada. Ella había dejado de intentar hablar, los llozos le imposibilitan hacerlo.

Él la tomó en brazos y la llevó a su dormitorio en el último piso. Arabella les siguió. Charles también, pero se fatigaba al subir las escaleras y tardó más en hacerlo.

Una vez sobre la cama, lord Rheged le sujetó la cara para que Suke lo mirase a los ojos. Y sin palabras, solo con aquella mirada, consiguió calmarla. Por iniciativa propia, la joven, todavía temblorosa, les contó entre hipidos y con la voz entrecortada, que habían asesinado durante la noche, tan solo dos calles más abajo, a una conocida. La mujer se llamaba Mary Ann Nichols. Polly.

Después de que Suke se quedara dormida y de que lord Rheged enviase a Bernie a averiguar algo más, el barón se disculpó y se dirigió de nuevo a sus habitaciones.

—Milord, ¿se encuentra bien?

Él se volvió para mirar a Arabella antes de responder.

—¿Recuerdas las migrañas que me impedían salir contigo al jardín? —Ella

asintió—, pues no eran migrañas, sino un terrible sopor y fatiga debido al sol. A más intensidad, más cansancio. Gracias por preocuparte, Arabella, pero estoy bien.

Al verla como un pasmarote sin saber qué hacer, lord Rheged, antes de retirarse, le preguntó si le apetecía pasar un rato en su compañía.

—Como en los viejos tiempos.

—¿En su dormitorio? —En la voz de Arabella hubo una extraña mezcla de horror, sorpresa, rechazo y curiosidad.

Él tuvo que sonreír. Ella tenía las mejillas sonrojadas y se había envarado hasta crecer un par de pulgadas más, pero la conocía lo suficiente como para saber que estaba buscando algún pretexto para seguirle.

—Allí estaré, Huesos.

Lord Rheged no se sorprendió cuando, minutos más tarde, Arabella tocó a su puerta. Tampoco que lo hiciera cargada con un servicio de té en una bandeja. Aquel «pensé que le agradecería tomar una taza para desayunar» sonó como la excusa perfecta para hacer su aparición.

Cuando entró, Arabella miró a un lado y a otro. Había esperado encontrar una gran cama con gruesos barrotes sustentando un dosel cubierto de pesados cortinajes, pero allí no había nada de eso. Aquella era una habitación pequeña y sin ventanas en la que solo había dos sillones, una mesita auxiliar y una pared cubierta de libros. ¿Dónde dormía el barón? Quizá ni siquiera lo hacía.

La visión de aquella repleta biblioteca le hizo sonreír.

Libros. Lord Rheged siempre aparecía en sus sueños rodeado de libros.

Estaba depositando la bandeja sobre una mesa auxiliar cuando el nieto de Charles regresó con noticias. El barón se acercó hasta la puerta, pero preguntó desde allí, no llegó a salir al corredor. Era como si aquel marco fuera para él como una muralla impenetrable.

—Dime, Bernie, ¿qué has averiguado?

El joven se acercó retorciendo el sombrero entre sus manos.

—El cuerpo de policía aún no ha dado un comunicado oficial y todo son especulaciones y rumores de la gente del barrio. Están asustados, no hace mucho hubo otro asesi... —Bernie calló al ver a Arabella ponerse de puntillas para mirar por encima del hombro de su señor.

—Creo que podré soportar lo que tengas que decir —protestó ella al darse

cuenta de que su presencia era el motivo por el que él se había detenido.

—No es agradable, señorita.

—Te digo que podré con ello.

Él bajó la cabeza y apretó aún más el sombrero.

—Hace poco mataron también a otra mujer aquí en Whitechapel, en plena calle, y empieza a sentirse el miedo. No han hallado al culpable.

—¿La policía ha identificado el cadáver? —preguntó lord Rheged.

—No de forma oficial, milord, pero todo apunta a que se trata de Polly Nichols. —Bernie miró a Lord Rheged como si pidiera permiso para continuar. Él asintió, aunque le hizo un gesto como para que atenuara lo que tenía que decir, pero no había una forma suave de contarlo—. La mataron a eso de las tres de la madrugada. Tenía golpes en la cara y le faltaban varios dientes, la degollaron le abrieron el estómago y sus intestinos...

—Basta —ordenó lord Rheged al ver como palidecía Arabella.

—La mujer de la que habló Suke —murmuro ella mientras que con disimulo se apoyaba sobre la pared.

—Sí.

—Puedes retirarte, Bernie, gracias.

Cuando la puerta se hubo cerrado, lord Rheged rodeó, aunque sin tocarla, con sus brazos a Arabella. Parecía que ella estaba a punto de desplomarse.

—Acompáñame. Siéntate aquí.

Ella se dejó conducir hasta un pequeño sillón.

—¿Cree que tendrá relación con los recortes de mi hermano? Bernie dijo que la habían degollado.

Intentando no mostrar su horror, Arabella se esforzó en sonreír, pero fue en vano, su rostro no engañaba a nadie. Además de que la sonrisa era de lo más rígida y forzada, su cara se había quedado lívida.

—No lo sé, Arabella. Cuando tengamos más noticias quizá podamos hacer alguna deducción.

La noticia le había producido un gran impacto. En su vida tranquila en Langdale House jamás, que ella supiera, había sucedido nada igual. Londres se había convertido en una ciudad terrible, llevaba dos meses allí y no veía el momento de marcharse.

—¿Qué podía hacer una mujer a esas horas en la calle? —Arabella preguntaba por inercia, pero estaba como ida.

Lord Rheged carraspeó.

—Hay mujeres que trabajan por las noches.

Arabella se sonrojó al atar cabos. Él debía de estar pensando que era una estúpida e ingenua ignorante.

—Entiendo —dijo agachando la cabeza y mirando sus manos entrelazadas en el regazo. A continuación, frunció el ceño como si algo si algo se hubiera iluminado en su cerebro—. ¿Por qué la conocía Suke? ¿Eran familia? ¿Vecinas?

—Se conocían porque tenían el mismo tipo de trabajo. Ellas... ganaban unas monedas ofreciendo sus servicios a caballeros y no tan caballeros.

Los ojos de Arabella se abrieron con sorpresa.

—Arabella, no voy a contarte esto para que sientas pena por Suke, es solo que no quiero más secretos entre tú y yo. —Carraspeó—. A Suke la encontré una noche escondida en un portal, de esto hará unos dos meses. Estaba sentada, apoyada contra la pared y tenía un bebé en sus brazos. Yo buscaba a alguien para alimentarme y al verla sola en la oscuridad, me acerqué. Ella me miró y dijo: «Sí, por favor, acabemos con esto de una vez».

—¿Creyó que iba a matarla?

—Probablemente tú habrías pensado lo mismo si te hubieras encontrado con un vampiro que pretende beber de ti.

—¿Por qué quería morir?

—A causa de su embarazo, Suke llevaba algún tiempo sin poder trabajar y, al carecer de ingresos, acabó con sus huesos en la calle. —Su suspiro le indicó a Arabella que había algo aún más terrible—. El bebé, su bebé, llevaba muerto un día entero; ella ya no tenía nada por lo que vivir.

—Y usted la ayudó.

—¿Cómo no hacerlo? La traje a casa y le di a su hijo una sepultura digna. Cuidé de ella, estaba muy débil, y la ayudé a salir de calle; la contraté. Es valiente y dura, muy dura, y ha sido una gran ayuda para Charles, él ya no está para hacer de mayordomo.

Al ver que Arabella se quedaba pensativa y triste intentó distraerla cambiando el tema de conversación.

—Cuando baje el sol iremos a encargarte algunos vestidos.

Eso hizo que ella lo mirase a la cara.

—Ahora mismo es lo último que necesito.

—No quieres usar los de Lucille y los que tienes son demasiado grises y están viejos. Vamos, no pretendo hacerte una colección como para presentarte

en sociedad, solo que tengas un poco de ropa apropiada. Además, empieza septiembre y los días van acortando y son más húmedos. Si no tienes nada más, necesitarás ropa de abrigo.

—¿Y por qué no en una de esas nuevas tiendas donde hay de todo?

—No voy a meterme en una tienda grande abarrotada de gente. Prefiero algo menos tumultuoso. Lo entiendes, ¿verdad?

Ella asintió.

—¿Solo lo necesario?

—Solo lo necesario.

—De acuerdo, iré con usted. Pero no quiero distraerme, encontrar a James es mi prioridad.

—Había pensado que después podríamos ir al club de esgrima que frecuentaba tu hermano.

Lord Rheged sonrió al ver que a Arabella se le iluminaba la mirada.

—Eso sería estupendo. A mi no me dejaron entrar.

Mi corazón está roto

Fue agradable pasar el día a su lado y comprobar que aquella complicidad que teníamos no había desaparecido. Quizás estaba latente y yo no había sabido darme cuenta, pero el caso era que continuaba allí.

Lo peor de aquello fue que, aunque yo aún no era consciente, estaba empezando a transformar la admiración de una niña de doce años en un sentimiento cálido que comenzaba a llenar el corazón de una joven de veintidós.

*L*e tenía sentado en el sillón que había frente al mío con el rostro iluminado por la trémula luz de las velas. Aún tenía aspecto de estar cansado, pero una sonrisa tierna mal disimulada a floraba en sus labios. Yo también me sentía así, aunque esperaba que él no lo notase. Era como si el tiempo sin vernos no hubiera pasado, como si tan solo hubiera pasado un día desde que estuviéramos sentados frente a una chimenea, pero no aquí en Londres, sino en Brimstone Hall, y habláramos de tal periodo histórico o de que empezaba a refrescar.

Dijo que no había podido evitarlo, pero ¿por qué se marchó? Y lo que me reconcome por dentro: ¿por qué evita tocar ese tema?

Vuelven a mí aquellos días, vuelven, aunque yo no quiera.

Cumbria, un día de mayo de 1879.

Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.

Por culpa de mi pierna rota tardé en salir de aquel agujero que era mi habitación. Mi tía fue inflexible, no me permitía siquiera bajar las escaleras. No sé si de verdad era porque se preocupaba por mi salud o porque no quería

ni verme, pero el caso es que estuve demasiados días entre aquellas cuatro paredes. Tuve tiempo de muchas cosas, especialmente de grabar en mi mente aquellas imágenes de los dos, pero también de reflexionar sobre mis sentimientos y emociones.

Al margen de verlos desnudos yaciendo juntos, algo que tardé en asimilar — con trece años y mi educación aquello era impensable—, ¿por qué me había afectado tanto que él escogiera a Lucille? Porque se trataba de eso: él y ella estaban juntos a un nivel tan íntimo que ni en mis mejores sueños yo imaginaba que se podía alcanzar.

Yo solo era una niña.

Una que, además, jamás podría compararse con la seductora belleza de Lucille.

Así pasé las horas de aquel encierro, torturándome y maldiciendo por no haber nacido diez años antes para poder competir con ella con cierto grado de igualdad.

El parón fue tan grande que cuando me dieron el alta tuve que andar con bastones porque me flaqueaban las piernas, pero, en el momento en el que me sentí lo bastante fuerte, fui a Brimstone Hall. Necesitaba verle, pedirle perdón por irrumpir de aquel modo en su intimidad y continuar bajo su ala de protección y sabiduría. Era tal el deseo de volver a tener su amistad que ni siquiera me planteé que tendría que compartirle con Lucille. Lo haría, aunque mi alma muriera poco a poco al verlos juntos.

Pero la casa estaba cerrada. Las ventanas, la puerta principal, la trasera... Todo parecía indicar que nadie vivía allí. Como si lo que había transcurrido a lo largo del año anterior hubiera sido solo un sueño.

Me senté en los escalones de piedra de la entrada y quise llorar, pero tal era el nudo de pena que atenazaba mi corazón que no pude hacerlo. No conseguí desahogarme, no al menos en ese momento. Contemplé el jardín o, más bien, esa parcela salvaje que lord Rheged llamaba jardín, y soñé despierta que las ortigas avanzaban lentamente hacia mí y sepultaban mi cuerpo consiguiendo que formara parte del terreno. Eso estaría bien, me libraría de tía Adelaida y viviría por siempre en aquella casa.

Ojalá hubiera ocurrido.

Al fin las lágrimas inundaron a mis ojos y pude sacar todo aquello que me

comía por dentro. Y, al hacerlo, sentí que algo en mi interior se deshacía hasta licuarse: mi determinación. No. No podía ser verdad, no quería creer que aquello acabara allí y de aquel modo, pero era real; él había desaparecido. Y con él mi verdadera vida y mi libertad.

Ya me marchaba cuando una voz conocida me llamó desde lejos. Era Bernie, el nieto de Charles.

Me detuve y él llegó corriendo a mi lado jadeante y sudoroso.

—Señorita, milord se ha mudado, pero me pidió que le diera esta llave para que usted tuviera acceso a la casa y pudiera seguir usando su biblioteca.

No le pregunté nada, no era capaz de hablar, y tomé la llave de sus manos por inercia, aunque ya no me servía como refugio. Brimstone Hall no era nada sin él.

Le di las gracias y regresé a casa de mi tía ayudándome con el bastón.

Cuando llegué a mi habitación estaba agotada. La caminata había sido larga y me dolía la pierna, pero el doctor me había dicho que, si quería volver a andar con normalidad, no podía rendirme al dolor.

Dejé la llave a mi lado, sobre la almohada, y su simple visión me hizo perderme entre recuerdos, recuerdos de días felices, y volví a llorar en soledad. Solo horas más tarde, cuando me rehíce del impacto que me había causado ver que milord ya no estaba, me lamentaría de no haber interrogado al muchacho. Qué tonta fui. Pero cuando Bernie llegó a mi lado, estaba tan aturdida por como estaban sucediendo las cosas, que no fui capaz de reaccionar. Debí haberle preguntado qué hacía él allí si los demás se habían marchado, debí haber luchado por recuperar mi vida anterior, pero no había encajado aún aquel desenlace e inexplicablemente lo dejé pasar.

He de dar gracias a aquel acto reflejo que me movió a aceptar la llave de sus manos. Meses más tarde me habituaría a recorrer las habitaciones, a usar la biblioteca, a encender la chimenea del salón y a pasar allí muchas horas. En definitiva, a soñar que tenía otra vida. Prefería mil veces aquella casona silenciosa y vacía a Langdale House. En casa de mi tía el fuego del hogar no calentaba mi corazón.

Londres, 31 de agosto de 1888.

Taller de costura de madame Gaucher.

La tarde era de lo más desapacible, llovía copiosamente, pero lord Rheged insistió en salir a pesar de que Arabella remoloneó amparándose en el mal tiempo. La idea de pasar por el taller de costura era lo que realmente le echaba para atrás.

Después tuvo que admitir que la visita no fue tan terrible; el lugar estaba mucho de lo que Arabella había creído que podría ser. En su desbordada imaginación, ella pensó que se vería rodeada de opulencia, de damas de la aristocracia y modistas u oficialas prestas a contentarlas, pero el lugar que había elegido lord Rheged era un salón pequeño y elegante y, sobre todo, íntimo.

Ubicado en la primera planta de un bonito edificio, el local no tenía apariencia de tienda, todo lo contrario, más bien era como el salón de una mansión. La única diferencia era que, en un rincón, había una pequeña tarima de un solo escalón y tres espejos colocados de tal modo que uno podía verse de frente y perfil, y que, tras una puerta en un lateral, se escuchaba de fondo el repiqueteo continuo de una máquina de coser. Allí debía estar el corazón de aquel lugar: el taller.

La propietaria era una mujer esbelta y elegante, muy sofisticada y también con cierto aire afectado. Iba vestida sobria y cómoda y llevaba un curioso broche unido a su cinturón, una *châtelaine*, solo que, en vez de llaves, de él que colgaban todas las herramientas necesarias para su trabajo: tijeras, dedal, alfilerero, punzón... Tras tratarla unos minutos, si algo le quedó claro a Arabella fue que el título de *madame* era puramente comercial. La señora Gaucher no era francesa.

El trato fue muy profesional, mientras *madame* le ayudaba a elegir las telas

y le mostraba bocetos de publicaciones traídas de Francia, una oficiala se apresuraba a tomarle medidas y apuntar todo lo que Arabella iba solicitando. En pocos minutos tuvo encargado todo cuando creía que iba a necesitar. Mentalmente iba haciendo sus cuentas para no pasarse, estaba decidida a devolverle al barón hasta el último penique.

Todo iba sobre ruedas hasta que pilló a lord Rheged señalando una seda carmesí y haciéndole señas a la dueña del taller.

—¡Milord!

—¿Qué? —preguntó él con fingida inocencia, simulando no haberse dado cuenta de que acababan de interceptar su disimulada comunicación con la modista.

—¿Cuánto tiempo lleva haciendo eso?

—¿El qué?

—¡Le he visto eligiendo una tela y dibujando sobre su pecho la forma de un escote! ¿Acaso va a negarlo?

Él la miró directamente a los ojos y dijo con parsimonia:

—¿No puedo elegir un vestido para mí?

Su indignación le hizo gracia.

—¿Ahora va a travestirse?

Lord Rheged no pudo reprimir una carcajada. Se tapó la boca con la mano y se dio la vuelta, pero el comentario afilado le pilló tan de improviso que no lo hizo a tiempo y Arabella llegó a ver como en su mandíbula superior destacaban unos pequeños colmillos. La joven se giró hacia la dueña del taller para confirmar si ella también los había visto, pero la modista, muy profesional, estaba pendiente de sus notas y hacía caso omiso a la conversación.

Cuando él se recompuso, se giró hacia *madame* Gaucher y ya, sin ocultarse, le dijo con gesto serio:

—También querré uno de color turquesa.

Ella sonrió complacida —a más vestidos, más ingresos—, y con gesto cómplice y coqueto respondió:

—Tendré que tomarle medidas, milord.

Arabella tuvo que reprimir el poner los ojos en blanco. Aquello era el colmo, los dos se confabulaban contra ella. Miro a uno y a otro. Él estaba exultante —se había salido con la suya—, ella sonreía con placer cómplice.

No, no había estado tan ajena a la conversación como aparentaba.

Por un momento Arabella se preguntó qué pensaría la mujer acerca de que lord Rheged la hubiera presentado como a su sobrina.

Cerró los ojos. Seguro que *madame* Gaucher estaba más que acostumbrada a que sus clientes mintieran.

Londres, 31 de agosto de 1888.

Una hora más tarde.

7 Cleveland Row. London Thames Fencing Club.

Continuaba lloviendo, aunque con menos intensidad al haberse levantado una brisa molesta que, por otro lado, hizo que bajara la temperatura hasta parecer que se anticipaba el otoño. Arabella casi se alegró de cobijarse en la oscuridad del carruaje; más que media tarde parecía noche cerrada. Una vez allí, ella siguió insistiendo en mostrarse enfadada porque él no había respetado su decisión y había gastado más de lo necesario, pero él, zalamero, no lo permitió y se esforzó por quitarle importancia y hacerla reír.

Discutían sin discutir hasta que ella cometió un desliz; se sentía tan cómoda que usó su nombre de pila.

—Pero no es justo, lord Brahn, no ha cumplido su palabra.

Un sonido de satisfacción brotó de la garganta del barón. No dejó pasar aquella nueva y sutil proximidad.

—Me has llamado lord Brahn.

Arabella se sonrojó y desvió la mirada.

—Lo siento.

—No digas eso, me gusta que uses mi nombre. Ahora ya solo me queda conseguir que elimines el «lord». —Ella continuaba avergonzada por la metedura de pata y se contemplaba las manos como si fuera lo más interesante del interior de aquel coche—. Vamos, Arabella, te lo estoy pidiendo. Quiero que me llames Brahn o, si te parece demasiado íntimo y no es tu deseo, Rheged, pero por favor, nada de lord, milord o barón.

—¿Tampoco barón? Ahora me dirá que usted no es el undécimo barón de Ravenstonedale.

Ella se dio cuenta de que en algo había acertado cuando vio cómo las comisuras de sus labios se arqueaban con picardía.

—En realidad, no. No lo soy. —Ante la mirada atónita de Arabella se vio obligado a aclarar—: ¡Alto! No he falsificado un título, si es lo que estás

pensando. Se lo compré a un hombre desesperado. Aunque el que yo adquirí era el de segundo barón de Ravenstonedale, y después he tenido que morir varias veces y recuperarlo como si yo fuera mi propio heredero.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Arabella con curiosidad.

Lord Rheged fingió sonrojarse. Sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y se medio cubrió el rostro haciendo un poco de teatro.

Siempre lo conseguía. Al verle hacer el payaso, Arabella tuvo que reír.

—Luché en Fulford contra Harald III de Noruega cuando los normandos invadieron Inglaterra. ¿Responde eso a tu pregunta? —A ella, la risa se le cortó de golpe. Aquello había sucedido hace mucho, muchísimo. Recordaba que habían hablado sobre ello una tarde al hojear un libro de historia de la biblioteca de Brimstone Hall. ¿Siglo XI? No estaba segura de la época, pero sí de que habían pasado varios siglos—. ¿Qué sucede, Arabella? ¿Soy demasiado viejo para ti? —La pregunta se hizo en un tono informal, desenfadado, pero la mirada del barón estaba pendiente de cualquier reacción. Si hasta ese momento había rehuído contarle sobre su pasado era porque temía que aquel salto en la historia les separase aún más.

—No.

—No, ¿qué? ¿No, a secas?

—No, Rheged, no lo es.

La sonrisa fue espléndida a pesar de que sus labios permanecieron cerrados. Ese detalle le hizo pensar a Arabella en su carcajada en el taller, en la visión de aquellos pequeños colmillos, en la de veces que había sonreído ante ella. Nunca se había percatado de que los tuviera, se molestaba mucho por ocultarlos.

Que el carruaje se detuviera impidió a Arabella que le preguntase por sus desarrollados caninos. Después lo agradeció, aún no estaba preparada para hablar con él de ese tema. A veces quería saberlo todo, sentía mucha curiosidad, pero otras... Se sentía apabullada intentado comprender quién era la persona que tenía delante. Ese ser, aparentemente normal, que sobrevivía en un cuerpo que estaba muerto.

Su mente hizo una nueva conjetura. Las pocas veces que él la había tocado sin guantes no le había dado sensación de frialdad. ¿Acaso no estaba muerto del todo?

—Hemos llegado al club. —Lord Rheged la sacó de sus pensamientos—. Si no te importa iré yo solo, no admiten mujeres, ya lo sabes, y tu presencia será

más un inconveniente que otra cosa. —Le pellizó la mejilla antes de bajar—. No admiten mujeres —repitió con sorna—, ellos se lo pierden, con lo divertido que es ver lo torpes que son algunas frente al espejo.

—Pero qué maleducado.

—Es broma, Huesos, ya lo sabes. La esgrima no era para ti, tienes que reconocerlo, pero el tiro con arco sí se te daba bastante bien.

Arabella sabía que a lord Rheged le gustaba que ella sacara su genio — cuando era una niña lo hacía a menudo, la pinchaba hasta hacerla saltar— e iba a aprovechar cualquier ocasión para volver a hacerlo. Según él, era la única forma de sacarla de su ostracismo pueblerino. Ostracismo pueblerino. Menudo idiota. No, no estaba enfadada, pero tenía que mostrar su indignación como haría cualquier dama, era lo apropiado. Aunque en lo más profundo de su ser se sentía feliz; había sido tan fácil volver a una rutina con el barón que parecía como si los años no hubieran pasado.

Lord Rheged cruzó la calle y ella le observó abriendo un poco la cortinilla de grueso terciopelo. Se tocó la mejilla. Incluso con su mano cubierta con el guante, esa carantoña le había cortado la respiración.

Pero antes de que ese toque en su piel dejara de sentirse, alguien se coló en el carruaje por la otra puerta y se sentó frente a ella envuelto entre las sombras.

Arabella se puso en pie en un intento de golpear el techo para alertar a Bernie, pero ese individuo era rápido y se lo impidió al sujetarla por las muñecas.

—Shhh, tranquila. No he venido para hacerte daño ni secuestrarte ni nada parecido, solo traigo un mensaje.

Reconoció aquella voz.

—¿Melquisedec?

—El mismo. No te esfuerces en golpear para llamar la atención de tu cochero, se ha apeado del pescante y ha cruzado la calle para fumarse un cigarro. Qué feas costumbres tienen los jóvenes de hoy en día.

Ella se sentó de nuevo, pero se pegó al respaldo para que la distancia entre los dos fuera máxima.

—Deje su mensaje y márchese.

—Qué grosero sería no esperar a Brahn —dijo en un tono de afectación de lo más exagerado—. Pero mientras regresa tú y yo podemos charlar y conocernos un poco. Siento curiosidad, niña. ¿Qué hizo que alguien de tu

posición entrara al servicio de la baronesa?

—¿Posición?

—No eres una criada.

«Si usted supiera...».

—No es de su incumbencia.

—Vamos, Arabella. No seas descortés, mi amistad podría traerte algún beneficio. Recuerda que yo siempre estoy ahí.

Ella lo pensó unos segundos. Él tenía razón: «siempre estaba ahí». Seguía a la baronesa como un perro faldero. ¿Y sí Melquisedec había visto algo?

Se lanzó a la desesperada.

—Busco a mi hermano. Sé que fue a ver a María al teatro varias veces, pero desconozco hasta qué punto se implicó con ella.

—¿Y tu hermano se llama...? —Aunque no podía distinguir más que su silueta, se lo imaginó elevando una ceja.

—Blunt, James Blunt.

Por el tono de voz supo que no fingía. Recordaba su nombre.

—¿Ricitos de oro? ¿Ese impertinente es tu hermano?

Ella cerró los puños. ¿Era Melquisedec un caballero? No, no debía de serlo. Un hombre bien educado no habría contestado eso. Se obligó a abrir las manos y estirar los dedos. De buena gana le habría golpeado, pero él podría devolvérselo y romperle algún hueso —no olvidaba lo que le había contado Rheged sobre que era medio lobo.

Melquisedec se quedó mirándola y, como si ver su rostro crispado le afectara de alguna manera, cambió de forma radical su actitud y su tono de voz.

—Tu hermano empezó por enviar flores al camerino de María. Muy formal y educado, como debe ser. Pero tras el rechazo de la baronesa, quiso entrar por la fuerza. —Al ver la expresión de desconcierto en la cara de Arabella, Melquisedec hizo un inciso—: Lo que un hombre aparenta no siempre es lo que es, vivimos en una sociedad que a menudo juega con doblez. Tu hermano podría parecer un hombre noble y amable, pero tenía muy mal carácter y no aceptó la negativa de María. —Tras esa observación, prosiguió—: Ella le dio largas, delante de la gente ya sabes que es encantadora, pero a escondidas me ordenó que me deshiciera de él.

—¿Le ha matado?

—No, Arabella, claro que no. Es más, él me empujó en el teatro delante de

algunos de los admiradores de María y yo no entré en su juego. Puede que no me creas, pero odio la violencia innecesaria. Solo le dije que se marchara y nos dejara en paz. No lo hizo y me vi obligado a usar la fuerza, pero acabó tirado en el callejón de atrás, nada más. Volvió, claro, tu hermano no parece de los que se rinde... Debe de ser de familia —añadió refiriéndose a ella y riendo al ver que Arabella cazaba la indirecta y arrugaba la nariz—. Por supuesto, acabó del mismo modo.

»Esa última vez que le vi no estaba en muy buena forma... Si de verdad quieres encontrarle yo buscaría en los fumaderos de opio que hay cerca del muelle. No es por nada, pero sus ropas apestaban a pescado.

La puerta del carruaje se abrió de repente y Melquisedec cruzó las piernas, se recostó en el asiento y volvió a su tono burlón y a su afectación.

—Aquí tenemos al barón. —Se preparó para bajar del coche con parsimonia—. Gracias por la compañía, Arabella, nuestra conversación ha sido de lo más edificante —inclinó la cabeza a modo de saludo y se dirigió a él—. Lord Brahn Rheged, undécimo barón de Ravenstonedale, tengo el honor de invitarle en persona a un té mañana por la tarde, si el clima lo permite, en casa de la baronesa, ella ha insistido en que también asista su joven protegida.

No esperó respuesta. Salió del vehículo por delante de lord Rheged, hizo una reverencia de lo más estafalaria y desapareció entre la bruma.

Él no dejó de mirarle hasta que su figura fue un borrón. Tenía los puños apretados, la espalda tensa. Había tardado unos pocos minutos porque en seguida supo que nadie sabía nada de James en el club, pero había sido descuidado dejarla esperando.

—Huesos, ¿estás bien? —dijo sin volverse.

—Perfectamente. Y, además, creo que tenemos una buena pista.

La primera vez que vi a Arabella

«No volveré a separarme de ella».

Con ese pensamiento no descubría nada nuevo; Arabella me importaba desde hacía mucho, y aunque me hubiera alejado de su lado, ese sentimiento continuaba ahí, latente, agazapado. Volver a tenerla en mi vida era un regalo del destino, uno que no iba a desaprovechar.

Cumbria, verano de 1878.

Brimstone Hall. Residencia de lord Brahn Rheged.

Recuerdo, como si estuviera ocurriendo ahora mismo, como fue la primera vez que vi a la joven Arabella. Mojada, encogida por el frío, acobardada. Un pequeño saquillo de huesos que tocaba a mi puerta.

Charles intentó que se marchara. Pobre hombre. Yo llevaba varios días sin alimentarme, taciturno, aburrido, sin más cosa que hacer que estar sentado frente al fuego del salón, y cuando me vio tan ansioso por hacerla pasar, creyó que pretendía darme un festín a costa de la niña.

La niña. Pobre niña. Si hubiera decidido atacarla, no me habría durado nada.

Arabella podía tener doce años, ella me lo confesó coqueta en cuanto cogió algo de confianza, pero la verdad era que no aparentaba más de nueve. Estaba escuálida y parecía mal alimentada, aunque tenía un vigor y un desparpajo que me hicieron sonreír por primera vez en muchos meses.

Qué divertida era. Aquella noche, cuando salió de mi salón, reparó en un retrato mío que me hicieron hace algo más de dos siglos. Mi indumentaria — se me veía de medio cuerpo — era de lo más sofisticada, la peluca también. Ella se detuvo y ladeó la cabeza. Me reconoció, sin duda alguna.

—¿Vuestro *tátara tátara*...?

Charles me miró primero con estupefacción cuando me empecé a reír a carcajadas y después con verdadero enojo, cuando le contesté que en realidad el hombre apuesto del cuadro era yo. Su respuesta nos dejó descolocados a los dos.

—¡Qué curioso! Os retrataron listo para asistir a una fiesta de disfraces.

Asunto zanjado. Nunca miró la fecha debajo de la firma del pintor y si alguna vez lo hizo no dijo nada. Probablemente pensaría que era una parte más de la broma.

Bendita inocencia infantil.

Me divertió acompañarla a su casa y ver cómo iba sentada a mi lado erguida y orgullosa como una gran dama. La mayoría de la gente que conozco de por aquí, sobre todo los de la alta sociedad, son fríos y están muy condicionados por la etiqueta social, pero Arabella, a pesar de intentar con todas sus fuerzas contener el torbellino que habitaba en su interior, era todo lo contrario; no reprimía sus sentimientos, al revés, los mostraba con pasión. Y fue gratificante observarla gesticular y hablar con entusiasmo de sus excursiones y de los verdes rincones de mi tierra.

Me pidió que la dejase un tanto lejos —no quería que el ruido pudiera alertar a sus tías; fue entonces cuando me confesó que había escapado por una ventana— y yo, era tal la frescura de su compañía, que me bajé del pescante y la seguí por apurar unos minutos más a su lado.

Días más tarde, me sorprendí pensando en ella y me preocupó que hubiera sido descubierta llegando a escondidas a unas horas nada apropiadas y, para sorpresa de Charles, me atavié con mis mejores (y anticuadas) galas y, usando mi título, me presenté en Langdale House. Solo pretendía comprobar si estaba bien, nada más, pero verla en su ambiente me hizo darme cuenta de su triste realidad.

Algo en mí se rebeló cuando la vi con aquel horroroso vestido de luto y sentada sin moverse con la cabeza gacha. ¿Dónde estaba la niña que había conocido días antes? Yo sabía que, aunque a simple vista Arabella pudiera parecer una muchacha gris y anodina, estaba llena del calor de la primavera, y me dolió verla cabizbaja y sumisa. ¡Santo Dios! Era una niña. Y se supone que las niñas juegan, saltan y se pasan todo el tiempo haciendo preguntas. ¿Cómo podían retener su espíritu libre de ese modo?

No pude hacer nada durante aquella visita salvo ser encantador, ganarme a la estirada de su tía Adelaida y esquivar los avances de Florence, la señorona

disfrazada de adolescente alocada; pero días más tarde tuve una idea. Una idea fantástica. Basada en una mentirijilla, claro, pero ¿quién no iba a creer a un barón?

Gracias a una sobrina ficticia conseguí un salvoconducto para Huesos y ella me lo agradeció obsequiándome su presencia. Sus apariciones por mi casa fueron graduales, si en las primeras semanas venía de vez en cuando y sin extenderse demasiado, como si fuera la visita del médico local, poco a poco su compañía empezó a ser diaria y comprendía la tarde entera. Y era de lo más estimulante.

Sí, yo estaba encantado, para qué negarlo. Aquel pequeño terremoto agitó los cimientos de mi soledad y me regaló una de las mejores épocas de mi vida.

Charles dice que en el fondo soy un filántropo, yo lo dudo. Me parece que lo que realmente soy es un ser de lo más egoísta, me rodeo de aquellas cosas o personas que me hacen sentir bien.

Londres, 31 de agosto de 1888.

De regreso a la residencia de lord Rheged en Whitechapel.

Lord Rheged y Arabella se sentaron en las butacas dispuestas frente a la chimenea bastante animados, por fin tenían un rastro que seguir. Era demasiado ambiguo, demasiado amplio, pero era algo con lo que empezar.

—Mañana por la noche, después de la visita a María, comenzaré a buscarle.

Arabella respiró profundamente y cerró los ojos unos segundos. Aquello que iba a decirle necesitaba de una voz firme y decidida.

—Iré con usted.

—Ni hablar. —Rheged se dio cuenta de que su voz había sonado demasiado dura y cambió el tono rápidamente—. Arabella, has vivido en una burbuja buena parte de tu vida y no puedes ni imaginar lo peligroso que puede ser deambular por algunas zonas del East End.

—¿Tan peligroso como estar viviendo en la casa de un vampiro?

En su cara se pudo ver con claridad que aquel comentario le había molestado.

—No sigas ese camino, sabes que conmigo no corres ningún peligro.

Ella cambió de táctica, si era necesario suplicar, suplicaría, pero no podía quedarse al margen. En eso no.

—He de ir, Rheged, si nadie ha sabido de mi hermano durante todo este tiempo es porque está usando un nombre falso, ¿cómo sabrá quién es? ¿Preguntará por *ricitos de oro*?

—¿Ricitos de oro?

—Así lo describió Melquisedec. Y sí, antes de que haga una broma de todo esto: James tiene el cabello rubio y rizado, de pequeño era como un querubín.

—No estoy bromeando, al contrario, este es un asunto muy serio. —Se pasó las manos por el pelo mostrando con ese gesto cierta ansiedad—. Mira,

Huesos, no sé cómo daré con él, pero lo que tengo muy claro es que no me acompañarás. Los muelles no son el lugar apropiado para alguien que como tú no ha visto casi nada.

»Hablemos de otra cosa, no quiero discutir contigo y este asunto está zanjado para mí.

Ella no disimuló su enfado y mientras miraba las llamas y el color incandescente de las brasas se sintió decidida a no quedarse en casa. Sabía que lord Rheged solo buscaba protegerla, pero estaban perdiendo un tiempo precioso. Hallaría la forma de investigar, aunque fuera por su cuenta y riesgo.

—¿Te has parado a pensar por qué tu hermano consume opio?

Esa pregunta captó de nuevo la atención de Arabella.

—¿No pudo equivocarse Melquisedec?

—No, los síntomas son bastante evidentes si sabes qué buscar y, además, no olvides que es medio lobo, tiene un olfato portentoso. ¿En sus cartas te habló de alguna dolencia? Quizás empezase tomando láudano como tónico.

—No. James siempre fue un hombre bastante sano.

Él meditó durante un rato. En realidad, los dos lo hicieron.

—¿Podría haberlo probado para «fomentar la creatividad»? ¿Es artista?

—Lo más cerca que ha estado mi hermano de un cuadro ha sido en la galería de los retratos de antepasados de lord Horace Blunt, mi tío. No, no le gusta el arte. —Arabella se detuvo un instante antes de preguntar—: ¿Qué efectos produce?

—Lo llaman la droga del olvido. Produce delirios, sueños, visiones... Es un alucinógeno. Hay quien lo toma porque está de moda, otros lo hacen para paliar el dolor o porque necesitan evadirse de lo que les rodea. Te deja como... en suspensión. Es una sensación muy adictiva y, por ello, peligrosa. Normalmente acaba con la degeneración moral del consumidor.

—¿Lo ha probado?

—Sí, pero para alguien como yo es distinto. Los efectos están muy minimizados.

Otro manto de silencio les envolvió. Aquello no parecía tener ni pies ni cabeza.

Las siguientes preguntas vinieron de parte de Arabella.

—¿Por qué se encararía James con la baronesa? En las primeras anotaciones de su diario había incluso cierta fascinación, pero después se tornó en odio. ¿Y por qué busca un vampiro tan desesperadamente? Porque

con los recortes está muy claro quiere encontrar a uno o a varios.

—Buenas preguntas. Está claro que algo ocurrió entre ellos, quizás eso lo podamos averiguar mañana. Y respecto a lo del vampiro... Es extraño, según el diario surge de repente, después del último encuentro con María, en la página siguiente, pasa a analizar los recortes de periódico y a intentar con ellos localizar una especie de patrón. Ese es otro dato que no encaja. Él ya debía tener en su poder los recortes; todos son de fechas anteriores. Abarcan un periodo de año y medio antes de que conociera a la baronesa.

Lord Rheged se levantó, tomó el diario que estaba sobre la mesa junto a los recortes que de nuevo cubrían el tablero, y volvió a su asiento. Comenzó a ojearlo como si quisiera corroborar sus palabras.

—Hay algo que nos falta...

Pasó sus hojas sin buscar nada en concreto y cuando llegó al final, antes de cerrarlo y dar por finalizado su repentino interés, percibió algo raro y se sintió tonto por no haberse dado cuenta antes. En la guarda de la tapa trasera había un fallo, aunque era imperceptible al ojo si no lo estabas buscando.

Pese a su perfecta visión, el barón se levantó de nuevo y se acercó a la lámpara de gas para comprobar que no estaba equivocado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Arabella al verle examinar de esa forma el diario.

—Aquí hay algo escondido, en la última hoja que está pegada a la tapa. Está muy bien hecho, apenas se nota.

Ese nuevo dato hizo que ella se levantara y que casi le quitase el diario de entre las manos.

Él sonrió. Huesos, la niña que él había conocido, regresaba cada vez más a menudo.

—Es verdad.

Arabella miró en todas direcciones buscando algo que pudiera ayudarla a rasgar el papel, pero Rheged se anticipó sacando un sencillo abrecartas de un cajón. Con pulso de cirujano despegó las dos últimas hojas sin romperlas. Allí había un papel doblado. Lo sacó y se lo ofreció a Arabella que estaba dando saltitos infantiles sin poder contenerse.

—Haz tú los honores. Es tu hermano.

—Pero usted lo ha descubierto.

Él tuvo que reír.

—Lo miraremos a la vez.

Lo abrió junto a la lámpara para leerlo con claridad, pero se desentendió totalmente de él. Arabella colocó la cabeza junto a su hombro y eso acaparó toda su atención. Aquella guedeja suave y ondulada que le rozó las ropas y que deseó alcanzar con sus dedos; el aroma a violetas del jabón que había usado para lavar su cabello; el calor que despedía su cuerpo... Por primera vez en mucho tiempo perdió el control y sintió cómo le apretaban las encías y el hambre de sangre se extendía por todos los poros de su piel.

Cerró los ojos, llenó sus pulmones de aire, aunque no lo necesitase, y lo expulsó lentamente.

Cuando ella lo miró a la cara todo ese cúmulo de sensaciones había sido controlado y estaba cerrado bajo siete llaves.

—Alguien le dejó.

Él miró por fin la nota y leyó en voz alta.

No quiero que sigamos distanciados, James. Algún día entenderás por qué no te elegí, pero eso no quita para que mantengamos nuestra amistad. Vuelve conmigo.

D

—¿Quién es «D»?

—¿Alguna vez en sus cartas te habló de sus conquistas?

—Nunca. No es nada mujeriego. Bueno, lo cierto es que no puedo saberlo, pero al menos no es de esos hombres que alardea de ello.

—Quizás aquí esté la clave, aunque no veo la relación que pueda tener con María.

—¿Usted cree?

—No sé qué creer, Arabella, pero no podemos desechar ningún rastro hasta haberlo comprobado.

Después de eso, ella tomó el papel y lo leyó y releyó una docena de veces, antes de quedarse en trance mirando la nada. Él, desentendido de aquella nota, aprovechó para ensimismarse y volver a sentir ese momento en el que ella se le había acercado y el olor de su cabello lo había acaparado todo.

Algunas veces desearía no tener esos sentidos tan desarrollados. Eran un arma de doble filo que a menudo no actuaba en su favor.

Mi nuevo refugio: el muro de Lingmoor Fell

Cantos de amor y desamor, poemas y versos. Cuántos sentimientos pueden ofrecernos las palabras. Son capaces de hacernos tocar el cielo o hundirnos irremediabilmente en el infierno.

Cumbria, una tarde del verano de 1879.

El muro de Lingmoor Fell.

*L*as primeras veces me costó alcanzar la cima de Lingmoor Fell —seguía convaleciente, aunque no quería admitirlo—, pero nada detiene a una Blunt y, mucho menos, a una Blunt de trece años que no espera nada, más que lo que pueda conseguir por sí misma.

Ese coraje lo había heredado de mi padre.

Poco a poco, mi pierna fue fortaleciéndose y cada día que pasaba me resultaba más sencillo llegar al muro, trepar por él y sentarme a admirar los picos de las montañas que había al otro lado del valle. Al principio pensé que me sentaba allí solo con la excusa de recuperar el resuello, pero la realidad es que volví a aquel punto exacto muchas veces; desde aquel lugar en concreto, las vistas eran magníficas, una auténtica visión de la libertad, y pese a que, a veces verme allí en aquel vasto espacio, me hacía darme cuenta de lo encerrada que estaba en Langdale House, contemplar las fuerzas de la naturaleza era algo que me reconfortaba.

Protegida de los fuertes vientos por una cercana colina, desde mi nuevo e improvisado refugio, podía ver cómo el muro serpenteaba a lo largo del valle, desapareciendo y reapareciendo hasta perderse a lo lejos, y las montañas, escarpadas y agrestes pero cubiertas de un manto siempre verde, me daban una serenidad que por aquel entonces necesitaba. Sí hubiera tenido dotes para la pintura habría llevado hasta allí todo el material necesario para plasmar aquel paisaje en un lienzo, pero debido a mi torpeza con los pinceles, solo podía

dedicarme a admirarlo.

No me importaba, me conformaba simplemente con sentarme a mirar.

Semanas después, debido a un acontecimiento de lo más inaudito, aquel rincón pasó a convertirse para mí en una especie de santuario. Además de aquella beneficiosa soledad en su compañía, cada viernes de aquellos meses de verano obtuve un regalo: mi vida se llenó de magia y poemas. Todas las semanas, un desconocido (o desconocida ya que aquel escrito no tenía firma) dejaba una nota enrollada y protegida en el interior de un estuche de cuero entre las piedras del muro —lo encontré por pura casualidad, porque su escondite estaba justo donde yo apoyaba el pie para trepar a lo alto— y aquel hallazgo me dio alas y me hizo volver una y otra vez cada semana para beber nuevas palabras, para soñar y reír o llorar, para creer en los sentimientos de nuevo.

El primero de aquellos poemas lo leí mirando a mi alrededor mientras pensaba que, en algún momento, alguien iba a subir a la carrera hasta allí gritando que era una entrometida por abrir un mensaje que no me estaba destinado. Pero había tantos sentimientos expresados en tan poco que, a pesar de sentir que lo que estaba haciendo no era correcto, lo repasé hasta memorizarlo por completo. Qué hermosos versos y qué tristeza destilaban aquellas palabras, cómo me habría gustado a mi poder expresarme con aquella fluidez y elegancia. Cuando terminé, lo enrollé y lo coloqué entre las piedras, tal y como lo había encontrado, y pensé que quizá su autor lo había puesto allí porque para él (ella) era una de esas plegarias que encuentran su lugar entre las piedras y que son escritos destinados a tu Dios.

El viernes siguiente encontré otro unido al primero, escrito en el mismo tono. Aunque en ese último, la persona que escribía aquellas líneas comenzó a llorar la pérdida de su *ángel de luz*, su norte, con verdadera reverencia.

Pobre poeta. ¿Cómo iba a poder sobrevivir sin la sonrisa del ser amado, sin sus palabras o su compañía, sí sentía tanto dolor?

Por un momento se me pasó por la mente que yo podría consolar a aquella alma en pena poniendo una nota entre sus versos para confortarle, pero sus palabras eran tan íntimas, que inmiscuirme y descubrirle que alguien tan vulgar como yo había fisgado en sus secretos, me pareció despreciable. Enrollé ambos tal cual los había encontrado y los volví a meter en su estuche al abrigo

del viento y la lluvia.

Al viernes siguiente llegué una hora antes de lo previsto, ansiosa por comprobar si había una tercera nota. Y sí, allí estaba. Y como si me hallara en mitad del desierto y hubiera encontrado un oasis, me bebí todas y cada una de sus palabras. Con el papel sobre mi pecho rodeado en un abrazo pensé en la hermosura del amor y también en su lado doloroso y letal. En la pena, la pérdida, la angustia.

Por enésima vez me pregunté de qué forma podría yo esquivar mi destino. A pesar del desgarró, yo quería tener algo como aquello. Volar alto. Sentir el vértigo de caer. Vivir. Solo vivir. La respuesta me hizo llorar con amargura: a menos que tía Adelaida abandonase este mundo antes de mi mayoría de edad, no tendría opción alguna a buscar marido. Mi padre había decidido por mí. Yo había ido hasta Cumbria para hacer de niñera de mis dos tías cuando ellas estuvieran seniles. Ni más ni menos.

Me abracé a la nota como si fuera una madera que flota en mitad del mar y fuese lo único que pudiera salvarme de ser engullida por las olas. Si no podía tenerlo, lo soñaría. Me pregunté cómo sería el hombre de mis sueños y una figura me vino a la mente: lord Rheged. Quizá yo no tenía aún conciencia de unas sensaciones que se me antojaban de adultos, pero mi corazón, durante unos meses, había sido suyo. Solo que, al no ser correspondido, la belleza de ese sentimiento se había truncado en dolor. En vacío.

Suspiré. Me sentía igual que el autor de aquellos versos, aunque al menos él se desahogaba gritándolo al viento.

Encerré mis sentimientos. Leí aquel poema por última vez antes de comprobar si podía recitarlo de memoria, al igual que había hecho con los dos anteriores. Esa misma noche, me escapé bajando por la ventana —tuve la precaución de dejar atada una cuerda que encontré en el cobertizo para no dar de nuevo con mis huesos en el suelo a mi regreso— y fui a Brimstone Hall. No se me ocurrió nada mejor que encontrar ese amor entre los libros. Los libros de lord Rheged.

Una vez en la biblioteca descubrí algo que me llenó de dudas. *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas*, una edición idéntica a la que encontró mi tía Adelaida entre los cojines del sillón del salón, estaba allí sobre la mesa. No recordaba que estuviera allí antes y decidí no tocarlo por si era un sueño y se esfumaba ante mis narices, aunque me hizo sonreír como una boba. Pero si el libro llamó mi atención, la pequeña botella que había junto a

él llena de un líquido ambarino y de la que colgaba una etiqueta del cuello que decía: «Bébe-me», hizo que llorase de nostalgia. ¿Cuántas veces lord Rheged me había gastado la misma broma? La abrí y olí. Era brandy. Mi tía Adelaida decía que las bebidas con alcohol no eran apropiadas para las damas —a pesar de que ella bebía a escondidas alguna que otra vez. En Langdale House y en buena parte de aquella Inglaterra de doble moral, los vicios privados no tenían por qué coincidir con las virtudes públicas—, pero el barón, para satisfacer mi curiosidad, me permitió probarlas. El primer trago (y único) lo escupí entero y él se estuvo riendo una temporada diciéndome que era una muchachita enclenque que no aguantaba nada.

Cuántos recuerdos. Cómo le añoraba.

Tras ese día, me metí de lleno en bonitas novelas de amores magníficos que, de repente, encontré en un estante que yo recordaba estaba lleno de tratados de filosofía. Qué misterio. ¿Por qué las habría cambiado lord Rheged de sitio antes de abandonar Brimstone Hall? Mi pensamiento infantil no se paró dos segundos a analizar aquello. Estaban a mi alcance, así que las devoré durante todo el verano. A día de hoy me doy cuenta de ello y no, no creo en fantasmas, pero estoy segura de que alguien me fue indicando el camino. ¿Quizá Bernie? No, no podía ser él, aunque es probable que le hubieran dejado instrucciones.

Esa noche, ya en Langdale House, cuando me acosté a dormir, a pesar de lo tarde que era y lo cansada que estaba, los recuerdos volvieron. La biblioteca con el fuego encendido, los libros, el barón, de espaldas a mí, observando el paisaje invernal... Alicia vino a salvarme y, en sueños, el sombrerero loco, el conejo blanco y su reloj, el gato de Cheshire, el Cinco el Dos y el Siete y la Reina de Corazones, me hicieron dormir con placidez llenando mi cabeza con sus locuras.

Aquel estado de felicidad prestada duró hasta finales de septiembre.

El último viernes de aquel mes, el poema del escritor enamorado se convirtió en una despedida a su ángel de luz. Había pasado todo el verano escribiéndole y no había encontrado la paz, así que le deseaba lo mejor.

Cómo lloré su adiós. Cómo recé porque volviera.

No sucedió.

Así transcurrió aquel verano. Con el alma henchida de sentimientos

hermosos, perdida entre bellas páginas y anhelando aquellos poemas que, viernes tras viernes, leía y soñaba. Aquellas notas llenas de frases perfectas que me repetía una y otra vez hasta hacerlas mías.

Hoy me doy cuenta de que hubo algo que no conseguí del todo a pesar de tantas distracciones: nunca pude olvidarle. Lord Rheged me seguía a todas partes con su sonrisa y con sus comentarios sarcásticos, pero también con aquellos gestos amables que desdecían sus palabras. Y, a pesar de extrañarle, fue maravilloso vivir con su recuerdo; hacía más llevadera mi patética existencia. Si exceptúo los meses que pasé a su lado, aquel verano fue el más hermoso de mi vida, a pesar de mi soledad.

Ya no regresé a Lingmoor Fell.

Miento. Regresé un día de diciembre con la esperanza de recuperar aquellos escritos.

Aún estaban allí, al resguardo entre las piedras. Ahora son míos.

Londres, 1 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Suke salió del dormitorio de Arabella y les dejó en plena discusión. Lord Rheged quería que ella se vistiera con uno de los vestidos de Lucille, Arabella se negaba a hacerlo.

—No es una sugerencia, Huesos, es una orden. Vas a ponerte esto inmediatamente.

El aludido era un hermoso vestido de gasa beige con flores rojas bordadas por el bajo y en la zona del corpiño. Era precioso, pero era de Lucille.

—¡Suke!

La joven asomó la cabeza por la puerta, pero no entró.

—No lo haré —Arabella cruzada de brazos se mantenía desafiante.

Suke volvió a desaparecer.

—Está bien, negociemos. ¿Qué motivos tienes tú para no ponértelo? Si tienen más peso que los míos, te vestirás como quieras.

Arabella no quería decirle que odiaba verse con sus ropas porque físicamente se parecían y sabía que a él le recordaría a su dueña. Tampoco estaba conforme con recibir órdenes, aunque había cedido tanto a lo largo de su vida que le parecía un motivo menor. Optó por dar esa segunda opción.

—No me gusta que me digan qué he de ponerme. Usted no es mi dueño.

—Bien. Me parece un buen motivo, a mí tampoco me gusta que me digan qué he de hacer, pero creo que en este caso tendrás que escucharme y hacerme caso. Es mi turno, te daré los míos.

Se acercó a uno de los cajones de la cómoda y de allí sacó un estuche estrecho y largo. Abrió otro cajón y tomó pañuelo. Lo abrió delante de ella y le enseñó el contenido. Había cuatro agujas, largas y afiladas, como las que se usan para sujetar los sombreros, rematadas con unas bonitas mariposas que, de

alguna manera, estaban bordadas sobre el metal. Eran una maravilla. Con mucho cuidado, ayudándose con el pañuelo para no tocarlas, las sacó y las insertó en lugares estratégicos del vestido. Quedaban perfectamente disimuladas, las mariposas parecían posarse sobre los ramilletes de aquellas diminutas flores rojas.

Una vez puestas, se volvió a mirarla.

—¿Y qué? —protestó Arabella—. Son bonitas y nadie sabe que están ahí, pero me temo que con una agujita de nada no me sentiré protegida, para atacar a un vampiro sería mejor una espada.

—¿Te has dado cuenta de cómo las he manipulado? —dijo mostrándole el pañuelo. Ella puso cara de no comprender—. Son de plata.

Extrajo una de ellas con el mismo cuidado con el que la había insertado y llevó el extremo al dorso de su mano. Inmediatamente se le quemó la piel.

Arabella se apresuró a retirarla.

—Tranquila, se curará pronto.

—¿Por qué ha hecho eso?

—Para demostrarte que son... no un arma letal, pero si algo disuasorio. Arabella, vamos a casa de María, no sé si estará acompañada por alguien más, pero, por mucho que yo esté dispuesto a protegerte, quiero que tú puedas valerte por ti misma.

»Déjala ahí, ven. Acércate.

Ella dejó la aguja sobre la cómoda y se colocó frente a él a una distancia prudencial, pero lord Rheged dio los pasos necesarios para eliminar el espacio que les separaba. Sus ropas casi rozándose, el olor a violetas de nuevo tan presente, el aliento entrecortado y tembloroso sobre su pecho. Qué pequeña la sentía cuando se colocaba tan cerca.

La tentación iba a ser grande, pero tenía que enseñarle a qué se exponía.

El barón tragó saliva y continuó hablando.

—Si un vampiro quiere morderte, lo más inmediato es que se lance a tu cuello. Para hacerlo lo más probable es que coloque una mano aquí —puso la mano derecha abierta sobre sus omoplatos— y te atraiga hacia él.

Al pegarla contra su cuerpo notó como ella llenaba sus pulmones de aire y lo mantenía contenido en su interior. Él tuvo que hacer lo mismo.

—No te morderá en la carótida, la sangre viene bombeada directamente del corazón y saldría demasiado rápido, se perdería mucha en el proceso, sino que irá a por tu yugular. Las arterias tienen más oxígeno y son mucho más

apetecibles, pero hay que ser práctico, ante todo; la sangre no puede desperdiciarse.

Le rozó con el dedo el lugar y ella saltó entre sus brazos, aunque consiguió mantenerse firme y no salir corriendo.

—Girará la cabeza y te clavará sus colmillos aquí. —Se movió despacio para colocarse tal y como estaba describiendo que lo haría un atacante, pero solo dejó que el aliento que exhalaba al hablar fuera quién rozase su piel—. Tienes tiempo antes de debilitarte, la extracción es lenta, ten en cuenta de que no succionamos, solo dejamos que la sangre fluya y los orificios son pequeños, pero no puedes demorarte si quieres responder. En el momento en el que pierdas un quince por ciento empezarás a sentirte débil.

Arabella asintió. No era capaz de articular palabra.

—Y es ahí, en ese instante, distraído con el primer sabor de la sangre, es cuando tienes la oportunidad para sacar una de las agujas de tu vestido y clavarla aquí. —Tomó su mano y la colocó sobre su estómago.

—¿Ahí? ¿No sería mejor en su corazón?

Ella no podía verle el rostro porque él continuaba con la cabeza ladeada e inclinada, pero su voz era cada vez era más lenta, más magnética y hechicera.

—Con esto no vas a matarle, solo a obligarle que se aleje de ti. Y en esta zona no hay estorbos, Arabella; la aguja entrará limpia hasta el final. Cuando esté clavada, un pequeño giro sacará la mariposa, de forma que para que él pueda extraerla, tendrá que desgarrar la piel y hurgar.

Ella se separó con brusquedad y le pilló por sorpresa que él se diera la vuelta rápidamente y se colocara de espaldas.

Arabella intentó rodearle, pero él se movió a su vez y no pudo verle la cara.

—¿Qué sucede?

—Dame un minuto. No soy de piedra, ¿sabes?

Arabella lo intentó por el otro lado con el mismo resultado. Él se escondía. Al final optó por tirar de la manga de su chaqueta como cuando un niño busca tu atención.

Por fin se volvió. Su atractivo era perturbador.

—Todo arreglado.

—¿Cómo que todo arreglado? ¿Qué ha pasado?

—Verás, Arabella, con estos colmillos —dijo mostrándole por primera vez sin pudor su dentadura— un vampiro no puede hacer nada salvo desgarrar. Para alimentarnos nos transformamos, los colmillos crecen y nuestra cara se

desfigura un poco y, cuando tienes un cuello cerca es difícil detener el proceso.

Ella se llevó una mano a la boca y dio un paso atrás.

—Huesos, yo nunca te haría daño. Jamás beberé de ti sin tu consentimiento. Lo juro.

Arabella hizo lo posible para que su voz sonase firme.

—Entiendo, pero si no quiere que yo me paralice por el miedo si María se convierte en Medusa, debería mostrármelo todo, ¿no cree?

Ella intentó hablar con serenidad, pero su pecho subía y bajaba intentando almacenar y expulsar el aire como si acabara de darse una carrera.

Él rio sin ocultar su dentadura. Tenía una sonrisa preciosa.

—A María ya la has visto así, aunque fuera en la penumbra y reflejada en un gran espejo. Arabella, ella no va a lanzarse sobre ti, no si puedo evitarlo. Solo quiero que estés advertida y te sientas preparada, lista para cualquier cosa. Creo que por hoy ya tienes suficiente, mi transformación la dejaremos para más adelante, pero ahora quiero que me contestes con sinceridad, ¿tienen mis motivos el suficiente peso como para que te pongas ese vestido?

Ella asintió dócilmente.

—Le diré a Suke que me ayude.

Rheged besó su frente antes de salir del dormitorio.

—Te esperaré abajo.

—Rheged —le llamó. Él se detuvo en seco—. ¿Por qué necesitaba estas armas Lucille? Ella es vampira como usted.

Desde la puerta él la miró con interés.

—¿Cómo has llegado a pensar eso? No, Arabella, Lucille no es una vampira, es humana como tú, aunque a menudo intente aparentar que está por encima de vuestra especie porque es hija de una bruja y, posiblemente, futura madre de una. Lo lleva en el linaje.

La respuesta dejó a Arabella de una pieza, aunque esa declaración, más que aclararle dudas, le suscitó más preguntas.

Maldito viaje a Inverness

¿Qué habría visto Arabella en Lucille para pensar que era como yo? Debo hablar con ella, si quiero que nuestra amistad se afiance, no debo demorarlo mucho más. No puedo permitir que Lucille continúe siendo una sombra entre los dos.

*Inverness, Escocia.
Verano de 1877.*

*L*os seres como yo no suelen alejarse demasiado de la tierra donde fueron creados, pero no es, como dicen las supersticiones, porque nos sentimos apegados a ella o tengamos que dormir sobre el suelo que nos vio nacer. No. Se trata de un problema práctico: nos resulta muy complicado viajar. Los traslados son lentos, tanto por tierra como por mar; encontrar sitios adecuados para pasar el día es un fastidio —la costumbre de antaño de cavar y enterrarse bajo la tierra ha quedado muy lejos; nos hemos vuelto demasiado cómodos— y, aun aprovechando los días nublados o con niebla, es peligroso alejarse del refugio: unos pocos haces de luz entre las nubes y nuestra piel, sensible como pocas, se quema de manera irremediable.

Nos curamos rápido, es cierto, pero cuando las quemaduras son a causa del sol nos cuesta regenerar y, a menos que nuestro padre vampírico esté cerca y podamos beber directamente de la fuente de nuestro origen, necesitamos el doble de alimento que con cualquier otra herida. El padre es la raíz.

Yo ya no tengo padre y el sol me impone mucho respeto, pero también soy curioso por naturaleza y, de vez en cuando, a pesar de los inconvenientes, siento la necesidad de conocer otros lugares.

En la primavera de 1877 inicié un viaje hacia el norte. No sé qué me llevó a aquellas tierras, si influyó el ansia de ver cómo habían cambiado desde que las visitara siendo humano, si fue el hecho de tomarme unas vacaciones o,

quizá, por buscar algún motivo más romántico, ocurrió porque estuve leyendo a Shakespeare aquel invierno y, de alguna manera, germinó en mí el deseo de ver el lugar donde Macbeth asesinó a su primo el rey. No lo sé. Que conste que fue un incordio, allí, tan al norte, los días en verano son mucho más largos y ese es otro inconveniente, pero el caso es que amanecí en Inverness un cinco de julio sin más pretensiones que deambular por la ciudad.

Y allí encontré a Lucille.

De noche, en una taberna llena de borrachos que le pedían comida grasienta y cervezas y aguardientes para ahogar sus penas. Ella, hermosa como pocas y refinada como una gran dama, trabajaba a destajo y se dejaba la piel tras la barra entre los gritos, insultos y palabras soeces de los parroquianos. Nadie osaba tocarla. Un gigante, su marido, sentado en una esquina, controlaba a la masa solo con la mirada y la promesa implícita de mandíbulas rotas y ojos morados. Menudos puños tenía el escocés.

Aquello me divirtió.

Esperé a que cerraran y, cuando ella dejó el local —su marido se quedó allí con la excusa de adecentar el pub, pero creo que todos sabían que lo que buscaba era colarse entre las faldas de una de las mujerzuelas que lo frecuentaban—, la seguí.

Al principio apretó el paso. No pudo verme, de eso estoy seguro, pero sé que sintió que algo oscuro estaba intentando acorralarla. Después se detuvo y me plantó cara.

—Salga de ahí.

Me mostré con toda la parafernalia: mirada siniestra, colmillos desplegados, piel fina y reluciente a la luz de la luna y mis manos transformadas en garras. Y ella, en vez de salir corriendo, sonrió.

—Si me sacas de este maldito pueblo, te daré el mayor regalo que pueda obtener en este mundo uno de tu raza.

Aquello me intrigó. Le seguí el juego.

—Más que jugar con tu cuerpo y beberme tu sangre.

—Más.

—Habla.

—Solo si me llevas contigo.

Decidí mostrarme partícipe y la metí en mi cama aquella noche. No es que estuviera dispuesto a hacer un trato sin saber qué tenía que ofrecerme, no soy tan impulsivo, pero mi vida es bastante aburrida y aquello, al menos, me

auguraba un buen rato de entretenimiento.

Pero además de ardiente y desvergonzada, ella tenía razón, la ocasión era única.

Huérfana de padre desde los cinco años, me confesó que tuvo que casarse con el primero que puso dinero sobre la mesa porque su madre fue repudiada a pesar de ser de buena familia. Se corrió el rumor de que hacía pociones, curaba con hechizos y fornicaba con el diablo. —Eso último no podía ser cierto, pero las supersticiones de los pueblos son muy imaginativas—. Había algo de verdad: su madre era una bruja. Ella no había heredado sus dones, pero llevaba consigo el linaje. Y si engendraba a una niña, ese bebé se convertiría en oro.

Vampiros y brujas no se llevan bien. Mi raza, aunque las teme, hace todo lo posible por someterlas para ganar poder y escalar posiciones en la sociedad de las tinieblas. Las brujas, por otra parte, tratan por todos los modos de evitarnos. No son esclavas de nadie. Sin embargo, Lucille, a quien le importaba poco lo que yo tuviera en mente para con su descendencia, me ofrecía ese regalo a cambio de unos cuantos detalles que, para mí o para cualquier otro de mi raza, eran insignificantes. El trato que me propuso fue simple: solicitaba una manutención, protección contra otros vampiros que intentaran hacerse con su legado y unos cuantos vestidos hermosos. Podría haber pretendido mucho más, la luna, si hubiera querido; cualquiera de mi estirpe se la habría puesto en bandeja, pero se conformó con eso. Ella nunca habló de ser mi compañera de vida —jamás hablamos del vínculo entre razas, no sé si porque no conocía su existencia o porque no le interesaba atarse a mí para siempre— ni tampoco de ser convertida una vez terminado el proceso. Solo pidió eso, menudencias, y yo tendría mi bruja. Una niña joven e inocente que manipularía a mi antojo y que adaptaría a mi vida y a mis caprichos.

¿Por qué acepté? La transacción era cuanto menos aberrante. Pero... Lucille era hermosa, ácida, fogosa y divertida, y yo estaba hastiado de la vida.

Nos fuimos a Edimburgo y allí pasamos los meses siguientes. Le permití muchos caprichos: vestidos, joyas... Le prometí una renta y, cuando ya teníamos preparado el viaje para ir a Brimstone Hall, recibimos la noticia de la muerte de su marido en una reyerta. Ella partió hacia Invernes para vender lo que quedara de su herencia y yo me dirigí hacia Cumbria, después de sentir que había vivido unas bonitas vacaciones.

No pensé que cumpliría su parte del trato, tampoco tenía demasiada fe en

que sus palabras —aquello de que era hija de una bruja— fueran ciertas y me daba un poco igual. Pero el caso es que, poco antes de las Navidades, apareció como una diosa pálida y perfecta para desempeñar su papel de consorte.

Me incomodó su visita. Yo había superado ya ese paréntesis de mi vida —la verdad era que me había olvidado de ella incluso más rápido que lo que tardé en encontrarla— y me costó lo suyo aceptar que teníamos un contrato verbal que tendría que cumplir.

Suponiendo que Lucille engendrara una niña, ¿qué iba a hacer yo con ella? No podría ser mía —los seres como yo no podemos tener hijos por razones obvias: estamos muertos—, tendría que buscar a un humano que sirviera a mis fines y permitir que ellos mantuvieran relaciones. Qué horror de trato, incluso y sobre todo, para Lucille. ¿En qué estaría ella pensando para ofrecerme aquello? Además, ¿de verdad quería yo convertir a una niña en mi esclava por toda la eternidad?

No, no y no.

Pero no podía contárselo a su madre. Se la llevaría y sería capaz de venderla al mejor postor.

Sabía que Lucille abandonaría el nido tan pronto como concluyese su parte del trato y yo cumpliría la mía, a pesar de ser más una carga que otra cosa. Le daría una buena educación a mi bastarda y la protegería en el caso de que el cuento de Lucille fuese cierto y en un futuro se convirtiera en una bruja.

Cuánta palabrería.

Lo que no quería admitir es que había otro asunto por el que todo aquello me daba un poco igual. Yo tenía otra, digamos, «diversión». Mi huesuda vecina venía casi todas las tardes y mi casa se convertía en un oasis en mitad de la nieve. Y eso era todo lo que en aquel momento me importaba; el pequeño ecosistema en el que vivíamos los dos.

*Londres, 1 de septiembre de 1888.
Residencia de María de Confranc, Kensington.*

—¿Nerviosa?

A pesar de la oscuridad del interior del carruaje, Rheged podía ver con total claridad el semblante pálido y pensativo de Arabella. Aunque más que su rostro, el que tuviera los dedos crispados aferrados al borde del asiento era lo que delataba su estado de ánimo.

—¿Usted qué cree? Una no se mete en la guarida del lobo todos los días.

—Yo estaré contigo en todo momento, pero, si por algún extraño capricho del destino me viera imposibilitado, ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Y si no funciona? ¿Qué haré si me ataca por detrás?

—Revolverte. Ladear tu cuerpo para llegar al suyo...

—¿Y si no puedo? —interrumpió Arabella.

—Melquisedec.

—¿Cómo?

—Todo irá bien, quiero que estés tranquila, pero si la cosa se torciera, él te prestará su ayuda.

—Pero si está a las órdenes de María.

—Estoy seguro de que la desafiará si lo considera necesario. Es un hombre de honor. ¿Te he contado que era corsario al servicio de Su Graciosa Majestad?

Arabella tomó aire, todo el que el corsé le permitió alojar en su interior. No era mucho. Que Melquisedec fuera su último recurso no la tranquilizaba nada. Nada de nada.

—Sé que aprieta, pero intenta respirar despacio. Lo último que debes hacer esta noche es desmayarte, no podré estar todo el rato pendiente de ti.

Ella se quedó pensativa y Rheged le permitió ese tiempo en silencio para

que fuera asimilando toda la información. Sin embargo, pasado un rato, Arabella seguía tan seria que tuvo que preguntarle.

—Un penique por tus pensamientos.

Arabella sonrió. Con una sonrisa tensa y pequeña, pero sonrisa, al fin y al cabo.

—Pensaba en que usted es diferente.

—Diferente. Sí, esa es una palabra que me define a la perfección. Tengo colmillos, he vivido ocho siglos y bebo sangre. En efecto, soy diferente.

La risa de Arabella fue musical.

—No pensaba precisamente en eso.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿qué me diferencia de los demás?

—Su forma de pensar. —Antes de que replicase se apresuró a explicarle—: Un londinense cualquiera, y más uno con su estatus, me habría encerrado en una torre de cristal, me habría convencido de que no sucedía nada que pudiera afectarme de algún modo y se habría encargado de todo, hasta de pensar. —Le frenó con un gesto de la mano, aunque no podía verle bien en la oscuridad del interior del carruaje, las cortinillas estaban completamente cerradas, sabía que estaba presto a intervenir—. Usted ha tomado el mando, es cierto, pero porque está preocupado, no porque piense que no soy capaz de valerme por mí misma.

»¿No dice nada?

—Estoy tomándome unos segundos para disfrutar este momento.

—No le entiendo.

—Arabella, mi pequeña y huesuda amiga, me agrada que me veas como a un igual, como a un compañero de fatigas, como a un amigo. Me complace que confíes. Mucho. Y me llena de satisfacción que valores de esa forma todo esto. Siempre he sido curioso y eso me ha llevado a leer y abrir mi mente. Vengo de otra época, sí, y no era muy distinta a la de ahora, pero esta larga vida me ha dado el tiempo suficiente para analizar muchos temas viéndolos desde fuera. Para mí, las mujeres son personas, solo que de otro sexo.

»Y qué sexo.

En esa última frase, el barón bajó el volumen de la voz y su tono se tornó más áspero. La consecuencia fue inmediata; Arabella sintió como un escalofrío recorría toda su espalda para morir en la nuca. Aquel estremecimiento le hizo pensar que unos dedos habían usado su columna como si fuera el diapasón de un violín, punteado por todo él hasta llegar a las clavijas. Giró el cuello para alejar esa extraña sensación. No lo consiguió.

El carruaje se detuvo.

Arabella comenzó a prepararse para bajar y él la frenó.

—Hemos llegado muy rápido, aún quedan unos minutos para que la luz del sol desaparezca del todo.

—¿Puede ver el reloj en esta oscuridad?

—Podría, pero no me hace falta. Lo siento en la piel.

Ella permaneció sentada y ese poco tiempo allí sin hacer nada, solo consiguió que su nerviosismo se acrecentara a pasos de gigante.

Eran casi las ocho. Extraña hora para tomar un té.

—¡Querido Brahn!

Arabella frunció el ceño, por algún extraño motivo le molestó tanta familiaridad. Después sonrió y se imaginó a sí misma diciendo: «¡Querido Brahn!», en un tono afectado, mientras abría sus brazos y los giraba en el aire como si fuera un molino de viento. El barón se moriría de risa.

María de Confranc los recibía ella misma en el vestíbulo. No se veía a ningún criado. ¿Estarían ya encerrados en la buhardilla? Cuando entraron al salón supo que sí, que debía haberlos recluido, no había nadie a la vista.

Nadie humano.

La habitación estaba iluminada por unas cuantas velas que, sobre un candelabro de pie, daban un luz tenue y bailarina que era suficiente para que pudieran moverse sin tropezar. Arabella, que avanzó lentamente mirando a un lado y a otro, se frenó cuando descubrió que aquellos monstruos que temía encontrar no estaban entre las sombras, sino en mitad del cuarto, de rodillas y en una postura de sumisión. A los pies del sofá, un ser recubierto de pelo — una especie de mastín gigante con brazos y piernas humanas que María debía de haber sacado de un Freak Show— estaba postrado de rodillas sobre la alfombra en una actitud de sometimiento.

Igual que si fuera una atracción de circo, Arabella se quedó mirándolo. Su quietud era un gancho para que sus ojos recorrieran a placer la musculosa espalda peluda de aquella criatura. No se le veía el rostro, además de tenerlo inclinado hacia adelante, su largo y ondulado cabello rubio lo cubría por completo, pero esa bestia debió sentir de algún modo el peso de su mirada, porque ladeando la cabeza, se las apañó para clavar en ella sus ojos.

¿Ojos?

Uno de ellos era totalmente blanco y estaba surcado por una gruesa cicatriz. Era Melquisedec.

Arabella respiró con tanta ansia que el corsé se le clavó en las costillas recordándole inmisericorde que eso era algo que no debía hacer. Sus pies se quedaron pegados al suelo y amenazaron con fundirse en él, pero la mano abierta que lord Rheged puso en su espalda la obligó a avanzar. A regañadientes.

—¿Es necesario esto? —le preguntó él a María mientras señalaba el bulto encogido que en esos momentos era el híbrido.

—Se ha portado mal, está castigado.

—¿Se puede saber qué ha hecho?

—Permitió que *esa* niña saliera por la puerta. Si no hubieras sido tú quien la encontró, me habría visto metida en un buen lío.

—Ya lo estás, María.

Cuando la baronesa se sentó, los demás la imitaron, y Arabella lo hizo tan cerca del barón que escuchó en su cabeza la voz de tía Adelaida llamándola desvergonzada.

«Calla, tía. Si tu estuvieras en mi situación, estarías ahora mismo abrazada a él».

Sobre una de las mesas había un servicio de té, listo para servirlo, pero la tensión era tanta —Rheged y María parecían echarse un pulso con la mirada— que lo social de aquella reunión quedó en un segundo plano y se quedó allí, enfriándose.

Un hombre joven entró por una puerta lateral, caminando de manera sinuosa, casi como si flotara. La baronesa palmeó junto a ella sobre el asiento y él, obediente, se sentó a su lado en una pose de lo más estudiada, casi como si esperara que de un rincón saliera un fotógrafo para hacerle un retrato.

A lord Rheged le cambió la cara al verle —a Arabella también, pero por otros motivos: ese era el hombre que ella había visto con María justo la noche que descubrió su oscura naturaleza. *Monsieur Chevigné*—; no pudo evitar que la ira comenzara a arder en su interior.

—María, ¿un vástago? ¿Has creado un vástago? —La voz del barón sonó un tanto aguda y descontrolada.

—Desde que Markus me dejó he estado muy sola.

—No tienes permiso para crear nuevos vampiros.

Arabella siguió la conversación con los ojos como platos. Si él era *hijo* de

María, aquello se complicaba. No era alguien neutral, sino un enemigo más. Melquisedec, la baronesa y su vástago; eran tres contra uno. Empezó a sentir calor y contó hasta diez para no desfallecer.

María hizo un ademán agitando su mano para quitarle importancia.

—Ya sé que no me han dado el estatus de madre, ya sé que solo los grandes padres como mi hermanísimo Jean Jacques pueden crearlos, bla, bla, bla. Pero yo no veo cuál es el problema, Brahn.

—María, las leyes están para algo.

—Pero si yo cumplo...

Lord Rheged negó.

—Tú no cumples nada, vives cómo te da la gana. Te muestras cuando deberías ser discreta y, ahora, hasta te atreves a crear tu propia progenie. ¿No te has parado a pensar que si no tienes permiso para fundar tu propia familia es porque tu *padre* consideró que no debías tenerlo?

—Paparruchas.

—¿Paparruchas? —A lord Rheged se le veía cada vez más enfadado, el tono despreocupado de la baronesa lo estaba sacando de quicio—. A todo esto, ¿has leído la carta que le di a Melquisedec?

—Sí, y por eso te he mandado buscar. El tres de octubre estrenamos en el Savoy *Los alabarderos de la casa real* y hago el papel de Meryelle, la hija del sargento. ¿No se podría aplazar la orden de discreción hasta el aburrimiento hasta después del estreno? —Su voz era tan dulce, su gesto tan angelical con ese sentido parpadeo y esos morritos tan de niña buena, que si Arabella hubiera sido la líder del Consejo le habría dicho: «De acuerdo, pero a partir del día cuatro tu vida tiene que cambiar»—. Después da igual que los deje tirados —continuó la vampira—, pero el día del estreno es tan especial. Por favor, por favor...

Serpiente rastrera.

A lord Rheged no pudo convencerlo.

—No. Y además he de informar de esto. Por cierto, dile a tu hijo que se comporte, no deja de mirar a mi acompañante como si fuera un pudín de Navidad.

Tras aquel comentario, Arabella giró despacio la cabeza y lo miró. Era cierto, él tenía los ojos fijos en una parte muy concreta de ella, su cuello, y el hambre atravesaba sus pupilas con fuerza. Desentendido de todo, contemplaba su pulso y parecía relamerse de gusto.

Ella se removió en su asiento y volvió a aspirar todo el aire que pudo. Mal. El corsé le recordó de nuevo que aquello era algo que no podía hacer. Sin darse cuenta, rodeó con su mano crispada el brazo del barón y se apretó contra él y solo aflojó el agarre cuando él la acarició; el calor que ella sintió, a pesar los guantes que llevaban los dos, la reconfortó. Por un instante, aquel ligero contacto la sacó del salón.

—De ella quería hablarte también —murmuró la baronesa—. Si no le borras la memoria, tendrás que... —se detuvo y la miró con el brillo de la diversión — ..., aunque si quieres lo hago yo. Ya sabes que a mí no me importa.

La mirada de Arabella se dirigió ahora en dirección a María.

«¿Tendrá que...? ¿Qué?».

Su estómago hizo una pirueta y la habitación comenzó a darle vueltas. Cerró los ojos y se sujetó, ahora con fuerza, al brazo de lord Rheged. No podía desmayarse. No, no, no... Esta vez el barón no se contentó con ponerle la mano encima, sino que la acarició indecentemente despacio. Pero, aunque su tacto volvía a ser reconfortante y excitante, Arabella no logró calmarse; la situación ya hacía rato que había conseguido superarla.

Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que Melquisedec la observaba también, pero en su semblante vio algo parecido a la preocupación.

—María, Arabella es cosa mía, su existencia no debe preocuparte.

—¿Le borrarás entonces los recuerdos? —preguntó melosa.

—No. Fue testigo de tu desobediencia y tendrá que tenerlos muy presentes por si la llama a declarar Salomé.

El rostro aniñado y bondadoso de María se transformó en algo horrible en apenas unos segundos. Sus colmillos crecieron hasta el punto de que no poder cerrar del todo la boca; la piel de alrededor de sus ojos se volvió fina mostrando un centenar de capilares y sus globos oculares se volvieron negros como la obsidiana. Aquel era el monstruo sobre el que lord Rheged había advertido a Arabella, la visión que ella recordaba de su última noche en aquella casa. Solo que no era lo mismo contemplarla desde el corredor por la abertura de la puerta y reflejada en uno de aquellos grandes espejos, que tenerla de frente a cuatro pasos de distancia.

Arabella sintió como una arcada subía hasta sus labios. Si nada lo remediaba iba a vomitar.

—Ni se te ocurra, María —dijo lord Rheged poniéndose en pie—, soy más viejo que tú y más fuerte, y un ataque solo agravaría tu situación ante el

Consejo.

La baronesa también se puso en pie, pero al contrario que lord Rheged no fue brusca al hacerlo, sus movimientos fluyeron como el agua.

Como un perro que marca el territorio se enfrentó a él.

—Somos tres contra uno. Nunca tendrás la ocasión de notificarlo.

Lord Rheged soltó una sonora carcajada que Arabella acogió con espanto. No era momento para un farol. ¿De qué pasta estaba hecho ese hombre? Le dieron ganas de cogerle por las solapas de la chaqueta y zarandearle para que entrara en razón.

—No lo harás —contestó él sin dejar de mirar a María—. Sabes que llevarías las de perder. —Con toda la seguridad del mundo se giró e inclino la cabeza hacia Arabella—. Nos vamos, querida, hemos terminado aquí.

María continuaba en el mismo lugar. Estaba furiosa, pero ya había previsto que aquello podía pasar y mantuvo la compostura. Ella sola no podía con el barón y su vástago era un simple poeta que no parecía poner mucha atención en sus clases de esgrima. Por el rabillo del ojo miró a su mascota. No estaba del todo segura de su fidelidad. Él sería el mayor beneficiario si perdía ante Brahn; quedaría libre. No lo veía poniéndose en su contra, pero sí cruzándose de brazos.

Tendría que negociar.

—Brahn... ¿No podemos hablarlo de forma civilizada?

La cadencia de aquel tono melifluo conseguía hechizarte.

—Ya está todo dicho, María.

Arabella se sintió observada por Melquisedec mientras se ponía en pie y el instinto de supervivencia le hizo girarse y medir visualmente la distancia hasta la puerta. Casi lloró. Estaba demasiado lejos. Retornó su mirada al frente y, por el rabillo del ojo, vio como de forma casi imperceptible, el híbrido negaba.

¿Le estaba diciendo que no tenía ninguna oportunidad?

¿Qué no se arriesgara?

Entornó los ojos y procuró no mostrar el pánico que sentía. Era perfectamente consciente de que aquella bestia que era Melquisedec la interceptaría incluso antes de dar el primer paso. Pero no ocurrió nada cuando, del brazo del barón, pasó ante él de camino hacia la salida. No se movió.

—Por cierto, —a Arabella le dio un vuelco el corazón cuando lord Rheged se frenó antes de llegar a la puerta. ¿Por qué cuando ya tenía el picaporte al

alcance de su mano, él tenía que detenerse? Solo un par de pasos más y estarían a salvo—, me llevo a Melquisedec.

Esa declaración fue tan impactante que apenas tuvo protagonismo el hecho de que después, con toda la tranquilidad del mundo, el barón metiera la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacase un pequeño saco de terciopelo lleno de monedas. Lo vació sobre una mesa auxiliar. De lejos, Arabella distinguió el rostro de la reina Victoria y a San Jorge matando al dragón. Eran soberanos de oro y había muchos.

—Eso es más de lo que vale. No te olvides de enviarme los papeles para transferir su propiedad.

—¿Por qué querría vendértelo?

Lord Rheged rio.

—Porque estás viviendo de prestado, María, las deudas te tienen hasta el cuello. ¿Tus amantes ya se han dado cuenta de que te estás aprovechando de ellos? —Sonrió como si tuviera controlada la situación—. Y sé que tu hermano ha dicho que no va a poner ni un penique más. Así que considera esto como un favor. Te doy unos días de margen para que ordenes tus cosas y viajes a París, a ver al Consejo, por iniciativa propia. No les diré que tienes un vástago, así podrás maquinar alguna excusa que te salve el trasero.

Le tendió la mano a Arabella, que la tomó y le miró con admiración.

—Mel, recoge tus cosas. Te esperamos en el coche.

Cuando vio que Melquisedec se ponía en pie, ella desvió la mirada. Podía ir recubierto por una manta de pelo corto, pero la realidad era que, aunque mantenía sus pantalones, el resto de su cuerpo estaba desnudo.

—María, *au revoir!*, París te espera. Saluda a Salomé de mi parte.

—Tendrás que vértelas con mi hermano.

—Es gracioso —el barón volvió a detenerse—, los meses que pasé en Francia lo vi a menudo. Es un gran tipo. Muy sensato. No os parecéis en nada.

Con lentitud, como si a sus espaldas no tuvieran a una vampira cabreada y a su vástago hambriento, lord Rheged y Arabella se dirigieron hacia la puerta de la mansión. A ella todo le daba vueltas, pero, al mismo tiempo, tenía un sentimiento como de triunfo: habían salido ilesos. No se soltó del brazo de su acompañante, al contrario, se sujetó con fuerza importándole poco que no fuera un comportamiento correcto.

A su lado se sentía bien y eso no podía ser tan malo.

Atenerse a las consecuencias

Arabella soportó, sin que le rodase ni una sola lágrima por la mejilla, que el buen doctor le entablillase la pierna que se había roto al caer desde su ventana. Lo sé porque, necesitado de noticias, me colé en su casa y le sonsaqué información usando mis poderes. Mi niña valiente. No puedes imaginar cómo he llegado a echarme de menos.

Cumbria, 17 de febrero de 1879.

Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.

Al día siguiente, al ver que no iba a poder salir de mi casa a causa de un sol de justicia, algo inusual en la estación, envié a Bernie a Langdale House a preguntar por Arabella. Regresó con muy malas noticias: mi dulce Huesos se había caído escalando la fachada del edificio en plena noche. Gracias a Dios el ruido fue tal que los criados, alertados, salieron para ver qué había sucedido y la encontraron sobre la nieve. De no haberla sacado de allí inmediatamente se habría quedado congelada.

La noticia me impactó de tal forma que me levanté y, en un arrebato, le sujeté por las solapas de la chaqueta. El pobre chaval, asustado ante mi reacción, intentó calmarme diciendo que, aunque no había podido verla, la cocinera le había asegurado que estaba bien y consciente, pero que, además de contusiones por todo el cuerpo, se había fracturado una pierna.

Creí que iba a volverme loco. ¿Por qué demonios escuché a Lucille y no corrí tras ella? ¿Por qué? ¡Maldita sea! ¿Por qué?

Con el alma rota y los remordimientos a flor de piel, subí a la buhardilla a buscar un tejido lo suficientemente grueso como para hacerme una capucha que me permitiera cubrirme el rostro y aguantar el azote del sol. Necesitaba ir a su encuentro, tomarla entre mis brazos y decirle que todo iba a arreglarse. Poco

me importaba en ese instante descubrir mi naturaleza ante sus familiares si con ello conseguía estar con ella y usar mi sangre para curarla.

La visita de su tía Adelaida me pilló en plena faena de costura. Había encontrado unas cortinas viejas de terciopelo y estaba cortando, más bien destrozando, la tela para hacerme una buena protección. El golpear de la aldaba me descolocó, pero cuando reconocí la tensa voz de la mujer corrí escaleras abajo.

Charles la había hecho pasar a la biblioteca. Daba al norte y era, a esa hora del día, la habitación más oscura de la casa. Lo agradecí, lo que menos quería en ese instante es que ella me viera acorralado por la luz del sol.

Cuando abrí la puerta para acceder a la sala, me encontré un remolino de faldas de seda negra que daban vueltas sin parar, caminado arriba y abajo igual que haría un jaguar enjaulado, pero antes de delatar mi presencia me detuve un momento para sopesar a mi adversario. No, no era un exótico jaguar, su estructura ósea se asemejaba más a la de una pantera. Igual de letal, pero más fina y ligera. Se creía poderosa, con ese poder que da la ignorancia de no saber a quién te enfrentas.

En la mano llevaba el libro de Lewis Carroll que yo le había regalado a Arabella.

—Buenas tardes, señora Carr. ¿En qué puedo ayudarla? —Se detuvo en seco y me miró con odio. Por toda respuesta me enseñó el libro—. Bonito ejemplar. ¿Es una primera edición?

—No se haga el idiota.

Me dieron ganas de enseñarle modales y de paso, mis colmillos.

Con cierto desprecio dejó caer el ejemplar sobre el sillón que quedaba cerca de la ventana, aquel que siempre usaba Arabella cuando quería leer con tranquilidad. Por un instante me gustó ver el libro apoyado en aquel asiento. Era como si mi pequeña amiga lo hubiera dejado allí para seguir leyendo en otro momento.

—Encontré eso en mi casa. Imagino que será de *su sobrina*, Arabella ha debido robárselo.

Apreté los puños y entrecerré los ojos. Ese «su sobrina» sonó de lo más revelador —era evidente que la mujer había descubierto la mentira—, pero que dijera que Arabella era una ladrona me descolocó, eso sí que no me lo esperaba.

—Arabella no ha robado nada. Ese libro se lo regalé yo.

—Ella no lo quiere.

—¿Se lo ha dicho personalmente?

—Lo digo yo. Arabella no debe distraerse con tonterías.

Me mordí la lengua y conté hasta diez.

—¿Le apetece tomar un té? —Modales, ante todo, aunque no pude evitar que me saliera con un tono de voz de lo más mordaz.

—No se moleste, barón. No voy a quedarme más de lo necesario. Simplemente he venido a decirle que Arabella no va a volver.

Perdí los estribos.

—¿Y dejará a *mi sobrina* sin compañía?

Ella me miró con autosuficiencia.

—Vamos a dejar las cosas claras entre usted y yo. La excusa que me ha traído hasta aquí ha sido la de devolverle ese libro, pero he pasado una mañana de lo más entretenida con el doctor. Él me ha contado que usted vive solo; no tiene familia.

—Eso no es del todo cierto —murmuró sensual una voz desde la puerta—, ¿verdad, *hermano*?

—Lucille, ahora no.

Lucille decidió aprovechar el momento e hizo caso omiso de mi advertencia. Ella quería la exclusividad de mi compañía, —la presencia de Arabella le incomodaba, y no porque la niña pudiera suplantarla, sino por esa complicidad que con ella nunca había existido— y decidió probar una de sus teorías de conspiración. ¿Si ponía un poco más en mi contra a aquella señora, volvería su sobrina a poner los pies en aquella casa? Casi con toda seguridad, no.

Cuando la vi sonreír supe que estaba tramando algo, pero no reaccioné a tiempo.

Se dirigió hacia mí y tras una leve caricia a mi pecho, caricia que yo rehusé, se colgó de mi brazo y terminó su jugada apoyando la frente sobre mi hombro. Di un paso atrás, pero no fue suficiente, me di cuenta cuando vi cómo a la señora Carr se le salían los ojos de las órbitas debido aquel comportamiento escandaloso. Aquel no había sido un abrazo fraternal, sino más bien el que le prodigaría una meretriz a su amante. Lucille había plantado una semilla que, sin duda, por muy estúpida que fuera Adelaida Carr, iba a germinar en su mente: si éramos hermanos aquel gesto era horroroso; el incesto flotaba en el aire, pero, si no lo éramos, no mejoraba, Lucille no era mi esposa; la relación

era también ilícita.

Lucille aprovechó mi retirada para continuar emponzoñando el ambiente.

—Te lo dije, Brahn, esa niña solo te ha traído problemas. ¿Para qué quieres tenerla en casa? ¿No es un poco joven para ti?

Le di la espalda a la tía de Arabella, aunque ese gesto dejara en evidencia una mala educación, y le mostré a Lucille la parte menos amable de mi naturaleza.

—Fuera de aquí.

Ella se dio la vuelta y salió con paso triunfal meciendo sensualmente sus caderas. La jugada le había salido bien, después de su actuación, ni la niña ni su tía volverían a poner los pies en mi casa.

Cuando a mis espaldas sentí el crujir de la seda, señal de que Adelaida se dirigía hacia la puerta, interpuse mi brazo y la frené en seco. Mi rostro volvió milagrosamente a ser humano en el instante en el que me encaré con ella.

—Le juro por mi honor que jamás haría nada que perjudicase a su sobrina.

—Creo que metiéndola en su casa de esta forma ya lo ha hecho.

—Permítame entonces limpiar su honra. Imagino que, en ausencia de su padre, el coronel Blunt, es usted la persona a quien debo dirigirme para solicitar su mano. —Adelaida tuvo un instante de desconcierto, pero se rehízo enseguida—. No en breve, eso es evidente, es muy joven para casarse, pero estaría dispuesto a firmar un contrato sellando nuestro acuerdo. Solo pondría con una condición: que ella me acepte como marido.

Me descolocó su sonrisa arrogante y la manera que tuvo de mirarme. Era como si me hubiera vencido en ese mismo instante.

—¿Cree que dejaría a mi *estimada* sobrina vivir con un crápula? Sería infeliz toda su vida. —Hizo una pausa para que sus palabras flotaran entre aquellas cuatro paredes, pero en realidad, el vacío que hubo tras ellas me recordó al silencio que sucede tras la caída vertiginosa de la cuchilla de una guillotina. Ella debió ver algo en mi cara porque sonrió ufana—. Además, me temo que también tengo planes para Arabella y son mucho mejores que la dudosa moralidad de su compañía.

No me gusta que los demás juzguen como vivo mi vida y de buena gana la habría echado de mi casa, pero la desesperación que sentía habló por mí y me hizo jugar mi última baza. Mi posición social, mi apellido, mis tierras.

—¿Mi título y mi dinero no son suficientes? Le aseguro que mis ingresos no son nada despreciables.

Creo que en ese momento reprimió una carcajada.

—Milord. No es que sean insuficientes, es que no son necesarios. Mi difunto Arnold me dejó un negocio boyante y un capataz muy competente. No podemos competir con sus lujos, es evidente, pero no nos falta de nada. Arabella es sobrina de un lord y no le necesita, al contrario, usted solo es un molesto ejemplo para ella. Además, aún no es púber, así que no puede haber por medio un embarazo que fuerce su unión... —En ese momento sí se carcajeó—. Pero no imagina cómo complace mi vanidad verle tan apurado intentando con su título limpiar el honor de la niña. —Dio un paso adelante y se acercó a mí de una manera bastante inapropiada para una dama. Me miró desafiante—. No será suya, barón.

Solo tenía que levantar el brazo, me bastarían dos dedos para aplastarle la tráquea. Durante un instante me distraje pensando si al morir se le borraría esa estúpida sonrisa del rostro o si al contrario sería enterrada con ella.

—Mi hermano mayor es un parlamentario influyente —continuó—, con contactos entre las altas esferas, y no quiero ni imaginar qué ocurriría si llegase a sus oídos que usted mantiene relaciones incestuosas con su propia hermana. ¿Ha imaginado en qué posición la dejaría a ella? Sería repudiada por la buena sociedad. Pero, tranquilo, no debe preocuparse, si abandona y se marcha a un largo viaje, por ejemplo, y nos deja en paz, no se enterará por mí.

Menuda arpía. ¿Cómo podía hablar de honor, cuando era evidente que no sabía ni lo que era?

Con cierta majestad, la vi recoger con una mano sus negras faldas y dirigirse hasta la puerta sin que, esta vez, yo intentara detenerla.

Ella lo desconocía, pero acabada de noquearme con sus palabras. La realidad era que no podía saber que me importaba bien poco que se murmurase a mis espaldas, yo ya eludía mis relaciones sociales cuanto me era posible, lo necesitaba para sobrevivir, pero tenía razón en algo: meter a Arabella en mi vida no era una buena opción. Nadie mejor que yo lo sabía. Mi existencia, mi esencia, mi raza... No eran adecuados para un ser tan puro como ella.

Londres, 1 de septiembre de 1888.

Carruaje de lord Brahn Rheged.

Que Melquisedec abriera la puerta del carruaje sacó al barón de sus pensamientos. Arabella había disfrutado de su ensimismamiento —había podido observarle gracias a que una de las cortinillas se había quedado entreabierta y la luz nebulosa de la farola de gas próxima se colaba con timidez por la abertura— pudo contemplarle a placer sin que él lo advirtiese y, aunque necesitaba muchas respuestas, no quiso interrumpirle; se le veía muy lejos de allí.

—Subiré al pescante con el cochero —dijo Melquisedec al verlos sentados uno frente a otro y sentir que, de alguna manera, no cabía nadie más allí. Estaba dejando su bolsa sobre el piso del vehículo, cuando Rheged reaccionó.

—No, espera.

Con un movimiento rápido, afianzó sus manos en la cintura de Arabella y, sin ningún esfuerzo, la levantó para hacer que se sentara a su lado. Fue todo tan rápido que ella solo tuvo tiempo de sonrojarse.

Melquisedec se sentó donde antes había estado Arabella y en el rincón que le situaba frente a ella. El carruaje se hizo pequeño. Los dos eran altos y parecían invadir el interior con sus largas piernas.

Rheged cerró la puerta, ajustó la cortinilla y el interior del vehículo quedó a oscuras.

Sus voces sonaron salidas de la nada.

—Señor...

—Mira, Mel, vamos a dejar esto bien claro, nos conocemos desde hace tiempo y nos hemos tratado siempre como iguales y sabes, porque lo hemos hablado muchas veces, que no entiendo por qué cada vez que uno de los vuestros no pertenece a una manada, mi raza se apropia de su vida. Yo no soy

tu amo. No quiero serlo. Pero si te quedas conmigo podrás entrar y salir a tu antojo, dispondrás de un sueldo y de lo que es tuyo como quieras. Aunque no podré darte la libertad que mereces porque otro vendría a suplantarme.

Melquisedec no dijo nada inmediatamente porque necesitaba asimilar la palabra «libertad» —era reacio de pronunciarla a la ligera—, Arabella tampoco habló, pero en su caso era porque le costaba seguirles. ¿Manada? ¿Había más y vivían juntos como animales?

—De acuerdo —dijo Melquisedec por fin—, pero te devolveré todos y cada uno de los soberanos que has puesto sobre la mesa.

—No es necesario, Mel. No vivo con grandes lujos, ya lo ves, y puedo permitirme ayudar a un amigo sin pensar en cobrarle un interés.

—Te serviré bien. Seré tus ojos cuando la luz del día te impida ver.

—Cobrarás por ello.

—No hasta que te devuelva lo que has pagado por mí.

—Mel...

—Lo digo en serio, Brahn.

—Arabella debe pensar que parecemos dos animales marcando territorio, no estamos siendo nada educados. —El tono de su voz se suavizó—. Hablaremos de tus honorarios en otra ocasión.

El barón golpeó el techo del carruaje con la empuñadura de su bastón y se pusieron en marcha.

—¿Qué le ocurrirá a María? —preguntó Melquisedec.

—Tendrá que recluirse durante un tiempo, no puede seguir llamando la atención de ese modo: actuando delante de los humanos, coleccionando amantes... El Consejo pensaba darle un poco de margen por ser hermana de quién es, pero lo de hacer de Lady Godiva por las calles de la ciudad fue la gota que colmó el vaso. Salomé sabía que yo estaba en Londres y me hizo llegar la carta e instrucciones; pensó que si se la enviaba a ella directamente, negaría haberlas recibido.

—¿Se enteraron en París de aquello? Si ni siquiera se publicó en la prensa de aquí.

—No salió porque tú te encargaste de tapanlo.

—Eso es cierto.

—Mel, el Consejo tiene ojos en todas partes. No se enteraron de los motivos, pero sí de lo que pasó.

El híbrido comenzó a explicar el suceso.

—Uno de sus amantes le comentó que su belleza era comparable a la de la dama del mito medieval y ella se empeñó en ir a Kent para ver la estatua de John Thomas a la que se refería aquel buen señor. Nada más regresar quiso que él se retractase de sus palabras y que reconociera que su belleza no solo *era comparable*, sino que estaba muy por encima de la de la estatua, y cabalgó desnuda hasta la misma puerta de su casa. Gracias a Dios era tarde y las calles estaban vacías, pero fue un milagro que no la detuviese la policía.

Rheged no parecía demasiado sorprendido, pero Arabella se escandalizó.

—¿Y qué me dices de lo del vástago? Eso ya es demasiado, hay que pararla.

—Desde que Markus la abandonó y su hermano no hiciera nada para detenerlo, ella ha estado pensando en hacerse su propio séquito. Pedirle a Jean que volviera a transformarse a un humano para ella no era una opción, no le aseguraba la obediencia ciega que necesita.

A pesar de la oscuridad en la que estaban envueltos mientras hablaban, los dos hombres, debido a su naturaleza, podían distinguir no solo las siluetas de quienes ocupaban el vehículo, sino también sus expresiones. Y Mel se fijó en Arabella que con la cabeza gacha intentaba mantenerse al margen de tan privada conversación.

—Brahn, volvemos a ser unos acompañantes bastante incómodos, estamos excluyendo a la señorita Blunt.

—Tienes razón, pero la realidad es que no tengo secretos para ella, puede escuchar todo lo que concierne a mi y a mi raza.

Quiso ponerle la mano sobre la rodilla para reforzar aquella afirmación, pero en el último momento se detuvo. Incomodarla era lo último que deseaba.

Desde las sombras pensó que quizá sí podrían hacer algo por ella.

—Cambiando de tema. Mel, esta noche quiero que hagas algo para mí.

—Lo que tú digas.

—Es arriesgado.

—No me importa.

—Está bien. Necesito que vayas al depósito de cadáveres y que busques marcas de mordisco o algún otro indicio del ataque de un vampiro en el cuerpo de Mary Ann Nichols. La degollaron en la madrugada de ayer a dos manzanas de mi casa.

—Perfecto. Esperaré a que cierren y veré por dónde puedo colarme.

—¿No preguntas por qué?

—Tengo por costumbre no hacerlo. Solo obedezco.

—No me gusta andar con secretos, pero esto es algo privado.

—No tienes que darme explicaciones, Brahn.

—Gracias. No depende solo de mí, hay otra persona implicada y no quiero actuar a sus espaldas.

Arabella aprobó en silencio la decisión del barón de no contarle nada sobre los recortes y el diario de James a Melquisedec. Él era una de las últimas personas que le había visto con vida y, aunque parecía contar con toda la confianza de lord Rheged, no quería arriesgarse a meter la pata. ¿Y si, a pesar de que lo había negado, estaba implicado en su desaparición?

Los títulos y el dinero no lo son todo

No supe ver lo que significaba Arabella para mí, hasta que me di cuenta de que la había perdido para siempre.

Cumbria, 17 de febrero de 1879.

Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.

Cuando Adelaida Carr se marchó de mi casa, me sumí en la desesperación. ¿Cómo se me había ocurrido pedirle de ese modo la mano de su sobrina? Con ello probablemente habría puesto a la viuda contra mí para siempre. Arabella era muy joven y yo me había comportado como un degenerado que quiere tener a toda costa el objeto de su deseo.

«Pero, ¿qué estoy diciendo? Yo no soy ningún perverso».

¿Por qué, entonces, había sido rechazado? Le había ofrecido limpiar su honor, hacer de todo aquello una situación respetable.

«Ya tengo planes para ella».

Se me habían adelantado. No había otra explicación. Y Arabella no debía de saber ni una sola palabra porque, si no, estoy seguro de que algo se le habría escapado.

De repente la imaginé casada con un viejo y con cuatro niños alrededor. Cansada, envejecida... Con la existencia gris que ella no merecía tener. A mi lado quizá no encontraría el amor, pero yo le habría dado la libertad y la tranquilidad necesarias para que pudiera llevar su vida como gustase.

Un momento, ¿por qué no habría podido encontrar el amor a mi lado? Muchos matrimonios concertados acaban queriéndose con el tiempo. ¿Acaso yo no le he dado más cariño en estos meses que sus más allegados en toda su corta vida? Desde luego, no puedo darle una familia normal, pero sí conseguir que se sienta querida.

Me rebelé contra aquello.

Podría hacerlo por la fuerza. Solo tenía que presentarme en aquella casa y engatusar con mis poderes a su inflexible tía, pero esta, con toda seguridad, seguía instrucciones de su hermano el coronel, y pronto tendría que vérmelas con él y con el resto de su familia. ¿Estaba dispuesto a arriesgar tanto por mantener la felicidad de una niña?

Sí. No acertaba a imaginar por qué, pero sí. Que Arabella viviera una vida plácida parecía haberse convertido en el motor de la mía.

Sin embargo, una vocecita en mi mente me gritaba que estaba construyendo castillos de niebla. Los obstáculos familiares podrían salvarse, pero la terrible realidad —y la idea que en verdad me angustiaba— era que, para que Arabella pudiera ser feliz conmigo, tendría que abrazar mi oscuridad.

Arabella era un ser puro y limpio y embarrar su existencia con mis colmillos y la sangre que necesito para subsistir, me parecía algo deleznable.

Me armé de valor e hice lo que tenía que hacer: exiliarme. Despedí a Lucille, recogí mis cosas y cerré la casa.

Londres, 1 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Suke estaba en la puerta con los guantes, el bastón y el sombrero de lord Rheged esperando a que él saliera del comedor. Después de haber estado descansando en su cuarto casi todo el día por orden del barón, la joven criada había insistido en preparar la cena y continuar con sus trabajos. Era su forma de hacerles ver que estaba bien, que lo ocurrido aquella mañana era agua pasada, aunque lo cierto fuera que la noticia de aquella muerte la había influido de verdad, lo confirmaban sus ojeras y su mirada ausente.

A Suke, la muerte de Polly la había afectado de doble manera: una, porque el hecho de que fuera conocida la tocaba de cerca. Dos, porque desde que se había enterado, no había dejado de pensar que, de no haber dejado la calle, podría haber sido ella la que hubiera acabado tirada en aquella acera y, aunque hubo momentos en los que lo deseó con fuerza para terminar de una vez con todo, la vida era demasiado valiosa para perderla de esa manera.

Volvería a ser la de antes; el tiempo todo lo cura.

Arabella, que en aquel instante bajaba la escalera, se detuvo en seco cuando escuchó la voz del barón. Antes de salir de su cuarto, ver el reflejo de su imagen en el espejo le había dado alas, se sintió eufórica y creyó que podría ir por su cuenta, pero... la verdad era que no quería salir sola; las calles eran peligrosas y, por la noche, terreno desconocido para ella. ¿Debía de insistir en acompañarle? Él había dicho que no y había zanjado el tema.

Se pegó a la pared en un intento de fundirse entre las sombras. No podía quedarse en casa como un mueble mientras su hermano continuaba en paradero desconocido, pero sentía miedo. Buscar a James entre las prostitutas que se arremolinaban en la puerta de St. Botolph's no era lo mismo que pasear por Hyde Park.

«¡Vamos, Arabella!», se dijo para animarse. «Salvo el asunto de la baronesa, que jamás podrías haber previsto, ya llevas dos meses en Londres y todavía estas vivita y coleando. Puedes hacerlo».

Cerró los ojos e intentó infundirse coraje. No era solo que pudiera; la realidad era que tenía que hacerlo. La búsqueda de su hermano se había convertido en algo importante para ella. Le necesitaba. Era el único que podía sacarla de Langdale House.

Sería prudente. También trataría de ser lista y evitar, en la medida de lo posible, cualquier peligro; ahora ya sabía que había monstruos que habitaban la oscuridad y eso, aunque de forma mísera, le daba cierta ventaja.

Cuando lord Rheged llegó al vestíbulo, lo primero que hizo fue mirar hacia las sombras. Arabella ni pestañeó para evitar ser descubierta, pero la sonrisa en sus labios le reveló que él había localizado su escondite sin ningún problema.

Bajó el resto de peldaños, era absurdo permanecer allí; si no se movía pronto, el barón iría a buscarla.

Suke abrió mucho los ojos cuando su silueta comenzó a distinguirse, murmuró un adiós y desapareció con sigilo por la puerta de la cocina. Se habría quedado solo por verla mejor —lo que Arabella llevaba puesto era demasiado atrevido para una dama—, no quería que la discusión que se avecinaba la pillase en mitad del vestíbulo. Desaparecer era lo más sensato. Escuchar detrás de la puerta, lo único que podía hacer.

—¿Dónde crees que vas así vestida? —La voz no tenía nada del calor de su mirada.

—Con o sin usted, saldré esta noche.

Él se acercó y comenzó a rodearla examinando su atuendo sin ningún pudor. Tardó tanto en dar la vuelta completa que ella se puso aún un poco más nerviosa.

—Como ya se habrá dado cuenta —prosiguió Arabella—, la ropa es de Bernie. La he pedido prestada.

El nieto de Charles era delgado, y aunque los pantalones le venían algo sueltos en la cintura —cosa que Arabella había solucionado ajustándola con un cordón—, en las caderas se le ceñían como un guante y descubrían unas nalgas perfectas, pequeñas pero firmes, con forma de corazón invertido. Sus hombros, sin embargo, no conseguían llenar la camisa, como tampoco lo harían con la chaqueta que llevaba en la mano.

—¿Te has vendado el pecho? —Ella se llevó la mano al cuello en un intento de taparse con el brazo. Agachó la cabeza y asintió. El barón estaba cada vez más cerca y tuvo que reprimir dar un paso hacia atrás. Su presencia empezó a resultarle asfixiante, ocupaba el vestíbulo como una gran sombra—. ¿Y crees que eso es suficiente para que nadie se de cuenta de que eres una mujer?

Arabella dejó la chaqueta sobre una de las sillas que había en la entrada y se colocó el sombrero para mostrarle el disfraz completo. Con cuidado metió el cabello en su interior.

—Mucho mejor —exclamó él con sorna—. Ahora sí que pasarás desapercibida.

—Voy a acompañarle —afirmó Arabella, aunque su voz no se escuchó tan firme como le habría gustado que sonara.

—¿Estás loca? ¿Acaso no recuerdas que hace dos noches asesinaron a una mujer cerca de aquí?

—Me necesita para reconocerle.

—No, querida, he quedado con Mel. Le buscaremos juntos cuando termine su visita a la morgue.

Ella levantó la vista y clavó sus ojos en él. En su mirada había una súplica que al barón le costó ignorar. Eran los mismos ojos que siempre le habían sacado cualquier capricho cuando pasaban los días en Brimstone Hall.

Él no apartó la mirada.

No quería ceder, pero tampoco ser duro con ella.

—Arabella, es peligroso.

—Iré con usted.

Aquella muchacha que tenía delante era Huesos, no la Arabella que Londres le había devuelto, y él quería protegerla de todo lo malo que representaba la oscuridad de la ciudad. Aquel Londres depravado, mísero y hostil al que se dirigía. También entendía que ella quisiera estar presente. James era probablemente el único miembro de su familia londinense con el que había mantenido contacto, aunque fuera a través de cartas cordiales y poco personales.

Le aguantó la mirada, pero se sintió vencido. Además, la quería a su lado, para qué negarlo, todo el tiempo que fuera posible.

Cedió.

—No dirás ni media palabra a menos que estemos solos. —Esperó a que asintiera—. Te colocarás siempre detrás de mí. —Ella empezó a sonreír y

afirmó con más brío—. Y si yo digo: corre, correrás; salta, saltarás... ¿De acuerdo?

Arabella le rodeó con sus brazos; el barón no se lo esperaba y se quedó muy quieto.

Con los ojos cerrados deseó que acabase. Aunque era un pequeño triunfo — significaba que ella volvía a confiar en él—, lo sintió como algo que no estaba bien. Deseaba a Arabella en su vida, pero no podía abrirle la puerta de par en par, no de esa forma. Solo podía ser su amigo, aquello a lo que él llamaba vida no era para Huesos.

Ella se quedó un tanto cortada al no ser correspondida y se separó despacio.

—Gracias.

—Ya me estoy arrepintiendo —dijo él con humor para hacer disminuir su desconcierto.

—Le juro que le obedeceré en todo.

—Así me gusta.

Con ayuda del bastón, lord Rheged le colocó uno de los tirantes en su sitio mientras que ella aún se sentía exultante por haberse salido con la suya. Pero cuando él se inclinó y puso su cara a poca distancia de su nariz, sus nervios empezaron a dispararse.

—¿Qué sientes al llevar esa ropa?

Hasta el barón se sorprendió de sus palabras. No hacía ni un minuto que se había prometido que se comportaría, pero estaba visto que su determinación flaqueaba cada vez que la miraba. Tenerla allí de pie frente a él con aquella camisa masculina a rayas, grande y un tanto arrugada, y unos pantalones que no dejaban mucho a la imaginación era demasiado excitante para dejarlo pasar. La tentación de coquetear se apoderó de él.

Arabella llenó sus pulmones de aire. Volvía a tenerle demasiado cerca.

—Es... cómoda.

—Pero, ¿cómo te sientes?

Sus ojos parecían traspasarla.

—Libre... y, a la vez, vulnerable.

—Interesante.

No se movió ni un ápice.

A Arabella esa proximidad empezó a cortarle el aire, pero antes de darse cuenta de que lo que iba a decir era del todo inapropiado, añadió:

—Desnuda.

El rostro del barón cambió de forma casi imperceptible: el brillo de sus ojos se hizo más intenso; las comisuras de sus labios se elevaron despacio y la diversión de su mirada le hizo parecer un poco más juguetón.

Algo que en ese momento ella no supo cómo describir hizo que empezara a retorcer las manos, presa de nervios. Ese sentimiento que Arabella desconocía en un hombre, porque jamás lo había visto, era el hambre, el deseo. Con un sutil control de sus gestos, Lord Rheged le acababa de mostrar lo que debía sentir un ratón perseguido por un gato callejero curtido en mil batallas.

—Me gusta que recuerdes nuestro pacto de hablar sin secretos.

Esa voz ronca le hizo estremecer y, de algún modo, quiso ser como una de esas damas agudas e ingeniosas que siempre devolvían la pelota al campo contrario dejando al contrincante abrumado con sus palabras, solo que no tenía muy claro si era buena idea. La velocidad de respuesta de lord Rheged y su propia ingenuidad, siempre actuaban en su contra.

Aun así, respondió:

—Y usted, señor, ¿cómo se siente?

Cuando él le contestó con todo el descaro del que era capaz, supo que habría sido mejor morderse la lengua.

—¿Yo? Excitado, Arabella. Muy excitado.

—Y bien, ¿qué te parece Londres, Huesos? —preguntó el barón en cuanto pusieron los pies en la calle. No esperó respuesta. Se embozó en su capa y comenzó a caminar perdiéndose entre las sombras.

Arabella casi tuvo que echar a correr tras él. Cuando le alcanzó empezó a mirar alrededor y un escalofrío recorrió su espalda al darse cuenta de la falta de vida en aquel lugar. Aquel callejón era oscuro y sucio como todos, pero la hora no era tan intempestiva como para que estuviera tan inquietantemente vacío y silencioso.

El chillido fuerte y agudo de una rata le hizo dar un brinco y acercarse más a él.

—Esta parte de la calle parece deshabitada.

—Y así es. Todo el callejón es de mi propiedad y las casas están vacías, así me aseguro cierta intimidad.

Ella comprendió, era lógico que no quisiera tener vecinos, así no se arriesgaba a que alguien pudiera empezar a hacer preguntas. Todo lo contrario

que María de Confranc.

Pisó algo un poco más blando de lo normal e hizo una mueca de asco. Alzó el mentón y evitó mirar al suelo, a veces era mejor no ver qué había bajo sus pies.

Alcanzaron el primer cruce de calles y una ligera neblina les envolvió.

—No me has contestado, ¿qué te parece Londres? Antes de ir a casa de tu tía Adelaida vivías aquí, ¿lo ves muy cambiado?

Ella tuvo la tentación de aferrarse a las hipnóticas ondas de su capa; la neblina se estaba convirtiendo en niebla y la necesidad de sujetarse a algo real empezó a convertirse una prioridad. Si le perdía de vista acabaría flotando sin rumbo entre la bruma.

Se acercó un poco más.

—Solo salía a la calle si iba acompañada de mis padres y, desde luego, nunca me trajeron a este barrio.

—Acogedor, ¿verdad?

Los puntos de luz de las farolas, demasiado espaciadas como para iluminar algo, eran como balizas que indicaban el camino a seguir. El resto estaba todo desdibujado. No, no era nada acogedor. Si hubiera tenido que definirlo con una palabra, la última que se le habría ocurrido sería precisamente esa.

—Londres es una ciudad sucia, mísera, abrumadora, inquietante... —empezó a decir Arabella. La risa sensual de una mujer a lo lejos interrumpió su búsqueda de adjetivos y trajo otro a su cabeza—. Sicalip...

Se le acabó trabando la lengua.

—Sicalíptica —le ayudó él—. Huesos, me sorprendes gratamente, veo que continuaste husmeando en mi biblioteca.

Ella lo miró de reojo. No iba a admitirlo delante de él, pero aquella sala abarrotada de libros llenó de consuelo lo que habrían sido largas y tediosas tardes con un bordado absurdo entre las manos. Había preferido la soledad de Brimstone Hall y de sus queridas montañas mil veces, a la mirada severa de tía Adelaida.

Las montañas... Qué diferente era su quietud a la perdición de aquella ciudad.

—Pervertida, maliciosa... —siguió. Después hizo una pausa, en realidad no todo era tan malo—: excitante, anónima, liberadora...

Se detuvo al sentir que él la miraba con atención. Y tuvo que tragar saliva cuando vio toda la bravura del mar contenida en aquellos ojos. Al igual que

Londres, el barón también era muchas cosas, todas ellas muy dispares.

Arabella se distrajo y él se adelantó. Como consecuencia, ella tuvo que volver a apurar sus pasos para alcanzarle. Era eso o perderle entre la niebla y no tenía ningún deseo de quedarse sola en aquel lugar. Aunque, después de un buen rato de caminar casi al trote, concluyó que sus zancadas eran demasiado largas y que resultaba agotador seguirle el ritmo. Pronto se vio obligada a acortar la longitud de sus pasos para recuperar el resuello, y eso terminó por dejarla un tanto atrás. Aprovechó esos instantes para observarle a placer, aunque entre la niebla solo percibiese algunos retazos que apenas esbozaban una imagen completa.

La capa añadía volumen a sus ya anchos hombros; su altura también se veía incrementada por aquella chistera y la forma pausada de caminar, como si fuera Su Majestad en pleno desfile, le hacía parecer flotar sobre el suelo. Era imponente. Y, lo que era peor, volvía a ejercer en ella la misma fascinación que cuando era niña.

Mientras caminaba tras él, su mente retrocedió al momento en el que, en el vestíbulo, le había abrazado sin pensar. Siempre se había sentido genial cuando había ocurrido en el pasado, pero en ese instante, además de que él no le había correspondido —y eso sin saber por qué, le había molestado—, las sensaciones habían sido muy distintas. No es que hubiera sido algo desagradable, al contrario, no era ese el sentimiento que no alcanzaba a describir. Al meter los brazos por debajo de la capa, había podido ceñirlos a su cintura y había sentido bajo sus manos la musculosa espalda. Fue la reacción de su propio cuerpo lo que la dejó descolocada, un sentimiento extraño y a la vez reconfortante, le había erizado la piel por todas partes.

Pero esta vez él no había correspondido. El cariño que le tenía cuando ella era *su Huesos* ya no estaba.

Continuó observándole y cayó en la cuenta de que no hacía ruido al andar. En aquel silencio de la calle solo se escuchaba el taconeo de sus botines. Intentó caminar apoyando solo las puntas de sus pies, pero no consiguió rebajar el ruido tanto como él.

¿Cómo podía un hombre tan grande ser tan sigiloso?

Se despistó y continuó recto mientras él doblaba por una esquina y pronto se vio sola. Deshizo el camino y corrió para llegar a su lado. Le escuchó reír.

—No te distraigas, Huesos.

—¿Habría sido capaz de dejarme sola?

El barón frenó y giró de improviso, lo que provocó que Arabella chocase bruscamente contra él. Con un pequeño y sutil paso atrás, él se separó y entrecerró los ojos al ver que ella se frotaba la nariz y lo miraba irritada.

—Habría ido a buscarte.

Con la forma y el tono en el que él dijo esa única frase, el corazón de Arabella volvió a llenarse de calor y color en aquella noche fría y gris.

«Habría ido a buscarte». Le habría abrazado de nuevo solo por decir eso.

¿Qué extraño influjo tenía sobre ella? ¿Aquello era parte de sus poderes?

—Despierta, Huesos. Vamos a entrar en una zona conflictiva. No te separes de mí.

Ella asintió y, sin darse cuenta, le tomó del brazo. Él rio más fuerte antes de soltarse.

—Repítelo conmigo: no soy una chica, no soy una chica, no soy...

—No es necesario que lo diga más veces, lo he entendido.

Él le acarició el hueso de la mandíbula con uno de sus dedos enguantados y ella sintió que algo en su interior se deshacía.

—Los hombres no van cogidos del brazo, Huesos. Eres... mi ayudante. Mi joven ayudante. Intenta metértelo en la cabeza.

Que Arabella gruñera como un cachorro hizo que Rheged retrocediera en el tiempo, a aquellos años en los que Huesos, su Huesos, lo conseguía todo de él sin pretenderlo, solo con la frescura de su juventud. Y, gracias a eso, el enfado que sentía por haberse visto obligado, de algún modo, a llevarla consigo, se diluyó un poco. El mismo sentimiento que le había motivado cuando ella tenía doce años, —aquellas ganas de poner el mundo en sus manos—, regresó sin querer y, de pronto, se vio decidido a permitir que ella pudiera vivir sus propias aventuras, aunque, eso sí, muy descafeinadas. Aquel Londres, el oscuro y siniestro de las calles más peligrosas, no era el apropiado para una dama. No era apropiado para casi nadie.

Una idea le vino a la cabeza.

La llevaría a ver un poco de mundo, el menos malo, y volvería él solo para encontrarse con Mel.

Un buen plan.

—¿Cansada? ¿Quieres que volvamos a casa?

Después de dos horas deambulando por las calles más oscuras, Arabella,

más que cansada lo que estaba era aburrida. El barón había pasado de largo por delante de las agitadas puertas de las tabernas y de los escondidos fumaderos de opio y, salvo algún borracho y unas cuantas prostitutas que se les habían acercado para ofrecer su mercancía, no había visto nada.

—¿Podríamos ir más despacio?

—Ya caminamos más despacio. ¿No te has dado cuenta de que ya no vas corriendo a mi lado?

—No me refiero a eso, sino a detenernos y entrar en alguno de esos lugares por los que hemos pasado. ¿Y si James estaba bebiendo cerveza en la barra de alguno de esos antros?

—Hay mucha zona que cubrir.

—Pero de este modo no veremos nada.

Arabella tardó unos segundos en atar cabos; cuando lo hizo se detuvo y taconeó con fuerza.

—¿Barón? ¿Está usted intentando agotarme? —Que él tardase más de dos segundos en responder fue muy revelador—. Debí de haberme dado cuenta antes. Lo está haciendo a propósito.

—Huesos...

—Ni Huesos ni nada.

Arabella dio media vuelta, iba a entrar en aquel garito por el que acababan de pasar como que era una Blunt de pura cepa.

—¡Alto!

La voz no pudo detenerla, pero la fuerte mano enguantada que la sujetó por el hombro la hizo frenar en seco.

—Voy a entrar ahí.

—Arabella —susurró—, eso es un burdel.

—¿Y? ¿A qué hemos venido entonces? Para pasear prefiero Regent's Park en una mañana soleada.

—Huesos, te descubrirán nada más poner los pies en la puerta. ¿Quieres que me lie a puñetazos para sacarte de allí o prefieres que les enseñe los colmillos?

—Me ha engañado.

Que ella volviera a tirar de la tela de los pantalones como para despegarla de su piel lo distrajo una vez más.

—¿Por qué llevas toda la noche haciendo eso?

—¿El qué?

—Eso. —Ella repetía la acción, aunque esta vez lo hacía por la parte de atrás.

—No he podido ponerme nada debajo y la tela es muy basta. Me roza. Acabará por salirme un sarpullido.

La cara del barón se desencajó.

—¿No llevas nada debajo?

Las mejillas de Arabella se pusieron a punto de ignición. Hasta que él no repitió sus palabras no fue consciente de lo que implicaban.

—No he podido ponerme nada —tartamudeó—, los pantaloncillos que suelo llevar van muy sueltos y al subir los de Bernie se arrugaba la tela y se veía todo lleno de bultos.

—No puedo creer que estemos hablando de esto.

—¿Usted que lleva? —preguntó Arabella con toda la inocencia de la que fue capaz para parecer despreocupada, aunque la realidad era que se moría de vergüenza.

No obtuvo respuesta verbal. Solo unas grandes manos enguantadas que se afianzaron a sus nalgas por debajo de la chaqueta y que se adaptaron a la perfección a su contorno como si estuvieran hechas para ello. El calor que emanaban era tal que tuvo que jadear.

Y entonces, ocurrió lo que el barón llevaba demasiado tiempo deseando.

La pegó contra la pared que tenía a la espalda sin dejar de mantener contacto visual y la levantó a peso para llegar con la boca a sus labios. Ella, de manera instintiva, rodeó sus caderas con los muslos para no caer. No lo hizo para provocarle aún más, pero sintió que era un error cuando vio como él entornaba los ojos.

Rheged tardó apenas un segundo en volver la vista a sus labios. Esa boca perfecta y llena, cálida y sensual, que llevaba horas pidiendo a gritos sus atenciones. Se acercó hasta que sus alientos se mezclaron. Primero los acarició, un roce ligero de derecha a izquierda que hizo que Arabella tuviera que boquear para conseguir que entrase más aire a sus pulmones. Después, se entretuvo deshaciendo el camino, pero en lugar de con suaves caricias, lo hizo depositando besos diminutos, muy apretados uno junto a otro, con una dulzura infinita.

Tras terminar esa segunda pasada, al percibir que ella se había quedado quieta como un animalillo asustado y se concentraba en respirar, el barón se separó lo justo para que tomase aire de nuevo y rechazara, o no, nuevas

caricias. Pero, cuando Arabella estiró el cuello para recuperar la distancia, aquella boca canalla se tomó la licencia de atrapar su labio superior y tirar de él con suavidad, echarse atrás y soltarlo despacio. Un prolongado jadeo, síntoma inequívoco de que se ofrecía gustosa, hizo que él deseara mucho más, pero, cuando por fin se atrevió a rozar su piel tímidamente con la lengua para probar un segundo nivel que prometía nuevas y excitantes sensaciones, sonó un silbato.

¿De dónde había salido aquel policía?

El hombre les había estado observando desde la distancia, mientras se camuflaba entre el tropel de varones que esperaban en la puerta de aquel burdel.

—¡Eh! ¡Vosotros dos!

Rheged la dejó con brusquedad en el suelo, tiró de su brazo con fuerza y, con ella casi a rastras, se internó en la oscuridad y la mugre del callejón que tenían a sus espaldas. Arabella le siguió como pudo, entre tropezones y ruegos para que la soltase y la dejara caminar en condiciones. Tras ellos, el policía y varios parroquianos dispuestos a disfrutar propinando una buena paliza a aquella pareja de homosexuales les perseguían dando voces.

En aquella loca carrera, giraron de forma abrupta hacia otro callejón aún más oscuro y, debido a la inercia, Arabella se soltó de la mano del barón. Trastabilló, dio varios pasos desordenados y chocó de bruces contra una prostituta y un cliente que, de pie, contra la pared, estaban practicando el coito entre las sombras.

—¡Qué demonios! —blasfemó la prostituta más sorprendida que asustada.

Unas manos se ciñeron con fuerza a los hombros de Arabella y la sacaron de aquella situación antes de que ni una sola palabra saliera de los labios de aquel hombre. A nadie le gusta que le interrumpan de ese modo y menos en aquellas circunstancias. Rheged la miró un segundo para ver si estaba bien y se la echó sobre el hombro como si fuera un saco para continuar la carrera.

—Mi sombrero...

—Te compraré diez.

Cuando llegaron al final, se encontraron con un muro de ladrillos negros como el hollín que cerraba la salida. Rodeados por la bruma, sintieron más que escucharon las voces de sus perseguidores cada vez más cerca y Arabella temió lo peor, pero el barón tenía un as bajo la manga; los poderes de su oscuridad.

Con ella todavía en aquella posición, trepó de forma temeraria. Una mano en un saliente, un pie en un voladizo... A Arabella no le dio tiempo ni a gritar, tan solo a aferrarse de la capa del barón con todas sus fuerzas. Fue increíble. En apenas unos segundos, lord Rheged corría por los tejados con paso firme.

Atrás quedaron las voces.

—¡Es un demonio!

—¡Ha salido volando! ¡Mirad, está en el tejado!

Envueltos en retazos de niebla, saltaron de edificio en edificio hasta que dejaron atrás los gritos y el silencio les envolvió de nuevo.

Cuando por fin frenó aquella loca carrera, la dejó en el suelo y se sentó. Él no aparentaba haber hecho ningún esfuerzo, ella tenía el corazón retumbando en el pecho como si fuera un caballo que acabase de competir en las carreras de una milla y un *furlong* —equivalente a 0,125 millas— en el hipódromo del Ally Park. Aquella sensación de faltarle el aire, no era solo porque la adrenalina de la persecución la había alterado. Todavía podía sentir el calor de aquellas manos, su fuerza contenida, la suavidad de la piel de sus labios, sus caricias, sus besos y el atrevimiento de su lengua.

Medio mareada por todas aquellas sensaciones decidió sentarse. Estaban en lo alto de un edificio y tuvo miedo de resbalar y rodar por el tejado. Tragó saliva. No sabía qué hacer ni qué decir y esperó a que fuera él quien rompiera el hielo. Mientras tanto aprovecharía para recuperar no solo el resuello, también un poco de dignidad.

—¿Interrumpo algo?

Aquella voz masculina salida de la nada hizo que el corazón de Arabella subiera de nuevo de revoluciones. Si salía viva de allí, estaba segura de que recordaría esa noche durante el resto de su vida.

—Brahm, cuando me dijiste que te buscara por la zona cercana a los muelles en Limehouse no pensé que haríais vuestra ronda por los tejados.

Melquisedec.

—Desde aquí todo se ve con otra perspectiva.

—¿Incluso con la niebla y todo lo que sale por esas chimeneas? —preguntó mientras se sentaba al lado de Arabella sin dejar de examinar su atuendo—. Jamás pensé que la traerías.

—Fue por iniciativa propia. Yo no quería que saliera de casa.

Arabella los miraba uno a otro mientras que con la vieja chaqueta de tweed intentaba tapar lo más posible sus piernas.

—Y bien, Mel, ¿qué has averiguado? —preguntó Rheged para cortar sus preguntas y que la conversación siguiera por otros derroteros.

—No es obra de un vampiro. En tu raza hay gente más cruel incluso que el que ha hecho esto, pero desde el punto de vista humano, ese asesinato es obra de un demente.

—¿Ninguna marca de colmillos disimulada por el degüello?

—Ninguna.

Rheged miró con disimulo a Arabella. Ella estaba seria, tenía la cabeza gacha y sin ser consciente de lo que estaba haciendo se tocaba los labios con las yemas de los dedos. Lo hacía como si quisiera confirmar que seguían allí, pegados a su boca.

—Está bien, volvamos a casa, creo que por esta noche ya es suficiente, además Arabella ha perdido su sombrero y así ya no es posible deambular por las calles. Huesos —la llamó para obtener su atención, lo que provocó el efecto contrario: además de encogerse y meter las manos en los bolsillos, continuó mirándose los zapatos. Eso a él no le gustó—, mañana, si te parece, pasaremos por el apartamento de tu hermano. A Mel se le da muy bien seguir un rastro, solo tiene que tener una muestra y encontrarlo, claro.

Esa última frase hizo que en ella aflorase una sonrisa un tanto escondida que animó al barón. Todavía era un poco pequeña para su gusto, pero indicaba que su comportamiento de minutos antes, aunque incivilizado e imperdonable, no había le causado del todo rechazo.

Debilidades

No paro de repetirme que no puedo volver a caer, pero me temo que ya no tiene arreglo, me he precipitado de nuevo al vacío.

Arabella vuelve a ser la dueña de mis pensamientos.

Cumbria, primavera de 1879.

Wordsworth Farm, residencia actual de lord Brahn Rheged.

Cerré mi casa en un intento de hacerle creer a tía Adelaida que no había desoído sus amenazas, pero no abandoné Cumbria.

No podía.

Me sentía responsable de todo aquello y necesitaba seguir el día a día de Huesos, su recuperación, que se me hizo muy lenta, y su vuelta a la vida normal. De eso, al menos, intentaba convencerme, aunque en mi interior sabía que me había acostumbrado a su compañía y la echaba de menos. ¿Quién iba a decirlo? Yo mortificado por lo que pudiera ocurrirle a una jovencita, a una simple humana.

Qué mentiroso soy. Huesos no es una simple humana, es mi amiga. Mi niña.

Alquilé una granja que hacía mucho que estaba en desuso. Necesitaba estar cerca de ella y desde aquel lugar, más concretamente desde la ventana de mi cuarto, podía ver entre los árboles Langdale House. Los días de lluvia permanecía allí sentado con un libro desatendido entre las manos, observando en silencio si se encendía alguna luz o alguna cara borrosa aparecía en las ventanas. Las noches las pasaba en vela, esperando que sucediera algo.

Tenía a Charles muy enfadado por mi actitud.

Los remordimientos eran fuertes. De alguna manera, me responsabilizaba de su caída y cada día que pasaba me inquietaba más que no volviera a caminar correctamente por mi culpa. No sé bien si estar allí sentado era una penitencia impuesta o una forma de estar más cerca de su luz, pero vivir frente a la

ventana me hacía sentirme de alguna forma a su lado; me ayudaba a sobrevivir.

El día que Arabella salió de casa por primera vez, los brotes de la primavera ya estaban presentes y el sol calentaba como si se hubiera anticipado el verano. No pude estar ahí para verla florecer, pero Bernie sí y, como sabía lo importante que era para mí —cada pocos días lo enviaba a buscar noticias—, la siguió hasta que fue consciente de que iba hacia a Brimstone Hall y vino derecho a contármelo. El pobre tuvo que darse una buena carrera para volver y ejecutar mis instrucciones, pero Arabella, que aún caminaba con bastones, se detuvo muchas veces para recuperar el resuello, y el joven Bernie consiguió llegar a tiempo.

Siguiendo mis indicaciones, le dio las llaves de Brimstone Hall y eludió darle alguna información de mi paradero. Perfecto. Si bien sus recuerdos de la última vez que pisó aquella casa podían no ser muy buenos, Arabella volvía a tener un refugio si quería alejarse de Langdale House durante unas horas y también recuperaba el acceso a mis libros, algo que siempre la había llenado de vida.

No pude evitar, en días sucesivos, regresar y colocar los más adecuados a su alcance; mi tutela continuaba, aun en la oscuridad. Pero esa actitud benefactora fue mutando a otra cosa a lo largo de aquel mes de mayo. Cada día que pasaba envuelto en soledad se incrementaba la necesidad de verla, de escuchar sus risas y de contestar sus nada convencionales preguntas, y tentado estuve en quedarme en la mansión hasta que apareciera. No lo hice, claro. No soy un hombre de romper promesas y me había jurado que la dejaría vivir su vida.

Sin embargo, no me costaba reconocer que la echaba de menos.

Con su ausencia empecé a darme cuenta de que no era únicamente eso; en mi existencia había vivido largas temporadas solo y para mí nunca había sido un problema. Pero en aquellos momentos estaba naciendo en mí un sentimiento nuevo: quería que ella fuera feliz. Bueno, eso no era del todo cierto, había un ligero matiz: quería ser yo quien la hiciera feliz. Ansiaba ser el objeto de sus atenciones y, por supuesto, el confidente de sus secretos, el cómplice de sus locuras y la persona en quien ella pusiera toda su confianza.

Era descorazonador. Nunca podría lograr nada de eso desde mi autoimpuesta lejanía.

Londres, madrugada del 2 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Arabella, vestida aún con aquellas ropas masculinas prestadas, buscaba la calma mientras miraba las estrellas del papel pintado de la pared de su dormitorio, pero no ejercían ningún efecto sedante en ella. Su mente estaba muy lejos de aquella habitación luchando por asimilar todo lo ocurrido desde que se levantara aquella mañana.

Aún continuaba aturdida, aunque, contra todo pronóstico, su conmoción no se debía a que acababa de saltar, protegida entre los brazos de lord Rheged, desde una altura de cuatro pisos y había llegado al suelo sana y salva como si hubiera bajado un único escalón. Tampoco era por haber visto algo que a más de uno le habría helado la sangre: un medio hombre lobo en plena transformación —aunque en realidad había relegado esa visión a lo más profundo de su cerebro, cuando volviera a pensar en ello, su cabeza se llenaría de preguntas—. Lo que realmente mantenía a Arabella en un estado catatónico era la cantidad de sensaciones que un pequeño punto de su anatomía había sido capaz de repartir a lo largo de su cuerpo. Él solo había acariciado su boca con suavidad, ella había sentido verdaderas explosiones en lugares innombrables.

¿Cómo era eso posible?

Hacía como una hora que habían regresado y todavía no había conseguido recuperarse.

Tragó saliva. Tenía la boca seca y sintió la necesidad de beber algo. Quizá podría bajar hasta la cocina y hacerse un té. Delante de una taza humeante, seguro conseguiría relajarse y pensar con claridad.

Se quitó los botines para no hacer ruido y sonrió al ver sus calzas rojas. Tía Adelaida no permitía que su vestimenta no fuera de otro color más que gris,

pero el primer día que Arabella llegó a Londres, tras instalarse en el apartamento de su hermano, sus pies —y la curiosidad— la llevaron a vagabundear por la ciudad, y una vez inmersa en el universo londinense no pudo evitarlo, acabó cediendo, aunque solo fue en una tontería, ante lo que en aquellos momentos era para ella una prueba de su recién estrenada libertad.

Sonrió al recordar aquel primer día.

Aquellas gentes que iban y venían con prisas, el tumulto de los coches de caballos, la neblina continua que te calaba hasta los huesos, el intenso olor a estiércol y a humanidad, la suciedad y la mugre del hollín por todas partes... Todo era nuevo. —Diez años cambian mucho el aspecto de una ciudad y los recuerdos e impresiones de la niña que había vivido allí protegida en su hogar eran de lo más imprecisos—. Aturdida por tantos estímulos se fijó en que un local situado a medio camino entre Oxford y Regent Street acaparaba la entrada y salida de muchas mujeres y, con mucha curiosidad, se dirigió hacia allí.

Arropada por la muchedumbre Arabella encontró el Crystal Palace Bazaar. Una de aquellas tiendas donde una mujer moderna podía satisfacer todos sus caprichos debido a la gran variedad de comerciantes que ofrecían mercaderías bajo su techo. Aquel comercio ya tenía sus años y Arabella conocía sus características por boca de una de las doncellas de la residencia Blunt, pero ella jamás había puesto los pies en él. Y, aunque estaba avisada de su esplendor, tan pronto como traspasó el arco de la entrada tuvo que detenerse para asimilar todo lo que ocurría a su alrededor.

Había tanta gente que apenas podía ver lo que acontecía al nivel del suelo. Por ese motivo, por verse rodeada de espaldas, tocados y sombreros, su primera reacción fue la de mirar hacia arriba, hacia la increíble bóveda de hierro y cristales con formas estrelladas que flotaba sobre su cabeza. Aquellos treinta y seis pies de altura hicieron que se sintiera pequeña.

Bajo ese firmamento estrellado, la galería tenía un segundo nivel, una especie de corredor sustentado por pilares, por el que algunas personas, distanciadas del bullicio de las compras, admiraban lo que Arabella, desde la distancia, creyó que era una exposición de fotografías. Giró la cabeza de derecha a izquierda hasta que localizó la escalera y le pareció que tendría que luchar con una multitud ingente para llegar hasta allí y así poder subir.

Un par de empujones y un «haga usted el favor de no quedarse ahí parada» la despertaron de aquella ensoñación y la llevaron a sumergirse entre la

multitud y contemplar lo expuesto en los mostradores. Los londinenses estarían muy acostumbrados aquellas aglomeraciones, pero ella se sintió un poco mareada. Sin embargo, mientras intentaba avanzar sin tropezar con la gente, advirtió que allí dentro, además del caos de voces, objetos y personas, había algo más que era nuevo para ella. En medio de aquella promiscuidad disparatada de fruslerías, de alguna manera podía sentirse el progreso y la libertad, pero también la extraña y reconfortante sensación de estar en un lugar neutro en el que las clases sociales se difuminaban. ¿Quién diferenciaba a las verdaderas damas de las que no lo eran o a las nobles de las acaudaladas burguesas? Todas ellas, unidas en una gran marea humana, se movían entre los mostradores como si estuvieran en el salón de su casa.

Al sentirse observada, levantó la cabeza y se topó con unos ojos grises que estaban fijos en ella. Pelo aplastado y brillante, rostro redondo, un mostacho exuberante y unas patillas demasiado largas. Un hombre que, rodeado de tanta mujer, parecía totalmente fuera de lugar. Debía de ser un supervisor o un criado acompañante. Arabella se puso nerviosa, acababa de romper una de las normas de tía Adelaida: «Una dama nunca mira directamente a los ojos a un hombre, si lo hace puede ser confundida con una mujerzuela».

Bajó la cabeza y continuó su paseo.

Sombreros, guantes, sombrillas, manguitos de piel... Todo era tentador, pero no podía permitirse comprar nada; tenía que administrar sus escasos ahorros con cabeza. Sin embargo, desde uno de los mostradores, unas calzas rojas le hicieron un guiño y, pese a que sabía que era un capricho, tuvo que llevárselas consigo.

Si las viera su tía... Ella no aprobaría jamás una prenda de un color tan escandaloso, pero Arabella ya no tenía que rendirle cuentas y ese era un gran motivo para llevárselas.

Aquella visita no le sirvió solo para proclamar una recién adquirida independencia. Pisar aquel comercio le hizo también sopesar algunas opciones. En aquel lugar había muchas mujeres jóvenes, como ella, que parecían ganarse un sueldo honradamente. Quizá no tendría que regresar a Langdale House con el rabo entre las piernas.

Agitó los dedos de sus pies. La verdad era que le encantaba mirarlas y, más que nada, aquello que representaban: el primer capricho que se había dado en su vida.

Con ellas puestas bajo todas esas capas grises se sentía distinta.

Salió de su cuarto intentado no romper la paz del silencio. Suke, Bernie y Charles dormían en la buhardilla, pero no era a ellos a quien temía despertar, estaba segura de que no la oirían, era con los dos sobrenaturales con los que no quería encontrarse. Aunque, en esos momentos, quien más le preocupaba era Melquisedec porque dormía justo en la habitación de al lado. Cuando pasó por delante de la puerta y no escuchó movimiento, respiró un poco más tranquila. Debía dormir a pierna suelta.

El barón tenía sus habitaciones en el sótano. Tras interrogar a Suke, Arabella se había enterado de que su dormitorio se comunicaba con el saloncito en el que Arabella había estado, a través de una escalera oculta tras un panel de madera de la pared.

Un sótano. ¿Dormiría también en un ataúd?

Imaginarle tumbado boca arriba con los brazos cruzados sobre el pecho propagó un escalofrío por su espalda, pero cuando un escalón crujió bajo sus pies, ese estremecimiento se transformó en una sacudida y la frente se le perló en sudor. Se detuvo. Tenía que tranquilizarse de algún modo, no estaba haciendo nada malo, solo iba a la cocina a prepararse un té.

Tras unos segundos en silencio en mitad del pasillo, respiró aliviada. Después de lo sucedido en las últimas horas necesitaba una tregua, un poco de paz. Aguzó el oído y no oyó nada. La casa continuaba en silencio. Podría tomarse esa taza con toda tranquilidad.

Cuando salió de la cocina con su te humeante vio un ligero resplandor proveniente del salón; la chimenea debía estar encendida. ¿Estaría allí el barón? Cerró los ojos un instante para decidir qué quería hacer antes de que el sentido común se impusiera del todo y la llevase en volandas escaleras arriba.

¿Quería verle?

Sí. Y no solo eso. Aun a riesgo de parecer una paleta estúpida que no sabía nada de la vida (que no era otra cosa que la verdad), necesitaba entender qué era lo que había sucedido entre ellos. Ese inicio de beso en mitad del mugriento callejón continuaba atormentando sus pensamientos. ¿Podría volver a mirarlo a la cara como si cualquier cosa? Eso era algo que necesitaba saber.

Con la mano libre se separó la tela del pantalón de la piel mientras arrugaba el entrecejo. No volvería a ponérselos jamás sin nada debajo.

Caminó de puntillas hacia aquel tenue resplandor y la decepción barrió su rostro cuando, al asomar la nariz por la puerta entreabierta, frente al fuego de la chimenea encontró únicamente a Melquisedec.

Él se puso el pie al sentir su presencia.

—Señorita, Blunt. Pase, por favor, no se quede ahí.

Arabella lo miró de arriba abajo, allí estaba el medio vampiro, medio licántropo. Alto, atlético y bien parecido a pesar del parche que ocultaba aquel ojo perdido en su vida humana. Con su larga melena rubia suelta sobre los hombros parecía uno de esos hombres del norte de la Gesta de Beowulf, pero su porte estirado le delataba: era inglés hasta la médula.

Lo que había visto en casa de María había sido tan terrorífico como para hacerla salir corriendo en dirección opuesta, pero ahora le tenía delante y no sentía miedo. Había algo diferente en él. Ni siquiera el parche le resultaba inquietante, ya no. Por algún extraño motivo se sentía inclinada a confiar. Verle allí plantado con un brazo a la espalda y la cabeza ligeramente ladeada, como todo un *gentleman*, le hizo sonreír y dar unos pasos en su dirección.

—Por favor, no quiero ser la *señorita* Blunt, llámeme Arabella.

—De acuerdo, pero solo si *tú* me llamas Melquisedec o Mel.

La sonrisa de Arabella se amplió.

—Será un placer, Mel.

Melquisedec no llegó a responder. Una voz conocida saltó a sus espaldas como cuando un engranaje que está atascado por fin se libera y comienza a funcionar.

—No es justo. —Lord Rheged avanzó hacia ellos desde un rincón en las sombras. La habitación estaba tan en penumbra que Arabella al entrar no se había dado cuenta de que él estaba junto a la ventana contemplando, bajo la luz de la luna, las siluetas de los tejados—. Yo le he dicho lo mismo una docena de veces y ni caso, pero llegas tú y a la primera consientes en tener un trato familiar. Ya no soy milord, a Dios gracias, pero no hay forma de que me llame Brahn.

Ella inclinó la cabeza para que él no viera su rubor.

—Señor, no es lo mismo. Usted es barón.

Él se aproximó para replicar, pero, para aumentar el embarazo de Arabella, se le quedó mirando los pies.

—Huesos, nunca dejas de sorprenderme.

Ella murmuró con atropello unas palabras, algo sobre un té y el deseo de no interrumpir la conversación de los hombres y, aunque ellos insistieron en que se quedara, salió volando escaleras arriba.

Huyó como una rata cobarde. Peor. Como una cucaracha cobarde.

Tras unos segundos de silencio, Melquisedec, que observaba cómo su nuevo amo tenía la mirada fija en la puerta por donde había desaparecido Arabella, se vio con el ánimo suficiente como para meter las narices dónde nadie parecía llamarle.

—Deberías decidirte, Brahn.

—¿Yo?

—Os vi en la calle.

El barón se sentó frente a la chimenea con aire de rendición, estiró las manos y las calentó. Realmente no hacía frío —no habría sido necesario encenderla—, pero a él le gustaba mirar las llamas, le relajaba, y también sentir el calor. De alguna forma era como volver a Cumbria, a casa. Allí incluso en verano hacía frío.

Melquisedec aprovechó y regresó a su sillón. Quizá nadie le había dado permiso para opinar, pero a la vista de la actitud relajada de lord Rheged, parecía que iban a hablar de ello.

—No sé qué se me pasó por la cabeza —dijo Rheged por fin.

—No la conoces desde que la otra noche subió a tu carruaje, ¿verdad?

—No. La primera vez que la vi, Arabella tenía doce años.

Melquisedec se sorprendió de la confesión. Sencillamente no se lo esperaba.

—¿Fue entonces cuando te encaprichaste de ella?

La mirada del barón se tiñó de enojo.

—No. Nuestra relación nunca fue de esa índole. Aquello fue una amistad pura y sincera. Ejercí como su tutor y le tomé cariño. Nada más.

Melquisedec intentó que el tono de su voz fuera conciliador. No quería enfadarle ni enfrentarse a él.

—No era cariño precisamente lo que yo he visto esta noche.

—¿Crees que soy un perverso que va persiguiendo a las mujeres?

El híbrido levantó las manos como si alguien le estuviera apuntando con un arma. Estaba claro de que a Rheged le incomodaba el giro que tomaba la conversación.

—En ningún momento he dicho eso.

El barón se recostó sobre el respaldo y trató de controlarse. Melquisedec no le había censurado nada y, sin embargo, él saltaba como un puma que protege a sus crías de otro depredador. ¿Por qué esa necesidad de defender a capa y espada lo que había entre ellos dos? Se pellizcó el puente de la nariz, estaba

haciendo una montaña de nada.

—Lo que sentí por ella entonces fue algo puro, me preocupaba por su bienestar.

—Muy curioso. Los vampiros que conozco no suelen preocuparse demasiado por los humanos.

—Pero porque se empeñan en apartarse de todo y acaban viviendo por y para ellos mismos. Yo siempre me he mantenido en contacto con el mundo. No me gustan las multitudes, pero sí necesito hablar con la gente, saber qué piensan, tomar el pulso del cambio de los tiempos... Todo eso me estimula.

El silencio les envolvió de nuevo y Melquisedec tuvo que empujarle para que siguiera hablando.

—Así que te convertiste en su mentor.

—Sí. Venía a casa, leíamos juntos, conversábamos... Fue una especie de trueque, ella me alegraba la existencia con la espontaneidad de su juventud y yo ponía orden en una mente que estaba virgen. Le abrí los ojos al mundo con la intención de enriquecer su espíritu.

—¿Qué pasó para que se alterase ese equilibrio?

—La ignorancia, los prejuicios, el convencionalismo... Su tía vio en aquella amistad una amenaza, además de algo licencioso y pervertido, y la erradicó como creyó conveniente.

—¿Y te diste por vencido?

—Sí y no. No, por los motivos que ella argumentaba, no me consideraba ni me considero, una mala influencia para Arabella, aunque esta sociedad crea que enseñar a pensar a una mujer por sí misma, sea corromperla.

—¿Y, sí?

—Mel, siempre he querido lo mejor para Arabella y, precisamente eso no se acerca a la oscuridad de nuestra raza. Ella tenía derecho a crecer, a enamorarse, a casarse, tener hijos... Yo habría terminado por convertirla en una paria de su tiempo.

«La puse en el camino y la abandoné».

—¿Te enamoraste?

La pregunta le hizo volver a poner los pies en el suelo.

—¿De una niña? Mel, por Dios, no. La quería, eso es cierto, pero jamás pensé en ella de otra manera.

Melquisedec se frotó la barbilla. Lo que le estaba contando Brahn parecía solo una décima parte de lo que pasaba por su cabeza en aquellos momentos.

—No quería decir que tú hicieras... ¿Cómo puedo decir esto sin que suene horrible?

—No vayas por ahí, Mel —interrumpió Rheged—. La quería. Deseaba lo mejor para ella. Punto. Llegué incluso a sacrificar la felicidad que me proporcionaba su compañía porque sabía que era lo correcto. Nuestra amistad no iba a ser bien vista por nadie si se descubría, así que preferí dejar de sonreír a hacerle daño. Pero jamás, repito, jamás, le puse una mano encima.

«Hasta hoy».

—Pero el tiempo ha pasado...

—La niña que yo conocí ha desaparecido y en su lugar me han dejado a una mujer preciosa y deseable. Ha sido la reacción normal que tendría cualquier hombre. Aunque, por otro lado, he agradecido la interrupción.

—¿Agradecido?

—Mel, como ya te he dicho, quiero lo mejor para Arabella. Y eso no pasa por aprovecharme de ella.

—No tenía pinta de que pensara que te estabas aprovechando, parecía encantada con tus atenciones.

Brahn negó.

—Cuando Arabella tenía doce años yo debí parecerle deslumbrante, pero porque probablemente, además de sus parientes, padre, hermano y tío, no debía conocer a ningún otro hombre. Recuerdo que me miraba con la boca abierta como si yo hubiera descendido de los cielos en un carro dorado tirado por dos machos cabríos. Fascinada era una palabra que se quedaba corta. Ahora ya no sé lo que piensa, aunque, por lo poco que hemos hablado, creo adivinar que su situación no ha cambiado demasiado. En todos estos años ella ha debido permanecer pegada a las faldas de sus tías en Langdale House, así que, en ese sentido, estoy convencido de que Arabella continúa siendo bastante inocente. Pero ha pasado el tiempo, ella ha crecido y se ha convertido en una mujer, y nuestras posiciones han cambiado. Tengo la impresión de que me sigue idolatrando, aunque me ve de otra manera. Ahora soy un Hombre en mayúsculas, un detonante de fantasías que conoce de oídas porque las ha vivido a través de los libros.

—Así que crees que has encendido una mecha virgen y que solo te ve como a un experimento.

—¿Tú no lo piensas? No ha salido del campo en diez años, no conoce prácticamente a nadie, todo es nuevo para ella. La besé yo y se deshizo, pero

le habría ocurrido con cualquiera.

—Claro, claro. Besar a un vampiro tiene su aquel, pero estoy seguro de que sería lo mismo con un viejo o con un tipo gordo y calvo al que le faltaran varios dientes.

De lo más profundo de la garganta de Rheged salió un gruñido.

—Me refiero a que, si tú lo hubieses intentado, habría dado el mismo resultado. Ella tiene curiosidad, quiere conocer. Es lógico y normal.

—Brahm, despierta. Si te parasas un poco a observar, te darías cuenta de cómo te mira. Realmente no puedo saber si está enamorada o solo fascinada, si has despertado su curiosidad o se siente atraída por ti, pero creo que tú, a pesar de que no quieras reconocerlo, quieres descubrirlo. Ahora bien, te daré un consejo, aunque sé que no soy quien para darlos: habla con ella. Al igual que tú pienso que Arabella no ha vivido apenas, pero si no aclaras lo que ha pasado, ese beso se convertirá en un muro entre los dos. Acabas de ver su reacción, ha salido corriendo porque seguro que no entiende muy bien de qué va este juego.

—No es un juego, Mel. Nada con Arabella lo es.

Melquisedec se levantó con la intención de retirarse a su habitación, pero antes de hacerlo le dio a Brahm una palmada en el hombro y le dijo:

—Pues razón de más para que pongas las cartas sobre la mesa.

Rheged se recostó sobre el respaldo y se quedó durante unos segundos mirando hacia el calor que provenía de las brasas.

Lo peor de todo era que Melquisedec tenía razón. No sabía cómo, pero tenía que dejar las cosas claras con Arabella.

Se llevó los dedos a la piel de los labios y los tocó con suavidad. Aún podía olerla.

Necesito ver de nuevo su sonrisa

De un iceberg solo ves fuera del agua una pequeña parte, mientras que la que está sumergida es enorme, dura y compacta. Así me siento yo, mostrando una milésima de lo que ocurre en mi interior.

No pude contarle a Melquisedec todo lo que en aquellos instantes se me pasaba por la cabeza. No era el momento ni el lugar, y tampoco me sentía preparado.

Cumbria, verano de 1879.

La magia del muro de Lingmoor Fell.

*L*a necesidad de arañar un poco de felicidad para mi niña me llevó a cometer una pequeña travesura. Me había prometido que únicamente observaría, que no influiría en su vida, pero me resultó imposible mantenerme del todo al margen.

En aquel inicio de verano vi a Arabella en dos ocasiones —si no recuerdo mal fueron las dos únicas veces que pude salir de la granja en pleno día, gracias a que las nubes cubrían el cielo formando una masa abigarrada de tonos grises—, mientras paseaba por las montañas. No le descubrí mi presencia, era consciente de que no debía hacerlo, pero me acerqué lo suficiente para comprobar qué tal iba su recuperación. En la primera de ellas, me impresionó su aspecto y me llenó de amargura ver que, mientras que su pierna iba mucho mejor —solo llevaba un bastón y su cojera iba disminuyendo—, su mirada triste y gacha, las ojeras y el color pajizo de su piel no revelaban que fuera una niña feliz.

Dos veces detuvo su paseo. En ambas la vi llorar.

Y decidí que tenía que hacer algo, algo que cambiara el curso de los acontecimientos.

Algo sí, pero ¿qué?

Escribí mi primer poema un jueves a mediados de julio. Eran unos pocos versos llenos de palabras bonitas, esperanzadoras y llenas de cariño. Arabella había sido la luz de mis días y así intenté plasmarlo en aquellos párrafos. No la firmé, mi intención era dejarla en algún lugar de Langdale House y no quería que tía Adelaida pudiera entrar en cólera si por algún motivo llegaba a encontrarla, como había ocurrido con el libro de Lewis Carroll.

Con la intención de encontrar un buen escondite accesible para Arabella, en cuanto se hizo de noche, me acerqué hasta aquella casa. Había estado algunas veces allí, pero no había llegado a inspeccionar todo el jardín. Quizá hubiera una casa en un árbol, una arcada cubierta de glicinias o, tal vez, un laberinto de arbustos de boj donde Arabella pasara las tardes leyendo a escondidas. No sé realmente qué quería encontrar, pero conforme rodeé la casa me di cuenta de que no iba a poder dejarla en ninguna parte. No sin que pudiera encontrarla cualquiera. Aquel ordenado jardín no era como el mío, allí cualquier cosa que se cambiara de sitio se vería la legua.

Cuando ya estaba decidido a regresar, se me ocurrió otra idea mejor: Lingmoor Fell. Sabía, gracias a Bernie, que Arabella iba hasta el muro de piedra seca al menos un par de veces por semana, se sentaba y pasaba las horas muertas admirando los picos De Langdale. ¿Tendría un rincón secreto? La conocía lo suficiente como para pensar que sí, que lo tendría; Arabella era una persona de costumbres fijas. En mi biblioteca tenía su asiento favorito para leer con vistas a las montañas, sillón del que me hacía levantarme si estaba yo sentado cuando ella quería usarlo; utilizaba siempre el mismo lado de la gran mesa para sentarse a escribir, pese a que tenía que mover la sillería que la rodeaba para ocuparlo y, en el salón, como yo siempre me sentaba frente a la chimenea, me había instado a que colocara otro asiento enfrente al mío y lo había movido hasta que dio con el punto exacto. ¿Por qué, entonces, no iba a tenerlo en Lingmoor Fell? Y si así era, ¿sería yo capaz de encontrarlo en unas pocas horas?

Corrí como un venado perseguido por los perros y traté de encontrar un rastro que me indicara dónde debía dejar mi nota si quería que fuera ella, y solo ella, quien la encontrase. Me llevó mi tiempo, el muro es enorme y cierto era que podía estar en cualquier parte, aunque valoré la posibilidad de que Arabella y su bastón no se habrían alejado demasiado del paso que comunicaba los dos valles. —Lo que veía a mi alrededor eran piedras y riscos escarpados, complicados para alguien aún convaleciente—. Pero, aunque casi

me vi sorprendido por la salida del sol, lo logré. No muy lejos del camino, sobre una de las onduladas crestas, vi una zona semiderruida por el azote del viento. Las piedras caídas y esparcidas por el suelo hacían, a mi entender, más fácil la escalada para alguien que quisiera sentarse sobre el muro. Me acerqué y me di cuenta de que había acertado. Olía a ella por todas partes. A aquellas pastillas de jabón especiadas color ámbar que su tía recibía puntualmente de Londres gracias a su cuñada, la mujer de lord Horace.

Busqué una oquedad que protegiera el estuche de cuero de un chaparrón ocasional y lo escondí a la espera de que estuviera lo suficientemente visible para que Arabella lo encontrara. En fin, si no era así, tampoco pasaba nada, buscaría otro modo, pero, por el momento, ese sitio me pareció el más acertado. Estaba lejos de Langdale House y de tía Adelaida; de Brimstone Hall y del posible mal recuerdo que guardaría de la casa y, también, de miradas curiosas, de cotilleos y murmuraciones. De alguna manera había logrado encontrar un lugar donde solo estaríamos ella y yo.

O al menos, eso esperaba.

No debía entretenerme contemplando mi obra, el amanecer era ya toda una amenaza, pero no pude evitar subir a aquella pequeña atalaya y sentarme justo en el lugar donde ella debía de hacerlo. Me quedé allí unos minutos contemplando las vistas del valle para empapar-me de aquello que a Arabella tanto parecía gustarle y tuve que admitir que el lugar, incluso en plena noche, era increíble. La orografía del terreno, una colina cercana, lo protegía de los fuertes vientos al mismo tiempo que permitía un gran ángulo de visión de las onduladas praderas sobre las que se veían diseminadas algunas casas. Soledad, inmensidad, paz. Deseé que encontrase mi poema y que además se convirtiera en un refugio tranquilo donde Arabella volviera a soñar.

La inminente llegada del amanecer comenzó a tornar el cielo de un color más amarotado y supe que era el momento de salir corriendo. Me bajé de allí y con prisas, pero aun cargado por el peso de las dudas, me dirigí a mi residencia.

¿Había hecho lo correcto? ¿Imaginaría ella quién estaba detrás de aquel escrito?

A punto estuve de ir la noche siguiente a retirarlo, pero no lo hice. Y después me mortifiqué esperando y deseando que cuando lo leyera, mi niña volviera a soñar despierta.

Cuando volví a verla, de mi puño y letra ya habían salido tres poemas más y ella corría a por el cuarto. Y, a pesar de que Arabella no se los llevaba consigo —los dejaba en la oquedad del muro junto a los anteriores—, vi en su rostro un cambio por el que merecía la pena seguir escribiendo; le había devuelto la ilusión.

Qué maravillosa es la infancia. Los niños simplemente creen en aquello que ven sin preguntarse ni un solo momento por qué sucede. Sin plantearse nada. Y si en el cuento de la vida se les presenta un dragón, —o, como en este caso, unos poemas de amor—, no dudan, lo asimilan como algo real que forma parte de la magia.

Me sentí satisfecho. Aunque no era capaz de imaginar qué podría pasar por la cabeza de Arabella en aquellos momentos, creí que con esta nueva distracción encontraría la felicidad en otros lugares y dejaría de echarme de menos. Y deseé con fuerza que olvidara lo que ocurrió aquella maldita noche en Brimstone Hall, cuando se vio metida de lleno en una situación impensable para su edad.

Probablemente, lo estaba consiguiendo.

Mi primera intención al escribir fue que Arabella viviera un poco más y, sin buscarlo, aquel muro desnudo y espartano se convirtió en un puente mágico entre ella y el amor.

El amor puro, el que no profesa ningún tipo de egoísmo. El que es de verdad.

*Londres, 2 de septiembre de 1888.
Montagu Square. Residencia de James Blunt.*

Arabella aún se sentía aturdida por lo que acababa de ocurrir. Melquisedec, lord Rheged y ella habían subido al carruaje con destino, se suponía, al apartamento de James. Pero en realidad, se habían dirigido hacia Mayfair, a unos veinte minutos de la residencia de su hermano.

Cuando el coche se detuvo y ella vio que solo bajaba el barón se extrañó, se suponía que la compañía de Melquisedec era fundamental en aquella segunda búsqueda, pero en cuanto puso un pie en la calle se desorientó un poco más. Aquello no era Montagu Square.

—¿Dónde estamos?

—En Savile Row.

—¿Y qué hacemos aquí?

No obtuvo respuesta. Tan solo la sujetaron por el codo y la guiaron hacia lo que parecía un domicilio particular, pero que en realidad era una lujosa sastrería.

Entraron.

En un principio todo fueron negativas y frases del tipo: «Esto es un escándalo», «No lo haré, no es decente», pero cuando habló el dinero —el barón puso un fajo de libras sobre la mesa—, aquel hombrecillo estirado y ridículo se apresuró a tomarle medidas.

A ella.

Dos días.

En cuarenta y ocho horas tendría dos trajes y todos los complementos inimaginables para vestirse como un hombre. Y eso, para una mujer como Arabella, con la educación que había recibido, a pesar de la excursión

nocturna del día anterior en la que llevaba un traje de Bernie, no era tan fácil de asimilar. Iba a tener ropa masculina suya colgada en el armario y eso le parecía impensable y muy, muy excitante.

En todo momento, desde que se dio cuenta de a qué iban, había intentado mantenerse impertérrita, como si lo de vestir de hombre no fuera un simple capricho, sino algo natural, pero por dentro tenía unas ganas locas de saltar por toda la tienda y darle un abrazo a lord Rheged. Eso significaba que ella estaba en el equipo, que Melquisedec y el barón la admitían como a un igual.

Cuando salieron, Arabella trató de mostrarse muy digna y le preguntó que por qué motivo él la había llevado a una sastrería. Su respuesta la dejó aún más descolocada:

—Londres es cuna de la elegancia masculina, no puedes ir por ahí con una chaqueta que te queda grande y unos pantalones que te marcan el trasero.

Asunto zanjado. No volvieron a hablar de ello.

Durante el trayecto en coche Arabella no pudo reprimir la alegría y fue todo el camino tarareando de contento para sí, pero sin querer, movía la cabeza y los dedos de una mano al ritmo del son. Hasta que se dio cuenta de que el barón tenía sus ojos fijos en ella.

Nunca nadie la había mirado así.

A punto estuvo de atragantarse con su propia saliva.

Al llegar a Montagu Square, Melquisedec fue el primero de los tres en bajar y, antes de que Rheged hiciera el amago de seguirle, se giró y dijo:

—Algo sucede.

—¿Qué pasa, Mel?

—Huelo a sangre. Arabella debería regresar a casa.

—Ni hablar, ¿y si es James? —protestó ella apresurándose a bajar antes de que nadie le tendiera la mano para ayudarla. Aunque al ver en la cara de Rheged que no iba a ser flexible en aquello cambió de táctica—. ¿Y si me siguen? Estaré más segura si continuo a su lado.

Él la miró con los ojos entrecerrados y sopesó la situación. No había ninguna seguridad respecto a que no les estuvieran viendo discutir desde algún tejado o rincón de la calle. ¿Y si había alguien haciendo guardia en alguna parte? Miro a su alrededor con desconfianza. ¿Y si dejaban que ellos registrasen la casa a placer mientras seguían el carruaje con Arabella sola en

su interior? Pero también... ¿Y si era una especie de trampa?

—No me gusta la idea, pero, de acuerdo, aunque te quiero siempre en algún lugar donde pueda verte.

No dejó de mirarla hasta que la vio asentir.

La puerta de la calle se abrió con un pequeño empujón, la cerradura estaba rota y, al entrar, el olor a sangre se hizo evidente hasta incluso para Arabella, que con la mano tuvo que taparse la boca y la nariz.

—¿Está...? —En medio de aquella oscuridad, la voz de Rheged sonó fantasmal.

—Sí, lo está y es reciente. El cuerpo aún está caliente —respondió Melquisedec que salía en esos momentos del piso de la casera—. La pobre mujer estaba limpiando pescado para hacerse la cena y, aunque tenía un buen cuchillo a mano, no le dio tiempo a usarlo. Esperadme aquí, subiré a comprobar que no haya nadie en el piso de James.

Arabella escuchó su propia voz en un tono más agudo de lo habitual.

—¿Qué ocurre? Está muy oscuro.

Rheged estuvo a punto de mentirle, pero supo que era absurdo protegerla. Ella necesitaba confiar en él y para eso tenía que decirle la verdad.

—La casera de tu hermano está en el suelo con la garganta desgarrada.

Notó como Arabella se dejaba caer contra la pared que tenía detrás y pasó un brazo alrededor de su cintura.

—Pobre señora Davis —dijo Arabella—. ¿Está muerta?

—Normalmente, cuando a un humano le destrozan el cuello de ese modo dura bastante poco.

—¿Es preciso hacerse el gracioso justo ahora?

—Arabella...

La voz de Melquisedec se escuchó desde lo alto de la escalera.

—Podéis subir, no hay nadie.

—¿No tendríamos que llamar a la policía? —dijo Arabella.

—Mi raza tiene la costumbre de no intervenir en estos casos, ya imaginas por qué. ¿Puedes caminar?

Ella cuadró sus hombros y levantó la barbilla.

—Por supuesto que sí.

Su voz sonó segura y eso hizo que él se decidiera a soltarla, pero tan pronto como empezó a retirar la mano, la sintió desmoronarse y la sujetó más fuerte.

—Vamos, arriba podrás sentarte y descansar.

A ella le hubiera gustado rehusar su ayuda, pero empezó a marearse y dejó que su cuerpo tomara como referencia el de Rheged. El olor metálico de la sangre era demasiado, necesitaba alejarse del aire viciado de aquel recibidor. Aun así, puso el pie en el primer escalón e intentó subir por sus propios medios. No fue capaz, tuvo la sensación de que se iba directa al suelo.

—Sujeta esto. —El barón le puso el bastón entre las manos y mientras ella miraba el objeto un tanto aturdida como si no supiera qué hacer con él, Rheged la levantó a peso—. Cuidado con la cabeza —murmuró mientras la subía por la escalera.

—Esto es muy embarazoso, señor —murmuró Arabella al tiempo que intentaba revolverse entre sus brazos. Él no permitió que se bajara de allí.

—Nadie puede verte. Solo yo.

—Preferiría que usted tampoco lo viera.

El barón rio.

—Si cierro los ojos para que tú te sientas menos expuesta podríamos caer rodando por la escalera y, créeme, si alguien entrase por la puerta en ese momento y nos encontrara en el suelo, liados de manos y piernas junto a un cadáver, la palabra *embarazoso* se quedaría pequeña. Muy pequeña.

La vista de Arabella se fue acostumbrando a la penumbra conforme iban subiendo escalones —sobre la puerta de la calle había un marco semicircular que enmarcaba una vidriera y la luz mortecina de una farola próxima intentaba franquear los colores del vidrio— y poco a poco la silueta del pasamanos de la escalera empezó a ser más que un bulto negro en la oscuridad. Se giró y estirando el cuello sobre el hombro del barón buscó con la mirada el lugar donde debía estar el cuerpo de la mujer.

—Ya no podemos hacer nada por ella, Arabella. Te juro que si se pudiera, lo haría.

Cuando llegaron a la puerta, el barón la dejó en el suelo, aunque no la soltó. Todo estaba revuelto, como si alguien hubiera estado buscando algo con prisas y no hubiera conseguido encontrarlo.

—Mel, por favor, despeja aquel sillón para que se siente Arabella.

—No necesito sentarme, me encuentro mejor.

—Está todo por el suelo, Huesos —dijo Rheged mientras la tomaba de nuevo en brazos, cruzaba la estancia y la depositaba con suavidad sobre un

asiento—. Deja que despejemos esto un poco para que puedas moverte con seguridad por la habitación.

—¿Y qué tal si se encendiera alguna luz? Con ver dónde piso creo que sería más que suficiente. Las cortinas están echadas y son gruesas, nadie podrá saber qué estamos aquí.

—Tenemos el coche en la puerta, Arabella. Cualquiera puede imaginar que la señora Davis tiene visita. Pero sí, Mel, enciende alguna luz.

Cuando el híbrido encendió una de las lámparas, Arabella comprendió porque la habían conducido a aquel sillón. La habitación parecía haber sufrido los efectos de un tornado. No había un lugar en el suelo donde se pudieran poner los pies y ella, con sus largas faldas, solo conseguiría tropezar por todas partes.

—¿Quién ha hecho esto?

—Quien haya sido, no parece humano —respondió Rheged.

—Estoy de acuerdo, esta revuelto sin orden ni concierto —intervino Mel—, es como si lo hubiera hecho un animal.

Arabella recordó algo, se puso en pie y, levándose las faldas, saltó con agilidad hasta el asiento de un sofá próximo, bajó al suelo por el lado del respaldo y caminó con cuidado sobre los trozos de un jarrón de porcelana hasta alcanzar el pasillo por donde se iba a las habitaciones. No fue muy elegante su forma de llegar hasta allí, pero sí efectiva.

Rheged la siguió, no pudo evitar sentir curiosidad.

En su cuarto había cierto orden. Quien quiera que hubiera estado allí, o se había visto sorprendido por algo o no había encontrado nada de interés y había pasado de largo, pero ella, sin ser consciente de que el barón la observaba desde la puerta, levantó una de las maderas del suelo y metió la mano. Cuando él la vio soltar todo el aire supo que aquello que buscaba continuaba en su escondite.

Saco un pequeño estuche de cuero relleno de papeles y un trozo de tela de saco que envolvía unos objetos alargados de metal que tintineaban entre sí.

—¿Robaste la cubertería de tía Adelaida?

Sus mejillas se tiñeron de rojo al verse descubierta, pero lo que hizo sonreír a Rheged fue que ocultase el estuche entre los pliegues del vestido, algo inocuo, en vez de los cubiertos sustraídos.

—Mi tía me daba una mísera asignación y se negó a pagarme el viaje a Londres. Se lo devolveré algún día.

—No te lo reprocho, Huesos, lo digo en serio. A veces uno hace simplemente lo que tiene que hacer. ¿Son de plata? —Ella asintió—. Pues ni se te ocurra sacarlos de ahí.

Arabella recordó la quemadura que él se hizo en la mano con aquella aguja y, aunque vio en primera fila cómo se curaba sin ayuda de nada, sin que él tuviera que explicar nada más, procedió a empaquetarlos mejor. Pero si en ese instante le hubiera mirado, se habría dado cuenta de la enigmática sonrisa que lucía el vampiro.

—¿La plata puede llegar a mataros? —preguntó cuando ya tenía el paquete bien atado.

—Su contacto quema, ya lo viste, y es muy doloroso, pero si la herida es pequeña se regenera con cierta rapidez. Si quieres deshacerte de un vampiro, la forma más limpia es cortarle la cabeza.

A la mente de Arabella llegó una figura conocida, la Reina de Corazones, gritando su frase predilecta: «¡Qué le corten la cabeza!» Eso le hizo esbozar una pequeña sonrisa.

—Arabella, no es un chiste —dijo él cuando la vio sonreír.

—Perdón.

—No tienes que pedir disculpas, pero me gustaría que esto te lo tomases en serio.

—Es que pensé en...

—¿En qué?

—En nada.

Le tendió la mano para ayudarla a levantarse y ella, en su lugar, le dio el paquete con los cubiertos empaquetados.

—¿En la Reina de Corazones? —preguntó él con picardía.

Arabella no pudo evitar una sonrisa traviesa. El barón podía parecer que siempre sabía qué estaba pensando, pero en este caso no había sido del todo así. Había conseguido distraerle. Al darle el paquete con los cubiertos, seguía teniendo una mano libre para sujetar entre las faldas el estuche de cuero. Y cuando él por inercia le ofreció la otra mano para levantarse, ella pudo tomarla sin tener que descubrirse. Lo que Arabella ignoraba era que la amplia sonrisa de Rheged se debía, precisamente, a que sabía qué escondía entre sus faldas.

—Sí, en ella.

Los dos sonreían como bobos. Él pensando en que había averiguado uno de

sus secretos, ella en que había conseguido burlarle.

—Voy ayudar a Mel, te espero fuera, recoge todo lo que quede tuyo en esta habitación.

La mirada de él cortaba el aliento, pero Arabella se las apañó para asentir y mantenerse firme hasta que le vio salir por la puerta. Cuando le vio desaparecer, se sentó sobre el colchón y abrazó el estuche sobre su pecho.

Había logrado mantenerlos en secreto.

Era absurdo hacerlo, después de todo ni siquiera eran suyos, pero no quería tener que darle explicaciones al barón de por qué se emocionaba con unos trozos de papeles viejos que había encontrado entre las piedras de Lingmoor Fell.

Eran parte de sus recuerdos; le salvaron de la tristeza de haberle perdido, le hicieron pensar que el amor existía y no quería que él pudiera tener ninguna oportunidad de tomárselo a broma.

Un descubrimiento inesperado

Cuando la vi esconder aquel estuche volví atrás en el tiempo. Conocía perfectamente qué había en su interior.

Cumbria, verano de 1879.

Wordsworth Farm, residencia actual de lord Brahn Rheged.

*E*s curioso lo que les ocurre a los seres como yo. A más frío, lluvia y largas noches invernales, mejor humor. Sin embargo, el periodo estival saca toda nuestra angustia existencial. Pasamos muchas horas encerrados y eso nos vuelve irritables. Es posible que todo esto tuviera algo que ver. O no. Tal vez se debió a mis circunstancias. Lo que sí es cierto es que recuerdo aquel verano de 1879 como uno de los más grises y melancólicos de mi vida.

Pasé muchas horas mirando por la ventana mientras buscaba un halo de inspiración que me empujara a poner en palabras una historia de amor para Arabella. Meses más tarde me daría cuenta de que lo que realmente necesitaba encontrar era la forma de contarle la mía propia.

 Mi historia entrelazada con la suya.

 Nuestra historia.

Puede que aquellos poemas empezasen siendo una expiación, una forma de compensar el dolor que mi ruin comportamiento y posterior huida le habían hecho pasar, pero, sin yo quererlo, poco a poco se convirtieron para mí en una tabla flotando en el mar a la que no tuve más remedio que agarrarme con fuerza. Antes de comenzar a escribirlos me sentía ocioso y a la vez desdichado: no tenía ganas de nada, ni siquiera de leer. —Leer era lo peor de todo, era tocar un libro y acordarme de las tardes que pasábamos juntos frente al fuego en la biblioteca—. Me sentaba junto a la ventana a compadecerme e intentar convencerme de qué había hecho lo correcto. Comenzar a escribir fue una liberación, también una tortura.

Si para los primeros emborroneé muchos papeles que tiré para empezar de nuevo, pasado el tiempo, todo encajó en su sitio y mis palabras comenzaron a fluir sobre el papel. Escribí docenas de versos. Muchos los tuve que desestimar —no quería que descubriera mi autoría—, y otros los recorté y censuré para poder enviarlos. Solo me permití llamarla mi *ángel de luz* y, solo lo hice, porque ella no sabía que a mí me envolvía la oscuridad. Pasé todo aquel verano ensimismado y con los dedos manchados con una tinta que no desaparecía por mucho que frotase, pero hablándole en la distancia a Arabella para desnudar mi alma por completo.

También sentí que el tiempo se me acababa.

En medio de todo aquel caos de sentimientos, yo era consciente de que no podría continuar así durante mucho tiempo. Arabella necesitaba ser libre. Del todo. Mi niña huesuda estaba a punto de perder el candor de la niñez y, cuando eso sucediera, ocurriría lo inevitable: tendría que atender esos planes que tía Adelaida había urdido para ella y casarse.

¿La reclamaría lord Horace para su presentación en el mismo Londres o tendrían ya acordado su matrimonio con algún terrateniente?

Sería un buen partido, eso seguro, es sobrina de un parlamentario que no tiene hijos y, por lo tanto, la encargada de perpetuar el legado de los Blunt.

¿De verdad quería quedarme a verlo?

No.

Deseaba que fuera feliz, por supuesto, ese era uno de los motivos por lo que había decidido apartarme, pero iba a ser muy duro verla crecer y consagrarse con otro hombre. Así que me di un margen: septiembre. Cuando llegara tendría que despedirme y desaparecer.

Con esa promesa volví a mis poemas, esos en los que puse tanto de mí. Esos que Arabella acababa de esconder entre los pliegues de su falda. Y después de ver su reacción, no solo la forma en que trataba de ocultarlos, sino la turbación de verse descubierta y que la hizo enrojecer, no puedo dejar de pensar en ellos y, aunque no sea lo que pretendo, ilusionarme por conocer cuál es el motivo por el que los guardó.

¿Sabría ella que estaban escritos por mi mano?

¿Desearía que así lo fuera?

Londres, 2 de septiembre de 1888.

De regreso a la residencia de lord Rheged en Whitechapel.

Aunque el barón pareció perderse durante unos instantes en el otro lado del mundo, las preguntas que Arabella comenzó a formular nada más subir al carruaje le hicieron regresar de inmediato.

—Estoy seguro, Arabella —le respondía Melquisedec—, tu hermano ha estado en el apartamento. No había otro olor más que el suyo, así que quien lo ha desordenado todo ha sido él. No es muy lógico, lo sé, pero es lo que ha ocurrido. ¿Tienes alguna idea de qué podría estar buscando?

—No se me ocurre nada.

—Además —Melquisedec continuaba poniendo sus preguntas en voz alta—, las habitaciones estaban intactas. ¿Por qué se detuvo? ¿Es posible que le interrumpiera la persona que asesinó a la casera?

Arabella frunció los labios mientras pensaba en ello. No pintaba nada bien. De repente dio un pequeño salto sobre el asiento.

—¡Creo que ya sé lo que buscaba!

Se metió el dedo entre la tela del cuello y su piel y sacó una cadena de oro, del extremo colgaba un broche. Se lo sacó por la cabeza y se lo ofreció al híbrido porque estaba más cerca. Él se detuvo a mirarlo antes de pasárselo a Rheged. Era un relicario de oro con un mechón de cabello delicadamente trenzado en su interior.

—¿Un *memento mori*? ¿De quién es el cabello que hay dentro?

—De mi madre. James y ella estaban muy unidos y él lo tenía guardado en la cocina, dentro de una caja de té.

—¿Y dejar la habitación en ese estado solo por encontrarlo? —Intervino Rheged.

—Solo le vi unas pocas veces —respondió Melquisedec— y, lo siento

Arabella, pero tu hermano era arrogante y provocador. Incluso hasta un poco agresivo. Yo sí le veo organizado ese destrozo.

Ella no dijo nada. Cuando eran niños, James no habría matado ni a una mosca, pero el tiempo había pasado y empezaba a darse cuenta de que apenas le conocía.

Se quedaron durante unos instantes en silencio. Tras la visita parecían haber llegado a un punto muerto. Tenían más preguntas que respuestas.

—Volvamos a casa, nos sentaremos a la mesa y lo discutiremos entre los tres. ¿Te parece bien, Arabella?

Brahn quería meter a Melquisedec en todo aquello y era lo justo, parecía igual de entregado que ellos o más, se había implicado desde el primer momento. El barón esperaba respuesta y tan pronto como ella asintió, dio un par de golpes al techo para indicarle a Bernie que pusiera el coche en marcha.

Irían a casa, le enseñarían al híbrido el diario de James, los recortes sobre asesinatos que había en su interior y la nota del desconocido que firmaba como «D». Quizá si ponían toda la información sobre la mesa y cada uno exponía lo que pensaba, logaran sacar algo en claro de todo aquello.

Que Bernie golpease con la mano en la trampilla que comunicaba la caja del vehículo con la parte trasera de su asiento tras un pequeño lapso, les sorprendió.

—¿Qué ocurre, Bernie? —preguntó Rheged tras abrir la puertezuela deslizante.

—Creo que nos siguen, señor.

—Iré a ver —dijo Melquisedec. Y antes de que nadie pudiera objetar algo abrió la puerta y se bajó en marcha.

Rheged se dirigió al muchacho.

—No vayas directo a casa ni detengas el coche por nada. Mel y yo no vamos a alejarnos demasiado y os alcanzaremos en seguida. —Miró a Arabella y antes de abrir la puerta y salir, tal y como acababa de hacer el híbrido, le dijo —: Con el coche en marcha estás a salvo. No te preocupes, solo tardaré un minuto.

Arabella descorrió la cortina, pero solo acertó a ver como los edificios pasaban rápido envueltos en la luz mortecina de las farolas de gas. Apenas había niebla y la redonda y llena luna estaba en lo más alto. Con la nariz

pegada al cristal intentó averiguar en qué parte de la ciudad estaban, pero no pudo reconocer nada. No eran calles principales —no se veían más coches circulando y tampoco peatones—, pero sí distinguió grandes y lujosas casas. Debía de ser algún barrio residencial.

Sintió como algo le daba un fuerte empujón a la cabina y resbaló hasta dar con sus posaderas en el suelo entre los dos asientos. Y, mientras se dolía por el golpe, tuvo la sensación de que el vehículo escoraba como si un gran peso se hubiera colgado en un lateral. Se giró pensando en sí debía ser que el firme estaba desnivelado y, entonces, por el hueco del cristal de la ventana que la cortina no llegaba a cubrir, vio algo espeluznante que le hizo gritar.

Inmediatamente, aquello se soltó y desapareció entre las sombras.

Bernie, que había notado que el carruaje oscilaba, pero que no miró hacia atrás porque estaba demasiado concentrado en que los caballos no se desbocasen, detuvo en seco el coche cuando escuchó los gritos.

En el mismo instante en que sus pies tocaron el suelo llegaron el barón y Melquisedec.

Nadie preguntó qué había ocurrido, lo primero que hicieron los tres fue agolparse frente a la puerta para socorrer a Arabella. Cuando abrieron se la encontraron desmayada y hecha un ovillo en el suelo, entre los asientos.

Rheged entró, comprobó que respiraba y tenía pulso, y se sentó colocándola en su regazo. Con delicadeza le apoyó la cabeza en su pecho y la rodeó con sus brazos. Melquisedec, sin que nadie tuviera que pedirselo, se sentó con Bernie en el pescante para dejarles a solas y también para vigilar el camino. No parecía que nadie les siguiera, pero tomaron precauciones y dieron alguna que otra vuelta antes regresar a casa.

En el coche, Arabella recuperó el conocimiento y abrió despacio los ojos. Parpadeó. Se sentía desorientada.

—¿Brahm?

Que usara su nombre en ese momento hizo que el barón sonriera con dulzura.

—Aquí estoy.

Ella intentó incorporarse y él se lo permitió, pero cuando vio su palidez volvió a encerrarla en su abrazo. Arabella no se lo pensó dos veces y apoyó su mejilla en las solapas de su chaqueta y, aunque ya no quería volver a pensar en ella, a su cabeza vino en seguida la censura a la que habría sido sometida por su tía por estar en los brazos de un hombre con tanta laxitud. Pero aquello tan agradable no podía ser algo malo. Se sentía bien, aunque no fuera decente.

—Ha sido horrible.

—Shhh, después. Ahora solo recupérate. Lo importante es que estás bien.

Le hizo caso. Apretó la mejilla contra él e, incluso, se atrevió a posar su mano sobre el pecho. Disfrutaría de esos pocos minutos como si fueran los últimos. Se estaba en la gloria.

Cuando llegaron a la residencia de lord Rheged en Whitechapel, Bernie y Melquisedec se agolparon en la puerta para comprobar cómo estaba Arabella y respiraron tranquilos cuando vieron que el color había vuelto a sus mejillas.

La casa estaba en calma, era tarde y Suke y Charles estaban ya durmiendo, Bernie se retiró también y Mel lo hizo a regañadientes tras avivar el fuego del salón. Se moría de ganas por saber qué había ocurrido para que Arabella gritase de esa forma —la había visto en condiciones adversas y jamás la había visto reaccionar así—, pero tenía que dejarles solos. Brahn necesitaba de esos minutos con ella.

Arabella se sentó en el pequeño sofá que estaba frente a la chimenea.

—¿Por qué no te tumbas y me cuentas qué ha pasado?

—Estoy bien...

El barón sonrió porque vio cómo sus labios empezaban a colocarse para decir su nombre y no dijo nada cuando la frase se le quedó incompleta y sus mejillas se sonrojaron. No tenía que presionarla. Huesos era así, si intentabas forzarla, se hacía más fuerte.

Dejó que ella se tomara su tiempo.

—¿Vas a contarme ahora qué ha pasado?

Ella asintió y frunció el ceño como si lo que tuviera que contar fuera algo desagradable.

—No va a creerme.

—Ponme a prueba.

—Cuando usted y Mel dejaron el coche, sufrimos un golpe en un lateral. Tan fuerte que, yo que estaba de pie porque intentaba ver a través del cristal hacia dónde se habían ido, me caí entre los asientos.

—¿Un golpe? ¿Estás segura? ¿No pudo haber sido algún agujero en el suelo?

Ella se quedó mirando las caprichosas formas de las llamas. En un Londres moderno donde la mayoría de casas tenían estufas de carbón, allí aún usaban

una clásica chimenea, además, sin que hiciera realmente frío. Pero si en algo coincidía con el barón era en que ver los tonos anaranjados del fuego y sentir su calor era muy agradable. En Brimstone Hall siempre había una chimenea encendida.

—Estoy segura porque me giré y vi algo a través del cristal.

Como se quedó callada, él hincó una rodilla en tierra para ponerse a su altura y le tomó la mano.

Qué pequeña era.

—¿Qué viste?

—Creo que a James. —Aquello sorprendió tanto a Rheged que se incorporó para sentarse a su lado. No la soltó. Ella aún llevaba los guantes puestos, pero incluso a través de ellos, sentía el calor y la delicadeza de sus dedos y lo estaba disfrutando. En el momento en el que Arabella se diera cuenta de que él le acariciaba la palma con su pulgar retiraría su mano, claro, mientras tanto...

—¿Solo *lo crees*? ¿Era o no era James? Y ahora haciendo de abogado del diablo te digo: ¿Cómo es posible que tu hermano consiguiera saltar y sujetarse a un carruaje en marcha?

—¿Piensa que lo imaginé?

—No, solo quiero que seas racional y que tengas en cuenta todas esas cosas.

Arabella tomó aire. A pesar de lo que había visto se sentía tranquila. Miró su mano y se recreó en las suaves y ligeras caricias del barón. Tenía que evitarlas, no estaba bien, pero sentirle tan próximo era como fondear en un puerto seguro.

Intentó contestar con la racionalidad que le había pedido lord Rheged.

—El rostro que apareció pegado al cristal se veía difuminado en la oscuridad, pero en ese momento la luna no estaba oculta tras las nubes y, aunque la luz provenía desde atrás, silueteaba perfectamente su cabeza. Sus rasgos... —venía la parte difícil—, estaban deformados. Sus iris me miraban como lo harían los de un loco y tenía la boca entreabierta y llena de dientes afilados. Sonreía, creo, o algo así. —Él se tomó la licencia de abrazarla. Arabella se lo permitió, empezaba a temblaquear—. Su pelo... Hace más de diez años que no veo a James, pero esos bucles dorados no son muy comunes. Estoy casi segura de que era él.

Cuando terminó de hablar se cobijó en su pecho. Allí sabía que tenía un refugio donde nadie había podido tocarla nunca, donde estaba a salvo de todo.

Lord Rheged permaneció en silencio pensando en lo que Arabella acababa

de contarle. Si hubiera sido otra persona habría podido pensar que se trataba de una alucinación, pero ella creía en lo que estaba contando y lo peor de todo era que podía ser cierto.

Aquello le daba un giro inesperado a todo lo sucedido.

La de vueltas que da la vida

Han pasado muchas cosas esta noche, demasiadas,
pero ahora mismo yo solo soy capaz de darle vueltas a
una sola:
Arabella ha conservado mis poemas.

*Londres, madrugada del 3 de septiembre de 1888.
Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.*

Quise gritar cuando vi el estuche y, aunque pude contenerme cerrando mi boca con fuerza, no conseguí reprimir una gran sonrisa. Además, ver su azoramiento, su sonrojo y su infructuoso intento de ocultarlas hizo que la sensación de ingravidez que sentía aumentara de forma exponencial.

¿Qué le habría motivado a guardarlas tanto tiempo y a traerlas consigo?

¿Acaso sabía que era yo el autor y por eso las había escondido?

No quería cantar victoria, aún teníamos que aclarar muchos detalles, pero ¿era posible que Arabella sintiera algo por mí? Estaba muy claro que había vuelto a confiar y que mi presencia le resultaba atractiva, se sentía atraída hacia mí como hombre, pero... ¿cabía alguna posibilidad de que hubiera algo más profundo?

Aceptó mi beso con la cálida inocencia de alguien que aún no ha vivido y que está ávido de experiencias, pero yo necesitaba saber si bajo todas esas capas de curiosidad, había algún sentimiento real hacia mí.

Esos pensamientos me mantuvieron ensimismado en el carruaje sin poder centrarme en cualquier otra cosa hasta que Bernie dio la alarma. Alguien —*algo*, según palabras de mi cochero—, nos seguía desde que nuestra salida de Montagu Square. Y, entonces, un sentimiento extraño que no identifiqué hasta más tarde —hasta que la tuve entre mis brazos y pude observarla a placer respirar contra mi pecho—, se disparó en mi interior: mi yo protector.

No volvería a dejarla sola. Era demasiado valiosa como para perderla una segunda vez.

Tenía que alejar esos pensamientos. Necesitaba concentrarme y trazar un plan, uno que mantuviera vivos a todos a quienes quiero. Si lo que ha visto Arabella es lo que ella cree, no estamos ante un espectro fantasmal, sino ante un monstruo de carne y hueso que nos puede haber seguido hasta aquí. Un ser descontrolado, violento y cruel creado por alguien de mi raza que ha querido jugar a ser Dios, pero que aún no tiene el poder.

De una cosa sí estoy seguro, James ya no es el hermano que ella recuerda, ahora es un demonio que habita entre los vivos y se alimenta de ellos, de su dolor, de su miedo, de su carne y de su sangre.

Londres, 3 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Arabella despertó pasado el mediodía y lo primero en que cayó al desperezarse fue en que la casa estaba demasiado silenciosa. Eso era raro. ¿Dónde estaría Suke?

Después de que mataran a aquella mujer, la joven se había retraído y, a menudo, la encontrabas absorta repitiendo las tareas como un autómata o pensativa mirando a través de un cristal sucio por el que no se veía nada, pero, aun así, siempre oías una puerta cerrarse, unas pisadas rápidas, los ruidos de la cocina o una cancioncilla que, en vez de ser tarareada, la silbaba como si fuera un chiquillo.

Un par de golpes en la puerta le hicieron pensar que se había preocupado por nada. Ahí estaba la joven, aunque no hubiera hecho ruido ni para subir la escalera.

—Pasa Suke, estoy despierta.

La puerta se abrió un poco y una nariz masculina de un perfil conocido asomó ligeramente.

—Soy yo. ¿Estás visible?

Arabella estiró de las sábanas hasta que le llegaron al cuello. No esperaba al barón.

—¿Dónde está Suke?

Él entró, llevaba en su mano una taza humeante.

—De camino a Brimstone Hall. Has debido dormir como un tronco si no te has enterado de que han empaquetado media casa. Salieron hará una media hora.

—¿Por qué?

—Si me permites pasar, te lo contaré.

Lord Rheged estaba dentro del dormitorio, pero discretamente se había quedado junto a la puerta.

—Ya está dentro.

—Sigo esperando tu permiso.

—Adelante, está usted en su casa.

Él entró, dejó la taza sobre la mesilla y se sentó en el borde del colchón. Ella subió las sábanas un poco más. Ahora solo se le veían los ojos.

—No sé por qué te tapas. Llevas la ropa de ayer puesta, anoche solo te quité los zapatos cuando te metí en la cama.

El barón parecía divertirse, pero solo lo parecía. La sonrisa que se dibujaba en sus labios no llegaba hasta los ojos.

Arabella lo advirtió y empezó a preocuparse. Dejó caer las sábanas y preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué se han ido?

Él se detuvo un segundo antes de responder.

—¿Recuerdas lo que le pasó anoche a la señora Davis? —La cara de Arabella se desencajó—. Cuando te quedaste dormida y te traje aquí estuve hablando con Mel. Él es excepcional siguiendo rastros y me explicó que durante el trayecto anduvimos durante algún tiempo contra el viento, por lo que, si lo que nos persiguió desde el apartamento de tu hermano, tenía un olfato como el suyo, le sería fácil encontrarnos; solo tendría que seguir nuestra estela.

—¿Estamos en peligro?

—No lo creo, pero no puedo saberlo al cien por cien y Mel y yo no podíamos garantizar la seguridad de tanta gente, por eso he minimizado riesgos. —Se levantó—. Melquisedec ha ido a cumplir un encargo, pero debe estar a punto de regresar. Tómate ese té y baja al salón. Hablaremos y decidiremos qué hacer.

—¿Un encargo?

—De vital importancia. Ya lo verás. —Él se giró cuando ya estaba llegando a la puerta. Había cierto misterio en su mirada—. Por cierto, si necesitas ayuda para vestirte...

Esquivó la almohada que Arabella le lanzó desde la cama con una gran sonrisa y esta vez sus ojos sonrieron también.

A Rheged, esa parte, la de que Huesos hubiera regresado del todo para suplantarlo a la rígida Arabella, le hacía sentirse ligero y feliz. Muy feliz.

Tras lavarse, cambiarse de ropa y tomarse el té, Arabella salió de su cuarto y, cuando estaba llegando a las escaleras, escuchó la voz de Melquisedec. El híbrido había regresado. Se sujetó las faldas con las dos manos y bajó los peldaños a la carrera.

«Mal, muy mal. Una señorita no debe llamar nunca la atención».

¿Cómo era posible que aún escuchase la voz de su tía? ¿Es que iba a acompañarla durante toda su vida?

Frenó en seco y se pasó la mano por las faldas para alisarlas y colocarlas en su lugar. Entró al salón con pasos pequeños y delicados, como si fuera un ángel, aunque los dos hombres allí reunidos miraban en su dirección porque la habían escuchado bajar como un caballo desbocado. Sin embargo, aunque intentó que su rostro no mostrara nada, no pudo conseguir que se le abriera la boca por la sorpresa. Sobre el respaldo del sofá había al menos una docena de calzas: finas, gruesas, moradas, de seda con lazos, bordadas... El barón tenía unas rojas en la mano.

—Son mis preferidas, Huesos. ¿A ti qué te parecen?

—¿Ese es el encargo de *vital importancia* que le había hecho a Mel?

El híbrido no sabía dónde meterse.

—Pues claro. —Las levantó hasta que las tuvo a la altura de los ojos—. ¿A ti no te parece importante?

—A veces creo que está senil, milord.

Rheged rio ante las caras espantadas de los dos.

—La vida hay que tomarla con humor. Anda, siéntate, estarás hambrienta —añadió señalando la mesa de comedor—, Suke ha dejado comida preparada como para tres días.

El estómago de Arabella tomó posesión de su voluntad. Sí, tenía hambre, y todo lo que había sobre la mesa se le antojaba delicioso.

Lord Rheged y Melquisedec esperaron a que ella hubiera terminado y se sentara junto a ellos frente a la chimenea. Tenían muchas cosas de qué hablar.

—Estoy segura de que no fue una alucinación.

—Nadie duda de ti, pequeña. Si piensas que reconociste a tu hermano tras aquella máscara deforme, nosotros te creemos. Es más, hay una posibilidad de que así sea.

—¿Qué ha pasado con él? ¿Quién le ha hecho eso?

—*Piano piano si arriva lontano, querida* —«Poco a poco, querida»—. Primero recapitulemos todos los hechos.

Rheged comenzó a caminar mientras hablaba y el corazón de Arabella se estremeció un poco más, reconocía esas idas y venidas muy bien, era las mismas que cuando él le daba una clase magistral mientras era su alumna en Brimstone Hall.

—¿Cuándo recibiste su última carta?

—En el mes de abril.

—¿Y cuándo llegaste a Londres?

—A primeros de julio.

—¿Qué te dijo exactamente la malograda señora Davis?

—¿Aparte de que James le debía el alquiler? —Tras verle asentir, pensó durante un largo minuto su respuesta. Conocía su forma de razonar, sabía exactamente qué era lo que le estaba pidiendo—. No sé cuánto tiempo llevaba sin verle. No lo dijo. Calculo que más de un mes.

—¿Te pareció que la casa llevaba tanto tiempo vacía cuando llegaste?

Arabella reflexionó antes de contestar.

—Desde luego, si continuaba viviendo allí solo iba para dormir. Su habitación es interior y era la única estancia que parecía en uso. El resto de la casa estaba desordenado, nadie había limpiado en semanas y por la cocina había tazas usadas y con los posos del té resecos. Me costó mucho limpiarlas.

Rheged tamborileó sobre el respaldo del sofá y se centró en Melquisedec.

—¿Recuerdas cuando viste a James por primera vez?

—A finales de octubre del año pasado, entre las bambalinas del teatro. Lo recuerdo porque fue la primera vez que la baronesa se subió al escenario. Se representaba *Ruddigore* y María, que por aquel entonces tenía un lío con el director de la orquesta del Savoy, accedió a sustituir a la actriz que hacía el papel de La loca Margaret, ya que la pobre mujer murió de unas fiebres cuando faltaban pocas representaciones para cerrar la temporada. Su intervención tuvo tanto éxito que mucha gente se acercó hasta su camerino. Entre todos ellos estaba la parejita inseparable: Didier y James.

—¿Quién es Didier? —preguntó Rheged.

Melquisedec frunció el ceño.

—El humano que transformó María y que visteis a su lado hace dos días. Didier Cheigné. Francés, poeta... Un muerto de hambre.

—¿*Monsieur Chevigné* era *amigo* de James? —La pregunta le vino desde Arabella—. Has dicho pareja; ¿crees que eran amantes?

Rheged y Melquisedec se miraron de reojo. El híbrido se puso nervioso al contestar; no era habitual hablar con tanta franqueza ante una mujer.

—Parecían siameses, lo compartían todo, hasta sus conquistas. Puede que hubiera algo entre ellos, la verdad es que con seguridad no lo sé, no los vi tantas veces juntos como para saberlo, pero sí había entre ellos una relación algo especial. Pero eso duró hasta que María se fijó en el francés.

Arabella le habló directamente a Rheged.

—«D», el firmante de la nota, tiene que ser Didier. Estoy segura. Qué poco conozco a mi hermano. —Miró a Melquisedec—. Continúa por favor.

—A María le dieron un papel pequeño en la ópera que pusieron después en el cartel y vinieron muchas veces, pero ella empezó a separarles; supongo que ya tenía planes para Chevigné. No volví a verlos juntos después de marzo de este año, en la última representación de *H.M.S. Pinafore*.

Rheged miró a Arabella.

—*H.M.S. Pinafore*, la entrada que encontramos.

Ella asintió.

—En abril —prosiguió Melquisedec—. María transformó a Didier y James montó en cólera. Vino varias veces a casa para pedir explicaciones y a ver a su amigo, pero la baronesa consiguió evitarle. Él no desistió, no dejó de enviarle notas al francés, aunque poco a poco su contacto se fue enfriando. La última vez que le vi fue hace algo más de un mes, en unos ensayos. Estaba muy desmejorado y, ahora que lo pienso, algo en él parecía distinto. Lo achaqué al opio, pero puede que fuera algo más. —Miro de nuevo a Arabella—. Ese día fue cuando la baronesa me indicó que me deshiciera de él.

—Bien. Así que tenemos un nuevo vástago transformado en abril. ¿Didier vivió en Kensington desde la conversión?

—Sí. Al parecer había estado viviendo con James hasta entonces. En abril se mudó a la residencia de María. Supongo que en un momento de lucidez ella quiso tenerle controlado. Un neonato puede ser bastante... inestable en sus primeros meses de vida.

—Entonces tenemos a James un tanto *desplazado* de su amistad con Didier y muy enfadado con María.

—Sí. Aunque más que desplazado yo diría que lo habían sustituido.

Arabella observó al barón y, de inmediato, supo que había sacado sus

propias conclusiones. Su pregunta fue directa.

—¿Sin secretos?

Él arqueó una ceja.

—Por supuesto.

—¿Qué le ha pasado a mi hermano? ¿En qué se ha convertido?

Rheged se sentó frente a ella y se acomodó fingiendo una despreocupación que no sentía. Juntó las yemas de sus dedos delante de su pecho y se detuvo un momento para organizar sus ideas y encontrar así la mejor manera de exponer su teoría. A Arabella no le iba a gustar.

—Creo que tu hermano quiso convertirse en vampiro y, sin saber en qué se estaba metiendo, convenció a Didier para que lo hiciera.

—¿Mi hermano quiso convertirse en vampiro? —Ella no daba crédito.

—Todo hace pensar que sí.

—Pero su rostro... No es como usted o como María.

—Si lo transformó Didier es un ser inacabado. Algo que en mi raza se llama *maledicti*, maldito.

—No entiendo. —Comprendía, pero no quería admitirlo.

Rheged la miró con atención. Estaba sentada con las manos cerradas sobre el regazo. Tenía la espalda muy recta y estaba tensa y expectante. No le gustó nada verla así. Se levantó, sintió la imperiosa necesidad de colocarse junto a ella y tomar su mano y lo hizo, sin importarle que Mel estuviera en la habitación.

Tan solo cuando estuvo a su lado reconfortándola, siguió hablando.

—Cuando se crea un nuevo vampiro, la parte humana y la sobrenatural se entremezclan en su interior y hay un periodo largo de adaptación hasta la madurez. Para algunos eso significa más tiempo que para otros, depende de quién lo crease y en qué condiciones. —Ella asintió, pero empezaron a temblarle las manos—. Ahora mismo, con el tiempo que ha pasado desde que convirtieron a Didier, por muy rápido que él haya asimilado la sangre de María, es imposible que haya llegado a la madurez. Si estoy en lo cierto e intentó transformarlo, la probabilidad de que saliera mal es muy alta, y si James es un *maledicti*, en estos instantes, en su interior hay una tremenda lucha entre lo humano y lo oscuro. Aunque si viste ya un rostro desfigurado, significa que la sangre de Didier está ganando la partida.

—Pero habrá una solución.

Rheged iba a decirle que no, que aquello era irreversible, pero se miró en

sus ojos y no fue capaz. Lo haría poco a poco.

—No lo sé.

Arabella no lloró, no gritó, no maldijo. Simplemente vació su mirada y se tragó todas sus emociones. Si había una forma de salvarle, ella la encontraría.

—Huesos... —Él estiró la mano y acarició casi sin rozarla la línea de su mandíbula—. Pediremos una segunda opinión. Mañana iremos a ver a alguien, le describirás lo que viste, sin darle ninguna otra información sobre lo que yo he conjeturado, y veremos qué nos dice.

Ella asintió. En ese momento no pensó que con toda seguridad irían a ver a otro vampiro, con saber que iban a contrastar teorías fue suficiente. De repente, se encontró algo más tranquila.

Rheged se levantó y dirigió sus pasos hasta la ventana. Separó la cortina y certificó que la luz del sol había caído. Necesitaba comer. Llevaba dos días sin hacerlo y estar tan cerca de Arabella empezaba a sentirse demasiado tentador.

—Voy a salir. ¿Mel, te quedarás con ella?

—Por supuesto, seré su fiel guardián.

—Perfecto, gracias. No me esperéis despiertos.

Tomó su capa, su bastón, la chistera y los guantes que tenía en una silla junto a la puerta y se preparó para salir bajo la mirada atenta de Arabella, extrañada por aquella repentina huida.

Una vez que lo vio desaparecer y que escuchó cómo se cerraba suavemente la puerta de la vivienda, se volvió y le preguntó a Mel:

—¿Dónde va?

—Por el brillo en sus ojos, la extrema palidez y las ojeras... A comer.

Arabella giró de nuevo su cabeza hacia la salida. Desde que se habían reencontrado, él se había esforzado por mostrarle su cara humana, tal y como hizo cuando era niña, de tal modo que había llegado a olvidar que estaba frente a un depredador.

No sintió miedo, sino curiosidad.

Necesito aclarar unas cuantas cosas

Mientras retiro los platos de la mesa con la ayuda de Melquisedec, no dejo de pensar en lo que el barón nos ha contado. Es posible que mi hermano sea un *maledicti*, pero me cuesta creerlo.

Londres, madrugada del 4 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

A veces siento que estoy inmersa en un sueño del que no tardaré en despertar. Vampiros, licántropos, hombres malditos, brujas... Aunque parece muy real, es imposible que sea del todo cierto.

¿Un *maledicti*? ¿Qué significa eso? James siempre fue un niño bonachón, incapaz de hacerle daño a nadie.

La escasa relación que tuve con mi hermano fue de lo más normal. Él tiene seis años más que yo y, cuando éramos niños, aunque sé que me quería, siempre me apartaba de sus actividades porque yo era solo *una molesta y mimada niña*. Una vez que murió mi madre, mi padre se marchó de Inglaterra y a mí me enviaron al norte, nuestros lazos estuvieron abocados a debilitarse.

En la distancia continuamos manteniendo el contacto, aunque fue más por mis largas cartas que por las suyas, breves e impersonales, pero nunca llegamos a confiarnos nuestros más íntimos secretos. Por ejemplo, yo nunca le hablé de Brahn y él tampoco mencionó jamás a Didier ni a ningún otro. Nuestra correspondencia era sobre actividades, noticias de la familia, el clima o mis deseos de volver a vernos; deseos que él postergaba año tras año a pesar de ser invitado todos los veranos. Él se encontraba muy a gusto en Londres. Iba a clases, a su club de esgrima, a montar a caballo, al teatro, a fiestas... Yo solo podía ofrecerle paseos por el campo en una tierra tan inhóspita como hermosa.

¿Qué habría pasado de haber sido al revés? ¿Si yo hubiera desaparecido,

James habría venido a buscarme? No estoy muy segura. Sin embargo, yo estoy aquí más que resuelta a encontrarle. Con mi padre fuera de la ecuación, James es la única familia directa que me queda y, de alguna forma, necesito luchar por ella.

También sé que en esta aventura no puedo contar con mi tía Adelaida ni con lord Horace y su esposa. Todos ellos están cortados por el mismo patrón social que se preocupa de mantener las apariencias delante de los demás y, además, están convencidos de que James está viviendo la mayor de sus aventuras y que aparecerá tarde o temprano como por ensalmo.

Qué ilusos.

Si supieran que la oscuridad se aloja en la casa de enfrente y que James ha tenido un flirteo con ella, no vivirían tan tranquilos. Al contrario, estarían buscándole debajo de las piedras. Aunque, por otro lado, he de disculparles, esto es algo tan inverosímil que, de no haberme visto metida hasta el cuello, yo tampoco lo habría creído.

Ahora miro a lord Rheged y ya no sé qué pensar.

Lord Rheged.

Tenía que encontrarme con él en Londres. Tenía que ser un vampiro; el más monstruo entre todos los monstruos.

Qué caprichoso es el destino.

Y, sin embargo, a su lado me siento protegida. No paro de repetirme que no es humano, pero eso no parece importarme, estoy más que dispuesta a arriesgar y lanzarme a sus brazos, a pesar de que desconozco si encontraré una red que amortigüe mi caída.

Pienso en él y sonrío. Estar a su lado otra vez me trae muchos recuerdos, demasiados, pero también despierta en mí sensaciones que son muy nuevas y que jamás habría experimentado de haberme quedado en Langdale House hasta el fin de mis días.

¿Cómo me verá él ahora que han pasado diez años?

No quisiera que me viera como la muchachita torpe que viene del campo y que parece que ha vivido siempre entre vacas, pero tampoco como la mujer obtusa y sin recursos que en realidad soy.

Una vez me dijo que, para ser una dama interesante, debía cultivar mi espíritu. Se ofreció a guiarme, pero desapareció antes de que pudiera cumplir su palabra.

*Londres, madrugada del 4 de septiembre de 1888.
Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.*

—¿*Q*ué haces dormitando en el sofá?

La voz del barón sacó a Arabella de su sueño haciéndola saltar como un resorte.

Tardó unos instantes en responder. Ver como se quitaba los guantes, la chistera y la capa le robó el poder de la palabra. Tenía una elegancia innata para moverse.

—Necesitaba hablar con usted, aclarar algunas cosas.

El barón tenía los ojos brillantes, la mirada salvaje y sus labios se veían teñidos de un tono rojo natural. Melquisedec había dicho que había salido a alimentarse, pero estaba exultante. ¿Eso era lo que le reportaba la sangre?

—Bien, aquí me tienes. Tú dirás.

Se sentó a su lado. No la tocó, pero se colocó demasiado cerca como para ser apropiado.

Arabella miró los pliegues de su vestido. Si movía la rodilla se rozaría con su pierna. ¿Qué pasaría si lo hiciera? ¿Saltarían chispas como en aquel mugriento callejón?

Decidió ser una mujer sensata y se aclaró la voz.

—¿Por qué no se quedó en el valle? Me prometió que me enseñaría a bailar y nunca lo hizo.

La coraza de Rheged se resquebrajó. Por un momento pensó que Arabella iba a hablarle sobre James o los *maledicti*, para eso sí estaba preparado, pero cuando ella pronunció las palabras supo que estaba perdido, que iba a tener que sincerarse sin remedio.

Aquel último encuentro era todavía un obstáculo que se interponía entre los dos.

—¿Por qué viniste aquella noche a casa, Arabella?

—¿No va a responderme?

—Claro, pero antes contéstame, por favor.

Ella bajó la mirada.

—Tía Adelaida entró en mi habitación de madrugada con el ejemplar de *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas* que usted me regaló. Me acusó de robarle, yo insistí en que era un regalo. Discutimos. Me recordó cual era el lugar que yo ocupaba en aquella casa y escapé tan pronto como salió de mi dormitorio. Corrí hasta su casa sin pensar. Ahora sé que no debí nunca hacerlo.

—Lo siento.

—No lo sienta, usted no hizo nada.

—De forma indirecta fui el responsable de tu caída.

Arabella se encogió de hombros.

—De eso tampoco tiene usted la culpa. Yo era una niña torpe, había hielos en los saledizos, resbalé y caí. Me encontraron los criados. No tenía pensado delatarle, nunca lo habría hecho, pero mientras permanecía inconsciente dije su nombre... y el de Lucille. Supongo que mi tía ató cabos rápido.

—¿Sabías que ella vino a verme?

Arabella lo miró a los ojos, la pena inundaba su mirada. Asintió.

—Trajo consigo el libro de Lewis Carroll y te acusó de robo, cosa que yo negué. Y cuando a la mujer empezaban a faltarle argumentos, entró Lucille y se encargó de estropearlo todo; tuvo la desfachatez de mostrarse como mi amante. Lo era, ya lo sabes, pero podía haberme seguido el juego y no lo hizo, prácticamente se restregó contra mí para hacer más evidente nuestra relación. No contenta con eso también insinuó que yo me aprovechaba de ti. —Suspiró—. Una gran actuación que la señora Carr aprovechó, claro. No le importó mucho lo que pasara entre tú y yo, deduje por sus palabras que aún no eras núbil, pero me amenazó con dar a conocer mis aventuras y poner en entredicho el nombre de Lucille.

La cara de Arabella era de pasmo absoluto. Había imaginado muchas cosas de su tía, pero algo así era demasiado bajo para una dama como ella.

—Usted nunca...

—Jamás. Ya lo sabes. —Carraspeó—. Pero, aun así, ante aquella acusación, me ofrecí a limpiar tu nombre y puse mi apellido y mi título a su disposición. Ella se rio.

—No entiendo.

—Pedí tu mano, Huesos. Si tú me aceptabas, claro.

—¿Usted se habría casado con una niña de trece años?

—Me habría comprometido con una niña de trece años; la boda, por supuesto, habría tenido que esperar.

Ella aún no parecía creérselo.

—¿Y todo por limpiar mi nombre?

—Claro que sí, eso es lo que distingue a un caballero de otro que no lo es, aunque jamás te habría obligado a compartir mi vida. Tú nunca supiste de mi naturaleza, pero yo la tenía muy presente. Mi idea en aquel momento fue la de darte lo que necesitases para vivir feliz: una renta, una casa... Y dejar que fueras libre.

—Yo me habría negado —respondió airada—, jamás habría aceptado su caridad.

Él se acercó un poco más a su rostro y a punto estuvo de decir que no era caridad, sino la determinación de que estaba haciendo lo que consideraba correcto. Calló. Arabella estaba tan sofocada y alterada que, seguro, que iba a discutirsele, aunque supiera que era verdad.

—De todos modos, tu tía no aceptó. Al parecer ya tenía planes para ti. Planes que pasaban por algo mejor que yo. —Arabella intentó replicar, pero ella la interrumpió con un gesto de la mano—. ¿Qué ocurrió? ¿Rechazaste a tu pretendiente?

Arabella cada vez estaba más descompuesta, la conversación había tomado un camino que no esperaba. Siempre se había sentido desamparada ante la decisión que habían tomado su tía y su padre, pero que ahora él también confesara haber actuado a sus espaldas le sonaba a traición. ¿Casarse por limpiar su honor? Ella jamás se lo habría pedido.

Su tono, casi siempre suave debido a la férrea educación que había pulido sus modales, fue subiendo con cada respuesta.

—No hubo ningún pretendiente. Nunca salí de Langdale House. —Se levantó y se dirigió hacia la puerta—. Mi tía aceptó mi tutela a condición de nunca, nunca, me casara. Y mi padre, con tal de no tener que cargar conmigo, me vendió para que fuera dama de compañía de por vida.

Con lágrimas en los ojos, Arabella salió del comedor. Abochornada por haber tenido que admitir que, de alguna manera, era una especie de esclava en el seno de su familia. Sin voz ni voto, sin derechos, sin poder hacer con su

vida aquello que quisiera.

«¡Casada con Rheged!». Ojalá eso hubiera sucedido, casarse con un barón por la fuerza habría sido lo menos malo.

Rheged la interceptó antes de que subiera el primer peldaño de la escalera. Ella se asustó al notar sus brazos alrededor de la cintura, ni en sueños habría creído que alguien podía moverse tan rápido.

—Huesos, mi pequeña Huesos... —La hizo girar sobre las puntas de los pies y la abrazó contra su pecho—. No te vayas. Si lo que necesitas es desahogarte, llora conmigo, pero no te alejes ahora. Debemos continuar hablando. Dime, si tú lo sabías, ¿por qué no me lo contaste?

—Porque yo no era problema suyo.

El rostro del barón mostró una sorpresa genuina.

—¿De veras crees eso? Yo cuido de la gente que quiero, ya lo sabes, y tú has sido y siempre serás mi niña, mi amiga. —Con el pulgar limpió una lágrima que se deslizaba silenciosa por la mejilla—. Ven, tengo algo que enseñarte. Quizá con ello consiga convencerte de que es verdad que te sentía, te siento, muy próxima a mí.

Tiró de su mano en dirección al final del pasillo. Al saloncito por el que se accedía al sótano donde estaba su dormitorio.

—¡Vamos!

Arabella permitió que sus pies siguieran la dirección marcada. Aún estaba alterada por lo que había ocurrido, pero tampoco podía culparle a él de todo aquello. Era la vida, el destino, que estaba escrito, nada más. Algo contra lo que una niña de trece años no podía luchar.

Juntos entraron al salón para, a continuación, ver como Rheged accionaba un mecanismo oculto tras una moldura que deslizaba, hasta dejar abierto totalmente, uno de los paneles de madera que cubrían la pared.

—Encenderé una luz. No quiero que tropieces.

La curiosidad pudo con la reticencia y ella le siguió escaleras abajo hasta una amplia estancia presidida por una vetusta y enorme cama que parecía llenar todo el espacio. El barón se dirigió hacia una cómoda.

—Siéntate.

No había otro sitio, así que, aunque incómoda, Arabella se apoyó sobre el borde del colchón.

De uno de los cajones, Rheged sacó unas cuantas cajas de diferentes tamaños, hizo malabarismos para sujetarlas todas y llegar junto a ella. Las

dejó caer sobre la cama.

—Quiero que sepas que muchas veces pensé en romper mi promesa y presentarme en Langdale House. Si no lo hice fue porque creí que debías continuar tu camino: conocer a ese pretendiente, tener tu primer amor, casarte, tener hijos... Si yo hubiera sabido cuál era tu destino probablemente habría actuado de otro modo. Huesos, nunca te olvidé.

—¿Qué habría hecho?

Él le limpió con el pulgar otra lágrima peregrina que se deslizaba por su mejilla.

—Mmm, raptarte, disfrazarte de mosquetero y vivir a tu costa apostando en los duelos a espada. Bueno, espera, así solo habríamos conseguido morir de hambre.

—Ya no hay duelos... —Los ojos de Arabella continuaban líquidos, pero la broma consiguió el efecto que él buscaba: en su boca se esbozó una tenue sonrisa.

—Eso está mejor. ¿Qué esperas? ¡Ábrelos! —Ella lo miró con cara de no saber qué estaba diciendo—. Empieza por este.

Arabella tomó el paquete, pero aparte de hacerlo girar entre sus dedos no hizo nada más.

—Es el de 1780. Lo compré para ti.

—¿1780?

—Huesos, ¿te has dado un golpe en la cabeza? 25 de enero de 1780; tu cumpleaños. Después, abre este, corresponde a 1781.

Con el índice extendido, Arabella contó las cajas. Había nueve.

—¿Todas son para mí?

—Pues claro, mi niña.

Solo pudo abrir el primero, cuando rasgó el papel y vio que era un ejemplar de *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*, las lágrimas que habían remitido volvieron a aflorar.

—¿Por qué compró todo esto?

Él la rodeó con sus brazos en un gesto de lo más paternal.

—¿Cómo que por qué? Porque por muy lejos que estuvieras, estabas siempre presente. Arabella, si en aquel momento le ofrecí mi mano a tu tía desde luego no fue por caridad. Mi honor me obligaba, cierto, pero no lo habría hecho de no haber sentido algo por ti. Eras una niña, sí, pero yo te quería y te deseaba todo lo mejor. Me gustaba tu compañía, me hacías feliz.

Puede que ese no sea el amor necesario en un matrimonio, pero era un comienzo. —Le acarició con cariño la cabeza—. Arabella, necesito que me creas, pero sobre todo necesito que confíes en mí. Así que, repite conmigo: nada de secretos, nunca más.

Entre hipidos ella consiguió decirlo:

—Nada de secretos.

—¿Y lo que falta?

—Nunca más.

—Eso está mejor.

—¿Usted tampoco tendrá secretos para mí?

La sonrisa enigmática que afloró a los labios del barón la dejó perpleja.

—Todo a su debido tiempo, no puedo contártelo todo de golpe, pero no, tampoco los tendré.

Arabella llenó sus pulmones de aire, necesitaba de ese impulso para saciar su curiosidad. Había una pregunta que la había acosado en sueños durante las últimas dos noches.

—¿Por qué me besó en el callejón?

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué por qué te besé? Tienes una figura deliciosa y excitante. Mi subconsciente llevaba pensando en ese beso desde que salimos de casa.

—¿Solo fue deseo?

—Diga como diga esto lo vas a interpretar mal. Me verás como a un animal.

—Inténtelo.

—Está bien. Te deseé, sí, tu boca es tan sensual que a veces no puedo dejar de mirarla, pero entiende que no eres solo un juguete. Me gustas. Y, además, quiero que me creas cuando te digo que me habría detenido si no hubiera percibido que tú lo deseabas también.

—Ah.

—¿Ah? ¡Qué locuaz!

—No se ría de mí.

—Jamás. Pero no puedo evitar que me excite ver esa inocencia mezclada con la curiosidad y que eso me haga comportarme como un impertinente.

—¿Cómo en este momento?

Él soltó una carcajada.

—Me gusta coquetear, ¿qué le vamos a hacer?

—Es usted un poquito canalla.

—Si alguna vez lo soy, te ruego que me cortes en el acto. —Suspiró de manera exagerada y muy teatral—. No me mires así, Arabella. ¿Sabes que tus ojos me están pidiendo ahora mismo un nuevo beso?

Arabella apartó la mirada mientras sentía que el rubor invadía por completo sus mejillas.

—Mírame, Huesos. Por favor, hazlo. —Ella lo miró con cierta reserva—. Lo acabamos de prometer. Sin secretos, ¿recuerdas? —Ella asintió—. Cuando admitas que quieres ese beso, solo tienes que pedirlo. Te lo daré.

—¿Cómo una especie de sacrificio?

—¿Sacrificio? No te imaginas lo duro que será besarte... —Solo cuando el rostro femenino se desenchajó debido al estupor, añadió la segunda parte de la frase— ...Y tener que parar.

Toda la noche sin dormir

Brahn no es capaz de imaginar lo que ha hecho con esa promesa. No voy a poder pegar ojo pensando en todas y cada una de las probabilidades que puedan darse. ¿Qué si quiero un beso suyo? Qué pregunta más estúpida.

*Londres, madrugada del 4 de septiembre de 1888.
Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.*

¿*E*s solo curiosidad o de verdad quiero que sea él?

Me maravillan todas las reacciones que tiene mi cuerpo cuando le tengo cerca. Los estallidos vienen por donde menos lo espero: me arden las mejillas, mi corazón trota descontrolado y siento un calor agradable por todas partes. Así que he de concluir que sí, que tengo curiosidad por explorar esa parte en la que me siento bella, femenina y mujer. Es... ¿es ridículo decir que es emocionante? Melquisedec, a pesar de su ojo perdido, también es un hombre muy atractivo y no siento, cuando estoy con él, las cosquillas que me deparan la proximidad de lord Rheged.

¡Dios!

Me sorprende que, en algún momento no piense que no es del todo humano. Que no tenga miedo de verle transformado en aquella máscara grotesca y terrorífica que descubrí en el rostro de la baronesa. Es más, cuando ha regresado esta noche y todavía tenía en sus ojos el fulgor de la lujuria, he sentido celos de la garganta que él habrá mordido y besado.

Debo estar volviéndome loca.

En este instante, tan solo de pensar en ello, siento la boca seca y un calor sofocante intenta salir a la luz desde mis entrañas. Esto debe de ser la tentación del pecado, estoy segura. A este paso acabaré ardiendo en el infierno. Sin embargo, no puedo evitar preguntarme por qué sentir ese fuego es

algo tan indecente. No me parece algo tan reprochable. ¿De veras, tía Adelaida, es tan terrible que quiera probar aquello que siempre me has vendido como un pecado? ¿Tú nunca te viste arrastrada por una pasión?

Para mí, lord Rheged es fascinante. Un hombre educado, elegante y atractivo, además de inteligente, divertido y seductor. Tiene ese punto gamberro que hace que quieras abofetearle para después besarle muy fuerte. ¿Qué voy a hacer si me tienta? ¿Debo decir no y arrepentirme dentro de veinte años? Si todo esto significa que estoy a punto de vivir la aventura de mi vida, pues adelante, quiero tenerla y, si al final me estrello, al menos podré decir que lo he intentado. Quisiera ser, aunque solo fuera por una vez, la dueña de mi propio cuerpo.

Lo peor de todo esto no es perder la virginidad y que ya no pueda encontrar un marido en condiciones, eso ya tengo asumido que no ocurrirá, lo más duro es que mi corazón insiste en latir por él y me da miedo, porque no deseo volver a sufrir.

Londres, 4 de septiembre de 1888.

Cementerio de Highgate.

*L*a noche se le hizo tan larga a Arabella después de pasarla en vela, que cuando consiguió dormirse casi rayaba el alba y, como consecuencia, se despertó bien entrada la tarde. No le importó, aunque tuvo que alejar a empujones la voz siempre presente de tía Adelaida que le decía que la pereza era un pecado de los peores.

El día se le hizo cortísimo, cuando quiso darse cuenta ya iba en un coche de punto sentada junto a lord Rheged camino del cementerio de Highgate. En un segundo carruaje les seguía Melquisedec. Los Hansom Cab tienen solo dos plazas y Arabella rechazó que se apretujaran los tres en el asiento y, por supuesto, también se negó a recorrer los más de cuarenta minutos de trayecto sobre las rodillas de Rheged. Maldito barón, solo insinuar aquello era escandaloso.

Gracias a Dios, a eso el cochero también se negó.

—¿Recuerdas todo lo que te he dicho?

—Sí.

—¿Llevas las agujas de plata en su sitio?

Arabella había vuelto a ponerse el vestido de Lucille e iba armada hasta las cejas. A instancias del barón, además de las finas agujas, llevaba escondidos entre las faldas dos cuchillos de la cubertería de tía Adelaida. El poco tiempo de que había dispuesto para prepararse, lo había usado en hacer un par de aberturas a cada lado y coser, de aquella manera, dos fundas para no lastimarse y que tampoco se le cayeran.

—Sí. ¿Por qué vamos a ver precisamente a esa vampira?

—¿A Jezabel? Porque es vieja y sabia.

—¿Quién es?

—Desconozco su nombre real, yo ya la conocí como Jezabel, pero sí sé algo de sus orígenes. Su transformación tuvo lugar bajo el mandato de Pirro, tres siglos antes del nacimiento de Cristo, fue una pitia del Oráculo de Dodona.

—Una vidente... —Él asintió, aunque Arabella no había preguntado—. Sí que es vieja.

—Y no te confíes, a pesar de su aspecto delicado y suave, es una vampira complicada.

—¿Más que María?

—Diferente.

—¿En qué sentido?

—María es falsa; juega a tentarte, a seducirte y solo muestra su apuesta cuando te tiene entre sus garras. Le gusta sentirse admirada, pero también el poder que da tener dinero y, para conseguir ambas cosas no le importa llevarse a quien sea por delante. Le mueve la codicia. Jezabel... es caprichosa, se sabe poderosa por ser lo que es y no lo oculta. Es voluble. Cruel. Disfruta haciéndole daño a los demás. La mejor arma para que ella no te vea como a un juguete es demostrarle que eres su igual.

—Muy alentador.

—Te quiero con la barbilla muy alta. Orgullosa de ser quien eres.

—Ja.

—Huesos...

—Lo intentaré.

—Lo harás.

El coche de punto les dejó en una esquina lóbrega y solitaria en la que esperaron la llegada del vehículo que traía a Melquisedec. Juntos caminaron un trecho y, cuando localizaron un lugar apropiado, ayudaron a Arabella a saltar la valla que circundaba el recinto.

Lo que ella vio en el interior le hizo exclamar:

—¿Cómo puede vivir aquí? Es un lugar horrible. ¿Esta es la parte nueva?

—No, estamos ante las primeras tumbas. Jezabel vive en la parte oeste, en lo que se llama El Círculo del Líbano. ¿Lo conoces? —Ella negó—. Pues a través de uno de los panteones se llega a una gruta subterránea: la residencia de Jezabel. Ella vivía aquí mucho antes de que se construyera el cementerio y no quiso marcharse, en el fondo es un lugar ideal: tranquilo, solitario... Y si alguien pudiera descubrir su presencia, se podría achacar a la sugestión; como

puedes comprobar es el escenario adecuado para una novela de terror.

—No sé si decir que da más miedo que Whitechapel en plena noche, a pesar de todos esos rincones oscuros y mugrientos. Aquí se respira un aire más limpio, pero el ambiente es espeluznante.

Caminaron bajo los árboles acompañados únicamente por la luz de la luna. El día había sido lluvioso, pero en ese instante un gran claro de nubes les permitía ver por dónde pisaban y las hojas caídas, anticipo de un otoño que estaba a la vuelta de la esquina, cubrían del suelo como una alfombra de manera que uno podía caminar sin llenarse de barro.

—Es increíble. No tiene ni cincuenta años y ya parece abandonado. La vegetación se come las tumbas.

—Los árboles son tan frondosos que no dejan pasar apenas luz, la humedad se condensa y todo crece y crece.

Cuando llegaron a la puerta de la Avenida Egiptia, Arabella se detuvo en seco. Melquisedec, que iba un paso tras ella, no pudo evitar chocarse contra su espalda; tuvo que sujetarla por los hombros para que no cayera de boca.

—Perdón.

Ella, con un salto gracioso, se apartó del híbrido.

—¿Es por aquí?

—Es bonito, ¿no crees? —respondió el barón.

—Precioso.

—¡Huesos! Ese *precioso* no ha sonado nada sincero.

Ella le miró entrecerrando los ojos, a la luz de la luna su palidez se veía fantasmagórica, pero en su rostro se veía diversión; el muy canalla se lo estaba pasando en grande.

—No tiene gracia.

Rheged se esforzó porque su voz sonase menos jocosa.

—Estoy de acuerdo, no la tiene. —Se dirigió al híbrido ya con total seriedad—. Mel, inspecciona el lugar antes de que entremos, no quiero sorpresas.

Melquisedec desapareció sin hacer el más mínimo ruido y ellos esperaron en silencio junto a la entrada. Regresó tras tres o cuatro minutos para indicarles que el camino estaba despejado.

La verja estaba entreabierta y al traspasarla y meterse en aquella construcción —un pasillo flanqueado por más tumbas que parecía techado por lo frondoso de los árboles que había sobre sus cabezas—, Arabella acusó un

frío interior que no había sentido con anterioridad. Le habría gustado que lord Rheged hubiera pasado el brazo sobre sus hombros, se habría sentido menos expuesta, pero no podía pedirselo, era tomarse con él demasiadas confianzas.

Orgullosa, capaz, independiente. Cuadró sus hombros, levantó el mentón y avanzó en la oscuridad. Dio un traspié y gracias a que el barón la cazó al vuelo, no dio con su trasero en el suelo.

—Mira por dónde pisas.

—Dijo que debía de caminar como si fuera una reina, pero está visto que no puedo hacerlo. No se ve nada con tan poca luz.

Él le ofreció el brazo como si fueran a iniciar un baile.

—Yo te guiaré.

Cuando llegaron al pasillo circular que rodeaba el gran cedro central, el cielo volvió a estar presente sobre sus cabezas. Arabella alzó la vista y se encontró con un águila amenazadora, tallada en la piedra, que la observaba con el pico entreabierto y las alas a punto de iniciar el vuelo. No se encogió de milagro. Orgullosa, capaz... y ¿qué era lo otro? Ya no era capaz de recordarlo.

Menudo sitio.

Se detuvieron frente a un retranqueo entre dos panteones, allí había un pequeño arco de piedra cerrado por una cancela de hierro que carecía de decoración. Rheged se adelantó un paso y la abrió sin dificultad, pero el chirrido del metal debió escucharse en tres millas a la redonda y el corazón de Arabella, que ya iba rápido, comenzó a dar golpes en su pecho como si quisiera huir de su cuerpo. Intentó respirar hondo, todo lo que le permitió aquel ajustado corsé.

El pasadizo daba a una especie de jardín oculto saturado de helechos, cruces de piedra amontonadas de cualquier manera y una hiedra que trepaba por los troncos de los árboles hasta hacerlos desaparecer. Con razón habían comprado más acres para construir la parte nueva; allí no cabía un alma más.

Se vieron obligados a caminar en fila.

Una pequeña torre, otra puerta y una escalera que los condujo a las entrañas de la tierra. Humedad, calor, olor a cerrado... Casi a tientas descendieron hasta llegar a una sala enorme excavada que tenía el techo abovedado y se iluminaba con velas aquí y allá que lo llenaban todo de siniestras sombras.

Para no volver a tropezar, Arabella, sin inclinar la cabeza, caminó mirando el suelo y encontró que entre la tierra suelta que caía de las paredes se veían

restos de un bonito pero antiguo mosaico. Cuando se acostumbró a la poca luz reconoció la parte visible de aquellos dibujos y se sorprendió. ¿Aquello era un centauro? ¡Dios santo! Estaba pisando un mosaico romano. Se quedó tan embobada admirándolo e intentando adivinar cómo eran las partes cubiertas de tierra, que cuando llevó de nuevo su vista al frente frenó en seco. Sobre una especie de jergones había tres o cuatro —era difícil saberlo, todos aquellos cuerpos estaban enredados—, licántropos medio dormidos.

Arabella dejó de respirar. Lo que tenía delante no se parecía a nada que hubiera visto hasta ahora. El cuerpo de aquellos seres podía tener las mismas partes que las de un ser humano: cabeza, tronco, brazos y piernas, pero hasta ahí llegaba todo el parecido. Estaban recubiertos por completo por un pelaje tupido, más largo en la zona de la cabeza que en el resto del cuerpo; el cráneo era alargado como el de un animal, con un poderoso hocico por el que asomaban unos desarrollados caninos, y sus brazos terminaban en unas manos con forma de garras y unas uñas de apariencia acerada. Eran grandes y musculosos, su aspecto era aterrador.

Sin embargo, en ese instante no parecían peligrosos. Quizá porque se les veía medio amodorrados. ¿Estaban drogados? Por sus ojos vidriosos y lo lento de sus movimientos daba la impresión de que hubieran tomado láudano.

Uno de ellos se giró y Arabella apartó la mirada.

Mientras estaba de espaldas ella no se había sido consciente, dada la cantidad de pelaje, de que no llevaban ropas, pero ahora... Ese hombre o lo que fuera, estaba totalmente desnudo y sus genitales eran descomunales.

«Respira, Arabella, lo que tienen entre las piernas no es tan diferente a lo que viste en aquellos grabados que encontraste entre los libros de Rheged».

Un lametazo en su mano derecha la distrajo y le hizo mirar de nuevo al suelo. Un mastín enorme con los ojos totalmente negros, que no podía cerrar la boca de lo largos que tenía los caninos, estaba sentado a su lado y con su actitud parecía pedirle caricias. Sintió pánico. ¿Aquello era un perro vampiro?

La habitación comenzó a darle vueltas y el aire empezó a sentirse tan denso que daba igual lo mucho que ella abriera sus narinas, no fue capaz de conseguir que llegara hasta sus pulmones. En un alarde de valentía, alargó la mano y le tocó con suavidad la cabeza. El animal se comportó como un buen perrito y le dio dos lametazos más hasta que una voz femenina le reprendió con solo decir su nombre. Tras la llamada de atención de su dueña se levantó

y, cabizbajo, se tumbó en un rincón.

Detrás de aquel montón de cuerpos peludos emergió una ninfa. Y si no lo era, lo parecía.

Arabella, al verla, quiso saludar educadamente, pero ni pudo articular palabra ni inclinar la cabeza a modo de respeto. Se quedó paralizada a pesar de que Jezabel no tenía nada de espeluznante, al contrario, era un angelito que no parecía haber sobrepasado del todo la pubertad. Aunque bien pensado, quizá lo que se escondía bajo aquella aparente y delicada fragilidad era lo que daba miedo. Cuando la mirabas con atención, te dabas cuenta de que bajo aquella fingida dulzura había mucho más. Sus ojos no engañaban. En ellos había soberbia, fuerza, arrogancia... Había maldad.

Además de todo eso, Jezabel era tremendamente sensual e incitadora. Iba descalza, con el ondulado cabello rubio suelto hasta mitad de la espalda y cubierta tan solo con una tela semitransparente que sujeta por una especie de broche a uno de los hombros, escondía muy poco. Su piel era inmaculada, blanca como el alabastro, y sus rasgos preadolescentes, finos y delicados.

Era una joven hermosa. Muy hermosa.

—Cómo celebro tener visita.

—¡Jezabel! Me alegro de verte. —La voz del barón no pudo sonar más falsa, pero la vampira sonrió.

No se tocaron ni se dieron la mano ni se abrazaron. Ella hizo una grácil reverencia y Rheged se tocó el ala de la chistera con la empuñadura de marfil de su bastón.

—Te presento a mi protegida, la señorita Blunt.

Cuando Jezabel puso sus ojos sobre Arabella, todo el candor de la juventud desapareció. Su mirada se tornó más voraz, sus rasgos se volvieron afilados. Sin cambiar nada, sufrió una terrible transformación.

—Encantada de conocerla por fin —gorjeó Arabella alargando su brazo buscando estrechar su mano—. Me han hablado muchísimo de usted.

Una actuación digna del Savoy.

La vampira no se movió y dejó a la joven con la mano en el aire, pero la forma en que la observaba alarmó al barón. Rheged reaccionó rápido y no le dio tiempo a que pensara la respuesta a las palabras de Arabella. Cambió de estrategia y fue directo al motivo de su visita.

—Estamos aquí porque al parecer hay un *maledicti* campando por Londres y eso es terrible para la comunidad. ¿Sabes algo sobre el tema?

La mera mención de un *maledicti* fue milagrosa; acaparó toda la atención de la vampira. El hambre en sus ojos desapareció.

Bendita distracción.

—¿Estás seguro de eso?

—La señorita Blunt lo vio con sus propios ojos.

Jezabel examinó por segunda vez a Arabella, de nuevo a conciencia, pero con una actitud diferente. Ahora sentía curiosidad. Al final, a pesar de lo que pensaba sobre los humanos —para ella eran solo comida— se decidió a dirigirle la palabra.

—¿Qué viste, niña?

Arabella pasó por alto el tono prepotente con el que le habló Jezabel e hizo una precisa descripción, aunque omitió que conocía aquellos tirabuzones rubios desde que podía recordar. La vampira no dijo nada, dio media vuelta y se sentó sobre una lujosa silla dorada que, a modo de trono, estaba dispuesta en un rincón. Se quedó un minuto entero como en una especie de trance.

—Es cierto, Rheged, es un *maledicti*, pero yo no sé nada del tema. Lo juro. —dijo por fin con gravedad mientras aguantaba la mirada del barón en un intento de que él viera que lo que decía era la verdad. La noticia de que era portador de cartas del Consejo debía de haber llegado incluso hasta aquel escondido lugar.

—Apelo a tus conocimientos y a los de tu vástago, Balthazar. Necesitamos detenerlo, saber si tiene cura o...

La respuesta fue tajante.

—Hay que matarlo o nos destruirá. —Alzó la voz—. ¡Balthazar! Te necesito.

Por un pasillo lateral intuyeron movimiento y los tres se giraron en aquella dirección. No fue la presencia del vampiro lo que más les impresionó, sino la de Lucille, que un paso atrás y luciendo un vientre abultado, le seguía como un corderillo.

Las miradas de Rheged y Lucille se encontraron, pero ella desvió con rapidez la suya hacia el suelo.

—Esta humana ha visto un *maledicti* por las calles de Londres —dijo Jezabel—. Puedes preguntarle, pero su descripción es tan precisa que no hay ninguna duda.

El rostro de aquel hombre afable y entrado en años permaneció impassible, pero su voz se quebró cuando intentó repetir la palabra *maledicti*. Le llevó

unos segundos reponerse y hablar. A Arabella le pareció que recitaba aquellas palabras de memoria.

—Escondido entre las cubiertas de un antifonario que se quemó en la abadía de Melk, había un documento que hablaba de esos seres demoníacos. Los crean los neonatos que se creen con el poder para desafiar a nuestros padres y tener su propia prole. Son seres incompletos, nacidos de una sangre débil que aún no tiene el carácter necesario para gestar nuevos hijos. Recién nacidos los... *maledicti* —parecía que le costaba pronunciar aquella palabra— no parecen haber obtenido los poderes de los seres de la noche, pero conforme van pasando los días, la sangre del vampiro creador lucha por imponerse. A cada día que pasa están más cerca de ser una bestia. Se vuelven locos. Tienen momentos de lucidez humana, de destellos de verdad, pero se ven abocados al infierno.

Arabella, olvidando por un momento dónde estaba, preguntó con inocencia:

—¿No tienen cura?

El vampiro la miró, sus ojos eran tan claros que parecía ciego.

—La buscan tomando toda la sangre humana que consiguen para que luche contra la de su padre vampírico, pero, aunque les alivia, no les dura mucho. Yo nunca he conocido a ninguno que pudiera superarlo.

Rheged seguía mirando a Lucille. Ella se dio cuenta y tomó de la mano a Balthazar, que le correspondió con un afectuoso apretón. El barón comprendió, Lucille había encontrado lo que buscaba: un vampiro que la protegiera y al que darle esa hija bastarda que se convertiría en bruja.

Asintió y ella le correspondió con una sonrisa. Asunto terminado. Con ese gesto, Rheged se liberaba de la sensación de que todavía le debía algo. Solo esperaba que el fruto de su vientre no cayera en las manos de Jezabel, pero ese tema no era ya de su incumbencia, le correspondería solucionarlo a Balthazar.

Arabella también la miraba, aunque al mismo tiempo, le hubiera gustado que se la tragara la tierra. Lucille la reconoció, cómo no hacerlo, ya no era una niña, pero esos ojos verdes grandes y expresivos no podían pertenecer a otra persona. También reconoció el vestido, lo que provocó que se ampliase su sonrisa. Le recordó una escena que sucedió diez años antes en Edimburgo cuando Rheged, preocupado por su seguridad, quiso que le confeccionaran un arma a medida. Fijó la mirada en sus ojos y esperó a que Arabella le correspondiera para mostrarle su aprobación. No eran enemigas, ya no, Lucille tenía otras batallas que ganar.

Balthazar continuaba hablando.

—No son demasiado listos, la mezcla de sangres les confunde, pero quienes se han encontrado con alguno dicen que tienen la fuerza de diez vampiros. Y lo más importante, no debéis dejaros engañar por sus momentos de lucidez; son demonios. Me temo que habrá que destruirlo cuanto antes.

Arabella sintió que se mareaba. La psicosis por estar en aquel lugar había remitido, en ese instante solo podía pensar en las palabras de Balthazar.

El camino de vuelta hacia la salida lo hicieron en silencio, sintiéndose observados por centenares de nombres tallados en las duras lápidas y por miles de plantas cuyas raíces sobresalían de la tierra para abrazar, de forma simbólica, los fríos hogares de los muertos.

Para Arabella aquella visión fue de algún modo una metáfora. Al igual que los colmillos de los vampiros se clavaban en la piel de los humanos y chupaban su sangre, las raíces rompían las lápidas al salir de la tierra y parecían empeñadas en sacar todo el jugo de aquellas piedras abandonadas.

¿Es un abrazo suficiente protección contra el mundo?

Si Arabella se desmorona, yo seré su puntal.
He de darle eso; se lo debo.

*Londres, madrugada del 5 de septiembre de 1888.
Residencia de Lord Rheged, Whitechapel.*

*D*urante el camino de vuelta la he visto callada y triste y he sentido ganas de acunarla entre mis brazos como hice aquel día que me colé en su habitación en Langdale House.

La de veces que habré recordado ese momento: empezar por sentirla llorar contra mi pecho, dejarla desahogarse y, por fin, verla respirar algo más tranquila. Creo que en pocas ocasiones me he sentido tan triste por no poder hacer nada real por ella y, a la vez, bien conmigo mismo solo por haber podido pasar esos malos momentos a su lado.

En este instante, si no fuera porque Arabella puede pensar otra cosa —que lo hago por apagar mis bajezas—, subiría hasta su dormitorio y la cubriría de besos hasta que sonriera relajada entre mis brazos. Quisiera hacerlo, pero ya no es una niña. Ya no puedo cuidarla y ampararla entre ellos, aunque sea lo que más deseo en este mundo.

No sé si ha asimilado bien todo lo que nos ha dicho Balthazar, ciertamente no es algo que uno pueda tragar de una sola vez. Lo que está ocurriendo le está pasando a su hermano. Su hermano. Y aunque han pasado diez años desde la última vez que hablaron, ella ha venido a buscarle desde muy lejos y seguro que está pensando en cómo puede salvarle.

La admiro. Ella está haciendo por James lo que yo debería haber hecho hace mucho; ir a su encuentro.

*Londres, 5 de septiembre de 1888.
Grosvenor Crescent, Belgravia.*

*T*ras el asesinato de Mary Ann Nichols, Rheged había dejado patente su malestar contra las exageraciones sensacionalistas de los periódicos y había pedido a Suke que dejara de ojearlos, —había sido un crimen horrible, realmente, pero la prensa hizo de todo aquello un espectáculo aún más macabro con aquellos dibujos sobre las muertes—, y para ello habían dejado de comprarlos. Pero esa mañana, Melquisedec, que había salido a recoger el guardarropa masculino de Arabella, regresó con un periódico bajo el brazo y una cara de total preocupación.

Primero se lo enseñó al barón y, después, entre los dos intentaron suavizar la noticia para que Arabella no colapsara a la primera de cambio. No había forma de decirlo de forma suave, aunque lo intentaron: su tío, lord Horace Blunt, había sido asesinado. Le habían degollado y molido a golpes.

Cuando se lo dijeron, ella se quedó de pie, catatónica, con los ojos muy abiertos, la piel pálida y los puños cerrados.

—¿Asesinado?

—Anoche.

La siguiente pregunta puso en voz alta lo que todos pensaban:

—¿Habrà sido James?

—En el periódico dicen que fue un ladrón.

—Pero después de lo que nos contó Balthazar... —balbuceó ella aún conmocionada.

Rheged se acercó y la sujetó por los hombros.

—No debemos hacer juicios precipitados. ¿Por qué iba James querer matar a un familiar?

Ella todavía no parecía reaccionar con normalidad.

—Tendré que ir —murmuró casi de forma inaudible.

El barón se giró y miró hacia la ventana; el sol estaba en lo alto. A pesar de que la gruesa cortina tapaba bien los cristales, él podía sentirlo.

—Yo la acompañaré —se ofreció Melquisedec.

Rheged dio un suspiro de alivio.

—No la pierdas de vista.

—Lo juro por mi vida.

La residencia de Lord Horace Blunt estaba en el número siete de Grosvenor Crescent, en pleno barrio de Belgravia. El cochero les tuvo que dejar en la esquina por la cantidad de gente, carruajes, vecinos curiosos, periodistas y amigos que visitaban a la viuda para darle el pésame y que se arremolinaban junto al majestuoso coche de caballos con crespones negros que esperaba al féretro en la misma puerta de la entrada.

Arabella había tenido que ponerse un vestido de Lucille; ella no tenía nada de duelo riguroso en su exiguo guardarropa, pero fue curioso que después de hablar con Rheged y verla en Highgate, ya no le costara tanto tener que vestirse con sus ropas. Aquello había cerrado un capítulo en su vida: su animadversión por Lucille.

Aunque si hubo algo que le hizo odiar ese momento fue que, con toda la vergüenza del mundo, tuvo que pedirle ayuda al barón. Consiguió ponerse la camisola, los calzones y las calzas, pero cuando llegó al corsé fue incapaz de tirar correctamente de las cintas de atrás para ceñirlo a su cintura. Cuando ya estaba sudando y pensaba que se quedaría atrapada para siempre entre aquellos cordones, se colocó una enagua para tapar sus piernas, tomó una bata para cubrirse por delante y lo llamó mientras se ponía de espaldas a la puerta.

—Pero, Arabella, la enagua se coloca después de ceñir el corsé y colocar el polisón —le dijo nada más entrar—. Deja que te ayude.

Fue muy amable. Cerró los ojos cuando ella se lo pidió y actuó como si no estuviera vistiendo a una mujer que llevaba tan poca ropa. Arabella pudo observarle a placer a través del espejo y, por primera vez en su vida, le vio serio, concentrado en algo que le tenía en algún lugar muy lejos de aquella habitación. No hizo ningún comentario sobre lo que rondaba por su cabeza, pero no era difícil adivinarlo; estaba preocupado. Ella se sentía igual.

Cuando Arabella y Melquisedec se aproximaron a la puerta de la vivienda se sintieron observados por la muchedumbre reunida en la calle. Su curiosidad tenía cierta lógica: una mujer joven, desconocida, completamente de negro, con un vestido algo pasado de moda pero de rico tejido y confeccionado para realzar la belleza de un cuerpo femenino, seguida dos pasos atrás por un individuo alto y atlético, de rostro afilado y lobuno, que lucía un parche de cuero negro cubriendo uno de sus ojos. Era imposible que pasaran desapercibidos, sin buscarlo llamaban la atención. Y mientras se acercaban a las columnas de la entrada, el silencio de los allí reunidos dio paso a susurros malintencionados: «¿Quién es esa desconocida?».

En aquellas mentes de miras estrechas y doble moral comenzó a germinar una idea: la segunda esposa del parlamentario era bella y joven, pero también voluble y caprichosa. ¿Habría alguna posibilidad de que aquella mujer de negro fuese una amante? Su escolta, aquel hombre alto y con aspecto amenazador, no hacía sino reforzar aquella teoría. Una verdadera dama jamás se dejaría ver en compañía semejante.

Arabella tuvo que hacer de tripas corazón y pasar por entre los curiosos intentando que sus pasos mantuvieran la elegancia de una buena cuna, pero al llegar a la puerta, el mayordomo que estaba plantado junto a ella la detuvo y le pidió la invitación. Los murmullos despertaron con fuerza a sus espaldas y crecieron cuando ella negó con la cabeza. De la manera más discreta posible Arabella le explicó que era la sobrina del afectado; que acababa de llegar a Londres y aún no había tenido tiempo de presentarse en casa de sus de sus tíos para saludarles. Como aquel guardián de la entrada continuaba mirándola impertérrito, ella añadió que acababa de enterarse de su fallecimiento por la prensa.

Por fin, tras un largo minuto en el que la examinaron de arriba abajo, la dejaron pasar, pero aún con todas esas aclaraciones, el mayordomo siguió observándola desde su puesto como si fuera un bicho raro que se había colado sin permiso.

Entrar fue claustrofóbico. Cortinas cerradas, espejos cubiertos con telas negras, crespones sobre las puertas... El ataúd en mitad de la sala, rodeado de gente vestida de luto y de susurros, de perfumes y olores intensos —algunos no demasiado agradables—. A pesar de las generosas dimensiones de aquel

salón, uno sentía que se asfixiaba.

El féretro estaba cerrado, gracias a Dios. La visión de una garganta desgarrada podía cubrirse con las ropas, pero el rostro destrozado no debía de ser agradable para nadie.

Al menos Arabella no tuvo que entretenerse saludando y presentándose, al igual que en la calle, sintió un vacío manifiesto a su alrededor. Allí no había nada que ella pudiera hacer.

Dio una vuelta. Las señoras le daban la espalda, los caballeros la miraban. «¡Al diablo!».

Ella no había hecho nada censurable; que pensarán lo que quisieran.

Preguntando a un sirviente se enteró de que el funeral sería allí mismo en menos de una hora y que su tía estaba en el piso de arriba, custodiada en la aflicción por sus hermanas.

Se acercó hasta el marco de la puerta, donde Melquisedec, cuya altura le permitía ver por encima de casi todas aquellas cabezas, la tenía bajo vigilancia.

—Mel, voy a presentarle mis respetos a tía Elinor.

—Te sigo.

—Está arriba, en su dormitorio. Tú no puedes subir.

—El barón me ha pedido que no te pierda de vista.

—Hay mucha gente por todas partes, no me pasará nada.

—No me gusta.

—Solo será un momento, lo prometo. —Lo miró con ansiedad hasta que le vio asentir—. ¿Por qué no intentas colarte en el despacho? He escuchado que lo mataron allí. A lo mejor encuentras algo que a la policía se le haya pasado por alto.

—De acuerdo, pero si en cinco minutos no estás otra vez aquí abajo, subiré y, si es necesario, montaré un escándalo derribando la puerta.

Arabella le dio dos golpecitos en el hombro —le entendía, aquello se les escapaba de las manos— y se dirigió hacia las escaleras. Comenzó a subir despacio, pero cuando estaba llegando al primer rellano se detuvo; la sensación de que algo le oprimía el corazón era muy fuerte. ¿Qué podría decirle a su tía? Se detuvo e imaginó la conversación.

—«Buenas tardes, quería tía Elinor, encantada de conocerte. Probablemente no sepas que existo, pero soy la sobrina de tu difunto esposo, esa que enviaron al norte cuando tenía doce años a casa de tu cuñada. Sí, Adelaida, veo que a

ella sí la recuerdas, es quien echa pestes de ti cada vez que sales a la conversación...».

Un relámpago seguido de un trueno ensordecedor se escuchó con claridad y en el vestíbulo se hizo el silencio. Arabella se aferró a la barandilla y observó como los presentes se miraban las caras como si aquello fuera un mal augurio. Ella no pertenecía a aquel círculo y no pudo sentirse más fuera de lugar.

Giró sobre sus talones y comenzó a deshacer el camino. Nadie sabía que estaba en Londres y así debía continuar. Dio una vuelta por el gran *hall* ignorada por todos, aunque era evidente que había ojos que no dejaban de observarla, y esperó a Melquisedec. Menos mal que su padre seguía fuera del país y no estaba presente; nada habría podido prepararla para enfrentarse a él.

—Mel, —sintió alivio al encontrarle, al menos él no la miraba con censura — ¿qué has averiguado?

—Han detenido los relojes de esa habitación a la una; debe de ser la hora en la que creen que ocurrió. Tú tío estaba sentado en un sillón junto a la chimenea tomando un brandy y leyendo, había un libro sobre la alfombra abierto y manchado de sangre, y una copa hecha añicos. La ventana tiene los cristales rotos y la cerradura está reventada, pero, a pesar de eso, no se ven signos de lucha. No sé si se quedó tan sorprendido que no intentó defenderse o conocía al agresor y no pensó que acabaría así. También es raro que no hayan retirado los cristales y limpiado, pero he oído que están esperando a un detective adjunto de Scotland Yard.

—¿Nada más?

—El olor que flota en el aire...

—¿Qué?

—Huele a pescado, a suciedad.

—¿Igual que olía James la última vez que le viste?

—Algo así.

—¿Entonces fue él?

—No puedo confirmarlo con seguridad. Si viera el cadáver...

—El féretro está cerrado y hay mucha gente alrededor.

—Lo sé. No creo que tengamos la oportunidad.

—De todos modos, presta atención, es posible que entre tantos susurros y cotilleos averigüemos algo más.

Minutos más tarde, cuando casi estaba a punto de comenzar el funeral, llegó lord Rheged. Impresionante, todo vestido de negro, camisa incluida, detalle que le diferenciaba de los demás caballeros, que creyeron al verle que eso ya era motivo suficiente para comentar su aparición como si fuera algo escandaloso. Lo cierto es que iba impecable con su levita de un rico tejido aterciopelado, el chaleco de brillante satén y la corbata anudada con un lazo al cuello. Pasado de moda quizá —el vestuario de un londinense adinerado se renovaba demasiado a menudo—, pero muy elegante. Además, iba impoluto a pesar de la lluvia rabiosa que estaba cayendo. Mojado, sí, pero sin ni una mota de barro en los zapatos.

Se quitó el sombrero al entrar, pero no las gafas de cristales tintados que llevaba para protegerse de la luz y eso llamó, un poco más si es que se podía, la atención de todos los presentes.

A pesar de todos aquellos vestidos negros que hacían que las mujeres se parecieran unas a otras, a él solo le hizo falta echar una mirada para localizar a Arabella. Ella le observaba desde un rincón. En el momento en el que él hizo su entrada, sintió su presencia y se puso de puntillas para buscarle entre la gente.

De alguna forma estaban conectados.

Apoyada en la pared le observó moverse con elegancia y esquivar a todos los presentes que, movidos por la curiosidad, se iban volviendo a su paso.

Cuando le tuvo enfrente se le cortó el aliento.

—Has llegado.

—La lluvia me ha permitido salir antes de hora. ¿Estás bien? —Espero a que asintiera—. ¿Cómo está tu tía?

—No he subido a hablar con ella. —Agachó la cabeza avergonzada y se excusó—. Después de todo, no iba a reconocerme.

»Brahm...

Él la miró sin ningún recato. Que ella pronunciara su nombre de pila le hacía temblar las rodillas. Sonaba tan dulce.

—Dime.

—¿Podríamos irnos? —La notó bastante azorada—. La realidad es que, ahora que estoy aquí, no sé a qué he venido. No conozco a esta gente, no los siento como mi familia. Preferiría estar en tu casa.

Ante esa declaración, algo parecido a la emoción le hinchó el pecho y le hizo esbozar una pequeña sonrisa.

«Prefiere estar mi casa».

Rheged se colocó la mano abierta sobre el pecho a la altura de su corazón para que ella tuviera la certeza de que su casa se extendía a cada rincón de su ser.

—Mi casa es tu casa, Arabella. —Le ofreció el brazo—. Siempre lo será. Ella se colgó de él, era eso o desfallecer.

No soy nadie, no soy nada

No sé por qué motivo he insistido en ir a la residencia de mis tíos. Realmente no se me había perdido nada allí.

Londres, 5 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

He puesto en peligro al barón para nada porque, aunque el cielo está cargado de agua y no permite que la luz solar traspase las gruesas nubes, siempre es un riesgo que salga a la calle en pleno día.

Mi comportamiento de hoy ha sido horrible. Debería haber presentado mis respetos y haberme puesto a disposición de mi tía, pero no he sido capaz. A mi cabeza ha regresado aquel día en el que mi *fabulosa* y preocupada familia organizó mi vida con el cuerpo de mi madre aún caliente. Mi tío Horace se lavó las manos ante el coronel. Su pretexto: no podía hacerse cargo de una niña pequeña, su mujer —por aquel entonces tía Harriet— estaba muy delicada y él no quería que nada ni nadie la importunase. Con mi hermano fue distinto, a él, un varón, podían enviarle a un internado, así que se lo quedaron. Además, James lo heredaría todo tras su muerte ya que los dos hijos de lord Horace habían muerto de unas fiebres siendo aún bebés.

Mi tío era una persona de buen talante, pero nunca quiso a mi madre; no aceptó que su hermano se encaprichara de ella, no tenía título ni riquezas. Tampoco me quiso a mí; seguramente porque me parecía demasiado a ella.

Yo nunca lo quise. Fin del asunto.

Pero lo cierto es que no todo acaba ahí. En realidad, esa es la excusa que pongo siempre por delante, pero ¿es solo eso o hay algo más? ¿Cuál ha sido de verdad mi miedo? ¿Por qué he salido corriendo? Sé lo que me ha ocurrido, no es necesario que lo medite demasiado. Además del resentimiento, tengo otros motivos y son puramente egoístas: no quiero que vuelvan a cortarme las alas.

De haberme hecho visible, tras el sepelio me habrían enviado directamente a casa de tía Adelaida a cumplir con mis obligaciones familiares.

Y vuelta a empezar.

Soy consciente de que sola tengo un futuro de lo más incierto. Vivir en Langdale House me proporcionaría una vida monótona y gris pero cómoda, con un plato de caliente diario y un techo sobre mi cabeza. Sin esa seguridad no sé qué va a ser de mí, pero encontraré un trabajo, el que sea, y saldré adelante en Londres o en cualquier otra parte. No tengo miedo.

Puede que esa necesidad de descubrir el mundo no sea más que el sueño de una niña que se ha criado encerrada en una casa en el campo, pero si me quedo allí mucho más tiempo me moriré sin conocer lo que es vivir. Una humana sin pretensiones, sin apenas cultura, sin grandes atributos... Para esta sociedad: nadie, nada.

Lo difícil fue dar el primer paso, pero eso ya lo he conseguido y ahora creo que nada puede pararme. Estoy convencida de que puedo ser la dueña de mi camino y olvidar lo que quisieron hacer de mí.

Además, también está esa otra parte, la que antes solo existía en los libros: amar de verdad. Esa que siempre me dijeron que era indecorosa e impensable para alguien con mi educación. Esa que para mis parientes es solo un contrato. ¿Qué se sentirá al estar en los brazos de un hombre? ¿Cómo será que te besen, te acaricien y te miren como si no hubiera nadie más en el mundo? Si el beso que la otra noche me dio el barón en el callejón es un anticipo, no quiero morirme sin experimentarlo. Ahora lo quiero todo.

El barón.

Me doy perfecta cuenta de que, en su presencia, mis sentidos están a punto de estallar. Su mirada me turba, sentir el calor de sus manos se ha convertido en una obsesión —a veces me pongo cerca de él a propósito para intentar que me roce o acaricie, aunque lo haga de forma fraternal como cuando tenía doce años—, tener su atención cuando hablo como si lo que yo dijera fuese importante, saber que se preocupa por mí... No entiendo qué es lo que me pasa cuando está cerca, solo sé que me ahogo por dentro.

¿Y si yo me atreviera a pedirle que me descubriera esa parte de lujuria y pasión que veo en sus ojos? Nada más, solo eso.

Soy consciente de que si llamo a esa puerta no podré atravesar el dintel; Brahn es un ser fabuloso, inmortal, seductor e irreal y yo no tengo cabida en su mundo fantástico. Pero también es un hombre y, si me ofrezco a él, es poco

probable que me rechace. Tía Adelaida dice que no ha conocido a ningún hombre que no quiera la compañía nocturna de un cuerpo cálido y joven.

¡Dios mío! Vuelvo a mentirme a mí misma, igual que aquella noche cuando le vi con Lucille. Me quedaría con él si me lo pidiera. Como amiga, compañera, amante e incluso como criada.

Mi respuesta sería sí. Sí a todo.

A pesar de saber que acabaré con el corazón roto.

Londres, 5 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Arabella todavía llevaba el pesado vestido de luto cuando se miró en el espejo de cuerpo entero que estaba frente al armario de Lucille en el dormitorio. La excursión al domicilio de sus tíos la había dejado exhausta. Estaba pálida y se le marcaban las ojeras; tenía mala cara.

De primeras pensó que le resultaría complicado quitarse la ropa ella sola, pero, decidida a no llamar ni al barón ni a Melquisedec, con paciencia fue sacando capa tras capa —faldas, enaguas y polisón— hasta llegar al corsé, donde se detuvo para observarlo con detenimiento. Acarició el rico tejido, se giró y miró como pudo la parte de atrás. Desde luego Lucille sabía elegir todas y cada una de sus prendas. Aquella coraza era de color morado, decoraba con diminutos bordados y ribetes negros al igual que las calzas.

Se sentó frente al tocador, se soltó el pelo y lo cepilló en silencio sin dejar de observarse. Con el cabello negro sobre los hombros y la ropa interior de lujo parecía un poco casquivana. Tía Adelaida no la reconocería con semejante atuendo, pero Arabella se observaba y no le desagradaba lo que reflejaba el espejo, esa ropa indecente le hacía sentirse atractiva.

Que llamaran a la puerta la hizo saltar de la silla; que la abrieran a continuación, gritar.

Lord Rheged traspasó el umbral, pero se colocó inmediatamente de espaldas.

—No grites, soy yo. Te tuve que ayudar a vestirte, ¿recuerdas? Vengo a liberarte de esas prendas.

—Quitarlo ha sido más fácil, gracias.

—¿No necesitas ayuda, entonces?

—No...

—De acuerdo.

Hizo ademán de marcharse, pero al ver que se perdería la ocasión de estar un momento a solas con él, Arabella le detuvo.

— ... Bueno, sí.

—¿Puedo volverme?

—No.

—¿Y cómo podré ayudarte si me quedo mirando la puerta?

—No necesito que haga nada. Solo me gustaría que respondiera a una cosa.

—De acuerdo. ¿Cuál es la pregunta? —La escuchó llenar sus pulmones de aire, pero nada más—. ¿Arabella? ¿Cuál es la pregunta?

—¿Volvería a besarme si se lo pido ahora?

Lo vio tensar su espalda y apretar los puños.

—Sí.

Como ella no añadió nada más, él empezó a girarse despacio. Arabella se había puesto la bata y la imagen de mujer fatal que tenía hacía unos instantes había desaparecido. Con el pelo suelto parecía volver a tener doce años. Sus ojos enormes lo miraban con miedo.

—Entonces... —Él dio un paso en su dirección. Un solo paso que hizo que a Arabella le temblaran las rodillas—, ¿me lo vas a pedir?

El sí de Arabella apenas sonó como un silbido, pero provocó en él una sonrisa amplia, franca y verdadera que iluminó y llenó de brillo su mirada. Ella casi se desmaya.

—¿Podría besarme ahora, milord? —La voz emergió de su garganta con un ligero temblor.

Rheged negó.

—Pídemelo bien. —La vio sonrojarse y mirar al suelo—. Huesos, en casa de tus tíos me llamaste Brahn y, si vamos a llegar hasta la intimidad de un beso, deberías seguir usando mi nombre, ¿no crees? Anda, pídemelo bien.

Arabella lo miró a los ojos, en ellos no había ni una pizca de diversión, nada que le hiciera pensar que estaba bromeando. Rheged la miraba serio, pero al mismo tiempo amable y relajado.

—Brahn...

—¿Sí?

—Quiero besarte.

En dos zancadas estuvo frente a ella, en apenas unos segundos tuvo sus manos a los lados del cuello y en lo que tarda una ligera brisa en erizarte el

vello de la nuca, tenía la boca sobre sus labios.

Se los comió. Los mordisqueó, los acarició, los besó. Y cuando ella creyó que ya había cumplido su promesa, fue a por más. Rheged profundizó en el beso, invadió su boca y se recreó descubriendo una tierra que nunca nadie había pisado antes.

«*Hic sunt dracones*». (Aquí hay dragones).

La sonrisa que descubrió en Arabella cuando abrió los ojos hizo que su corazón pareciera latir con fuerza, como cuando era humano.

—Brahn...

Él acarició con el pulgar su labio inferior.

—¿Qué sucede, mi pequeña Huesos?

—Me ahogo.

Sin contemplaciones, el barón deshizo el lazo con el que Arabella, apresuradamente, había cerrado su bata y comenzó a desabrocharle el corsé.

Procuró no dejar de mirarla a los ojos mientras sus manos trabajaban con habilidad y precisión. Y sintió cierto alivio cuando vio que ella, por fin, respiraba a placer.

—Tú no necesitas esto —murmuró mientras levantaba la prenda hasta la altura de la vista, para después lanzarla sobre la silla.

—Gracias. Es como una armadura.

Él metió las manos por la abertura de la bata y las afianzó en su cintura.

—¿Estás bien?

—En la gloria.

—¿Te han molestado mis colmillos?

—¿Qué colmillos?

El barón sabía que eso era algo que ella habría tenido muy presente, pero quiso seguirle el juego. Abrió ligeramente la boca. Ella rio en respuesta.

—Ni siquiera me he acordado de ellos.

La atrajo hacia sí, la abrazó y se empapó del olor de su cabello. El pulso latía con fuerza y él, en trance, acarició su cuello con la nariz. Lo que daría por probarla.

—Huesos, pídemme que me vaya, es un peligro tenerme cerca; siento la necesidad de descubrirte entera —susurró—, de tocar tu piel desnuda, de colarme entre tus piernas... —y bajó la voz hasta que fue casi inaudible— ... de comerte.

—Creo que me gustaría que lo hicieras.

Rheged la empujó hacia atrás, separándola de su cuerpo sin soltarla, para ver la expresión de su cara.

—Creerlo no es quererlo.

—Está bien, seré directa: deseo que lo hagas. Que me descubras, que toques mi piel desnuda, que te cueles entre mis piernas... Que me comas. Haz conmigo lo que quieras.

La expresión del barón fue indescifrable.

—Huesos, esto no se trata de placer para uno, es algo de dos. Y aunque sé que te haría disfrutar, necesito que también tengas iniciativa.

Ella se mordió el labio con fuerza.

—Solo puedo dejarme llevar. Tú eres el maestro, yo no sabría por dónde empezar.

El negó.

—El maestro... Estás equivocada. Puede que tu cerebro se sienta torpe, pero tu cuerpo tiene la lección muy aprendida; él sabe perfectamente qué tiene que hacer. Si deseas esto, solo has de hacer una cosa: no pienses. Deja que fluya.

—¿Y cómo se apagan los pensamientos?

La respuesta no fue verbal, sino que llegó con un nuevo beso más intenso, más perfecto, si es que aquello era posible, que el anterior.

Consiguió su efecto, cuando Arabella separó su boca de la de Rheged, estaba tumbada sobre el colchón y no era consciente de cómo había llegado hasta allí.

—¿Qué quieres, Arabella? Dilo en voz alta.

—Deshacerte el lazo de la corbata.

—Pues hazlo.

Con las manos temblorosas quitó el pequeño alfiler de oro y estiró de uno de los extremos hasta que la tira de tela cayó suavemente sobre la cama. La masculina nuez de Adán quedó al descubierto y eso a Arabella la dejó sin habla.

—¿Y si me ayudas? —tartamudeó—. Llevas mucha ropa.

Con una sonrisa pícaro él se quitó la chaqueta y se desabrochó el chaleco.

—Los botones de la camisa son todo tuyos. —La vio dudar y susurró—. Vamos, Arabella, no es la primera vez que me ves desnudo.

—Pero sí la primera en que es solo para mí.

Rheged besó su frente y desabrochó su camisa, pero no se la quitó. Estaba

sentado sobre el borde del colchón mientras Arabella lo miraba expectante como si esperara que de un momento a otro fuera a saltar sobre ella.

—¿Qué tal si apagamos la luz? —preguntó algo nervioso.

—¿Esa petición no tendría que hacerla yo? —respondió sorprendida Arabella.

—Verás. —Él acarició su cabello mientras hablaba—. No es porque tú o yo tengamos vergüenza, Arabella, el caso es que me transformaré y no quiero asustarte.

—¿Y crees que es mejor que me pregunte todo el tiempo si estoy con un hombre o con una bestia que me ronda en la oscuridad?

—¿Recuerdas a María? —El giro en la conversación la sorprendió—. No sé si el día que la viste a través del espejo fuiste consciente de lo que somos, pero cuando estabas sentada a mi lado y ella se transformó sentí tu miedo. No quiero eso.

—No lo voy a tener.

—Arabella...

—He dicho que no lo voy a tener.

—Ocurrirá.

—¿Quiere dejarlo ya?

Le vio cambiar ante sus ojos. Fue tan rápido que apenas si le dio tiempo a parpadear. Sus iris, hasta ahora verdes como las montañas de Cumbria, se convirtieron en dos bolas de obsidiana que parecían traspasarla, la piel se tornó más pálida, más fina, y los capilares emergieron como caminos en un mapa. Su boca, esa boca que minutos antes la había trastornado con sus atenciones, dejaba entrever unos colmillos más largos y puntiagudos. Los huesos de la mano que aún acariciaba su cabello emitieron un crujido y se transformaron casi en una garra de largas uñas negras de aspecto metálico.

Arabella dejó unos segundos de respirar. Tan cerca, tan animal, tan mortal.

El barón se retrepó al ver su expresión. Sus ojos, aquellos enormes ojos verdes que a él tanto le gustaban, hablaban de horror. Su cuerpo tenso, el sudor perlado su frente... Todo indicaba que estaba aterrada ante lo que veía.

Consciente de que el momento se había roto y de que, por mucho que él pudiera intentar explicarle que bajo aquella máscara del demonio seguía estando él, supo que debía batirse en retirada antes de que ella gritase y le echara de la habitación. A Arabella iba a costarle asimilar aquella situación más de lo que a él le habría gustado. Despacio, se levantó de la cama, recogió

su corbata, se despidió con una ligera inclinación de cabeza y se marchó.

Se había equivocado. La confianza que él necesitaba para compartir con ella su naturaleza aún no estaba presente.

Arabella tardó en reaccionar y, cuando pudo abrir la boca para decir algo, él ya había desaparecido. Con el corazón aún en la garganta, se limitó a sentarse en la cama mirando hacia la puerta cerrada, a la vez que se sentía muy cobarde por no ser capaz de salir corriendo tras él. Se había comportado como una niña, le había hecho daño. Había visto en su cara la ofensa, la decepción, la necesidad de marcharse porque no sabía qué hacer ni qué decir.

Sí, ella había sentido miedo, pero sabía que, a pesar de los rasgos deformados, de sus manos convertidas en garras, de esos ojos sin iris convertidos en esferas negras..., él seguía siendo quien era y —de esto estaba muy segura— se arrancararía los colmillos antes que hacerle daño.

¿Cómo podía haber reaccionado así?

Suspiró y trató de calmar su acelerada respiración. Tenía que arreglar aquello como fuera.

No siempre vencen los sentimientos

Sabía que llegaría el momento en el que tendría que mostrarle la verdad de lo que soy y, aunque sé que he hecho lo correcto, al ver su reacción, un dolor indescriptible se ha hecho fuerte en mi pecho.

Londres, madrugada del 6 de septiembre de 1888.

Dormitorio de Rheged, residencia de Lord Rheged, Whitechapel.

Durante un instante creí que podríamos superar ese escollo, que ella me vería a mí y no al monstruo. La esperanza me ha hecho precipitarme y hemos dado un paso de gigante hacia atrás.

No puedo sacar de mis pensamientos la mirada de horror de Arabella, sus ojos tan abiertos con el espanto reflejado en ellos, el temblar de sus hombros, la rigidez de su cuerpo... ¿Qué voy a hacer ahora? La comprendo, es demasiado en tan poco tiempo, pero me había ilusionado pensando en que quizá el recuerdo de la amistad que hubo una vez entre nosotros habría jugado en mi favor. Ver que había conservado esos poemas y que deseaba mis besos me hizo soñar con algo que no puede ser. Aún no.

A estas alturas no voy a darme por vencido. Necesito que me acepte, aunque para llegar a eso tenga que empezar desde cero.

*Londres, madrugada del 6 de septiembre de 1888.
Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.*

—*B*rahn, ¿no me has oído? Llevo un rato llamándote.

Melquisedec estaba en lo alto de la escalera que comunicaba su dormitorio del sótano con el saloncito biblioteca del primer piso y mostraba un semblante preocupado al mirar a su amigo.

Lord Rheged, que se había tirado sobre la cama a medio vestir nada más bajar de la habitación de Arabella, estaba absorto pensando en lo que había ocurrido hacía una hora. Al escuchar al híbrido se incorporó.

—Ahora no, Mel.

Melquisedec le hizo una señal con la mano para detener su discurso.

—No te habría molestado si no fuera importante, sé de sobra lo que ha pasado entre vosotros, mi habitación está al lado de la de Arabella, pero tenemos visita.

—¿En esta casa? ¿Quién llama a estas horas?

—Didier Chevigné.

El barón se levantó de un salto, se abrochó la camisa y el chaleco y se anudó la corbata.

—¡Maldita sea, Mel! La baronesa y Didier ya deberían estar en Francia.

—Parten mañana, pero él ha querido venir a hablar contigo antes de marcharse. Es sobre James.

Al oír aquello, Rheged se apresuró un poco más.

Cuando Melquisedec y Rheged entraron al salón, Didier estaba frente a la ventana contemplando el exterior —lo poco que se veía—, a través de la suciedad del cristal: siluetas de tejados desvencijados y chimeneas que expulsaban un humo negro denso que se acumulaba como una gran nube sucia

sobre la ciudad.

Se volvió al oírlos y efectuó una reverencia muy pasada de moda.

—Milord.

—Espero que sea importante, Didier. No estoy para perder el tiempo.

—He venido a advertirle. Anoche vi a James.

—¿Y?

—Creo que Arabella puede estar en peligro. James está fuera de sí. Bueno, será mejor que empiece por el principio. Seré breve, no se preocupe.

—Siéntate, por favor —dijo Rheged al tiempo que ocupaba uno de los sillones frente al fuego. En la chimenea apenas había brasas, se estaba apagando, pero incluso aunque no hiciera frío en la habitación, a él le gustaba sentir ese calor, caldeaba el helor de sus viejos huesos.

—James y yo nos conocimos hace dos años. Éramos vecinos. Yo vivía en el piso de arriba en Montagu Square. Fue algo —tosió—, sorprendente. Ninguno tenía tendencias homosexuales, al menos no declaradas, pero hubo algo del otro que nos atrajo de manera irremediable. Fue instantáneo. Yo veía en James la belleza, la juventud, la virilidad. Él en mí la decadencia, el vicio, lo censurado. —Después de pensárselo unos segundos confesó—. Yo era poeta fracasado, un artista que no tenía donde caerse muerto y que dependía de las viudas ricas de Belgravia. James era un hombre apuesto, fuerte, atlético, un heredero que estaba pendiente de sus estudios... —Rheged carraspeó y Didier se dio cuenta de que estaba divagando—. Lo siento, es difícil saber qué contar, solo pretendo que entiendan que *lo nuestro* era algo puro y platónico. Alguna caricia, algún beso inocente movidos por el morbo, ese sentimiento de admiración por el otro... Nada más.

—Por favor, sigue.

—La última de mis *mecenas* fue una vidente, ella nos puso sobre la pista de su raza y eso, por extraño que parezca, nos unió aún más. Me mudé a su piso porque me costaba llegar a fin de mes, mis ingresos dependían de *ellas*, y comenzamos a investigar. Era yo el que quería encontrar a aquellos seres míticos y hallar la fuente de la eterna y bella juventud —se detuvo un instante como si su mente de repente estuviera de visita en un mundo muy lejano—. James... James me siguió el juego; me admiraba tanto que habría hecho cualquier tontería por mí. El caso es que reunimos mucha información: recortes de periódico de asesinatos sin resolver, libros de toda índole... Fuimos incluso a sesiones de espiritismo para intentar localizar alguna pista

de su existencia, pero todo fue humo. No hallamos nada.

Durante un instante se quedó mirando el fuego casi apagado. Parecía ido.

—Fue la raza quien nos encontró. Conocimos fortuitamente a María, la baronesa, en aquella noche en el teatro, aunque ni en nuestros mejores sueños pensamos que estábamos tan cerca, hasta que...

—¿Hasta qué?

—Ella me eligió. Se fijó en mí por algo estúpido. Mi patética poesía y mi parecido físico con alguien de su estirpe, un tal Markus Levrand, un amor no correspondido, según me confesó. Una noche me llevó a su casa y descubrió su naturaleza ante mí. Fíjese qué sorpresa. Teníamos delante de nuestras narices a una vampira de más de doscientos años, que cumplía con todos los requisitos que nosotros creíamos que un vampiro debía tener, y no nos habíamos dado ni cuenta. Era tan obvio... En fin, María me propuso transformarme y yo, sin hablarlo con James, dije que sí.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—En abril.

Rheged y Melquisedec se miraron de reojo. La teoría que entre todos habían construido no se ajustaba al cien por cien a la realidad, pero se habían acercado bastante.

Didier prosiguió hablando.

—Me sentía tan poderoso, tan diferente, que intenté convencerle para que él también se uniera a nosotros. Tardé, pero acabé por conseguirlo.

»Tienen que creerme, yo solo buscaba para James, mi amigo del alma, el estado de gracia en el que me encontraba.

—Pero salió mal.

—Rematadamente mal. Después he sabido que un neonato no está preparado para tener vástagos; su sangre aún no tiene el poder de hacerlo con garantías. Él empezó a tener grandes dolores y su ansia de sangre parecía no apagarse nunca. Intenté calmarle con láudano, pero finalmente ni los fumaderos de opio conseguían mantenerle demasiado tiempo fuera de juego. Tenía momentos de lucidez, pero cada vez pasaba más tiempo convertido en un ser ruin y malvado. Su rostro empezó a deformarse en algo grotesco y...

—No te pares ahora.

—Desapareció de su casa. Imagino que estaba desesperado por no poder controlarlo y necesitaba ocultarse, cualquiera que pudiera verle... ¡Oh, Dios!

—Didier se tomó un ligero respiro, ahora venía la parte más complicada de

contar—. Una noche apareció, me pidió ayuda, estaba como loco. Fuimos de caza e intenté que no matara para comer, que bebiera sangre y nada más. No lo conseguí. Todo lo hacía con rabia. Me obligué a averiguar qué le había sucedido y, sin contarle toda la verdad, tan solo apelando a la curiosidad sobre nuestros ancestros, le pedí a María información. Me ayudó a colarme en la biblioteca del Museo Británico, y, desde los sótanos, accedimos a una sala secreta, propiedad de la raza —qué curioso, esconder una biblioteca dentro de otra biblioteca—, y allí encontré, entre cientos de papeles, a los *maledicti*. Fue entonces cuando supe lo que había pasado con James. Busqué una cura, una forma de paliar su dolor, algo para entender cómo podía arreglarlo. Pasé varias semanas intentando averiguar algo entre todos aquellos legajos. No encontré nada.

»Como ya he dicho al principio, volví a verle ayer y por eso estoy aquí, he venido tan pronto como me ha sido posible. Él, James, tiene la teoría de que ha de purificar su sangre humana para que venza a la vampírica y, para eso, ha de beber sangre de su sangre. Lo más próxima posible.

Rheged se levantó de golpe.

—¿Fue él quien mató a Lord Horace?

—Sí, y tengo la impresión de que vendrá a por Arabella. No razona, milord. Intenté detenerle, pero tiene una fuerza descomunal; me lanzó por los aires como si fuera un muñeco.

Melquisedec y Rheged volvieron a mirarse, aunque esta vez con preocupación.

—Gracias por venir a contárnoslo, Didier. ¿María está al tanto de esto?

—No. A ella le hubiera importado bien poco que su protegida estuviera en peligro.

—Bien. Escribiré a Salomé para que no sea muy dura contigo, al fin y al cabo, tú no tienes del todo la culpa, lo que has hecho ha sido por ignorancia, pero debéis dejar Londres.

—Ya lo tenemos todo preparado. Hemos cerrado la casa y despedido a los criados. Si no pasa nada, mañana, cuando caiga el sol, partiremos hacia París.

El joven salió de aquella casa de forma atropellada. Reverencias, agradecimientos... Estaba muy claro que temía el castigo del Consejo y que había buscado la forma de cubrirse las espaldas, pero gracias a eso, ellos estaban sobre aviso e iban a tener la oportunidad de salvar a Arabella.

—¿Vas a encargarte tú de James?

—Sí.

—Ya sabes que yo estoy de tu parte.

—Lo sé, pero te necesito para que saques a Arabella de Londres. Mañana prepararás el viaje, irás a la estación y buscarás los billetes. Iréis a Brimstone Hall. Allí estará segura.

—Pero Brahn, tú solo no podrás detenerle.

—Buscaré aliados, no soy tan suicida. Hablaré con Jezabel y Balthazar y escribiré al Consejo. No debes preocuparte, no estaré solo.

Melquisedec quiso decir algo más, pero la dura mirada del barón le cerró la boca a cal y canto. Se limitó a asentir y dejar el salón. Le conocía desde hacía mucho, pero no tan profundamente como para estar al cien por cien seguro de que podría frenarle. Había visto la determinación en su rostro y eso era suficiente como para saber que no iba a poder hacer nada para convencerle.

Brahn se quedó mirando las brasas. No le mentiría a Arabella, se había prometido a sí mismo que jamás volvería a hacerlo, ni siquiera por omisión. Por eso estaba convencido de que, después de hubiera hecho lo que tenía que hacer, sus posibilidades, las pocas que tenía, iban a esfumarse de golpe.

Arabella nunca le perdonaría que organizara una partida de caza para matar a James.

Las luces de septiembre

El verano nos deja. En el momento en el que pasamos de agosto a septiembre, el sol extiende sus rayos de forma más oblicua y la temperatura refresca. No queda nada para que el frío otoñal nos envuelva por completo.

Londres, 6 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

*M*e levanté con la sensación de no haber dormido nada. No solo sentía la pesadez y los pensamientos turbios propios de una noche en vela, también tenía el cuerpo molido de dar más y más vueltas. Lo primero que recordé al poner los pies en el suelo fue lo que había sucedido durante la noche con Brahn.

Necesitaba arreglarlo como fuera.

Bajé a la cocina con la intención de hacerme un té y de ponerme paños mojados en agua fría sobre la frente; me sentía abotargada. Cuando estuviera más despejada, iría a verle. Le pediría que se transformase de nuevo y le demostraría con besos que no le tenía miedo.

Sí, eso haría.

Estaba segura de que no era un buen plan, creí adivinar que él iba a negarse en redondo, pero era lo único que se me ocurría por el momento.

Salí de mi cuarto y vi la puerta de la habitación de Melquisedec abierta. Estaba vacía. No era tan raro, el híbrido era las manos y los ojos del barón cuando el sol lucía en lo alto. Con toda seguridad habría salido a hacer algún recado.

Entré a la cocina, descorrí la cortina.

Hacía sol.

Desatranqué los cerrojos y abrí la ventana. No es que fuera el aire fuera muy

puro, pero necesitaba sentir el calor y la luz sobre mi cara. Eso era algo que echaba de menos de Cumbria; el aire limpio de la montaña. Respirar y que el olor a naturaleza se meta dentro de ti. En aquellas tierras del norte, el sol era algo que solo se dejaba ver en verano, pero los días que lucía en lo alto eran tan perfectos, que con solo pensar en ellos eras capaz de sobrellevar el gris de la estación invernal.

Por primera vez desde que pisé la capital del Imperio, sentí verdadera nostalgia.

La ventana daba a una diminuta calle lateral, un callejón oscuro por el que nada más que pasaban los gatos, pero me dio igual que las vistas no fueran estupendas, solo buscaba la calidez del sol de septiembre y la ligera brisa de la mañana.

Allí me quedé un buen rato. Intentando despejar mi dolor de cabeza y, a la vez, aclarar mis sentimientos hacia el barón.

¿Tenía miedo? No. ¿Confiaba en él? Sí, claro que sí.

¿Estaba asustada? Tenía que reconocer que un poco.

Lo que había tenido enfrente había sido espeluznante, no solo por la deformación de aquel hermoso rostro, sino por lo vulnerable y pequeña que me hizo sentir. Necesitaba tiempo para asimilarlo y Brahn me lo daría. Estaba segura, siempre había sido así.

Brahn.

Qué bien sonaba su nombre. ¿Por qué me había empeñado en mantener las distancias tanto tiempo?

Brahn.

Cuánto me había costado llamarle así.

En el valle, el verde de las montañas pronto se cubrirá de nieve y yo no estaré allí para verlo.

Londres, 6 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Arabella fue a cerrar la ventana cuando un objeto cayó en el tejado de al lado. Estiró el cuello y miró hacia la calle, había unos niños descalzos y sucios tirando pequeñas piedras en su dirección.

A ella le dio mucha lástima verlos en ese estado y les hizo señas para que se acercaran a la puerta de la casa. Cogió una hogaza de pan de las que había dejado allí Suke —estaba un poco dura ya, pero eso sería mejor que nada—, un par de arenques y beicon ahumado, y se dirigió hacia la entrada.

Cuando abrió la estaban esperando con los ojos brillantes y las manos sucias con las palmas hacia arriba. Repartió todo lo que había llevado consigo y también les dio unas monedas.

Se sentó en el escalón, les preguntó sus nombres de forma inocente y uno de ellos tuvo la osadía de hacer lo propio. Cuando ella le dijo que se llamaba Arabella, el chaval le tendió la mano para estrechársela, inclinando la cabeza como si fuera todo un caballero y, al corresponderle, cual no fue su sorpresa al sentir un papel entre los dedos. El chiquillo salió corriendo sin dar opción a pregunta alguna, pero ella se quedó de piedra. Por la parte de fuera se leía: para Arabella.

Cerró la puerta con el corazón a mil. Había reconocido la letra.

Era de James.

Querida mocosa:

A Arabella se le saltaron las lágrimas. Así era como siempre su hermano comenzaba sus cartas.

Necesito tu ayuda, preciosa, ven tan pronto como leas esta nota. Tengo que

contarte tantas cosas...

Te espero en los astilleros abandonados cercanos a la Torre de Londres, junto a la construcción del puente. Estaré allí toda la mañana.

Tuyo por siempre,

James

Algo indescriptible recorrió su espalda. ¿Este era el monstruo que había descrito Balthazar? Estudió bien la letra durante unos instantes: redonda, firme, elegante. Sin duda estaba escrita por su hermano y demostraba calma y templanza. Desde luego, no parecía la nota de un loco.

Después recordó la cara grotesca que vio a través del cristal de carruaje y la sangre se le heló en las venas.

¿Debía despertar a Rheged?

Eso sería lo lógico.

Volvió a leer la nota. Esta vez intentando mantener la mente fría.

Necesito tu ayuda...

Aquella frase dolía. Seguramente él estaba asustado. Necesitaba su ayuda y ella quería proporcionársela.

Estaré allí toda la mañana.

¿Toda la mañana? Sus ojos buscaron el reloj de la entrada. Era más tarde de lo que pensaba y tendría que darse prisa si quería llegar a tiempo. Corrió hasta su habitación, James estaba en un apuro y confiaba en que su hermana no iba a dejarlo tirado.

Y no, no lo haría.

No era una inconsciente, llevaría mucho cuidado —no tenía ni idea de con qué iba a encontrarse—, pero tenía que sacar pecho e ir en su busca.

Tan pronto como vio abierto su armario supo qué iba a ponerse. Era arriesgado en pleno día porque sería muy reconocible y estaría expuesta a llamar la atención, pero tenía que reconocer que era más apropiado y cómodo que sus ropas grises y, desde luego, muchísimo más que los despampanantes vestidos de Lucille. La ropa masculina estaba allí colgada y era perfecta para moverse deprisa, además de que no necesitaría de la pericia del barón para abrochar las cintas del corsé.

El barón.

Se había olvidado de él por completo.

No, no se había olvidado, era solo que sabía que se empeñaría en acompañarla y, si esperaban hasta el anochecer, sería ya demasiado tarde. ¿Y si esta era su última oportunidad de encontrarle? James era un peligro en la calle y ella era quizá la única, apelando al cariño que una vez se tuvieron, que podía convencerle y traerle a casa. Brahn le ayudaría, sí, lo haría. Juntos buscarían una cura para él.

¿Y si esperaba a Melquisedec? Esa era otra muy buena opción, pero no tenía ni idea de dónde estaba ni de lo que tardaría en volver. Contó hasta diez. No podía quedarse cruzada de brazos. No, no podía esperar, les dejaría una nota para que supieran que había salido y la carta de James y ella iría como avanzadilla.

Empezó a sacar las prendas y a ponérselas y sintió una punzada de alarma que le hizo acercarse a la cómoda para buscar las agujas de plata de Lucille. Eran fáciles de ocultar si las usaba para sujetarse el pelo y, aunque no eran tan peligrosas para los humanos, un buen pinchazo le daría tiempo para huir de cualquier contratiempo. Allí, en el cajón, también estaban los cubiertos de plata de tía Adelaida y una vocecita interior le dijo que podrían ser útiles. Abrió el paquete y sacó dos cuchillos que metió por separado en los bolsillos de su chaqueta.

«Definitivamente...», pensó mientras se calaba el sombrero y ocultaba su melena, «los hombres juegan siempre con ventaja. Esta indumentaria no solo es cómoda, sino que también tiene bolsillos para todo».

Cogió unas monedas para pagar el coche de punto y se miró al espejo.

No estaba demasiado segura de lo que estaba haciendo, pero nunca se había sentido mejor preparada.

Fue un duro golpe ver Whitechapel a la luz del día. La suciedad, el olor a podredumbre, enfermedad, excrementos y alcohol; la pobreza en la puerta de cada casa; el hacinamiento: carros, mulos, gente, ladronzuelos demasiado jóvenes para serlo, prostitutas, comerciantes... La residencia de lord Rheged, a pesar de estar en medio de todo aquello, era un ecosistema de pulcritud y tranquilidad.

Observando lo que encontraba a su paso, se sintió una privilegiada por

poder llevar una vida digna, pero, aun a pesar de la lástima y de caminar con el corazón encogido, agachó la cabeza y se metió entre la chusma. No podía entretenerse ni llamar la atención, y su disfraz —un traje nuevo de buen paño y bien cortado— era todo un imán para las miradas de la gente que tenía alrededor. Comprobó un instante el cielo. No había ni una sola nube y el sol lucía en lo más alto en todo su esplendor. Se acercaba el mediodía; tendría que darse prisa.

No conocía esa parte de Londres —en realidad, ninguna, el tiempo que vivió allí apenas salió de casa— y le urgía llegar hasta una calle principal donde pudiera encontrar un coche de punto. Sería el modo más rápido de llegar, esa gente conocía su trabajo y la zona por la que andaban. Pero se abstuvo de preguntar, se delataría tan pronto como abriera la boca.

La marea de gente la llevó a Whitechapel Road y, por fin, vio una parada de carruajes a lo lejos.

El cochero la miró con interés a pesar de que ella le indicó la dirección en voz baja para evitar ser descubierta por su voz —Arabella era consciente de que en las distancias cortas su indumentaria no le serviría de nada, era muy visible su disfraz—, pero él tuvo la deferencia de no preguntar y de no descubrirla ayudándola a subir al carruaje.

Si ella quería ser un hombre, lo era para todo.

Se pusieron en marcha.

Entre el pesado tráfico de la zona consiguieron aproximarse lo suficiente a los muelles de St. Katharine. Más cerca era imposible, la construcción del nuevo puente tenía toda aquella parte del río patas arriba.

Pagó la carrera y, calándose aún más el sombrero, siguió las indicaciones del cochero. Sencillo. Solo tenía que caminar hacia aquel amasijo de andamios y grúas que se veía a lo lejos entre los edificios: la construcción del nuevo puente.

Cuando llegó a la orilla del río se detuvo un instante a admirarlo. Había cientos de trabajadores que se asemejaban a hormigas bien aplicadas e iban de aquí para allá, estructuras, hierros, barcasas con material... Habían construido un par de plataformas hundidas en el agua y, sobre ellas, estaban empezando a edificar lo que parecían dos grandes torres. Iba a ser una obra colosal.

Londres era la capital del Imperio y la estaban transformando entera. Aquello era el progreso. Lástima que no pensarán en mejorar barrios como Whitechapel.

Encontró los viejos astilleros a la primera. Era una edificación grande y desvencijada al pie del Támesis que estaba a punto de caerse —seguramente serían demolidos cuando el puente estuviera en funcionamiento para darle un mejor acceso al tráfico— y que habían convertido en un almacén de chatarra. La puerta principal estaba medio sepultada por escombros, así que tuvo que dar un rodeo para buscar otro acceso.

¿Por qué habría quedado James con ella en un lugar como aquel? Aquello era una ruina.

Por fin halló la forma de acceder. Escondida en un estrecho callejón, localizó una puerta lateral, que, curiosamente, encontró abierta. La empujó y se quedó parada, se habían desprendido parte de las chapas del techo y el sol entraba en el edificio hasta el punto de cegar, pero cuando la vista se le acostumbró a aquel chorro de luz, se quedó pensando en si debía entrar o no. Parecía peligroso. Maquinaria, herramientas... Todo estaba por el suelo, había tal desorden que se vio obligada a avanzar en zigzag. Menos mal que no llevaba un voluminoso vestido, le habría sido imposible caminar con seguridad.

—¡James!

Una bandada de pájaros asustados alzó el vuelo ante sus gritos. A Arabella casi se le paró el corazón.

«Boba, ellos son lo que se han asustado de ti».

—¿James, estás aquí? ¡Hola!

Se internó un poco más aprovechando el camino recto que formaban las imadas por donde los barcos allí construidos se habrían deslizado hasta el mar cuando aquellos astilleros estaban en activo. Una vez en el centro de la nave giró trescientos sesenta grados, pero aparte del caos no hubo nada que llamara su atención. Su vista se detuvo en una segunda nave que aún conservaba el techo y estaba más en penumbra.

¿Debía arriesgarse y entrar?

—¿James?

Después de unos segundos en los que no pasó nada, se atrevió a avanzar unos pasos hasta llegar a la zona de penumbra.

Tragó saliva.

—¿James?

A su izquierda, debajo de un montón de chapas, escuchó que algo se movía.

Tuvo que taparse la boca cuando le vio salir de su escondite. Sucio, con la

ropa hecha girones y el rostro desfigurado hasta el punto de no parecer humano —unos largos colmillos blancos y brillantes sobresalían sobre su labio inferior—. Lo único realmente reconocible era su cabello. El rubio ya no lo era tanto, además de que se le había oscurecido con la edad lo llevaba muy sucio, pero aquellos rizos rebeldes se empeñaban en ensortijarse a pesar de la mugre.

Arabella no pudo evitarlo y dio un paso atrás. La emoción del reencuentro la había anestesiado ante lo que iba a encontrar, pero ahora que le tenía delante a plena luz del día...

—Hola, hermanita, me alegro mucho de volver a verte. —Cuando se paró delante de ella y la examinó de arriba abajo, de su garganta emergió una carcajada espectral—. Pero, mocosa, ¿de qué vas vestida?

Corazón triste

Desde que Arabella se aloja con nosotros en Londres, siempre siento la necesidad de ver lo que hace por las mañanas, de conversar con ella, de... simplemente contemplarla.

Hoy no soy capaz, no tengo fuerzas. Hoy me quedo escondido en mi guarida.

Londres, 6 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

*L*a cocina queda por encima de este cuarto y cuando Arabella se levanta, escucho perfectamente sus pasos suaves sobre el suelo de madera. Ni uno solo de estos pocos días he podido evitar subir las escaleras y, entre las sombras del pasillo, quedarme escondido para escuchar los latidos de su corazón, oler su perfume o escucharla tararear.

Parezco un perverso.

Después me hago el encontradizo, finjo que he olvidado algo o que tengo que decirle algo importante a Mel y salgo de mi agujero. Solo por estar un rato con ella, solo por charlar.

Pero después de lo que ocurrió anoche ya no sé cómo actuar.

Esta mañana entró, abrió las ventanas y estuvo un rato sin hacer nada, y yo, desde la soledad de mi cama, la imaginé con el cabello suelto sobre los hombros y con el rostro levantado hacia la luz, recargándose de energía. Pero esta vez no encontré las fuerzas para salir a su encuentro. No es que no quisiera, es que no pude.

Después dejé de escucharla, imagino que regresó a su habitación.

No estoy listo para enfrentarme a ella y creo que ella tampoco está preparada para estar conmigo a solas, así que esperaré a que vuelva Mel para salir de mi agujero. Será menos embarazoso para los dos.

Insistiré, no pienso darme por vencido, hay algo que me lleva una y otra vez hasta ella, pero en este momento no tengo ni la menor idea de por dónde debo empezar.

—¡Brahm, despierta!

La voz de Melquisedec tenía un punto de ansiedad que me hizo ponerme en estado de alarma.

—¿Qué demonios pasa ahora, Mel? No grites de ese modo, despertarás a Arabella.

—Podemos gritar cuanto queramos, Arabella no está y, si no me crees, lee tú mismo.

Mi corazón, a pesar de que es un órgano yermo e inerte, se rompió en mil pedazos. La carcasa que es mi cuerpo contuvo su explosión.

Las prisas al escribir hacen que la nota tenga los renglones torcidos, pero reconozco su letra pequeña y redonda. Arabella. Mi niña.

Ha ido a por James.

—¡Dios mío!

—¿No la has escuchado marcharse?

Me sentí derrotado.

—No.

«Estaba demasiado ocupado lamentándome. No presté atención».

Mel gruñó como respuesta y caminó decidido hacia la escalera. Yo me levanté como un autómatas y abrí el armario. Tenía que encontrar algo que me protegiera lo suficiente como para poder salir a la calle.

En dos segundos Melquisedec se plantó de nuevo detrás de mí.

—¡Quieto! ¿Qué haces, Brahm?

—Iré contigo.

—¿Estás loco? Hoy parece que el verano se está despidiendo hasta el año próximo, cae un sol de justicia y no hay ni una sola nube en el cielo. No puedes salir ahí fuera.

La bilis me subió hasta la garganta.

—Tú solo no podrás contra él, es demasiado fuerte.

—No lucharé, mi prioridad será sacar de ahí a Arabella.

Asentí y le hice un gesto con la mano para que se marchase. Me sentí mareado.

—La traeré. Te lo prometo.

Contemplé cómo subía la escalera con absoluta desolación.

«Si algo le pasa a Huesos, no me lo perdonaré en lo que me reste de vida».

Londres, 6 de septiembre de 1888.
St. Katharine Docks, Tower Hamlets.

—Si te viera el coronel...

—¡James! —Arabella se dio cuenta de que estaba gritando e intentó tranquilizarse. Necesitaba bajar su tono de voz. Su hermano tenía el aspecto de una bestia, pero al menos parecía razonar—. James, cómo me alegro de ver que estás bien.

Él volvió a reír y sus risotadas retumbaron entre aquellas cuatro paredes desnudas.

—Mocosa, ¿me ves bien? ¿De verdad que me ves bien?

—Vivo, que es lo importante. Estás vivo, James.

—No, pequeña, no te hagas ilusiones, eso tampoco. —La miró con un gesto de diversión que deformó aún más su antes bonita cara—. No das ni una, hermanita.

James, o lo que quedaba de él, comenzó a caminar en círculo alrededor de Arabella. No la miraba directamente, pero daba la impresión de que estaba estudiando cómo podía lanzar su ataque. Parecía dispuesto a saltar sobre ella de un momento a otro.

Arabella miró el camino por dónde había llegado, si pudiera correr hasta el sol... Necesitaba distraerle.

Continuó hablando.

—Tienes que venir conmigo —su voz se escuchó decidida—. Tengo amigos. Ellos están dispuestos a ayudarte. Buscaremos una solución. Una cura.

Ante la palabra *cura*, la pose de prepotencia de su hermano pareció desinflarse. Sus hombros se hundieron, se inclinó hacia delante hasta caer de rodillas y se echó las manos a la cabeza. Gritó de pura desesperación.

—Me volveré loco antes de encontrarla. —Empezó a balancearse hacia

delante y hacia atrás murmurando como si rezara—. No hay cura, no hay cura, no hay cura...

Arabella, valiente, dio un paso en su dirección.

—Pero, ¿qué dices? Solo tenemos que buscarla. La encontraremos juntos, ya lo verás.

—¡No te acerques! ¡No te muevas de ahí!

Ante aquel grito, Arabella clavó sus pies en el suelo, pero no dejó de hablar.

—James... —suplicó—. Tienes que dejar que te lleve con ellos, con mis amigos. Te ayudarán.

Cuando su hermano se destapó la cara, su expresión había cambiado por completo. Tenía la mirada ida, como la de un loco, y en su boca entreabierta los colmillos parecían haber crecido aún más.

Sin dejar de mirarla, clavó un pie en tierra y se levantó.

Arabella lo vio enorme. Ya no tenía el cuerpo de adolescente flacucho que ella recordaba, sino que era un hombre hecho y derecho que debía ejercitarse a menudo. Sus hombros habían ensanchado y los brazos se le veían musculosos y fuertes, sus manos... No eran manos, sino unas garras enormes de uñas afiladas que apenas podía cerrar.

—Dime, Arabella —dijo mientras se acercaba a ella—, ¿me tienes miedo?

—No.

Su voz sonó firme, pero no pudo evitar dar un paso atrás.

—¿No? ¿Seguro?

—He dicho que no.

—¿No te causa repulsión mi nuevo aspecto?

No podía mentirle, él no era tonto.

—Intimida, pero no me repugna.

Él se inclinó hacia adelante para que su cara quedase a la altura de la de su hermana.

—¿Estás segura?

De cerca era aún peor. Si había creído que James se había convertido en un demonio de ojos rojos, tenerle a menos de tres pulgadas de su nariz le permitió ver que sus iris seguían siendo de color marrón dorado y que lo que le daba ese aspecto feroz, era que la esclerótica estaba inyectada en sangre. La piel de su rostro, translúcida y mate como el alabastro, parecía haber sido cincelada por un escultor inexperto; sus rasgos estaban demasiado marcados, como si en vez de a un humano hubieran querido tallar una caricatura. Los

labios eran más rojos de lo normal, casi como si estuvieran maquillados, y aquellos enormes colmillos no le permitían cerrar del todo la boca.

Arabella hinchó su pecho de aire antes de contestar.

—Lo estoy, James.

—Entonces...

Aquella mole le quitó el sombrero y eso hizo que ella diera un pequeño saltito hacia atrás. El moño continuó en su lugar, pero algunas guedejas le cayeron a ambos lados de la frente. Él, con un solo dedo, retiró las de un lado con delicadeza, colocándoselas tras la oreja. Por un momento Arabella creyó que volvía a ser el de antes.

—...No te importará que beba de ti un poco. Harás eso por tu hermano, ¿verdad? Le darás tu sangre para que recupere la cordura y se encuentre mejor.

—¿Quieres mi sangre?

El sí que salió de sus labios se escuchó igual de amenazador que el silbido de una serpiente, pero lo peor fue cuando añadió con la boca llena de saliva:

—Toda tu sangre.

Arabella tembló de pies a cabeza. Cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas transformarse en vapor y desaparecer. Su deseo no se cumplió. Cuando los abrió continuaba allí, en aquella nave tétrica y maloliente, y tenía delante a un *maledicti*.

Como eso no había funcionado, se obligó respirar y tranquilizarse para recordar, una a una, las indicaciones de Rheged.

«Arabella, esa cosa ya no es James. Deja que se acerque, permítele que clave sus colmillos y, cuando esté transportado al cielo por el dulce sabor de la sangre y crea que te tiene a su merced, hazlo, usa tus armas».

No supo cómo, porque aquellos colmillos clavados en su piel dolían como demonios, pero lo hizo. Levantó el brazo despacio, para no ponerlo sobre aviso, sacó una de las agujas de plata que llevaba escondidas en el pelo y, con toda la rapidez de la que fue capaz, se la clavó en el estómago, giró la mariposa y la retiró. Aquellos segundos de absoluta sorpresa le permitieron repetir la operación con la segunda de las agujas.

—¡Putá!

El golpe no lo vio venir. Puede que estuviera rabiando de dolor porque la plata quemaba sus entrañas, pero el puño cerrado que sacó desde su espalda ondeando como una bandera, impactó en su cabeza y le hizo ver las estrellas. Mientras caía —todo parecía pasar a cámara lenta—, escuchó un grito:

—¡Arabella, corre!

Pero, aunque ella entendió las palabras, estaba medio grogui y sin poder evitarlo fue a dar con sus huesos en el suelo.

A pesar de lo atontada que le dejó el golpe, Arabella lloró de alegría al ver a Melquisedec correr en su dirección por encima de los escombros; parecía que caminaba sobre las aguas, casi no tocaba el suelo.

Un segundo antes de que James se girara para enfrentarse a él, saltó y se sujetó a su espalda. Forcejearon. El *maledicti* intentó quitárselo de encima girando sobre sí mismo y sacudiendo su cuerpo, pero al ver que su atacante estaba bien agarrado y no iba a conseguirlo, caminó hacia atrás hasta dar con la pared. Allí se dejó caer con todo el peso varias veces, hasta que los brazos del híbrido se soltaron y resbaló hasta caer al suelo.

Se giró y le escupió encima. Lo levantó a peso y lo clavó a la altura del hombro en un gancho de hierro que sobresalía de la pared.

Melquisedec ni siquiera gritó.

James dio un par de pasos hacia atrás para admirar su obra y comenzó a reírse a mandíbula batiente. El híbrido estaba fuera de combate, pero hizo mal creyendo que Arabella también lo estaba. Mientras él estaba distraído ella se había preparado para atacar. Gritando como una *banshee* corrió hasta él, saltó y con la ayuda de la inercia y el peso de su cuerpo, le clavó los dos cuchillos de plata que llevaba en los bolsillos de la chaqueta, en mitad de la espalda.

Sorpresa, dolor... Quemazón. Plata.

James gritó como cuando a un cerdo lo llevan al matadero, de una forma escandalosa e insoportable, al mismo tiempo que intentaba darse la vuelta sobre sí mismo, igual que un gato pequeño que quiere morderse la cola y solo consigue girar y girar.

Ella aprovechó el momento y corrió hasta Melquisedec, lo zarandó, y respiró tranquila cuando abrió su único ojo. Estaba herido, la sangre le manaba copiosamente del hombro —lugar por donde sobresalía el gancho de hierro oxidado— y de una herida en la cabeza, pero al menos estaba consciente.

—Vete, Arabella, corre hacía una zona que esté bañada por el sol.

—¿Y dejarte aquí? ¿Tú estás loco?

—Le dije a Brahn que cuidaría de ti. Huye.

—Ni hablar, dime qué puedo hacer, dime cómo podemos pararle.

—No podrás sola y yo no voy a poder ayudarte —murmuró. Brotó sangre de

su boca y Arabella se asustó.

«Por Dios, Mel no».

—Mel, sigue conmigo, dime ¿qué tengo que hacer? —preguntó mientras le acariciaba la mano.

—Solo hay una forma de matar a alguien como él.

No añadió nada más, pero Arabella lo supo, aunque ella se lo tomó como algo excesivo, Brahn ya se lo había dicho en una ocasión.

Mientras James se retorció de dolor —la plata debía quemarle por dentro— e intentaba sacarse como fuera los cuchillos que llevaba en la espalda, Arabella buscó con la mirada alguna herramienta que pudiera manejar y que fuera lo suficientemente cortante, pero aquel lugar había sido expoliado, solo habían dejado aquello que no se pudieron llevar por el peso, no valía nada o estaba roto.

«¿Un hacha? ¿Es aquello un hacha?». —Casi lloró por la emoción mientras corría lo más rápido que podía sobre los escombros.

En algún momento lo fue. Ahora el mango estaba partido y astillado, se había quedado demasiado corto, y no tenía filo. En realidad, era un trozo de acero con el canto mellado, pero serviría, tendría que servir. Necesitaba que sirviera.

La levantó, pesaba demasiado y tendría que usarla a dos manos. Giró la cabeza buscando alguna otra cosa, pero para su desesperación, James había conseguido sacarse uno de los dos cuchillos y miraba en su dirección. Casi no le dio tiempo a prepararse, el *maledicti* calculó la distancia y arremetió contra ella como una cabra montesa.

Arabella fue a dar de nuevo con sus huesos en el suelo. El arma se resbaló de entre sus dedos, y el golpe la hizo volar lo suficientemente lejos como para evitar que el peso de su hermano la aplastase. Desesperada por esquivar una nueva arremetida —James volvía a levantarse—, rodó por debajo de una chapa y desapareció de la vista. Su escondite no duró mucho. Aquel ser era corpulento y no podía entrar allí, pero a pesar de las dos agujas de plata y el cuchillo que aún tenía clavado en la espalda, levantó las enormes planchas de metal como si fuera una mariposa batiendo sus alas.

Arabella, que había conseguido recuperar el resuello, salió de allí tropezando pero lo suficientemente rápida como para pasar por su lado, esquivarle y recuperar el arma. Clavó sus pies en el suelo, adoptó una posición que ella creyó defensiva y se concentró en el *maledicti*. Tenía que

intentarlo, era eso o morir.

James la miró y no pudo evitar soltar otra risotada; su hermana estaba resultando ser muy, pero que muy entretenida.

Arabella vio cómo Melquisedec, a espaldas de James, estaba logrando descolgarse gracias a la ayuda de una cuerda que colgaba de una viga del techo y, para mantener distraída a aquella bestia, adelantó una de sus manos y con la palma hacia arriba, movió los dedos varias veces de delante atrás, retándole a acercarse.

Él volvió a reír.

—Mocosa, no sabía que te hubieras vuelto tan divertida. De haberlo sabido habría accedido a que pasaras algunas vacaciones en Londres conmigo, mis amigos se habrían partido de risa.

—No vas a reírte tanto cuando tenga como trofeo tu cabeza.

Las carcajadas hicieron retumbar las paredes.

—Arabella, me va a dar pena matarte. Hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan...

Con las fuerzas que le quedaban, Melquisedec, a pesar del dolor del hombro y de estar quemándose la palma de la mano, clavó de nuevo el cuchillo que el *maledicti* había conseguido sacarse segundos antes.

Incluso herido, la fuerza del híbrido era superior a la de Arabella y la pieza de plata entró hasta el mango, pero una bestia herida es peligrosa y, al revolverse, del golpe lanzó a Mel sobre una montaña de cajas de madera que, bajo su peso, se hicieron astillas.

Arabella atacó. Saltó y consiguió golpearle en el cuello, pero apenas le hizo una pequeña herida. No solo aparentaba ser una estatua de piedra, lo era. Su piel era tan dura como parecía.

James la sujetó por el cuello con una sola mano y la levantó a peso hasta ponerla a la altura de su cara. Comenzó a asfixiarla.

—¡Vas a morir, puta! ¡Te juro que vas a mo...

No terminó la frase. De un tajo, el filo de una hoja cercenó su cabeza.

Aquella bestia cayó como un árbol que acaban de serrar en mitad del bosque y se llevó a su paso todo lo que encontró.

Arabella, sepultada bajo aquel enorme cuerpo, estaba concentrada en luchar contra aquella garra que aún la sujetaba por el cuello; los dedos estaban tan agarrotados como si aquel cuerpo aún estuviera con vida. Una fuerza desconocida se lo quitó de encima de un golpe al mismo tiempo que ella

lograba liberarse. Cuando consiguió la primera bocanada de aire fresco, levantó la cabeza agradecida y lo vio: aquel ser que había acabado con James era la muerte. No podía ser otra cosa.

Alto, grande, vestido de negro absoluto con unos ceñidos pantalones de cuero que marcaban la robustez de sus piernas, capa española y sombrero de copa. Tenía la cabeza cubierta con una especie de saco sobre el que llevaba una máscara de cuero que protegía con cristales rojos las cuencas de los ojos y terminaba en un largo pico.

Arabella entrecerró los ojos mientras se incorporaba despacio. ¿Dónde había visto ella esa máscara? En un grabado que le enseñó el barón cuando le habló de la peste que asoló Europa en la Edad Media. Recordaba el nombre, era el *medico della peste*, solo que no llevaba un palo para saber si el enfermo estaba muerto ni tampoco la guadaña que debería llevar la parca, sino la espada más grande que ella había visto jamás.

Aquel espíritu demoníaco se tambaleó como si fuera de trapo.

—Arabella, ¿estás bien?

¿Estaba soñando? Aquel monstruo maligno la llamaba por su nombre.

No tuvo tiempo de más, toda la energía que había acumulado y que la había lanzado a hacer cosas increíbles, se disolvió de golpe. Perdió el sentido y, por muy rápido que aquel ser quiso moverse no llegó a tiempo, ella dio con sus huesos en el suelo por tercera vez.

Alicia cae por el túnel

¿Acaso era tan dulce la muerte?

Un ángel me mecía entre sus brazos con delicadeza y me susurraba algo en un idioma extranjero; debía estar ascendiendo a los cielos. No me importaba. ¿Qué más daba el cielo o el infierno? Solo podía pensar en que iba a morir y me había dejado un millón de cosas por vivir. Y, además, y esto era lo peor, me marchaba de este mundo sin despedirme de Brahn.

Londres, 6 de septiembre de 1888.

St. Katharine Docks, Tower Hamlets.

Cuando empecé a recuperar la consciencia, sentir que alguien me sujetaba en un abrazo firme y cálido hizo que me tranquilizase un poco —no me estaba muriendo, aunque pareciera que tuviese el cuerpo a trozos—, pero al abrir los ojos me di cuenta de que mi protector no era un ángel custodio, sino la mismísima muerte. Aquella máscara del doctor de la peste estaba a pocas pulgadas de mi nariz. Era ese ser quien me tenía suspendida en el aire.

Quizá, después de todo, sí que iba a descender a los infiernos.

Intenté escapar empujándole con todas mis fuerzas; no conseguí moverlo ni una pulgada.

—Arabella, cariño...

Esa voz. Sonaba hueca y lejana, pero hizo que mi corazón brincara de alegría.

—¿Brahn? —Se me saltaron las lágrimas.

Melquisedec tiró del brazo de su amigo.

—Brahn, tienes que ponerte a cubierto; a pesar de tu disfraz hay demasiada luz.

No quiso soltarme a pesar de que aparentaba estar débil y eso le obligó a

hacer un gran esfuerzo para llevarme con él hacia donde indicaba Mel. —En un rincón en el que el techo se había derrumbado, había quedado una especie de hueco bajo las chapas lo suficientemente grande para escondernos—. Se agachó para entrar y me llevó con él hasta el fondo, hasta dar con su espalda en la pared.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—¿Tú que crees?

Me estrechó entre sus brazos y sentí en aquel gesto su necesidad de asegurarse de que era real, de que yo, aunque aturdida, estaba bien.

—Pero tú, tú no tenías que estar aquí —insistí.

Una mano enguantada acarició el óvalo de mi cara.

—¿Cómo no iba a venir? ¿Esperabas que me quedara en casa sabiendo que estabas en peligro?

—Puedes arder en llamas si te da el sol.

—No voy a arder, Arabella. Podría quemarme y sería muy doloroso, pero como ves me he preparado bien.

Quise gritarle, pero conseguí mantener mi tono de voz dentro de unos límites tolerables.

—Brahm, no deberías estar aquí.

—Huesos, no vamos a discutir ahora sobre quién tendría que estar aquí o no. Tú no deberías haber venido sola y lo sabes. —Esa recién nacida hostilidad no se mantuvo durante mucho tiempo, en seguida volvió a abrazarme—. No te imaginas el mal rato que he pasado creyendo que no iba a llegar a tiempo. Y cuando entré y te vi suspendida en el aire, enteramente a su merced... Casi muero al ver que estaba a punto de perderte.

En ese instante reviví lo que acaba de ocurrir antes de despertar en los brazos de Rheged.

Cuando el filo de aquella espada pasó a escasas pulgadas de mi rostro para cortar de cuajo la cabeza de James. Cerré los ojos por inercia, aunque eso no me libró de sentir cómo su sangre, caliente y viscosa, bañaba mi piel. Quise gritar, pero no pude; aquella enorme mano que un día perteneció a mi adorado hermano todavía estaba aferrada con fuerza a mi garganta. Su cuerpo permaneció firme unos instantes, después se tambaleó levemente y cayó a peso. Y yo con él.

Recuerdo haber forcejeado contra aquellos dedos agarrotados que tenía alrededor del cuello; también que, después, alguien me liberó de aquel peso

que me comprimía la cabeza contra el suelo y lo lanzó lejos. Recuerdo también cómo me hizo toser la bocanada de aire que me entró de golpe en los pulmones mientras abría los ojos y me enfrentaba al doctor de la muerte.

En ese instante comencé a temblar y Brahn apretó su abrazo en respuesta, al mismo tiempo que sacaba un pañuelo immaculado de alguna parte y me empezaba a limpiar la cara como si fuera aún una niña. Yo estaba tan confusa que me dejé.

Melquisedec entró también a la guarida después de colocar una chapa más que cubriera la entrada. Había perdido el parche e intentaba ocultar su ojo vacío con la melena; no llegaba a conseguirlo del todo. Pero si creía que me incomodaba estaba muy equivocado, lo único que yo sentía hacía él era un agradecimiento enorme. No se había rendido y gracias a eso, yo seguía viva.

—Mel, deberías beber. —Rheged dobló el borde del guante y se subió un poco la manga para dejar al descubierto su muñeca—. Vamos, bebe, la herida de tu hombro se ha cerrado, pero estás muy débil.

—¿Delante de ella?

De repente parecía avergonzado.

—Arabella —me dijo el barón—. ¿Te importaría girarte?

—Hazlo, Mel —le animé.

—Mira hacia otro lado.

—No hace falta, hazlo ya.

A pesar de la penumbra de nuestro escondite, no me perdí un solo detalle. Yo sabía que, si quería estar a la altura de las circunstancias, aquello era algo que antes o después tendría que ver.

La transformación a vampiro de Melquisedec no fue tan espeluznante como la de Rheged, su único ojo continuaba siendo de un bonito azul intenso, su piel se mantuvo pálida y tersa y la sombra de la zona de la barba continuó exactamente igual. Mel seguía siendo Mel. Solo sus colmillos crecieron lo suficiente como alimentarse sin problemas.

Se me erizó la piel.

—«No te desmayes. Hazlo por él, que no piense que te causa repulsa. Ya sabes que Mel nunca te haría daño».

Aquella voz en mi cabeza me hizo temblar. ¿Sufría alucinaciones? ¿De dónde había salido? Rheged tomó mi mano al ver mi cara asustada y comprendí. Él había hablado directamente a mis pensamientos. ¿Cómo lo había hecho?

—Gracias, Brahn —dijo Melquisedec al terminar mientras se tocaba el lugar de la cabeza dónde momentos antes tenía una fea herida—. Me siento mejor.

Estiré el cuello para verle.

—Es increíble, ya está cerrada.

Su mano tampoco tenía marcas de la quemadura.

—Nos curamos rápido —murmuró él con cierta vergüenza.

Antes de cubrir cualquier resquicio de piel, Rheged aprovechó la última gota para restregármela en el cuello, justo donde James me había mordido.

—¡Ay!

—Siento haberte hecho daño. ¿Te duele?

—No me duele, ni siquiera me acordaba. —Me puse la mano en la frente como si midiera mi temperatura. Saber que tendría las marcas de un vampiro en el cuello de por vida comenzó a marearme—. ¿Se notan mucho?

—Si me permites que termine, no te quedará cicatriz.

Me quedé quieta como un poste para dejar que me curase, pero sentir su dedo deslizarse sobre mi piel, consiguió que al final no supiera dónde meterme. ¿Cómo era posible que un leve roce activase sensaciones extrañas por todo mi cuerpo? Creo que, si él hubiera levantado la mano, involuntariamente me habría estirado hasta volver a colocarme debajo, igual que habría hecho un gato que quiere más caricias. Me tenía en estado de trance.

Tocó con el índice enguantado la punta de mi nariz y desperté.

—Mel, ahora necesito que saques a Arabella de este agujero. Llévala a casa. Necesita tumbarse y descansar.

La sensación de estar en el cielo terminó justo ahí.

—Ni hablar —contesté—. Nadie se quedará aquí. Si nos vamos, nos vamos todos.

—Pequeña, es mejor que yo me quede hasta que se haga de noche. Ya he arriesgado bastante para llegar.

A pesar del disfraz que llevaba puesto, yo me había olvidado por completo de su problemilla con el sol. Sin embargo, me resistía a dejarlo solo.

—¿Y si viene alguien?

—¿Quién va a venir? Este lugar es solo una ruina.

En el fondo sabía por qué quería que me fuese; intentaba evitar a toda costa que me quedara a solas con él.

Sé que en ese momento me comporté como una niña, pero qué le vamos a hacer. Si tenía que jugar sucio, lo haría. Apoyé la cabeza sobre su hombro, cerré los ojos y declaré:

—Me quedo contigo.

Por entre las pestañas pillé a Mel sonriendo y tuve que apretar los labios para no reír yo también. Vaya par, estábamos discutiendo como adolescentes. Aunque yo tengo mi edad como atenuante, no como él. Me recriminé de nuevo mi comportamiento. Si yo no hubiera reaccionado de aquella manera la noche pasada, ahora no estaríamos así.

—Arabella, por favor.

Me abracé a él como si corriera el peligro de que Melquisedec fuera a sacarme a rastras y el barón fuera el único objeto inamovible de aquel rincón.

—Me quedo. —La tozudez era uno de mis peores defectos, Rheged debería haber contado con ello.

Melquisedec se levantó y se apresuró en salir de aquel improvisado refugio. Aunque, antes de poner una última chapa que nos dejase más resguardados, anunció:

—Volveré sobre las siete y media con un coche para recogeros —Se volvió hacia Brahn y murmuró—: Suerte, compañero.

El barón insistió una vez más.

—Espera, Mel. Arabella, son muchas horas, deberías irte con él, descansar, comer algo...

—No.

Me sorprendió sacando uno de sus mejores tonos de desenfado. Cuando quería era un gran actor.

—Está bien, haz lo que creas conveniente. Nada de agua, nada de comida... Nada qué hacer.

«Mejor, así podremos aclarar algunas cosas», pensé.

Giró la cabeza y me miró por encima de su hombro y, por un momento, creí que me habría leído el pensamiento, pero no, solo eran imaginaciones mías.

Se acomodó contra la pared y se quedó en silencio.

Amparados entre las sombras de aquel agujero, los primeros veinte minutos los pasamos el uno junto al otro sin hablar. No sabía qué le rondaba por la cabeza, pero yo no podía dejar de pensar en su proximidad: su cuerpo

apoyado en la pared con su hombro rozando el mío; las piernas extendidas, aquellas elegantes manos enguantadas sobre los muslos... Pasado ese tiempo, el silencio comenzó a pesar. Al menos a mí.

—Rheged, ¿es posible que me esté volviendo loca o antes has hablado directamente a mi mente?

—No estás loca. Es algo que entre los de nuestra especie solemos hacer.

—Pero yo no soy como tú.

—También podemos comunicarnos con la mente de otros seres y más si estamos cerca o tenemos contacto visual.

—¡Ah!

Debí poner cara de palo.

—Arabella, siento mucho lo que ha ocurrido. No me quedó otro remedio...

Yo no quería pensar en aquello. De alguna forma, en algún plano paralelo de un universo creado por mi imaginación, James seguía siendo aquel niño adorable de rizos dorados al que despedí en el andén. Prefería recordarle así.

Me apoyé en su hombro para que no me viera llorar. Sabía que él querría consolarme y yo necesitaba demostrarle que era fuerte, aunque la realidad fuese que había perdido a dos familiares en menos de una semana y me sentía más vacía que nunca. Es curioso que eso ocurra, incluso cuando son personas a las que apenas conoces.

Me aclaré la garganta y traté de sacar pecho, no quería que él se sintiera culpable por lo que había ocurrido. Le debía la vida. Si no hubiera aparecido y blandido su espada, yo no estaría en el mundo de los vivos.

—Esa cosa que has matado ya no era un ser humano. Vine convencida de que al verme su cerebro me reconocería... Tenía esa esperanza. Pero no. Supongo que soy más ingenua aún de lo que parezco.

»Por cierto, gracias por salvarme.

Me quedé mirando el suelo. James había muerto y yo no quería decir nada más sobre aquello.

Él me acarició la mano.

—Tienes que continuar con tu vida, Huesos.

—Lo sé. —Se me quebró la voz—. En el fondo sabía que esto no acabaría bien. Tendría que haberme quedado con tía Adelaida en Langdale House.

Se hizo el silencio y yo me quedé pensando en todo lo que había acontecido desde que salí de allí. Mi viaje, mi llegada al apartamento, mis pesquisas, mi disfraz de criada... Él. Mi barón.

—¿Te arrepientes de haber venido a Londres?

Su pregunta me sacudió. ¿Cómo iba a arrepentirme de haberlo encontrado o de sentir un soplo de libertad cada mañana al despertar?

—No. Solo que ahora que ha acabado todo, no sé qué voy a hacer.

Debió malinterpretar el estremecimiento que recorrió mi espalda, porque intentó cubrirme tapándome con su capa, no lo consiguió del todo.

—El suelo está frío, ¿qué tal si te sientas sobre mis rodillas?

Era horrorosamente indecoroso, pero allí dentro de aquel agujero me pareció bien. Sabía que entre sus brazos el mundo no podría tocarme.

Me incorporé un poco para sentarme sobre él y al hacerlo tropecé con el pico de la máscara.

—Perdón —murmuró.

—Discúlpame, está oscuro y no te veo bien.

De nuevo el silencio. En aquella nueva postura creo que los dos nos sentíamos expuestos.

—Huesos, —dijo Rheged después de tragar saliva—, si no quieres volver con tu tía. —Aquello no era una pregunta, pero negué igualmente—. ¿Qué vas a hacer?

La respuesta me pareció obvia.

—Buscar trabajo.

—¿Aquí, en Londres?

—Donde sea.

Él carraspeó.

—Y... ¿qué te parecería casarte conmigo?

Aquello me pilló por sorpresa.

—¿Casarnos?

—Sí, eso que se hace en una iglesia y frente a un sacerdote: «...Y os declaro marido y mujer».

—Sé lo que es casarse, Brahn.

—¿Y qué te parece?

—Somos demasiado... diferentes. No saldría bien. ¿No me ves capaz de salir adelante por mi cuenta?

Creo que él se quedó con ganas de decir algo más, pero se limitó a responder mi pregunta.

—Por supuesto que sí. Es solo que los amigos se ayudan.

—Nadie debería casarse solo por prestar o conseguir ayuda.

—Lo que quiero decir es que no tendría que consumarse. Me gustaría que tú tuvieras una casa, una renta y que puedas vivir haciendo aquello que te guste. Y yo puedo dártelo.

—¡Ah! Es una de esas bodas sin novio, solo con un papel de por medio. Ya decía yo que tenía que haber algún truco. No, Brahn, así no quiero casarme contigo.

—¿Qué tiene de malo? No pierdes nada. Tu libertad seguirá intacta, te lo prometo, y ser una mujer casada hará que nada ni nadie pueda tocarte.

—Si algún día me caso quiero estar loca de amor y, por supuesto, necesitare ser correspondida. —Él no replicó. Me habría gustado, pero no lo hizo.—. Solo te pido que me dejes quedarme en tu casa hasta que tenga un empleo y pueda alquilar una habitación.

—Arabella, mi casa es tu casa, puedes disponer de tu habitación todo el tiempo que quieras.

—Gracias.

—No hay de qué.

Tomé aire, había otro tema del que teníamos que hablar.

—Respecto a lo que sucedió anoche...

—Lo entiendo, Huesos. No tienes que explicarme nada.

—Quiero hacerlo.

—Creo que prefiero no oír lo que tengas que decir.

Me moví para mirarle de frente. Él controlaba perfectamente su tono de voz, pero yo sabía que tras aquellos cristales rojos estaba inquieto. Lo había visto marcharse de mi dormitorio con el alma rota en mil pedazos.

—¿Por qué?

—Porque sé de sobra lo que soy, no hace falta que te excuses. Lo entiendo. —Bajó la voz—. Menudo recuerdo para tu primera vez.

Rheged siempre había sido honesto, yo quería serlo con él.

—No fue por eso, bueno, sí, claro que fue por eso, tienes que reconocer que das miedo. Simplemente, me asusté. No creo que sea la primera vez que te ocurre. Solo necesito un poco de tiempo. —Me detuve, además de estar balbuceando, no podía seguir hablándole a un objeto inanimado—. Brahn, ¿no puedes quitarte esa cosa? Aquí no entra apenas luz y aparte de sentirme torpe porque no paro de tropezar contigo, creo que estoy hablando sola.

Rheged se quitó la chistera y la máscara, pero dejó el saco sobre su cabeza. Había unos pequeños orificios para los ojos.

—¡Oh, vaya! ¿Dónde va a parar? Muchísimo mejor.

—No puedo quitármelo, Huesos.

Pasó su mano enguantada sobre mi mejilla y noté las puntas de unas uñas afiladas. Miré de reojo. Tenía los dedos curvados, me dio la sensación de que no podía extenderlos del todo.

—¿Estás transformado?

—Sí.

—¿Por qué te ocurre? ¿El cambio no obedece a tu voluntad?

—A veces sucede de manera involuntaria, sin que yo lo provoque.

—¿Cuándo tienes hambre? —Mi voz comenzó a temblar. Sin querer vino a mi mente el momento en el que James me clavó los colmillos.

—Por hambre solo es en casos muy extremos, Arabella. El caso es que te tengo encima y no paras de moverte.

—¡Oh!

—Sí, ¡oh! No soy de piedra.

Le desabroché el botón de arriba de la chaqueta e intenté meter la mano para sacar aquella tela basta que llevaba puesta encima. Me detuvo antes de que pudiera siquiera intentarlo.

—Quiero verte.

—Tengo la misma pinta que anoche, no creo que sea necesario repetir.

—Por favor.

Jugué sucio. Estábamos bastante a oscuras, aunque yo intuía que él sí me veía con claridad, y le dediqué una de aquellas miradas con las que siempre acababa cediendo. Cuando tenía doce años nunca fallaban.

—Arabella, yo...

Ahora parecía que tampoco.

—Por favor, Brahn.

Dije su nombre de pila despacio. Casi deletreándolo. En parte porque formaba parte de mi plan —sabía que a él le gustaba—, pero también porque dejaba un sabor a caramelo en mi boca.

Él mismo se quitó la tela y, por su expresión, vi que se quedó helado como un témpano cuando me encontró a dos pulgadas de su nariz entrecerrando los ojos para verle mejor.

Mi mano desnuda le rozó la mejilla y cerró los ojos.

—Nunca estás frío. Si estás muerto, ¿no deberías estarlo?

No abrió los ojos para responder, pero parecía recrearse en mi caricia.

—Si me alimento bien, mi cuerpo funciona como el de un humano normal.

Tenía que mostrarle que no era miedo a su naturaleza lo que me daba pavor cuando le tenía cerca y, para ello, le toqué un colmillo con la yema del dedo. Él se echó hacia atrás lo que pudo.

—¿Te he hecho daño?

—No, Huesos, no. ¡Por Dios! Son dientes, no me duelen.

Como no abría los ojos, le besé. Un beso diminuto justo en la comisura de sus labios. Al ver que no reaccionaba le di un segundo, un tercero y un cuarto, hasta que llegué a su incisivo.

—¿Estás probando hasta dónde puedo aguantar?

—No. —Mi voz debió sonarle a decepción porque abrió los ojos con rapidez para no perderse mi expresión. Aquellos pozos negros e insondables me traspasaron. No podía decir que me estuviera mirando, no había una pupila fija en mí, pero la sensación era como si le tuviera en mi interior—. Solo buscaba que me correspondieras, pero si no quieres, no quieres.

No tuve ni siquiera tiempo de tomar aire tras hablar, el beso, profundo y dulce, me pilló por sorpresa. Y no, no pensé en su aspecto, solo en que besarle era como levitar.

—Dios mío, Huesos. No vuelvas a hacer eso. Ya ves que no soy capaz de controlarme.

—Me ha gustado. Siempre me gustan tus besos, a pesar de esas cosas punzantes que sobresalen de tu boca.

Le pillé disimulando una sonrisa.

—¿Con cuántos me estás comparando? Es para saber cómo de buenos son.

«No, Brahn, ahora no estoy para bromas».

Mi voz sonó enfadada.

—Sabes que nunca me ha besado nadie.

—Lo sé. —Su voz se escuchó dulce como la miel. Maldito. Sabía que el comentario me había hecho daño y ahora intentaba arreglarlo. Me sujetó por la nuca y se acercó un poco más—. ¿Practicamos?

Y antes de que pudiera decir que sí, volvió a invadir mi boca, lento, cálido y dulce, y yo cerré los ojos y me dejé llevar. Solo le detuvo sentir cómo una lágrima peregrina llegaba hasta el borde de sus labios.

Se separó inmediatamente y la limpió con el guante.

—No llores, mi amor.

Cuando pienso en lo que dije después, me siento como si directamente le

hubiese dicho lo mucho que lo significaba para mí.

—Es que no quiero volver a perderte.

—Shhh. No me vas a perder. Sin secretos, ¿recuerdas? No me iré sin decirte dónde estaré, con quién y cuándo voy a regresar.

Mi voz se recuperó un poco.

—¿Acabas de llamarme *mi amor*?

La risa de él se escuchó musical.

—Eres mi amor, mi niña, mi amiga... Métetelo en la cabeza de una vez.

No quería, no quería serlo, no quería ser nada para él. Nunca podríamos ser solo amigos, y entonces dolería más el rechazo, que se fuera con otra o que se marchase al fin del mundo.

Tragué saliva y me aclaré la garganta. Me encontraba dividida. Quería, anhelaba, que fuera verdad lo que insinuaban sus palabras, pero al mismo tiempo me hacía miles de preguntas sobre cómo podría vivir sin él.

Me acurruqué en su pecho y simulé dormir, pero mi cerebro era incapaz de apagarse.

Si estar en sus brazos se sentía como un sueño y besarle era tocar el cielo, ¿cómo sería...? Cuando Melquisedec le clavó los colmillos no pareció sentir dolor.

Me desabroché el puño de la camisa y le hice varios dobleces hasta que me llegó al codo. Se la ofrecí.

—Arabella, ¿qué estás haciendo?

—Deseo que hagas lo mismo que ha hecho Mel. Quiero saber qué se siente.

Durante unos segundos solo se escucharon los latidos de un corazón. El mío.

—No quieres esto. Todavía estás conmocionada.

—Brahm, he estado a punto de morir y me he dado cuenta de lo frágil que soy y de lo poco que vale mi vida. Quiero experimentarlo todo antes de que eso suceda, por favor, solo quiero borrar el recuerdo del mordisco de James. Seguro que el tuyo será dulce y tierno. Por favor, por favor...

A él le costó encontrar las palabras.

—No tengas prisa, ¿de acuerdo? La vida acabará cuando tenga que hacerlo. La de todos, incluso la mía.

Intentaba cambiar de tema.

—Por favor. —Repetí ofreciéndole el brazo de nuevo.

Él se detuvo durante un segundo o diez, no lo sé, el tiempo parecía haber frenado en seco hasta pararse del todo. Me observó a conciencia antes de

volver a hablar.

—Cuando un vampiro muerde puede hacerlo a modo de castigo y como consecuencia inflige dolor.

—¿Cómo hizo conmigo mi hermano?

—Sí, así es. Pero, tienes razón, también hay otra forma. En realidad, hay muchas formas. Y por supuesto, puede ser tierno y dulce. —Me tomó la mano y acercó mi muñeca hasta sus labios. Besó la piel—. No tengas miedo, Huesos, disfrútalo.

Si sentí la punzada y un ligero y efímero dolor, el efecto posterior fue muy diferente. Un calor agradable me recorrió el cuerpo llenándolo por completo de un sentimiento delicado e intenso que llevó un prolongado suspiro a mis labios. Después, cuando ya creía que controlaba esa sensación y empezaba a encontrarme cómoda con ella, sucedió algo inesperado. Un torbellino, una especie de espiral burbujeante se desencadenó en el centro de mi sexo y me hizo apretar las piernas. Jadeé. Aquello era nuevo para mí y no sabía cómo debía responder. Me faltó el aire e, involuntariamente, cerré los puños con fuerza. Emití un gruñido bajo y animal. Sentí el vacío a mi alrededor y caí, esta vez igual que Alicia, por un túnel sin retorno.

«Abajo, abajo, abajo...».

Qué sensación. Era caer y flotar. Era tener la percepción exacta de todo lo que ocurría a mi alrededor y, a la vez, no ser capaz de sentir nada. Era un descenso vertiginoso y al mismo tiempo parecía que planeaba en el aire como las gaviotas.

Quería detenerme y que no parase nunca. Quería gritar, pero me daba miedo de que aquello acabara escapándose por mi boca y expirara, al igual que hacen los suspiros que mueren al llegar a los labios.

Cerré los ojos y dejé que me arrastrara y que barrierá cualquier sensación que hubiera dentro de mí y, cuando acabó —maldito instante en el que lo hizo—, sentí, aun sin moverme de aquel refugio que eran sus brazos, que me faltaba el aire y que mi corazón latía a mil por hora.

Cuando miré mi mano, Rheged había vuelto a su estado normal y estaba curando la herida con unas gotas de su sangre. Sentí que me observaba con diversión.

—¿Qué me ha pasado? —pregunté.

Mi cara de boba le hizo ampliar la sonrisa. Jamás olvidaré sus palabras.

—Mi querida niña, acabas de tener tu primer orgasmo.

Londres, 6 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

Rheged y Arabella entraron en la vivienda y, sin mediar palabra, ella subió corriendo a su habitación. Después de lo que había ocurrido, no sabía dónde meterse. Lo embarazoso de la situación la había obligado a hacerse la dormida durante horas para no tener que entablar conversación con él.

Lo primero que hizo al entrar a su cuarto fue ponerse delante del espejo. Estaba hecha un desastre, pero lo peor no era el traje destrozado y manchado de sangre, lo peor era que se sentía de lo más extraña.

¿En serio había tenido un orgasmo?

No podía creerlo.

¿Así que eran de ese modo?

Sentarse sobre el colchón se sintió como una tortura. Su cuerpo se había ido enfriando a lo largo de la tarde y ahora notaba todos los golpes que había recibido. Tenía dolor incluso si parpadeaba.

Puso los pies en el suelo, se bajó los pantalones hasta la rodilla y se sacó los faldones de la camisa. El cardenal era enorme. Se desnudó completamente y se desvendó el pecho. Con la ayuda de un espejo de mano logró ver su espalda reflejada en el de cuerpo entero. Estaba también amoratada. Se miró por delante levantando el mentón; su cuello tenía las marcas de la mano de James. Una rodilla tenía un raspón, en la otra pierna vio un bulto en la pantorrilla.... ¿Tendría alguna parte del cuerpo libre de moratones?

Dolorida, se quitó aquellas ropas, se lavó como pudo con el agua fría de la palangana y se puso una camisola y la bata para bajar a la cocina. No había comido en todo el día y, cosa extraña, no tenía hambre, pero necesitaba encontrar algo que le aliviase el malestar y la ayudara a dormir.

Llevaba apenas unos segundos buscando en los armarios algunas hierbas o

láudano cuando se dio cuenta de que la observaban desde la puerta.

—¿Por qué cojeas?

Arabella se llevó la mano a la parte del cuello del cierre de la bata.

—¿Y Melquisedec? —preguntó ella a su vez.

—Se ha quedado en el almacén para eliminar cualquier rastro.

—¿Para deshacerse del cadáver?

—Sí.

No quiso preguntar qué iba a pasar con él. Prefería no saberlo.

—No me cambies de tema, Arabella —insistió Rheged—, ¿por qué cojeas?

—Me han tirado al suelo, me han golpeado, han intentado estrangularme...

Él se acercó rápidamente y, con delicadeza, retiró su mano de la prenda, usó un dedo para abrir un poco el cuello y con la otra mano echó su cabello hacia atrás. Allí estaba la marca de la garra de James.

Sintió como la sangre le hervía.

En el almacén habían sucedido tantas cosas que le habían puesto los sentimientos tan a flor de piel, que ni siquiera se había detenido a pensar en lo ocurrido antes de su llegada. Melquisedec había resultado herido, tenía signos evidentes de ello; sangre en la cabeza y en el hombro y la palma de su mano quemada, pero Arabella, salvo polvo y suciedad en sus ropas y el cabello desordenado, no aparentaba estar lastimada.

—Siento no haberme dado cuenta de esto.

—Poco puedes hacer.

—En eso te equivocas.

Arabella se puso de espaldas un tanto nerviosa por lo que podían significar aquellas palabras y abrió otro de los armarios.

—¿Sabes si Suke tiene algo guardado para aliviar el dolor?

Él colocó las manos a ambos lados de su cuerpo apoyadas sobre el mueble que estaba frente a ella.

—Yo puedo darte algo que no solo te aliviará.

El corazón de Arabella le golpeó desde el interior con un sonoro latido antes de volver a un ritmo normal. ¿Por qué la visión de sus manos era tan hipnótica? ¿Por qué en vez de sentirse encerrada entre sus brazos se preguntaba qué pasaría si echaba su cuerpo hacia atrás? Se giró despacio y lo miró a la cara. Él la contemplaba de una forma difícil de describir. En sus ojos había dolor, deseo, hambre y pena. Todo a la vez.

—¿Confías en mí? —preguntó el barón al mismo tiempo que se separaba y

le tendía la mano.

Arabella no dijo nada, solo la tomó sin dudar lo más mínimo.

Rheged tiró de ella y la sacó de la cocina como si la llevara al centro de la pista para bailar un vals, pero cuando sus pasos se dirigieron hacia el fondo del vestíbulo en lugar de ir en dirección al salón, Arabella intentó detenerle.

—Necesitamos un momento de intimidad, Huesos, y Melquisedec está a punto de regresar.

—¿Intimidad? —consiguió balbucear Arabella.

Él le regaló una sonrisa.

—Sí. Acompáñame, por favor.

Arabella tropezaba con sus propios pies, pero le siguió como si él fuera su dueño y ella un perrito faldero. Le vio abrir la puerta, dirigirse a los paneles de madera y, sin soltarla, accionar el mecanismo que daba paso a la escalera.

La escalera por la que se bajaba a su habitación.

Ya había estado allí abajo —el día que él le dio sus nueve regalos de cumpleaños atrasados—, así que sabía que aquel sótano era un dormitorio acogedor, aunque, por el hecho de estar bajo tierra, se sintiera un tanto claustrofóbico, pero en aquel momento, la actitud del barón era muy diferente. Había hambre en sus ojos. Deseo. Promesas. Y eso la mantenía expectante.

—Vamos, Arabella. ¿Dónde está ahora tu coraje?

Ella, en un acto reflejo, se frotó la cadera. Estar de pie tanto rato comenzaba a parecerle insufrible. A él, ese gesto le partió el alma y, sin preguntar, la tomó en brazos y la llevó en volandas hasta dejarla sentada en el borde del colchón.

—Hay dos opciones.

Arabella abrió mucho los ojos.

—¿Solo dos?

Él rio.

—Sí, solo dos. Si el golpe es pequeño puedo curarlo desde el exterior, igual que hice con las marcas que tu hermano te dejó en el cuello.

Solo de pensar que él iba a verle las piernas, la cadera y la espalda, le hizo responder con rapidez.

—No es pequeño. ¿Cuál es la segunda opción?

La sonrisa de Rheged se amplió.

—Ya lo sabes. Has sido testigo hace un rato. ¿Recuerdas lo que le pedí a Mel cuando llegó magullado? ¿Recuerdas qué hizo él?

Los ojos de Arabella se abrieron aún más.

—Ya no me duele.

Él rompió a reír. Aquello era muy típico de Huesos. Su Huesos.

Cuando vio que ella fruncía el ceño hizo lo posible por controlarse, aunque ponerse serio de nuevo fue un gran esfuerzo.

—No es tan desagradable como piensas.

—No pienso nada.

Arabella intentó levantarse para salir de allí y se pisó la bata. Sin pretenderlo acabó en sus brazos.

—Perdón.

—Arabella, deja que comparta esto contigo, por favor. ¿Ya no confías en mí?

—Eso es un golpe bajo, claro que confío, pero no quiero convertirme en una bebedora de sangre.

—No vas a convertirte en nada. Solo tomarás lo suficiente como para sentirte mejor.

—No.

—De acuerdo. Como quieras.

Se hizo el silencio, pero ella continuó como estaba, sentada sobre sus rodillas con la mano derecha apoyada en su hombro, mirándose en sus ojos verdes. Solo tenía que moverse un poco y podría besarlo.

Al menos estuvo un minuto bajo su hechizo.

—¿Qué pasará si lo hago?

—Te sentirás mejor y puede, solo puede, que se agudicen tus sentidos. Pero será temporal. Cuando tus riñones filtren mi sangre, desaparecerá.

—¿No hay efectos secundarios?

—Lo prometo. Puede que te sientas extraña durante unas horas, pero seguirás siendo tan humana como ahora.

—¿Y tú tendrás algún poder sobre mí?

Él no quiso mentirle.

—Lo tendría, pero tienes mi palabra de que no lo usaré.

Arabella se lo pensó. Le tentaba. Y no solo porque se sentía como si la hubiera arrollado un tren, el motivo principal era que quería todo lo que él estuviera dispuesto a compartir.

Llenó de aire sus pulmones.

«¿Por qué no, Arabella? Tendrías algo que contar a tus nietos, si es que logras tener alguno. Imagínate frente a la chimenea, en una noche de invierno

oscura y lluviosa: *Yo bebí sangre de un vampiro...».*

—De acuerdo.

Rezó para que su rostro se mantuviera neutral y sin miedo —no quería que él pudiera sentirse herido otra vez—, pero estaba tan tensa por no saber con exactitud cómo iba a ser aquello, que no pudo evitar ponerse en guardia. Aunque nada, ni su imaginación desbordante, la preparó para lo que sucedió a continuación.

Primero, Rheged se remangó la camisa bajo su atenta mirada, después le explicó qué debía hacer. El método era sencillo, él se encargaría de abrirse las venas, ella solo debía poner sus labios sobre el corte y lamer la sangre que saliera por él. Tan solo una advertencia: la herida se cerraría en seguida, así que debía aprovechar hasta la última gota.

A pesar de saberse la teoría, ella sintió que se mareaba al ver como el barón, sin aparentar dolor alguno, cortaba su piel con un abrecartas.

Labios sobre piel. Sangre.

Arabella creyó que la escupiría nada más notar el sabor metálico en el paladar, pero la experiencia resultó, además de extraña, tan placentera como cuando él le había hincado los colmillos y se había alimentado de ella. Solo que aquel torbellino de sensaciones no terminó con un orgasmo que la dejara laxa y aturullada, al contrario, la ingesta la empujó a querer más de él y, cuando soltó su muñeca, se lanzó a su boca para conseguir un premio: otro de sus besos. Lo necesitaba para calmar esa sed que se concentraba entre sus piernas y que la quemaba desde dentro.

Ese beso robado podría haber durado hasta el infinito, pero darse cuenta de que sus manos estaban desabrochándole el chaleco, la hizo parar.

—Lo siento. —Ver aquellos labios emborronados de sangre le hizo repetir las palabras con consternación—. Lo siento, lo siento...

—Arabella, tus besos siempre serán bienvenidos.

—Te he manchado la cara.

Él quiso quitarle importancia.

—Así los dos estamos igual.

Ella se pasó los dedos por la boca en un intento de limpiarse. Fue peor. Lo extendió aún más.

—Shhh, relájate, no pasa nada —dijo él bajando la voz como si alguien pudiera escucharlos—. Deja que sea yo quien lo haga.

Y comenzó a torturar sus labios besándolos y lamiéndolos hasta retirar la

sangre que había en su contorno y dejarlos hinchados de placer.

El pecho de Arabella subía y bajaba, su corazón latía con rapidez.

—Brahn.

—Dime.

—¿Yo podría conseguir para ti lo que tú hiciste por mí entre los escombros del viejo astillero?

Él la miró con cariño. Arabella, en algunos aspectos, seguía siendo una muchacha ingenua. No infantil, solo inexperta.

—Claro que sí.

—¿Y qué tengo que hacer para conseguirlo?

—Seguir mirándome así.

Ella frunció los labios.

—No soy tonta, no creo que solo con desearlo tú obtengas placer.

—¡Ay, Arabella! Te aseguro que podrías conseguirlo, pero en este instante soy yo quien quiere dártelo todo. ¿Me permites?

Rheged tenía la mano cerca de la abertura de la bata, más o menos a la altura de sus rodillas.

—Sí.

Si en un primer momento Arabella sintió que le invadía un frío desgarrador, el suave movimiento ascendente de una mano fue propagando una sensación cálida a su paso.

Frío y calor. Ardor.

—¿Es aquí donde te duele?

—Sí, pero ahora apenas lo siento.

—¿Me permites?

El tono de voz de Brahn al repetir aquellas dos palabras hizo que su lengua tardase en articular un sí entendible. Más bien sonó como un siseo. Quizá, en alguna parte de su cerebro, había engranajes que aún razonaban y pensaban, pero estaban tan escondidos que Arabella no intuyó para qué pedía Brahn su permiso hasta que le vio apartar la tela y dejar su piel al desnudo para besar, con suma delicadeza, un cardenal que ya no era morado, sino que su curación acelerada lo había transformado en una mancha de tonos verdosos y amarillentos.

Arabella no pudo evitar que se le aflojara todo el cuerpo y que a sus labios llegara un enorme suspiro. Aquel suave toque hacía que se le erizase la piel por todas partes, al mismo tiempo que se notaba flotando rodeada de nubes

lanosas y confortables.

Pero el hechizo se rompió —un renovado ardor invadió sus mejillas— cuando se escuchó decir:

—Tengo otro en la espalda.

Él sonrió ante la ronquera que, de repente, encontró en la voz de Arabella. La tomó en brazos, la recostó sobre el colchón y se deshizo del lazo que cerraba su bata.

Rheged siguió besándola, esta vez ladeándole la cabeza para llegar a su cuello, a las marcas de los dedos que le había dejado James. Al mismo tiempo que abría aquella prenda y dejaba al descubierto la camisola y las pecas de su escote.

«Qué piel tan suave». Tenía la sensación de que sus labios se quemaban al tocarla.

Después, deshizo el lazo que fruncía la parte superior con la intención de liberar un hombro que llenar de besos y cosquillas. Con ternura y ligereza, observando como ella se retorció de placer. En aquella habitación había un único corazón latiendo con tanta fuerza que casi lo escuchaba como suyo.

Un pequeño tirón de la tela hizo que un pecho asomase sobre el pequeño volante, libre por fin para que él pudiera capturar su pezón entre los labios.

Arabella apretaba las rodillas una contra otra, como si no quisiera que escapase su intimidad, mientras que él, sentado en el borde de la cama, tanteaba su cuerpo como un ciego seguiría los puntos de un alfabeto en Braille para leerla y conocer todos sus secretos.

Era tan sencillo estar con ella, tan natural, que, aunque dolorido, fue capaz de olvidarse de su propio placer. Con ser testigo le resultaba suficiente. Por ahora.

La vio arquearse y alcanzar de nuevo el éxtasis y se juró que haría lo que estuviera en su mano para ver cada noche a su lado aquellos ojos cerrados, esa boca entreabierta buscando un soplo de aire y su cabello desparramado sobre la almohada.

Sobre *su* almohada.

Jamás podría olvidar esa sonrisa laxa en sus labios.

Qué hermosura.

Cuando Arabella recuperó el resuello, tiró de él para que se tumbara a su

lado y, de forma torpe e insegura, comenzó a desabrocharle la camisa.

Él la detuvo y ella abrió sus ojos y parpadeó varias veces hasta volver a la consciencia del todo.

—¿Por qué?

—Porque hasta aquí es donde llegaremos.

Rheged estiró de la bata hasta cubrirle los hombros.

—¿No quieres...? —Su boca formó una «o» perfecta—. ¡¿No puedes?!

—Si puedo, cuando bebo sangre mi cuerpo funciona como el de un humano normal. ¿Acaso no recuerdas qué estaba haciendo cuando me viste sobre Lucille? —El color arreció en las mejillas de Arabella—. Pero no vamos a seguir.

Ella se incorporó un poco, lo justo para ver mejor su cara.

—No entiendo por que no. ¿Es por qué te lo estoy poniendo fácil?

—No, Huesos, deja de fantasear. No vamos a seguir porque no respondo y desde luego no voy a mancillarte. Ya que no estás dispuesta a casarte conmigo, quiero que tengas la oportunidad de llegar intacta a ese matrimonio que algún día tendrás... Con otro. Ya sabes cómo es esta sociedad, si no eres virgen, no podrás optar a un buen marido.

—¿Estás hablando en serio?

—Muy en serio.

Ella se incorporó hasta sentarse en la cama. No sabía cómo reaccionar.

—Yo no pretendo ser la esposa perfecta, quien me quiera lo hará con todas las consecuencias.

Lo miró y se preguntó por qué no podía él ser ese hombre. ¿Por qué no decirle que se casaría con él? De ese modo disfrutaría de lo que estuviera dispuesto a darle hasta que se cansara de ella o muriera de vieja.

Una sombra llegó a sus pensamientos.

¿Tanto deseaba que su marido la quisiera con locura? Sí. ¿No podía conformarse con que solo hubiera deseo en su rostro? No.

A Arabella le entraron ganas de llorar. Se daba cuenta de que Brahn era la persona por la que siempre había suspirado: el amigo, el gran amante, el maestro, el compañero... Sin embargo, cada minuto que pasaba a su lado se veía obligada a sentirlo como un instante único porque era consciente que nunca obtendría de él más que amistad, cariño y tutela. No amor. Al menos, no como el que ella esperaba.

Rheged debió de intuir que algo estaba cambiando porque no dejó que

Arabella continuase perdida en sus pensamientos. Tiró de su mano para que se tumbase de nuevo, se pegó a su cuerpo y la abrazó.

Y su abrazo obró magia. Consiguió que Arabella volviera a sentirlo como un refugio que era impensable abandonar.

No quiero quedarme solo de nuevo

«No me dejes Arabella, cree en mí, te aseguro que esto puede funcionar.»

*Londres, madrugada del 7 de septiembre de 1888.
Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.*

*M*ientras empezaba a quedarse adormilada, me dio las gracias por curarla.

—No me las des. Tú me cuidas, yo te cuido.

—¿Cuándo te he cuidado yo?

—¿No te quedaste en el almacén porque tuviste el impulso de protegerme?

No me contestó.

Yo sabía que, además de que quería quedarse tranquila sabiendo que yo no iba a aventurarme a salir al sol, Arabella buscaba estar conmigo a solas para que habláramos, pero no respondió a mi sutil provocación. Me quedé sin escucharlo de sus labios.

Qué extraña maldición me ha caído encima. Después de una vida tan larga, después de tantas idas y venidas, he tenido que ir a enamorarme de alguien que solo me ve como a un maestro. Un buen amigo con el descubrir el mundo o alguien a quien recurrir cuando necesitas consejo y ayuda. En fin, al menos me siento satisfecho porque, de alguna manera, hemos salvado el escollo de mi oscuridad; la otra noche algo se me partió por dentro cuando vi su miedo ante lo que soy y solo tenerla ahora entre mis brazos, tranquila y relajada, ha empezado a unir los pedazos de mi alma.

Me quedé a su lado, abrazándola, hasta que se quedó dormida del todo. Después la dejé libre para que estuviera cómoda, pero no me separé ni un segundo de su lado, ni siquiera cuando me levanté y di vueltas alrededor de la cama pensando en cómo iba a superar que ella no me quisiera tanto como para entregarse a mi oscuridad sin reservas. Porque sí, ella me ofrecía su cuerpo

para que yo hiciera lo que quisiera, pero la dura realidad es que yo necesitaba algo más. Antes que cualquier otra cosa, ansiaba que su corazón latiera por mí y por desgracia, ese momento no parecía llegar.

¿Tendré que resignarme a vivir solo?

Dudo si compartir mi sangre con Arabella ha sido una buena idea. Curarla era una necesidad —y también me hace feliz saber que formo una pequeña parte de ella—, pero ahora sé como se calientan mis huesos cuando su fuerza vital me recorre por entero y sé que me va a costar seguir viviendo sin eso.

«Huesos, ángel mío, escúchame, mi amor. Quédate a mi lado. Necesito que sepas que soy ese hombre que ansías que te quiera con locura. Dame la oportunidad de contártelo. Estoy deseando que hablemos del vínculo y de las oportunidades que, a pesar de lo que somos, tú y yo tenemos como pareja».

Londres, 7 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

—*D*esperta, dormilona —dijo Rheged mientras metía la mano bajo la manta que había sobre Arabella y le hacía cosquillas en los pies—. Te he traído el desayuno.

—¿He oído «desayuno»? —murmuró Arabella con la voz aún dormida.

—¿No lo has olido?

—Desde que empezaste a prepararlo hace media hora.

Tan pronto como Arabella dijo aquello en voz alta cayó en la cuenta de lo raro que era haber tenido esa capacidad y se despejó por completo.

—¿Cómo es posible, Rheged? Estamos en un sótano lejos de la cocina y llevo un buen rato salivando por el olor a los huevos y el beicon que estabas cocinando.

Él, después de dejar la bandeja sobre una mesa lateral que Arabella habría jurado que nunca estuvo allí, se sentó a su lado en la cama y le tomó la mano.

—Sin histerias. ¿Recuerdas lo que te dije de la sangre?

—No soy una histérica. Dijiste que amplificaría temporalmente mis sentidos.

—Pues eso es lo que ha ocurrido.

—¡Dios mío! Para ti pisar las calles tiene que ser un suplicio.

Rheged suspiró satisfecho. Arabella no parecía estar resentida ni molesta con él. Sus reacciones eran las de siempre.

—Un poco... Aunque con el tiempo aprendes a desconectarte de la realidad.

Ella le miró de reojo. Si él fingía que todo seguía igual entre ellos, haría lo mismo.

—No sabía que supieras cocinar.

—Yo tampoco.

Arabella rio.

—Espero que el sabor cumpla lo que promete ese aroma tan bueno.

—No me retes y siéntate ya. Se va a enfriar.

Los golpes sobre el panel deslizante de madera hicieron que los dos callasen de forma precipitada.

—¿Se puede?

—Pasa, Mel.

Una cabeza se asomó desde lo alto de la escalera.

—No me gustaría ser inoportuno.

—Nunca lo eres.

—¿Y por qué Arabella se ha tapado hasta la cabeza? —preguntó sonriendo.

Rheged se giró a mirarla y soltó una risotada.

—¿Hola? —insistió el recién llegado—. No necesito ser un ser sobrenatural para saber que estás ahí.

Al quitarse la manta de encima, el cabello de Arabella se revolvió un poco más. Brahn la miró embelesado. Así la quería ver él siempre, en su cama y despeinada, aunque los motivos, era evidente, desearía que fueran otros.

Mel se cuadró como un soldado ante un mariscal del campo y para evitar que ella se sonrojase aún más —si es que aquello pudiera ser posible—, le tendió a Rheged la carta que le había obligado a interrumpir ese momento perfecto.

—Es importante. El Consejo te reclama, Brahn. Mañana debes viajar a París, los lobos de Salomé vendrán a por ti.

Aquello disipó las vergüenzas de Arabella. No solo se destapó, sino que bajó de la cama y, descalza, se acercó hasta donde estaban los dos hombres.

—¿Es algo grave?

Mientras Rheged leía la nota, Melquisedec la tranquilizó.

—Quieren que haga de testigo y jurado en las acusaciones contra María, la baronesa, pero también que explique lo que sepa sobre el *maledicti*, —al ver la consternación en su cara, rectificó—: perdón, sobre James.

—¿Cómo lo saben? —Se sorprendió Arabella—. Sucedió ayer.

—No deben de estar al tanto de su muerte, pero sí habrán tenido una notificación de Jezabel. Es su forma de salir del entuerto sin que nada pueda rozarle —respondió Rheged, que, aunque leía la nota, estaba pendiente de la conversación.

—¿No llegaste a informarles?

—No, Mel, ni siquiera me lo planteé. Hasta que no hablamos con Didier no tuvimos pruebas reales, y después todo se complicó y no hubo tiempo para escribir cartas a nadie.

—Así ella te pasa toda la responsabilidad a ti.

—No tanto la responsabilidad, como el tener que dar explicaciones.

—¿Por qué no me dijisteis que Didier habló con vosotros? —preguntó descompuesta Arabella.

—No te alteres. No hubo tiempo, vino en plena madrugada y no se me ocurrió despertarte en ese momento. Esa misma mañana, James te hizo llegar la nota y todo se precipitó.

—Iremos contigo —dijo el híbrido.

—No, Mel, tú te quedas con Arabella, no voy a meterla en una reunión de vampiros y mucho menos dejarla sola en Londres.

Melquisedec asintió.

—¿Será necesario preparar tu viaje?

—No. Si vienen los lobos de Salomé, ellos serán los encargados del transporte. Gracias, Mel.

Una vez dicho todo, Melquisedec se sintió de más allí. Sabía lo que había pasado entre ellos y era consciente de que necesitaban estar solos, así que dio media vuelta y se fue tan silencioso como llegó. Arabella dio unos minutos de margen para que estuviera lo suficientemente lejos como para no oírlos, mientras fingía ver que había en los platos que Rheged había traído en la bandeja. Tenía un montón de preguntas y no sabía ni por dónde empezar ni si debía formularlas.

Él se colocó ante ella apoyando las manos sobre la mesa.

—¿Qué ocurre, Huesos?

Arabella lo miró. La conocía tanto que sabía con certeza cuando algo daba vueltas en su cabeza. Probablemente, ahora que su sangre fluía por sus venas y viceversa, incluso era posible que supiera que estaba pensando.

Le daba reparo decirlo en voz alta, pero no vio ningún motivo para esconder sus temores.

—¿Volveré a verte?

—¡Oh, vamos! —Rheged bordeó la mesa y se colocó a su lado. No la abrazó hasta que ella apoyó la frente sobre su pecho—. No voy a desaparecer, Huesos. Además de que lo prometí, no quiero hacerlo. Solo serán unas pocas semanas. Y para que no me eches mucho de menos, te daré la dirección de

Salomé en Chartrettes, que es alto secreto, para que podamos mantener correspondencia. —Sonrió tan dulcemente que ella tuvo que corresponder—. Te diré lo que haremos hoy, en cuanto pueda aventurarme en la calle iremos a casa de la modista a recoger tus vestidos, estoy deseando que te los pruebes todos.

Ella supo que buscaba animarla de alguna forma —nunca había sido una gran actriz y la decepción debía verse en su cara—, así que asintió y se dispuso a desayunar y pasar con él, de la mejor manera posible, esas horas que les quedaban juntos hasta que aquellos lobos hicieran acto de presencia.

Creí que tendría más tiempo

Malditos lobos y maldito Consejo que le separan de mi lado, aún no se ha marchado y ya sé cuánto lo voy a echar de menos.
Tanto o más que la última vez.

*Londres, 7 de septiembre de 1888.
Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.*

Qué noticia más inoportuna. Que Brahn se marche a Francia me deja a solas con mis pensamientos y lo que menos deseo, además de no pasar con él todo el tiempo posible, es sentir los fantasmas de James y de mi tío Horace revoloteando sobre mí.

No me siento responsable —lo que ha sucedido no lo he provocado yo—, pero no quiero darle vueltas al hecho de que, si quizá yo hubiera actuado de otro modo, aunque ignoro cuál, esta historia podría haber tenido otro desenlace.

Tampoco quiero pensar en que no estoy tan apenada como debiera.

¿Pero por qué habría de sentirme triste?

Yo vine a Londres a buscar a mi familia, a sentir que pertenecía a algo, a saber si era capaz de valerme por mí misma, si podría escribir mi propio destino. Y sí, todo eso lo encontré, pero no donde esperaba.

Cuando conocí a Rheged hace diez años, ya supe de algún modo que él era mi casa, mi refugio, pero ocurre que, en este mismo momento, soy perfectamente consciente de que es mucho más: es amigo y familia, es mi gran amor hecho realidad. El hombre con quien querría compartir mis días, mis alegrías y, sobre todo, mi corazón.

Sé que puede parecer que estoy volviéndome loca —estoy hablando de un vampiro, no de un humano de verdad—, pero siempre me he sentido mejor a su lado que con mi propia familia.

El fantasioso y oscuro mundo subterráneo se confunde con el que debería sentirse real y es al menos cien veces, más acogedor que el que me ha tocado en suerte.

No desaprovecharé la ocasión, pero no debo olvidar que Rheged es un ser de otro mundo. Estaré a su lado el tiempo que él quiera darme, no sé si puedo aspirar a otra cosa.

Por el momento, tengo la impresión de que solo me quedan unas pocas horas.

Londres, 8 de septiembre de 1888.

Residencia de lord Brahn Rheged, Whitechapel.

—*H*e dicho que os vais a Brimstone Hall. Los dos.

—Pero, ¿por qué no podemos esperararte en Londres?

—Porque ese loco al que llaman Jack el Destripador, acaba de matar a otra mujer.

Arabella se dejó caer de golpe en el sillón. Otra mujer degollada y brutalmente golpeada. Otro asesinato demencial y nauseabundo.

—¿Aquí, en Whitechapel?

—Cerca, en Spitalfields.

Después de quedarse pensativa unos segundos con la mirada fija en la chimenea, Arabella empezó a hablar con un tono de voz casi animoso.

—Hasta que vuelvas, podríamos quedarnos e investigar. Mel seguro que puede seguirle el rastro.

A Rheged se le desencajó la cara de tal forma que a ella le dieron ganas de retirar lo dicho, pero cuando se asustó realmente fue cuando él, después de dar un par de vueltas por el salón intentando calmarse, golpeó con el puño la robusta mesa de comedor y la partió en dos.

—¡Eh, tranquilo! —Mel se plantó ante su amigo en apenas un segundo y lo sujetó por los hombros. Brahn parecía a punto de desplomarse—. Seguiremos la política de no intervenir, lo prometo. Nos iremos, está todo listo, pasado mañana sale nuestro tren.

Arabella estaba tan impactada por el arrebato de Rheged que no se dio cuenta de que el viaje parecía estar ya ultimado con todo detalle. Lo que sí llamó su atención fue aquello que dijo sobre no inmiscuirse.

—¿No intervenir? —preguntó sin dejar de mirar los dos trozos de madera astillados que estaban en el suelo.

Contestó Mel, a Rheged aún le costaba contener la ira, la frustración y la impotencia.

—La raza no se inmiscuye en asuntos humanos. Está prohibido. No siempre ha sido así, claro, no es la primera vez que los antiguos han intervenido en guerras o matando en su propio beneficio, pero se persigue y está penado. Esa es una de las razones por la que por fin se dio luz verde a la creación del Consejo; regular y minimizar la relación entre humanos y vampiros.

—Pero ese hombre es un asesino... ¿No podéis pararle?

Rheged se tranquilizó y, aunque en su rostro aún había evidencias del enfado, su voz volvía a ser la del hombre amable y comprensivo de siempre. Aun así, cuando Arabella le vio acercarse no pudo evitar tensarse.

Él se sentó a su lado a pesar de ver su cara de aprensión.

—Lamento mi comportamiento, no tengo ningún derecho a ordenarte aquello que debes o no debes hacer, pero Arabella, ¿entiendes cómo me sentiré si sé que estás buscando a un asesino en los barrios marginales de Londres y yo estoy demasiado lejos para cualquier cosa?

—No estaría sola.

—Aunque te acompañase la mismísima reina Victoria con todo su séquito. ¿Cómo te sentirías tú si fuera el revés? ¿No te das cuenta de todo lo que podría pasar por mi cabeza mientras estoy a más de trescientas millas de ti?

—Acabas de romper una mesa, creo que eso es una pista lo suficiente esclarecedora.

Él se giró y miró el destrozo. Se avergonzó.

—No pretendía asustarte.

—Pues lo has hecho.

—Arabella...

—¿Y qué hay de mi vida? De esa búsqueda de trabajo de la que te hablé. Está bien, entiendo que no debo meter las narices en un asunto que me queda grande, para eso ya está Scotland Yard, pero no puedo quedarme siempre al amparo de tu dinero y tu título. —Su rostro mostraba gravedad. Estaba muy seria—. Además, no volveré al valle. No quiero.

—No pretendo cortarte las alas, Huesos. Nunca lo he hecho y no voy a empezar ahora. Solo te pido un aplazamiento. Deja que yo esté presente, aunque solo sea por sentirme un poco partícipe.

Ella valoró sus objeciones, pero también pensó en sus planes. Lo que en ese momento deseaba era estar a su lado, conocerle a otro nivel, intimar, por lo

que tampoco se sentía bien con la idea de que él viajara con unos desconocidos a Francia.

—¿Y si viajo contigo?

Durante un instante, Rheged pareció valorar que ella le acompañase. Incluso sonrió. Pero a continuación, con pesar, negó al mismo tiempo que exponía sus razones.

—Pasarás sola mucho tiempo, hay lugares a los que no podrías acceder por tu condición de humana y también estarás en peligro. En mi raza hay quien quiere lo que otros tienen. Eres hermosa y joven, no quiero que los antiguos padres puedan pensar que tienen derechos sobre ti. Créeme, Huesos, no voy allí a hacer turismo y me gustaría estar tranquilo sabiendo que estás entre los muros de Brimstone Hall, discutiendo con Charles, vistiendo como Bernie y enseñando a Suke como yo hice contigo, y no encerrada en una de las habitaciones del palacio que el Consejo tiene en Chartrettes o buscando trabajo de cualquier cosa en una ciudad sucia y atestada como Londres.

El recuerdo del mayordomo, criada y cochero hizo que Arabella cediera un poco.

—¿Eres también el tutor de Suke?

—Todavía está aprendiendo a leer, pero sí, me gustaría que ella también tuviera su oportunidad.

Sus protestas se fueron debilitando.

—Pero mi vida no está allí.

—No está con tu tía, pero Huesos, mi oferta sigue en pie; lo seguirá siempre. —Su voz no podía sonar más sincera—. Por favor, dejemos que pase el invierno y cuando deshiele regresaremos a Londres. Prometo secundar todas tus locuras.

Aquello era algo. No solo le daba carta blanca, sino que además anunciaba que estaría a su lado.

—¿Lo prometes?

—Sé que dirás que no soy un hombre de palabra porque no te enseñé a bailar, pero aún estoy a tiempo de enmendarme. Lo prometo.

—¿Solo hasta la primavera?

—Solo hasta la primavera.

—¡Hecho!

Por fin un respiro para el barón.

Arabella le ofreció su mano y él se la estrechó para sellar el pacto como si

ella fuera un caballero, pero después, sin importarle la presencia de Melquisedec, se lanzó a devorar sus labios con desesperación.

Ya la echaba de menos y aún no se había marchado.

Pactar con Arabella no era nada fácil, sus habilidades negociadoras (y esos labios tan sensuales) acabarían con él intentando traerle la luna cuando ella se lo pidiera.

Los lobos llegaron al caer la noche y se las ingenieron para meter aquel coche de caballos en el estrecho callejón.

El carruaje en sí no era grande —era una especie de *coupé* de dos plazas, más apropiado para callejear que para un viaje largo—, aunque sí intimidante. Su exterior era de color negro, sin ningún escudo ni insignia, y tenía las ventanas cegadas con tablones de madera y protegidas con barrotes. Y las bestias..., se veían enormes. Aquel atalaje de tiro de cuatro caballos era a todas luces excesivo. Quizá el efecto se daba porque apenas quedaba espacio para pasar, lo ocupaban todo, pero parecía que podrían arrastrar con ellos no un carruaje, sino una casa entera.

Arabella bajó a despedirle y caminaba a su lado un tanto triste pero resignada a la separación. No deseaba verle partir, habría dado cualquier cosa por viajar con él, pero al ver el transporte se aferró a su brazo para impedir que se metiera en su interior. Daba la impresión de que iban a llevarlo al manicomio o al patíbulo y no a una sencilla reunión.

—No subas ahí.

—Tranquila, ha de ser así, el viaje dura varios días y esta es la única forma de no parar y que yo vaya protegido del sol.

—¿No hay otra alternativa?

—En un ataúd. Un coche fúnebre es otro de los vehículos que nadie detiene, pero es bastante más incómodo.

—Brahm, no vayas.

—Huesos, no es una trampa, de verdad. Llevamos años viajando así. Ven, asómate para ver el interior, verás que no es tan tétrico como aparenta.

Un cochero enorme, casi tanto como los caballos enganchados al tiro, abrió una de las puertas laterales y se quedó esperando a que Rheged subiera. El espacio era tan estrecho que Arabella tuvo que apretarse contra el barón para

poder pasar. Tenía curiosidad por ver cómo era y también se resistía a soltarle el brazo.

El interior, apenas iluminado con una lamparilla, era todo lo contrario a lo uno habría imaginado al verlo por fuera. Completamente tapizado en capitoné —todo, incluso el acolchado del techo de la caja, llevaba los típicos botones que tensan y hundan la tela para formar una retícula— en terciopelo de color púrpura. Era más que lujoso. Parecía el coche de un rey.

A pesar del confort, Arabella insistió:

—Pero ahí dentro, encerrado en esa oscuridad...

Él le besó la mano y tuvo que contenerse para no lanzarse a su boca. De hacerlo sabría que le costaría aún más partir.

—No me preocupa la oscuridad. —Se llevó la mano al pecho, a la altura del corazón, mientras ponía un pie sobre el estribo para subir—. Me acompaña *mi ángel de luz*.

Aturdida por lo que para ella significaban esas palabras, le soltó, y él, ya libre de su agarre, subió al coche. Arabella reaccionó tarde, cuando el licántropo ya había cerrado la puerta.

Golpeó con las palmas sobre ella.

—¿Qué significa eso que has dicho, Brahn?

Su voz se escuchó amortiguada y lejana.

—Qué me acompañas siempre, *mi ángel*. Te llevo en el corazón.

El coche arrancó y Arabella tuvo que pegarse a la fachada del edificio para que las ruedas no pasaran por encima de sus pies.

«Mi ángel de luz».

La evidencia de los sentimientos del barón hacia ella había estado siempre entre sus pertenencias. Ahora muchas de sus preguntas ya tenían respuesta.

¿Quién podía saber que ella iba al muro a llorar su ausencia?

Brahn.

¿Quién podía saber tanto de la vida como para escribir algo tan hermoso?

Brahn.

¿Quién podía sonar tan arrepentido y desgarrador?

Brahn.

¿Quién podía saber tanto de su desgraciada vida como para que cada palabra, aunque pareciera dicha al azar, tocara todas y cada una de sus fibras

sensibles?

Brahn.

¿Por qué ella nunca había sospechado nada?

Porque deseaba tanto que ocurriera que estaba cegada a las evidencias.

Mi ángel de luz. Así era como el poeta llamaba a su amada en las notas que ella encontró entre las piedras de Lingmoor Fell.

Un viaje muy largo

 Mi querida niña, me ha dolido más que a ti la separación, pero creo que nos vendrá bien tomar algo de distancia.

 Todo ha ocurrido demasiado rápido y los dos tenemos que asimilar y aclarar los sentimientos que nos devoran por dentro.

Londres, 8 de septiembre de 1888.

Carruaje propiedad del Consejo. Camino de Chartrettes, Francia.

*E*n todos los años transcurridos desde aquel verano de 1879 nunca pude olvidarla, pero de forma curiosa, durante todo ese tiempo ella siempre permaneció en mis pensamientos con sus flamantes doce años. Con su espontaneidad y desparpajo, con su carita diminuta desbordada por unos ojos enormes, con su cuerpo menudo y huesudo, tan frágil qué daba lástima.

Estoy convencido de que la congelé en mis pensamientos para no sufrir. Mi subconsciente se negó a imaginarla crecida, casadera, comprometida, casada, feliz y con niños. Mientras la soñaba aún púber no había peligro de que se me metiera en la cabeza regresar.

La vida es a menudo cíclica. Yo, más que otros, por todos los años que llevo caminando sobre la tierra, lo sé, pero cuando llega el momento la muy puta siempre te pilla desprevenido. Y ese primer instante de nuestro reencuentro, cuando reconocí aquellos ojos verdes entre las sombras del carruaje, me dejó conmocionado en todos los sentidos, en parte porque no podía creer que la suerte pudiera volverse mi aliada. Aunque minutos más tarde, cuando ella despertó en mi sofá, en seguida me di cuenta de que quedaba muy poco de la niña que yo recordaba. La mujer que tenía frente a frente me miraba con cautela, desconfianza, miedo... Emociones que nunca había visto en el rostro

de aquella que fue mi inestimable compañera. Mi pequeña y huesuda amiga ya no estaba allí, había desaparecido.

Pero lejos de convertirse en una decepción, aquello fue un desafío. Mi cuerpo reaccionó ante la fascinante mujer en la que se había convertido y noté cómo me temblaba el pulso cuando la tuve entre mis brazos mientras Melquisedec apagaba sus faldas. Me sentí atrapado. No tenía nada que ver con aquella nueva y adulta Arabella y, por algún extraño capricho del destino, creció en mí el deseo de redescubrirla. A otro nivel. A ese que hace que sudas mientras deslizas piel sobre piel.

No contaba con que Arabella tendría un arma secreta escondida bajo todas aquellas capas. Allí, en el fondo de su ser, todavía estaba mi niña querida y tan pronto como yo empecé a rascar, ella salió de su letargo y me bombardeó a recuerdos. Y yo..., ¿qué podía hacer yo, si no recordar?

El regreso de Huesos fue como la niebla. Como cuando la ves bajar por las montañas despacio engullendo a su paso árboles y granjas, hasta que llega delante de ti y no se detiene, sino que te envuelve también entre su manto de lana. Una vez dentro de ella, no solo la sientes rodeándote; se convierte en parte de ti.

Así ha sido.

Cada gesto, cada palabra, todas y cada una de sus sonrisas, su dulce mirada y mil cosas más que se me escapan. Esa ha sido la tela de araña en la que estoy preso y en la que no me importaría quedarme para siempre.

En este instante, mi corazón ilusionado empieza a planear un futuro y, al mismo tiempo, mi cerebro me pide algo de distancia para pensar en ello. ¿Qué pasará si ella no desea ser mi compañera de vida? ¿Podré volver a mi soledad como si no hubiera pasado nada?

Cumbria, 13 de septiembre de 1888.

Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.

Lo primero que hizo Arabella al llegar a Brimstone Hall después de saludar a todos y de que la pusieran al día, fue deshacer su equipaje y sacar el estuche de cuero que contenía los poemas que encontró en Lingmoor Fell. Los leyó de nuevo, aunque se los sabía de memoria, intentando encontrar alguna pista que autentificara su autoría.

Allí estaban las palabras que había dicho el barón antes de subir al carruaje: *Ángel de luz*. Al verlas, el estómago le dio un vuelco. Ahora ya no eran solo palabras, ahora tenían tono e intención.

¿Y si Rheged había leído los poemas a escondidas mientras el estuche había estado en su habitación de Whitechapel y lo que quería era tomarle el pelo como hacía cuando tenía doce años? Podría haberla visto escondérselos entre las faldas cuando los recuperó del escondite en el apartamento de su hermano.

Arabella se llevó la mano al pecho, sentía un nudo que le impedía respirar con normalidad.

No. Aunque a Rheged le divirtiera bromear, no era de esos que leen la correspondencia ajena (o eso quería creer).

Intentó relajarse y leerlos con la mente fría y, al hacerlo, encontró miles de referencias que perfectamente podrían ser cosa suya, detalles que le gritaban al oído que sí, que conocía la mano que los había escrito, pero cada vez estaba más confundida. Necesitaba tener alguna certeza antes de que su imaginación tomara vuelo y empezar a soñar, a ilusionarse.

Pero, ¿cómo podría confirmarlo? ¿Era Brahn quien había llorado a su *ángel de luz*? ¿Era ella entonces la destinataria de aquellas notas? No quería emocionarse antes de tiempo, pero no podía dejar de pensar que todo encajaba: su delicado y elegante vocabulario, sus expresiones, su cuidada

caligrafía...

«Su caligrafía».

Salió de su cuarto con los poemas en la mano. En alguna parte de aquella casa debía de haber algo escrito por Brahn.

La mansión estaba patas arriba. Después de haber estado cerrada tanto tiempo —aunque Arabella hubiera ido de vez en cuando a leer frente al fuego de la biblioteca, el paso de los años había dejado la huella de su abandono—, Suke, siguiendo las órdenes del barón, había contratado a un equipo de operarios que intentaban a marchas forzadas devolverle su esplendor. Charles, por su parte, parecía haber rejuvenecido y estaba en el vestíbulo dando órdenes. Había gente trabajando para darle brillo a la casa por todas partes.

No, no quería preguntarle al viejo mayordomo, aunque hubiera sido lo obvio —estaba allí a su alcance y conocía a Rheged, sabía de él más que nadie—, pero aquello era algo demasiado íntimo y a pesar de la confianza que pudiera tener en él, no deseaba que supiera qué estaba ella buscando.

El dormitorio de Brahn. Recordaba haberle visto sentado a un escritorio firmando papeles, junto a una de las ventanas. Quizás allí todavía hubiera algún documento de su puño y letra.

Corrió hasta su habitación. No había pisado el piso de arriba desde aquella aciaga noche que truncó sus ilusiones y pasó de largo, sin mirar ni tan siquiera, por delante del dormitorio donde le vio con Lucille —si por ella fuera tapiaría aquella puerta—, pero tan pronto como alcanzó el cuarto del barón tuvo que detenerse. Maldición. Estaba lleno de gente.

Un grupo de operarios entelaba las paredes y los muebles, cubiertos por unos protectores, se agolpaban en el centro de la estancia. El escritorio estaba allí, detrás de la cómoda, veía con claridad sus patas talladas con forma de garra de león, pero no podía ponerse a rebuscar en ese instante. Tendría que esperar a que se fueran.

Arabella esbozó una sonrisa falsa y murmuró que se había perdido cuando la miraron con curiosidad. Caminó hacia atrás con las orejas rojas como cerezas y salió del cuarto tan deprisa como había entrado.

¿Dónde...? ¿Dónde? Sentía como el ansia por saber le corroía por dentro. Ahora que creía que había encontrado la forma de desenmascararle le habían entrado las prisas. Necesitaba corroborar en ese mismo instante sus sospechas.

La biblioteca. El sanctasanctórum del barón. Allí no se habrían atrevido a

entrar.

Y no, no se habían atrevido. La habitación estaba igual que ella recordaba salvo que habían quitado las polvorientas cortinas de terciopelo granate para limpiarlas o colgar unas nuevas y, en ese instante, entraba el sol a raudales a través de las enormes ventanas.

No pudo evitar un ligero estremecimiento. Entrar en aquella habitación le traía docenas, centenares, miles de buenos recuerdos. Cómo echaba de menos aquellos días.

Arabella comenzó a revisar la enorme biblioteca en busca y captura de la prueba definitiva. Ella recordaba que, en algunos libros de filosofía, Rheged dejaba pequeñas anotaciones en los márgenes, tenía esa costumbre, y a falta de un documento más extenso tendría que contentarse con eso. Esperaba que fuera suficiente.

Al fin los encontró. Estaban en lo más alto.

Se encaramó a una escalera y pasó el dedo por los lomos hasta dar con dos que recordó haberle visto entre las manos. Al sacarlos, el polvo acumulado se quedó en suspensión y ella empezó a toser. Las pequeñas partículas brillaron a la luz como si, cada una de ellas, se hubiera transformado en un sol en miniatura.

Los abrazó contra su pecho antes de bajar la escalera. Debía recobrar el aliento, de alguna forma sentía que, en los próximos minutos, su vida iba a cambiar de forma radical.

Tardó lo que ella consideró una barbaridad, en calmarse y bajar la escalera. Pero esa calma que había conseguido a duras penas, desapareció en cuanto puso los pies en el suelo. Con una ansiedad que hacía que le costara respirar, los llevó hasta el iluminado alfeizar, pasó deprisa las páginas hasta encontrar en una esquina unos garabatos inconfundibles, sacó los poemas y los comparó.

Acabó sentándose. Aunque en el libro eran diminutos, se distinguía con claridad que era la misma airosa y refinada caligrafía, escrita con elegancia y sin levantar la pluma del papel. Por fin tenía la prueba que había estado buscando. Rheged era el poeta que había llorado y vaciado su alma en aquellos papeles durante aquel verano de 1879. Los poemas del muro de Lingmoor Fell.

De algún modo se desinfló. Ya no podía decir que su febril imaginación quería jugarle una mala pasada; ahora tenía la evidencia delante de sus narices.

—¿Por qué lloras, Arabella? —Melquisedec se plantó en cuatro zancadas a su lado mientras ella se retiraba las lágrimas con el pulgar e intentaba disimular su conmoción—. ¿Estás bien?

Intentó esconder los poemas, pero, aunque dobló las hojas por la mitad para que Mel no leyera lo escrito, no lo hizo a tiempo.

—¿Malas noticias? ¿Qué ha pasado con Brahn?

Ella lo miró, era imposible que a esa distancia hubiera podido leer algo.

—¿Has reconocido su letra?

Cuando lo miró a los ojos le vio sonreír.

—La reconozco y, aunque solo me ha dado tiempo de leer un par de frases, no creo que lo escrito sea para que te haga llorar.

—No son recientes. —Se las tendió para que las leyera si así lo deseaba—. Las tengo desde hace diez años.

Él las recogió, pero no hizo ningún amago de leerlas, las dejó en una mesa auxiliar. Se colocó ante ella y a punto estuvo de tomarle las manos al verla temblar.

—Arabella, él está bien, puedo asegurártelo. La seguridad es primordial para el Consejo. No te apures, antes de lo que piensas le tendrás de vuelta.

—¿No quieres saber qué dicen?

Mientras hablaba, ella miró de refilón el pequeño paquete que Mel había dejado sobre la mesa. Allí estaba su vida entera.

—Creo que es correspondencia privada entre vosotros dos y, si es así, no me incumbe. Aunque sí me gustaría que me hicieras partícipe de lo que te ocurre. No quiero verte llorar.

Arabella suspiró y se reclinó en el respaldo. Sentía que le fallaban las fuerzas.

—Son demasiadas preguntas sin respuesta.

—¿Son sobre la raza? Quizá en eso sí pueda ayudarte.

Arabella reflexionó apenas un instante. Si quería tener un futuro con Rheged había cosas que necesitaba saber.

Recuperó la compostura y tomó la mano de Melquisedec. Él la apretó con afecto.

—¿Tu sangre o la de Brahn tiene garantías a la hora de transformar a un humano?

El ojo azul de Melquisedec la miró con interés y, antes de responder, se aseguró de que no hubiera nadie cerca que los pudiera escuchar.

—Yo no soy del todo vampiro y tengo prohibido concebir prole, pero Brahn es un vampiro antiguo, él puede convertir a un humano con la seguridad de que todo irá bien. ¿Lo preguntas por lo que le sucedió a James?

James.

Lo cierto era que Arabella no había pensado en él.

—No me gustaría acabar así.

La ceja que el parche dejaba a la vista se arqueó con sorpresa.

—¿Vas a pedirle a Brahn que —bajó un poco más la voz— te transforme?

—No... No lo sé. —El rubor cubrió sus mejillas. Realmente era encantadora.

—¿Le amas? —La pregunta era del todo retórica, de sobra sabía que sí.

Arabella tragó saliva, no quería llorar.

—Sí —dijo con sinceridad.

—Vamos. Coge algo de abrigo y salgamos a dar un paseo. Hace muy buen día y de estos quedarán pocos, además, lo que voy a contarte es mejor que no lo escuche nadie.

Ella se levantó y caminó junto a él como un autómata. Confundida y ansiosa a la vez por aquello que Melquisedec le iba a confesar.

—¿Tienes frío? A estas horas el sol ya no calienta mucho.

Arabella miró hacia el cielo. Empezaba a decaer la luz, pronto el sol se escondería tras las montañas y la oscuridad le ganaría la batalla al día. Se arrebujó más con el chal y miró al híbrido. No estaban allí para hablar del tiempo.

—¿Qué es eso tan secreto que necesito saber? —le preguntó directamente.

Él le ofreció el brazo y comenzaron a andar procurando no salirse del camino. En los próximos días un ejercito de jardineros procuraría poner algo de orden allí, pero por el momento era mejor no aventurarse. Las malas hierbas se habían apropiado de la finca.

Melquisedec la miró y vio la ansiedad en sus ojos. Bien, no había motivos para andarse con rodeos.

—En realidad no es tan secreto. ¿Rheged te ha hablado alguna vez de los «compañeros de vida» o del vínculo?

Arabella negó. No habían tenido tiempo de profundizar en temas de la raza.

—Bien, entonces lo haré yo. A ver, ¿cómo podría explicarlo? —El tirón del

brazo que ella le dio fue suficiente para indicarle que su paciencia estaba al límite. Sonrió y comenzó a hablar—. Si me has preguntado lo de la transformación porque estás pensando en que tú y Brahn no tenéis futuro, y en eso te equivocas. No es necesario que te transforme en una vampira para que puedas vivir a junto a él durante *su* eternidad. Hay opciones mejores. Verás, los seres como nosotros podemos enlazar nuestra existencia a la vida de un humano, de forma que viva a nuestro lado hasta el verdadero final. Ese *compañero de vida* no tendrá que alimentarse de sangre ni morir, solo beber de él.

La miró. Ella tenía la vista perdida en algún lugar lejano. Sin duda aquella revelación costaba un poco de digerir.

—¿Cómo es posible?

—El humano nos da... su humanidad. Nosotros, la inmortalidad. Llámalo trueque, si quieres, pero es una especie de lazo de sangre que está por encima de las dos especies.

—Así que podéis emparejaros con un humano.

—Podemos, claro que podemos.

»Ese lazo no siempre ha sido creado por amor, Arabella, en la antigüedad los vampiros lo hacían para tener un... sirviente de por vida, alguien que cuidara de ellos mientras el sol estaba en lo alto. Eran muchos los peligros, y se necesitaba a alguien fiel. Pero eso ha cambiado con los años, ahora significa muchas otras cosas.

—Rheged es muy viejo, ¿ha tenido alguno antes?

Melquisedec rio. La pregunta había sido formulada como si ella esperara encontrarse a alguna esposa celosa en alguna parte.

—Es tan viejo que podría haber creado a más de uno, solo los antiguos pueden, pero Arabella, no lo ha hecho. Él es muy sensato para tomarse esto a la ligera.

—Pero entonces cuando pasen los años el humano...

—No envejece —interrumpió Mel que iba por delante de sus pensamientos.

—¿No?

—No, Arabella, no. Mientras su señor o compañero le vaya dando su sangre, el humano se mantendrá joven.

El rostro de Arabella continuaba algo confuso, pero ya no parecía a punto de llorar.

—¿Y cómo se hace? ¿Cómo es el ritual?

—¿No lo imaginas?

—Sangre.

—Exacto, son unos votos reforzados por un pacto de sangre que enlazan almas por toda la eternidad.

—¿Y eso en qué convierte al humano?

Mel volvió a sonreír. Ella no terminaba de asimilarlo, volvían al principio.

—En *compañero de vida* del ser sobrenatural.

—Pero ¿sigue siendo humano?

Melquisedec sonrió. Podían estar así toda la tarde, Arabella no parecía querer creerlo.

—Sigue siendo humano.

—¿Y qué sacáis vosotros a cambio?

—Algo de felicidad.

—Mel, no me tomes el pelo. Estoy hablando en serio.

—Y yo. No hay nada comparable a encontrar compañero o compañera en el mundo de los vivos. Por algún extraño motivo, cuando es por amor, las parejas entre razas son felices y duraderas. Se complementan.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—El vínculo.

Arabella se quedó callada y Melquisedec esperó con paciencia el resto de preguntas.

No iban a tardar en llegar.

Cuando regresaron a la casona, ya caída la noche, después de un largo paseo, Arabella creía tener todas las respuestas. O al menos, si no todas, sí las más acuciantes. Después de más de dos horas interrogando a Melquisedec, su corazón albergaba un sentimiento nuevo: la esperanza. Si Brahn no la quería tanto como para vincularse con ella, siempre le quedaba la opción del cambio. Arabella estaba dispuesta a todo con tal de no perderle en unos pocos años.

Ahora solo le restaba esperar que aquella reunión con el Consejo acabase pronto y que Brahn volviera a Brimstone Hall.

Allí, donde había empezado todo.

Noviembre

Las horas de luz cada vez son menos, la nieve ha hecho acto de presencia. Empezó cubriendo los picos de las montañas y ahora ya se extiende por todo el valle. Ya han pasado dos meses desde la última vez que vi a Brahn y me puede la impaciencia.

Cumbria, 16 de noviembre de 1888.

Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.

Su última carta fue muy escueta. En ella solo decía que había un asunto que le había retenido en Londres, pero que en breve estaría de regreso. Nada más. Ni siquiera estaba fechada. Y como en aquellos días del comienzo del invierno, los mensajeros no eran tan puntuales como deberían, yo no era capaz de saber cuánto faltaba para nuestro encuentro. Mi única certeza era que hacía tres días que la tenía entre mis manos y que la había releído al menos un centenar de veces.

Hasta finales de octubre la casa había estado llena de operarios y, todos aquellos cambios, obras y reparaciones me habían mantenido ocupada —la mansión era ahora una vivienda moderna, cálida y cómoda. Rheged no había reparado en gastos para convertirla en un buen lugar para vivir—, pero cuando se marcharon, la espera y el apenas tener algo en lo que ocuparme, Suke no me dejaba participar en los quehaceres diarios, empezó a convertirse en desesperación. No hay nada peor que combinar la inseguridad con ingentes cantidades de tiempo libre para pensar.

La compañía de Mel fue inestimable, pero yo era muy consciente de que cada día que pasaba mi carácter iba tornándose más áspero e impaciente. No conseguía relajarme, todos sabían que era un cañón con la mecha prendida y que estaba a punto de explotar.

El reencuentro estaba próximo, podía sentirlo, y con él llegaría el temido

momento en el que tendría que averiguar, de una vez por todas, qué iba a suceder con mi vida. Me comía la incertidumbre. Mi corazón iba a romperse en pedazos si todo lo que yo creía que él sentía por mí, era producto de mi imaginación.

¿Lo sentía? ¿Lo creía o quería creerlo?

Diez años antes, él me había enseñado, a través de aquellas cartas, que se podía amar de una manera desgarrada, con una pasión que brotaba de lo más profundo de las entrañas. Algo que en aquel momento yo no entendí porque era muy niña. Había transcurrido mucho tiempo desde entonces. ¿Qué iba a hacer yo si él no me amaba? ¿Qué haría si ese afecto que profesaba no se pudiera convertir en amor?

Mis sentimientos habían pasado de la admiración y el cariño que le tuve de niña, al deseo de sentirme entre sus brazos. A la necesidad de ver su sonrisa a diario y, aunque en un principio me horrorizaba volver a Cumbria, a querer quedarme en Brimstone Hall con él para siempre. Cada día que he pasado esperando su vuelta y recordando todo lo que allí ocurrió, me ha ayudado a darme cuenta de lo mucho que le quiero, y de lo que me va a doler la despedida si él no siente nada por mí.

En el escaso intercambio de cartas —cartas que nunca fueron a través del correo postal, sino entregadas en mano—, no se habló de nada personal, los dos lo evitamos. Yo lo hice a conciencia, necesitaba ver su cara cuando discutiéramos sobre ello, no quería que me engatusara con palabras hermosas que le dieran alas a mi ilusión. Pero él tuvo la osadía de llamarme *su ángel de luz* con descaro en cada encabezado y yo sentí ganas de abofetearle todas y cada una de las veces porque le imaginaba sonriendo cuando lo escribía en el papel. Aunque después pasaba toda la noche sin dormir, emocionada al pensar lo que podía significar que me llamase así.

En mi última misiva yo escribí: *a mi demonio tenebroso*, a sabiendas de que él iba a reírse de lo lindo con la ocurrencia.

«Maldito barón. ¿Por qué no ha regresado ya? ¿Qué le habrá retenido en Londres?».

Mis pensamientos no me daban tregua ni de día ni de noche, y aquel dieciséis de noviembre, perdida en ellos, no escuché que un carruaje se acercaba a la mansión.

—Señorita Arabella.

La entrada de Suke siempre era comparable al paso de un huracán.

—Dime, Suke.

—Está aquí. Ha llegado.

Dejé de respirar.

—¿El barón?

—¿Pues quién va a ser? ¿Acaso espera a la reina Victoria?

A Suke no le afectó lo más mínimo mi mirada asesina, siguió desafiándome plantada junto a la puerta con los brazos en jarras. Me levanté y alisé las faldas de mi vestido porque no sabía qué otra cosa hacer. Sonreí al mirarlas. Había desterrado el vestuario gris de tía Adelaida, llevaba uno de los que él había ordenado coser para mí.

—Claro que no. —Quise que el enfado se percibiese en mi voz, pero la ilusión truncó el efecto y las palabras me salieron en tropel—. ¿Cómo es que está aquí? Es pleno día.

—Viene en un coche de alquiler.

Me asomé a la ventana y estuve a punto de desmayarme cuando vi los caballos engalanados con penachos negros.

—¡Santo Dios!

Suke se llevó las manos a la cabeza al ver mi reacción.

—¿Cómo quiere que venga? ¿En su tálburi?

A veces sus respuestas eran demasiado mordaces, pero en aquel momento no pude reprenderla; estaba demasiado ocupada sujetándome al marco de la ventana para no caer redonda.

Brahn había vuelto. Estaba dentro de aquel ataúd.

Los hombres del coche fúnebre, a las órdenes de Charles y ayudados por Bernie, descargaron el féretro, una elegante y pesada caja de madera de caoba. Yo, aún en mi puesto de vigía junto a la ventana, me mareé hasta el punto de tener que apoyarme sobre el alféizar, saber que estaba allí encerrado me dio una impresión horrible. Puede que para los vampiros aquella fuera una forma normal de viajar, pero yo no estaba aún acostumbrada a ese tipo de cosas.

Me quedé allí, petrificada, hasta que desaparecieron de mi vista porque ya habían entrado en la casa. Para cuando quise llegar al vestíbulo, ya estaban metiendo el ataúd en el salón y Charles se preparaba para darles una abultada

propina.

El corazón me latía desordenado, nervioso. Tan pronto lo sentía exultante y palpitaba a toda velocidad, como daba la impresión de que se detenía para enmascarar su presencia.

El momento, temido y anhelado momento, había llegado; Brahn estaba en casa.

Cumbria, 16 de noviembre de 1888.

Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.

Todos esperaron en silencio a que los de la funeraria salieran por la puerta, subieran al carruaje, dieran la vuelta y se marcharan por donde habían venido. Aún así, parecía que nadie iba a atreverse a acercarse al féretro hasta que lo hizo Charles.

—¿Señor? —dijo mientras golpeaba con los nudillos en la caja.

Melquisedec se adelantó y separó al mayordomo del ataúd.

—Si no ha podido salir durante el viaje estará hambriento.

Charles asintió y dio dos pasos atrás, dejando al híbrido en primera fila, pero Mel no se contentó con esa pequeña distancia. Ignoraba en qué condiciones llegaría Rheged —llevaba poco tiempo a su servicio—, pero sí había visto un par de veces a su anterior dueña y no era muy recomendable que hubiera humanos cerca.

—Será mejor que os vayáis —dijo el híbrido en voz alta para todos los presentes—, os llamaré en cuanto él esté preparado para saludaros. Arabella, tú también —añadió al ver que ella se quedaba en mitad de la habitación.

—Yo me quedo.

No hacía falta mirarla para ver la determinación de su rostro, con esas tres palabras había sonado inflexible.

—De acuerdo, pero ya que estás aquí, cierra bien las cortinas.

Ella, sobreexcitada ante la proximidad de su reencuentro, corrió a ejecutar la orden sin percatarse de que lo que quería Mel era alejarla de los pies del ataúd. Los rayos de sol de la tarde ya caían, la poca luz que entraba era débil y ni siquiera se acercaba al lugar donde habían colocado la caja. Rheged estaba fuera de peligro, aunque las cortinas estuvieran abiertas de par en par.

—¿Brahn? —llamó Melquisedec. Arabella no escuchó nada, pero él sí

debió hacerlo porque a continuación dijo—: Sí, puedes salir.

Se escuchó un cierre interior y a continuación la tapa comenzó a levantarse despacio.

Tan pronto como estuvo del todo abierta, Melquisedec, con la manga de la camisa bien remangada, le ofreció su brazo, pero Rheged, aunque ya estaba transformado y preparado para alimentarse, se quedó un instante mirando en dirección a Arabella.

—Definitivamente, el rojo es tu color.

Arabella quiso decir algo —aparte de sonrojarse—, pero el barón clavó los dientes en la piel del híbrido y ella se quedó muy quieta mientras le observaba con atención. No cundió ninguna alarma; si Rheged estaba ansioso, no lo mostró. El vampiro mordió la muñeca de su asistente con cierta parsimonia y al separarse se limpió la boca con el pulgar. Y, aparte de que sus labios adquirieron la tonalidad de la sangre y su mirada se tornó salvaje, el acto en sí fue muy limpio y comedido.

—Me alegro de verte —dijo Melquisedec.

—Y yo también, amigo —respondió Brahn.

Le dio dos palmadas en la espalda un tanto ruidosas y comenzó a incorporarse para salir del ataúd.

—Mel, ¿podrías dejarnos solos? —la voz de Arabella sonó firme.

El híbrido le dedicó una bonita sonrisa e inclinó su cabeza con respeto ante el barón antes de marcharse.

—Y tú no te muevas de ahí —dijo ella desafiante al ver que Rheged ya estaba poniendo un pie en el suelo.

Aún con el rostro transformado, él se recreó al examinarla de arriba abajo. Tenía muchas ganas de abrazar ese cuerpo menudo y llenar su boca de besos, pero aquella expresión grave en su cara anunciaba una tormenta que antes de nada tendría que apaciguarse. Tras un pequeño duelo de miradas, Rheged recuperó su aspecto humano y se acomodó en el interior del ataúd; ella ganaba esta vez. Aunque en los ojos del barón se distinguía el brillo de la diversión. No era ningún secreto que siempre le habían encantado esas batallas con Arabella, disfrutaba de las pruebas que ponía a su coraje.

Ella tuvo que respirar hondo para no correr y echarse a sus brazos, lo había echado tanto de menos... Pero antes de decirle que lo quería con locura y que se quedaría a su lado todo el tiempo que fuera posible, necesitaba dejar claras algunas cosas.

Se mordió el labio. Tenía un discurso preparado desde hacía días, pero en ese instante las palabras habían decidido evaporarse y no sabía por dónde empezar.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó por romper el hielo de alguna forma.

—Ven aquí y te lo cuento al oído.

Sensual, ronco y dulce. Deseoso de tenerla cerca de nuevo. Así se sentía el barón. Pero ella no se movió. Parecía no haber percibido siquiera el calor de su respuesta. Brahn empezó a preocuparse.

—¿Va todo bien, Arabella?

Hizo ademán de incorporarse de nuevo, pero ella asintió y lo frenó con un gesto de sus manos.

—Es solo que necesito hacerte unas preguntas y no te quiero cerca. Estoy segura de que jugarás sucio y me distraerás.

—Menudo concepto tienes de mí.

—Necesito que te quedes quietecito ahí dentro.

Él estaba ansioso por salir, durante el viaje apenas había podido abandonar el féretro un par de veces para alimentarse, refrescarse y cambiarse de ropa, y tenía necesidad de moverse, estirar las piernas, caminar... y, sobre todo, ir hacia ella y estrecharla entre sus brazos. Pero, obediente, se tumbó de nuevo en el interior de la caja, cerró los ojos y puso ambas manos, una sobre otra, encima de su pecho. Su rostro quedó enmarcado por el suntuoso acolchado interior de terciopelo rojo.

—¿Quieres dejar de hacer el ganso?

—Eres tú la que no me permite abandonar el ataúd.

—Abre los ojos; me da escalofríos verte así.

Él lo hizo y se recreó en contemplarla de la cabeza a los pies, pero al ver que Arabella solo reaccionaba mirándole sin decir nada, se impacientó y volvió a incorporarse.

—Vamos, Huesos, dime, ¿ha ocurrido algo? —La seriedad regresó a su voz.

—No, no. Todo va bien. —Ella puso las manos atrás y comenzó a caminar por la habitación—. Es solo que necesito aclarar algunas cosas.

—¿Y bien? Sabes que ya no tengo secretos para ti.

—Necesito saber qué hiciste cuando mi tía salió de esta casa.

A bocajarro. Volvían a 1879.

Rheged no tuvo que pensarse mucho la respuesta.

—Despedí a Lucille, empaqueté mis cosas y me fui.

—¿La despediste?

—Entre nosotros solo había un acuerdo comercial, Arabella, y, después de lo que pasó, lo rompí. Pero, aunque ella tuviera dinero propio, no podía dejarla en la calle sin más y le ofrecí mi casa de Londres. Lucille vivió durante algún tiempo en Whitechapel, por eso estaban allí sus vestidos, pero yo no volví a verla hasta el pasado septiembre, cuando salió de aquel túnel de la mano de Balthazar.

—Y... ¿a dónde fuiste tú?

—No muy lejos de ti. Alquilé una granja en el valle, seguro que la conoces, se llama Wordsworth Farm.

Ella se sentó un tanto abatida. Más que sentarse, se dejó caer y la seda del vestido se arremolinó de cualquier forma a su alrededor. Al verla envuelta de una nube vaporosa de color, Rheged la comparó con una flor, y si en un primer momento pensó en una rosa roja, en seguida cambió de opinión; su belleza era más silvestre e imperfecta. La negrura de su pelo le hizo imaginar una amapola. Sí, una amapola: un botón negro rodeado de escarlata.

Era afortunado, tenía amapolas en su jardín en pleno mes de noviembre.

La voz trémula de Arabella le sacó de aquella ensoñación.

—Estabas tan cerca...

—Lo más cerca que pude. Era consciente de que tenía que marcharme cuanto antes, pero no fui capaz.

—¿Por qué? ¿Por qué te quedaste en el valle?

—En parte porque me sentía responsable de tu caída —ella abrió la boca para replicar, pero Rheged la detuvo con un gesto—. No puedes imaginar lo que me costó no presentarme en Langdale House para darte mi sangre y curarte en un chasquear de dedos. —Hizo el gesto y el sonido se quedó flotando en el aire. Después suspiró—. Pero, sobre todo, porque no podía irme sin más. Quizá marcharme habría sido lo más fácil, no te imaginas la tortura que era estar tan cerca y no saber de ti más que por lo que Bernie pudiera contarme, que no era mucho.

—Yo te eché muchísimo de menos.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Me sentía igual que tú, Huesos. Quizá incluso peor porque pensaba que había traicionado tu confianza.

Ella se levantó y dio una vuelta por la habitación en un intento de rehacerse.

Tenía que continuar con las preguntas y los recuerdos habían tejido una pelota de lana en su garganta que hacía que le costara respirar.

—¿Escribiste tú los poemas que encontré en Lingmoor Fell?

—¿Aún dudas de eso? —Al ver su ceño fruncido dijo con sinceridad—: Sí.

—¿Por qué?

—Porque no quería perder la posibilidad de seguir mostrándote el mundo solo porque mi comportamiento había sido intolerable.

—Pero solo la perdiste porque saliste corriendo.

—¿En serio lo crees así? ¿No te enfadaste conmigo por lo que ocurrió aquella noche?

—¿A causa de Lucille? —Lo vio asentir apesadumbrado—. Lo miras desde la perspectiva de un adulto, Brahn. Lucille podía darte cosas que yo ni soñaba que pudieran existir. En ese instante yo no podía competir con ella. Me dolió verte a su lado, claro que sí, pero no sentí que hubieras traicionado nada. Tú eras un hombre, ella tu amante, yo solo tu alumna.

—Arabella... No eras solo mi alumna, también eras mi amiga, mi compañera en horas bajas, mi sol particular. Los meses que compartí contigo me hicieron amar la vida de nuevo.

—¿Por eso me llamaste tu ángel de luz? ¿Por qué vivías entre tinieblas?

—Arabella, por ti salí de entre las sombras, por ti tuve ganas de volver a vivir.

Ella no fue capaz de aguantarle la mirada.

—¿Qué sentías?

—¿Hacia ti? —No continuó hasta que la vio asentir—. No sé si seré capaz de explicar esto, más que nada porque ni yo mismo lo entiendo. Te amaba como se puede amar a una niña. Me sentía un tanto... padre, si se me permite la comparación. Quería que lo tuvieras todo, que fueras feliz. Me encantaba verte reír y me dolía el alma cuando regresabas cabizbaja a Langdale House porque hubieras preferido quedarte aquí. Disfrutaba de tu compañía. En cuanto te subías al coche para irte ya estaba esperando que fuera el día siguiente para verte de vuelta. Pero...

—Pero, ¿qué?

—Al mismo tiempo mi corazón se desgarraba porque eras una niña y no podía tener nada más que tu amistad.

—Para mí era algo parecido.

—¿Entiendes que al no saber qué era lo que tenía tu familia pensado para ti,

creyera que lo más sensato era marcharme?

Apenas se escuchó la respuesta.

—Sí.

—¿Por qué no me lo contaste, Arabella? Éramos amigos.

—Sentía vergüenza.

—¿Vergüenza? ¿Por qué?

—No quería admitir que no era nada para ellos, que habían decidido mi futuro como si fuera una empleada.

Rheged sacó todo el aire que había en sus pulmones.

—Debiste confiar en mí, pequeña. De haberlo sabido yo habría luchado por ti. Aunque ignoro qué hubiera ocurrido después. ¿Habrías aceptado mi oscuridad sin más? ¿Habría sido yo capaz de contártelo? El caso es que al creer que tu destino estaba sellado no pude quedarme. Solo podía imaginar la tortura que sería verte crecer, convertirte en mujer y tener que quedarme al margen.

—¿Y los poemas? ¿No pensaste que eso sería una tortura para mí?

Brahn se quedó mirando un punto lejano en la pared. La realidad era que lo había pensado muchas veces.

—Empecé a escribirte porque quería mostrarte que el amor existía y era hermoso, no para echarte nada en cara. Quería volver a verte entregada a algo. Ilusionada. Por eso también cambié los libros en la biblioteca de Brimstone Hall para que conocieras cómo debía ser el amor. Bobo de mí, creí que eso te ayudaría a elegir pretendiente. —Hizo una pausa para retomar el hilo de su discurso—. Continué porque tenía que sacar todo lo que llevaba dentro. Gracias a ellos mantuve a raya mis sombras durante todo el verano, pero, después, entendí que perpetuar esa situación no era justo ni para ti ni para mí, y me obligué a reunir el coraje necesario para decirte adiós. Eso fue lo más difícil. Cada día que pasaba los planes de tu tía pesaban más y más, y me convencí de que lo sensato era dejarte crecer en libertad. Así que, cuando vi que te permitían entrar y salir de Langdale House a tu antojo, supuse que habrías llegado a un acuerdo con ella y que ya no me necesitabas.

Con las manos, Rheged volvió a hacer el gesto de tirar de ella para acercarla, pero Arabella no se movió. Estaba plantada en mitad de la habitación con las manos entrelazadas sobre el regazo. Podía parecer tranquila; no lo estaba. Su voz delataba un temblor que traslucía la tormenta que crecía en su interior.

—Mi tía fue muy lista —respondió—. Se dio cuenta de que con prohibiciones y castigos iba a ser complicado doblegarme y ella no quería amansarme sino quebrarme y cambiarme por completo. Así que dejó que fuera yo la que se diera cuenta de que no conseguiría nada comportándome como una rebelde. Tras tu partida me permitió salir, pasear, desaparecer durante horas... Ignoro si era consciente de que muchas de las tardes que desaparecía las pasaba aquí, en Brimstone Hall, pero si conocía mis andanzas no parecían importarle. —Arabella aspiró profundamente, estaba haciendo verdaderos esfuerzos por contener las lágrimas—. Supo hacerme ver que el destino estaba escrito y que yo solo era un peón del tablero. Supongo que me resigné.

—Sin embargo, has recorrido un largo camino y ahora estás aquí. —Ella asintió en silencio—. ¿Has ido a verla?

—No. Envié a Bernie para que averiguase qué tal estaba de salud y cuando volvió me dijo que había salido de viaje. Hacía pocos días que se había vuelto a casar. —La expresión de Brahn le hizo sonreír—. Ya ves, yo preocupándome y ella, sin haber terminado el periodo de luto por su cuñada, acabó casándose con el capataz. Ha sido un escándalo, el valle entero habla sobre ello, sobre todo porque él es diez años menor. En fin, la vida al final pone a cada uno en su lugar y, por lo que se ve, el mío no era Langdale House.

—Vicios privados, virtudes públicas. Todo el mundo tiene derecho a disfrutar de los placeres de la vida —rio él—. Ven, Huesos. Deja que te abrace.

Sus manos adelantadas de nuevo, sus ojos expresando una súplica silenciosa.

—Me falta saber un par de cosas más.

Él asintió y dejó sus manos sobre el regazo. Sus bonitas, elegantes y fuertes manos. Arabella tuvo que mirar hacia otro lado. La ventana se le antojó el lugar perfecto, aunque las gruesas cortinas estaban cerradas.

—Han pasado diez años de aquello —susurró— y, sí, nos hemos reencontrado, a veces el mundo es demasiado pequeño, pero ¿por qué vuelves a atormentarme?

—¿Atormentarte? No te entiendo, Arabella.

—Has vuelto a llamarme tu *ángel de luz*, me has ofrecido matrimonio, aunque no lo deseas, me prometes abrazos con la mirada...

Él la interrumpió.

—Aunque yo en ese momento no me di cuenta, desde que subiste a mi coche

aquella noche, tu luz regresó para envolverme en su cálido abrazo. Llamarte así era solo cuestión de tiempo, el que tardé en ser consciente de que no podía desaprovechar esta nueva oportunidad. —Hizo una pequeña pausa para que ella asimilara sus palabras y mientras contempló a placer la perfección de su perfil. Qué hermosa era—. Por otra parte —continuó— nunca te ofrecí matrimonio sin desearlo, Arabella. Puede que las casualidades hayan hecho que todo rodara más rápido y que de mi boca hayan salido las palabras en un contexto o de una forma inapropiada, pero sí quiero, sí deseo, ser tu esposo. Y aunque dije que no haría falta consumarlo porque no quiero obligarte a nada, es algo que anhelo con toda mi alma. Y no es solo por tener tu cuerpo, creo que eso lo sabes.

»Hay algo más que abrazos en mi mirada, amor. Hay una vida completa a tu lado, si la quieres.

Él volvió a llamarla extendiendo sus manos con las palmas hacia arriba y los pies de Arabella fueron los que atendieron la súplica, su corazón estaba demasiado ocupado discutiendo con su cerebro como para reaccionar.

Brahn fue rápido. Tan pronto como la tuvo a su alcance, la hizo girar hasta sentarla en el féretro para después, en otro movimiento de prestidigitador, tumbarla sobre su cuerpo y encerrarla entre sus brazos.

Arabella intentó revolverse, no por salir de aquel refugio que era el barón, sino porque no podía dejar de pensar que estaba dentro de un ataúd. Sin embargo, cuando él le acarició el óvalo de su rostro y ella se tranquilizó lo bastante como para mirarse en aquellos ojos que contenían la inmensidad del mar, la calma la invadió. Y cuando él recuperó su voz, sus palabras emocionadas fueron tierra firme avistada a lo lejos.

—Nunca te ofrecí matrimonio porque me dieras pena, ángel mío, la realidad es que siempre he querido dártelo todo. Y sí así lo quiero es porque te amo más que a nada en este mundo. —Las mejillas de Arabella se tiñeron de un bonito color cereza—. Y ahora necesito que me digas que crees mis palabras, que no piensas que estoy improvisando para salir de un atolladero.

—Te creo.

—¿Aceptas casarte conmigo? Quiero una respuesta dicha con el corazón o me ofenderás.

La sonrisa que vio amanecer en sus labios le supuso una inyección de vida.

—Acepto, Brahn. Quiero ser tu esposa con todo lo que eso conlleva.

—¿Con todo?

—Melquisedec me ha contado lo que significa el vínculo y, aunque eso no pueda ser, no me importa, estoy dispuesta a todo.

—¿Incluso a ser un monstruo como yo?

—Incluso a eso.

Él sonrió.

—No será necesario transformarte, amor. Para ser mi compañera de vida no tienes que dejar de ser humana. Tendré que darle las gracias a Mel por hablar a mi favor.

—No tanto, en realidad, tuve que sonsacarle, pero saber que puedo tener una vida a tu lado ha sido una de las cosas que me ha ayudado a decidirme.

Brahn le acarició la mejilla con tanta dulzura que ella supo que estaba a punto de decirle algo importante.

—Huesos, no podré darte una familia normal, no tendremos hijos.

Ella lo miró con seriedad.

—Hay cientos de desarrapados en Whitechapel, niños sin hogar, huérfanos muertos de hambre con muy pocas opciones de salir adelante. Los adultos eligen sus vidas, pero ellos no pueden. Quisiera ayudarles de algún modo, convertirlos en algo mío.

Él le besó la frente y la miró con admiración.

—Te lo prometo, amor. Eso sí puedo dártelo. Tendrás cientos de niños, entonces.

Con la fuerza de sus brazos la levantó a peso y se dispuso a salir de aquella estrecha caja.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella—. Empezaba a encontrarme cómoda en ese cajón de viaje acolchado.

—¿Ahora no eres capaz de pronunciar la palabra ataúd?

—Prefiero llamarlo cajón, el otro nombre me resulta un tanto morboso.

Él rio. Se le veía relajado y a la vez exultante.

—Vamos al dormitorio, preciosa, hemos de firmar algunos contratos.

—¿Lo quieres por escrito? ¿Acaso dudas de mi palabra?

—No, amor, nada de papeles —bajó la voz—. Los vampiros sellamos nuestros asuntos de vida con besos y sangre, pero aparte de todo eso, lo que realmente quiero es volver a escuchar tus suspiros de placer. Los he echado de menos casi tanto como a ti.

La calma en el ojo del huracán

Estar entre sus brazos es comparable a la calma que dicen que existe en el ojo de un huracán.

Compartir lecho con Brahn es estar inmersa en una tormenta de sensaciones, como un barco entre las bravas olas de una tempestad, pero, al mismo tiempo, en un lugar donde nada puede hacerte daño. A pesar de que todo lo que te rodea es vertiginoso, sientes la seguridad de su cuerpo, la suavidad de sus labios y el sentimiento tierno y afectuoso de todos y cada uno de sus gestos.

Cumbria, 16 de noviembre de 1888.

Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.

Brahn asomó la cabeza hacia el vestíbulo para comprobar que la casa estuviera en penumbra antes de salir del salón conmigo en brazos. Una vez que supo que no había peligro, se dirigió con prisas hacia la escalera.

—¿Mi habitación está lista?

—Por supuesto —repuse—. La tienes preparada desde hace días.

Me sonrió canalla y subió los peldaños de dos en dos como si llevarme no le supusiera nada. La felicidad de su semblante le hacía ir tan ligero que probablemente creo que habría podido hasta volar.

Una vez en el amplio pasillo del piso de arriba se dirigió hacia su puerta y se detuvo delante de ella.

—¿Eres tan amable de abrir?

Accioné la manivela y él empujó, entró conmigo y cerró la puerta con el tacón sin dejar de mirarme a la cara. Ya no era una sombra, en ese instante irradiaba luz.

El gris del paisaje invernal podía verse a través del gran ventanal y, a pesar

de que las luces de la tarde ya habían caído del todo y que las sombras empezaban a rodear la casa, el exterior estaba cubierto de un manto de blanca nieve y su reflejo mantenía una penumbra que me permitía verlo todo. Lo agradecí, no quería perderme nada de lo que iba a pasar. Además, alguien se había molestado en subir y encender la chimenea mientras nosotros conversábamos en el salón y, aunque la estancia aún estaba fría, el ambiente era agradable.

Brahn me dejó junto al colchón y empezó a desabrocharme el vestido y a quitar capas y capas de ropa que quedaron esparcidas por el suelo, hasta llegar al corsé. Allí se detuvo. Me levantó un brazo desnudo y lo acarició con la nariz desde la muñeca hasta la parte interna del codo. No dijo nada, pero yo estuve segura de que paladeaba el tropel de la sangre que corría por mis venas. Su rostro estaba transportado, extasiado... Feliz.

Llevó la otra mano hasta mi pecho y lo rozó con ligereza por encima de la tela. Sus dedos eran tan delicados con mi piel que apenas se sentían, pero cada uno de sus toques, aunque suaves, pulsaban teclas que espoleaban mi cuerpo hacia sensaciones que no sabía que pudieran existir.

Escuché mi voz grave y ronca cuando hablé.

—¿No vas a quitarte nada?

Él se separó lo justo para mirarme a la cara. La luz que irradiaba segundos antes se había convertido en una negrura intensa que parecía querer tragarme hasta desaparecer.

Su voz se escuchó áspera, como si llevara horas sin hablar.

—Todo a su tiempo, amor, primero quiero disfrutar de las vistas.

—¿Y qué hay de mí? ¿Yo no puedo mirar? —fingí protestar.

Me sonrió de tal forma que tuve que apretar las rodillas para no caer redonda al suelo. Hasta sus sonrisas tenían ahora ese poder.

—Es verdad. ¿Qué hay de ti? —murmuró.

Abrió sus brazos en cruz y esperó sin dejar de mirarme a los ojos.

Yo me cohibí. Entendía que quería que le desnudara, pero no pude evitar comparar aquella situación a la primera vez en mi vida que me dieron una ostra y un cuchillo: aunque sabía que dentro había un manjar, no había visto nunca cómo se abría y no sabía muy bien por donde tenía que empezar. Para mi vergüenza, otra sonrisa gamberra se desperzó en su boca. Se acercó despacio, sin tocarme, y al hablar me quemó con su aliento.

—No pienses, Huesos. Deja que sea tu cuerpo quien tome el mando.

Jadeé. Su voz me derretía por dentro fundiéndome el cerebro y licuando el centro de mi sexo, pero entendí lo que quería decir. Cerré los ojos y respiré hondo.

«No tengo que pensar», me repetí.

Sin embargo, aunque parecía sencillo no lo era. ¿Cómo iba a conseguirlo? No podía con él tan cerca.

Para cuando los abrí, había sucedido sin yo darme cuenta; mis dedos, como si estuvieran poseídos, desabrochaban los botones de su chaleco.

—¿Y si me quito la chaqueta primero? —me susurró al oído cuando pasé a atacar sin recato la botonadura de su camisa.

Me abochornó parecer tan torpe, pero él se dio cuenta y poniéndome un dedo bajo el mentón, me obligó a levantar la cabeza.

—¿Sabes que aún no me has dado ni un solo beso desde mi llegada?

Bendita maniobra de distracción.

Me lancé a sus labios desesperada por calmar la sed que él despertaba en mi boca y mi cuerpo, y cuando quise separarlos de su piel, le tenía desnudo de cintura para arriba y acariciaba su espalda.

En ese momento, una lágrima solitaria brotó y me recorrió la mejilla. Él se asustó.

—¿Qué tienes, Huesos? ¿Qué sucede?

—Tu piel. Su tacto. Es increíblemente suave.

Sonrió con cierta malicia.

—¿Creías que estaría recubierto de escamas?

—Me seguiría pareciendo increíble poder tocarte.

Su sonrisa cambió de forma imperceptible para tornarse aún más malvada y hambrienta, pero con una delicadeza que parecía fuera de lugar, me levantó del suelo con suavidad y me recostó sobre la cama. A partir de ese instante, ya no soy capaz de recordar cómo y qué sucedió ni el orden. Solo sé que me adoraron como a una divinidad, me trataron como a una dama y me hicieron sentir como una mujer casquivana y deseada.

Adiós sentimientos infantiles, adiós inseguridades, adiós virginidad.

Él tenía razón. El mejor remedio para que yo saliera de mi rígido corsé, en sentido figurado, claro, porque la prenda aún la llevaba puesta, era dejar de ser Arabella y regresar a la espontaneidad de mi niñez.

Y eso hice.

Adiós, Arabella. Soy y seré Huesos. Mi yo auténtico.

Esa tarde, Brahn no solo se coló entre mis piernas mientras mimaba mis pechos y me mordisqueaba el cuello llevándome hasta el borde de la locura, se vació por completo sin máscara alguna, dejando que viera cómo podía ser todo su amor.

Solo lo vi nervioso cuando llegó el momento crucial.

—¿Puedo? ¿Me permites?

Yo reí. Llevaba un buen rato excitándome con sus caricias y estaba postrada y expuesta. No pensé que, ante esa muestra de desinhibición, él necesitase permiso para entrar en mi cuerpo. Así se lo dije.

—No me he explicado con corrección —respondió él frunciendo la boca de tal modo que la visión de aquellos labios casi me distrajo de todo lo demás—. Quiero comerte mientras me fundo contigo.

Jadeé ante lo que eso significaba, pero él no había terminado de hablar.

—Quiero hundir mis dientes en tu piel y beber tu sangre, al mismo tiempo que me hundo en ti para que formemos un solo cuerpo.

Por toda respuesta, le rodeé con mis brazos y con mis manos en su espalda empujé para que su boca se acercara a la base de mi cuello.

—Estoy lista.

Él se acercó y me acarició con su nariz, pero ladeó la cabeza y me habló en voz baja.

—Odio tener que hacerte daño, pero si queremos esto no hay otro modo. Prometo que el placer de mi mordida mitigará el dolor de mi allanamiento, ángel mío.

Reí. A veces tenía una forma de hablar peculiar. Yo no pensaba que él fuera a allanar nada, sino más bien a conquistar.

—Calla y muérdeme.

Casi no tuve tiempo de terminar la frase. Su boca y todo él se fundieron en mi piel como un golpe de mar. Y si hubo dolor, no lo recuerdo, fue barrido por el placer.

Cumbria, 16 de noviembre de 1888.

Media hora más tarde.

Brimstone Hall, residencia de lord Brahn Rheged.

—¡**Q**ué marche a bordadas, a bordadas! ¡Desplegad las dos velas! ¡Virad de lado!

—Arabella, ¿citas a Shakespeare y su *Tempestad*?

—¡Arriad la cofa de mesana!

Ante el recital, él rompió a reír.

—¿Te has trastornado, mi amor?

—Creo que sí, que no estoy en mis cabales. Tengo la sensación de que mi corazón ha explotado y que el riego sanguíneo no me llega hasta el cerebro. Me siento como un barco que zozobra en alta mar. La tormenta a la que mi cuerpo se ha enfrentado ha sido extraordinaria, pero, lejos de apocarme, me hace sentir más viva que antes.

Todavía estaban en la cama, abrazados y desnudos, con los cuerpos pegados el uno al otro, como si continuaran con la necesidad de sentir piel contra piel por todas partes.

—Y todos esos términos marineros... ¿Has viajado alguna vez en barco?

Ella se sonrojó.

—No.

Entre carcajada y carcajada él se las apañó para, sin deshacer el abrazo, agachar la cabeza y llegar hasta apoyar la oreja sobre su pecho.

—Tu corazón está bien, late con implacable regularidad. —Se recreó acariciando un pezón con la lengua—. Ahora háblame en serio, dime, ¿estás bien? ¿Te he hecho daño?

—Me siento agotada, pero al mismo tiempo fabulosa. —Ella le besó el hombro hasta que le vio cerrar los ojos con abandono—. ¿Y tú, estás bien?

Rheged abrió uno de ellos y la miró con curiosidad. Arabella parecía preocupada de verdad.

Su respuesta vino precedida de un nuevo beso.

—Nunca he estado mejor.

Arabella se mordió el labio, había algo más que quería saber.

—Brahn, ¿puedo preguntarte algo?

A Rheged le costó encontrar su voz, su cerebro continuaba allí y trataba de mantenerse consciente, pero cada vez que Arabella se movía tenía que hacer verdaderos esfuerzos para contenerse y no volver a hacerle el amor —su cuerpecillo cálido lo llamaba a gritos—. Sabía que, a pesar de quitarle importancia, ella estaba dolorida.

—Contestaré, pero quietecita.

—¿Quietecita? —murmuró ella apretándose a su cuerpo.

Él soltó una carcajada.

—Y luego el *demonio tenebroso* soy yo.

Ella sonrió, pero no iba a distraerse, tenía algo en mente y no iba a dejarlo pasar.

—¿Qué ha pasado con Didier y María?

—El asunto se resolvió con rapidez. Ella se mostró teatralmente arrepentida y Jean Jacques le Loup, su hermano, se vio presionado por sus padres y de algún modo fue obligado a interceder consiguiendo que el castigo fuera mínimo. El Consejo aún es joven y tuvo que transigir... Didier quedará bajo su custodia, la de María; ella ha prometido educarle en los asuntos de la raza.

—Entonces, ¿por qué has tardado tanto?

—Soy algo viejo y no sé a qué te refieres. He tardado en... ¿Declararme como es debido? ¿En regresar de París? —Hizo que sus labios ralentizaran la siguiente frase hasta tal punto, que pareció deletrear las palabras—. ¿En meterte en mi cama?

—Me refería a tu viaje, pero ahora quiero saberlo todo.

—Para declararme no me lo pusiste fácil, Huesos. Querías un hombre que estuviera loco por ti y eso era una realidad, pero la segunda parte de tu condición era que tú también le correspondieras en su locura, y yo no veía indicios de que eso ocurriera. Siempre parecías estar con los pies sobre la tierra.

—¿Yo? ¿En serio hablas de mí? Si me sonrojaba cada vez que me mirabas y me pillabas observándote.

—Mi ángel, pero eso es algo normal. Yo tengo mucha vida detrás y tú muy poca, es lógico que te sintieras confundida al descubrir las necesidades de tu cuerpo. Y aquí respondo también a lo de meterte en mi cama, no sabía si querías realmente estar conmigo o solo buscabas una aventura que te descubriera si estar con un hombre es tan indecente como parece.

A ella pareció complacerle la respuesta.

—¿Y París?

—En realidad, no he estado todo el tiempo en París.

Una punzada de inquietud recorrió el cuerpo de Arabella.

—¿No? Ahora el que tiene secretos eres tú.

Brahn rio.

—No me has dado tiempo, Huesos, hace apenas una hora estaba abriendo la tapa de un ataúd. —Le besó la nariz con ternura—. No, no he estado todo el tiempo en París, pero estaba deseando contarte por qué. Casi un mes más tarde de mi partida, regresé a Whitechapel con el permiso del Consejo para ejecutar una misión. —Notó que se ponía tensa y, para relajarla, empezó a acariciarle la columna vertebral como si ella fuera un piano y el le arrancase notas con suavidad—. Lo malo es que llegué un poco tarde.

—¿A qué llegaste tarde?

—El treinta de septiembre, Jack el Destripador asesinó a dos mujeres en la misma noche. Tan pronto como me enteré organicé mi viaje, pero no hubo nada que hacer, cuando pude llegar a Londres ya estaban enterradas y yo no tenía ningún rastro que seguir.

—No entiendo.

—Si hubiera llegado a tiempo de revisar los cadáveres quizá habría obtenido alguna pista que a los agentes se les hubiera pasado por alto. No tengo el olfato de Mel, pero me desenvuelvo bastante bien.

—Eso sí lo he entendido, yo me refiero a que no comprendo para qué querías tú tener un rastro. ¿El Consejo sospecha de algún sobrenatural?

—No.

Arabella tragó saliva antes de preguntar.

—Y entonces, ¿por qué querías tú llegar hasta el asesino?

Él le rozó la punta de la nariz con el dedo índice.

—Me pediste justicia. —Ella abrió mucho los ojos, antes de que continuara hablando ya era consciente de lo que él le iba a contar—. Nadie lo sabrá nunca, salvo tú y la líder del Consejo, Salomé De la Gravière, los demás solo

creerán que el Destripador se ha desvanecido misteriosamente, aunque la realidad sea que ha sido ajusticiado y que ya no podrá matar, degollar ni destripar a ninguna prostituta más.

—¿Lo ejecutaste tú?

—Hice justicia, Huesos, actué en defensa del resto de las mujeres que recorren las calles de Whitechapel. Lo que siento es haber llegado tarde a la última. Estaba realizando mi ronda, como todas las noches, buscando algún indicio que me dijera que iba a actuar, pero contrariamente a lo que el asesino había hecho hasta entonces, cometió el crimen dentro de una casa y solo percibí el olor de la sangre cuando abrió la puerta para marcharse.

El abrazo lo pilló desprevenido.

—Tienes que decírselo a Suke.

Él se relajó. Por un momento había temido que ella reaccionara de otro modo y lo mirase con otros ojos. Con los ojos del miedo.

—De acuerdo, pero a ella y a nadie más.

Se miraron al menos durante diez minutos sin pronunciar palabra. Cada uno pensando en el camino que les había llevado hasta aquella cama. El tiempo transcurrido, las frases dichas, los secretos, la necesidad. Se sentían eufóricos por el solo hecho de estar juntos, por tener el cuerpo del otro tan cerca y olerse, acariciarse y usar la boca incluso más que las manos... Estaban en una burbuja en la que no había espacio para nadie más.

—¿Puedo llevarte a un sitio? —preguntó de repente Arabella.

Brahn estuvo a punto de protestar porque romper ese momento le parecía impensable, pero el rostro de ella irradiaba tanta ilusión que secundó al instante la aventura.

—Claro, ¿dónde quieres ir?

—Al muro de Lingmoor Fell. Al lugar donde me sentaba a soñar contigo mientras acariciaba aquel estuche de cuero que tenía tus cartas. —Lo siguiente que dijo lo añadió con algo de miedo, como si por aquel capricho él pudiera tomarla por loca—. Solo pretendo que nos sentemos juntos a ver las montañas y que me leas tus poemas.

—¿Ahora mismo? ¿En mitad de la nieve? Debe hacer bastante frío allí.

Arabella se desinfló y buscó con la mirada un lugar donde esconderse. La felicidad era tanta que había olvidado que estaban en el norte de Inglaterra y a mediados de noviembre.

Él puso un dedo bajo su mentón para que aquellos ojos verdes volvieran a

mirarlo.

—No hará falta que vayamos hasta allí solo para leértelos, creo que casi podría recitarlos de memoria ahora mismo.

Ella sintió que sonaban cascabeles en su corazón.

—Yo te daré los pies de las frases que te fallen.

—¿Como si fueras el apuntador en un teatro? —Ella asintió—. Mi ángel, no será necesario, creo que, llegado el momento, de olvidarme algo sabría improvisar. Además, han pasado diez años y me gustaría escribirte versos nuevos. Tengo otras cosas que decir.

—¿Me escribirías poemas nuevos?

—Sí.

—¿Ahora?

Brahn tuvo que reírse ante aquel «¿ahora?» por el tono de impaciencia con el que salió de su boca.

—¿Y por qué no?

Arabella se levantó con decisión y tiró del cobertor hasta envolverse en él; aún sentía pudor en su presencia. Pero cuando comenzó a caminar para dirigirse al escritorio, notó que la tela estaba enganchada a algo. Se giró y vio como él tenía bien agarrado el extremo y la miraba con vehemencia. Sus ojos decían: «si quieres ir hasta allí, no puedes llevarte la colcha».

Arabella captó el desafío y la soltó, pero además de que sufrió un temblor de piernas que le impidió caminar con cierta majestad, como realmente le hubiera gustado, también fue consciente de que iba encogida —y eso no fue debido al frío sino a la intensa mirada que había dejado a su espalda—. Aun así, consiguió llegar hasta el escritorio de una pieza y una vez allí, se armó de valor y lo miró pidiendo permiso antes de buscar en los cajones.

—A la derecha tienes plumillas y arriba está el tintero. —Brahn la vio tan nerviosa que añadió con desenfado—. ¿Sabías que en Nueva York ya hay plumas que llevan su propio depósito de tinta? Tengo que hacerme de una, odio mancharme los dedos.

Ella sonrió. La calidez de su voz, su sonrisa... Verle tumbado allí en aquella cama, esperándola, prendió una llamita en su pecho. No tenía que tener miedo ni vergüenza, aquella era la primera noche de muchas.

Tuvo que respirar hondo para alejar de sí las ganas de llorar. Aunque fuera por felicidad, él no merecía sus lágrimas.

—¿Y papel? ¿Dónde hay papel?

—En el segundo cajón.

Y mientras ella rebuscaba en el escritorio, él se incorporó para no perderse nada.

Si de ello dependiera prologar aquella sensación de felicidad, Brahn estaba dispuesto a escribir esos versos con su propia sangre. Por fin iba a poder ver esos cabellos desparramados sobre sus hombros a diario, su piel blanca, su cuerpo suave. Por fin había puesto punto y final a sus tinieblas.

Ya no tendría que volver a esconderse del mundo y observarlo desde las sombras.

Epílogo

Han pasado veintiséis años, pero cada vez que regreso de la calle y traspaso la puerta de nuestro hogar, obtengo el mismo recibimiento: me sujetan la cara con las dos manos ahuecando las palmas en mis mejillas y besan mis labios.

París, 29 de junio de 1914.

Residencia del barón lord Brahn Rheged y su esposa.

Brahn ya era un especialista en besar antes de conocerme y no es que ahora lo haga mejor que entonces, es solo que parece que necesite enamorarme cada vez que me ve. Su beso consiste en arrancarme un suspiro al primer toque y un jadeo tras el último.

Siempre lo consigue.

Lo miro y al verle sonreír, mi pecho se llena de amor. Ha vuelto a dejarse el pelo largo y está igual que cuando lo conocí. Igual de guapo. ¿Qué digo igual? Más. Mucho más. Ahora lo veo con los ojos del amor que siento por él.

He dejado mi bicicleta en la entrada, pasear por París todas las tardes se ha convertido en mi vicio particular, es una ciudad dolorosamente hermosa, pero cuando consigo volver en mí tras el beso, miro a mí alrededor y veo que nos estamos movilizand. Hay cajas por todas partes y algunos muebles ya están cubiertos con sábanas. «¿Qué sucede?», le pregunto. «Nos mudamos», contesta él con tristeza. Ante mi mirada de incomprensión me dice que ayer asesinaron al Archiduque Francisco Fernando de Austria y a su esposa, la duquesa Sofía Chotek, en Sarajevo y que ese hecho no va a traer nada bueno. Me dice que viajaremos hasta Bélgica, de ahí pasaremos a Holanda y embarcaremos para trasladarnos a Dinamarca. No quiere pisar suelo alemán, tenemos pasaporte inglés y no se fía de que puedan llegar a retenernos.

—El mundo está a punto de estallar, Huesos.

Asiento y me quedo pensativa. Después, quizá porque aún ve escepticismo en mi rostro me dice que el Consejo está también de traslado y que nos encontremos con ellos en Noruega.

Me parece perfecto, mientras esté a su lado no me importa el lugar. Mi casa está entre sus brazos.

Me quito los guantes de crochet y me miro al espejo para quitar los alfileres que me sujetan el canotier. Sonrío. No me pongo otro sombrero desde que vi a Coco Chanel en el hipódromo con él puesto. —Las señoras de la alta sociedad llevan grandes sombreros de plumas, yo uno hecho de paja con un único adorno de una cinta azul. Adoro su sencillez—. Cuando ya lo tengo en la mano, lo hago girar entre mis dedos, pero mis ojos se van de nuevo al espejo y, al contemplar mi reflejo, mi mente se evade y se llena de recuerdos.

Rheged y yo nos vinculamos seis meses más tarde de aquella nuestra primera vez y mi rostro y mi cuerpo siguen teniendo veintitrés años, a pesar de que ya he cumplido cuarenta y nueve. También nos casamos —Brahm me recordaba a menudo que se lo había prometido y no descansó hasta conseguirlo—, así que pasé a ser baronesa.

A mí me emocionó que lo hiciéramos, fue un bonito día a pesar de que parecía que el cielo iba a caer sobre nosotros, llovía a cántaros, pero tengo que reconocer que él estaba exultante. Tanto, que insistió en que fuéramos a mostrarle nuestro flamante compromiso (y el preciosísimo anillo de oro y zafiros que llevo en el dedo) a tía Adelaida, que ya había regresado al valle de su largo viaje.

Ese día, el de la boda, fue el único en el que volví a pisar Langdale House. Primero obtuve de mi tía una mirada reprobatoria, pero cuando la desafié en silencio sin apartar mis ojos de los suyos, claudicó e inclinó la cabeza. Apenas hablé, el nudo que tenía en la garganta solo me permitió darle la enhorabuena por su reciente enlace, dejé que Brahm llevara todo el peso de la conversación; no tenía fuerzas para nada más. Pero cuando ya nos íbamos, ella me llamó. Me giré y me dio un escueto abrazo, el único en todos aquellos años que pasé en su casa, y que, por lo sorprendente, apenas correspondí. Tan solo me encogí y dejé que pasara. Al romperse el contacto, vi un rostro sin máscara y repleto de un sinfín de emociones. Me acarició la mejilla con el dorso de los dedos y con lágrimas en los ojos y una sonrisa triste, dio media vuelta y desapareció escaleras arriba.

Brahn tuvo que sacarme de allí. Yo me había transformado en un poste en mitad de aquel salón y corría el riesgo de echar raíces.

Mi tía Adelaida falleció de pena dos años más tarde, pocos días después de que un accidente segase la vida de su joven esposo. Sorprendentemente, me legó toda su fortuna y el negocio de la mina, y yo, a mi vez, les regalé la casa a Suke y a Bernie para que formaran su propio hogar.

Durante un tiempo regresamos a Londres y allí cumplí una de las promesas que me había hecho a mí misma: hacer algo de provecho con mi vida. En una de las casas de aquel callejón oscuro propiedad al completo de lord Brahn Rheged, ahora duodécimo barón de Ravenstonedale, puse en marcha un orfanato y una escuela. Como dice mi esposo: «Una persona sola no puede arreglar el mundo, pero toda piedra hace pared», así que yo puse la mía para hacer de aquellas calles un lugar algo mejor y darles la oportunidad a aquellos chiquillos de encontrar una forma de ganarse la vida. Espero y deseo que quienes pasaron por allí hayan tenido su oportunidad.

No volví a ver a mi padre, murió en El Cairo, pero me dolió más no estar presente el día que Charles nos dejó. Que Dios le tenga en su gloria.

Melquisedec sale de la cocina y me distrae. Lleva un pan recién hecho entre las manos y le va arrancando trozos y comiendo. Me ofrece uno. Está caliente y sabroso. Miro a Brahn, miro a Mel y, de repente, me entran ganas de llorar de alegría; después de todo este tiempo, además de que el híbrido se ha convertido en el mejor de los amigos, aún sigue con nosotros.

Vivo feliz, sigo aprendiendo y me he integrado a la perfección en las costumbres de la raza de mi esposo. Podría decirse que lo he conseguido todo en la vida: he encontrado el amor, soy una mujer independiente, tengo una familia de verdad y me siento la persona más dichosa del mundo, y solo deseo que esto que tengo dure lo suficiente —sueño que podamos mantenernos juntos en un mundo que cada día parece más loco y menos civilizado—, aunque sé que *suficiente* nunca será lo bastante.

Agradecimientos

Con esta novela me siento un poco como si hubiera cerrado una puerta y abierto otra. Como si de alguna forma, hubiera completado un ciclo. Por una parte, es mi primera tentativa con la novela histórica y eso conlleva un reto importante, al menos para mí; por otra, una editorial ha apostado por mí de nuevo y, que haya alguien que crea y valore tu trabajo, supone un buen empujón de moral. Aunque soy perfectamente consciente de que sin las personas que me rodean, hoy esta historia sería un proyecto inacabado.

En primer lugar, quiero agradecerle a María José Losada que valorase la diversidad de géneros y que aceptase el reto de publicar mi historia. Sin ella y el resto del personal del sello eTerciopele, esta novela no estaría en tus manos.

Pero también quiero dar las gracias a quienes me animaron durante los meses que tardé en escribirlo: a Clara, a Pepa y a Mercedes. La tarea de escribir es solitaria y lenta y contar con ellas, para casi cualquier cosa, ha sido una inyección de moral en horas bajas. Aunque he de volver a citarlas y darles las gracias de nuevo porque también ellas, cuando el manuscrito estaba terminado, me leyeron y aconsejaron. En esta tanda de agradecimientos, el que dedico a las lectoras cero, he de añadir también a Toñi Hernández y a Isabel Guijosa, que se sumaron al grupo y me dieron su visión sincera del proyecto.

Gracias a vosotras esta historia es como es. Todas habéis contribuido a que le diera forma y a que hiciera cambios o no. Hablar de algunas escenas da pie a rechazar ideas o a reforzarlas.

Pero no puedo marcharme sin agradecerte a ti, lector, que hayas llegado hasta aquí. Tú eres quien hace que se cumplan los sueños. Gracias por la oportunidad que me has dado. Espero y deseo que la hayas disfrutado.

© 2019, M. C. Sark

Primera edición en este formato: septiembre de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com

ISBN: 978-84-17705-39-8

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.